



La **SOMBRA**
del
CARDENAL
JESÚS ÁVILA GRANADOS

Lectulandia

A mediados del siglo XVI, tras la celebración del Concilio de Trento, la cristiandad mantuvo un fuerte pulso con las corrientes reformadoras. En medio de este caos religioso, el cardenal Cristoforo Madruzzo, máxima autoridad espiritual y terrenal en el principado de Trento, que había luchado contra los excesos y el nepotismo de algunos pontífices y otras altas jerarquías de la Iglesia de su tiempo, recibe un extraño presente mientras se encuentra en el Magno Palazzo: la cabeza cortada de uno de los jefes militares del principado tridentino.

Madruzzo envía al capitán Domenico Tonelli a esclarecer las causas de este asesinato y, paralelamente, manda también a Bruno y Angiolo, un restaurador de obras de arte y un jardinero vinculados profesionalmente con el principado, a realizar un viaje que les llevará a sus pueblos de origen, que no visitan desde hace años. Los acontecimientos que ocurrirán a lo largo de este apasionante periplo, donde no faltan ingredientes como intriga, traiciones, amor, rebeliones, sexo y esoterismo, cambiarán por completo las vidas de sus protagonistas.

Lectulandia

Jesús Ávila Granados

La sombra del cardenal

ePub r1.0

Ariblack 17.04.14

Título original: *La sombra del cardenal*
Jesús Ávila Granados, 2013
Diseño de cubierta: Dmytro Tolokonov *Fotolia*

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Loli, mi esposa; a mis hijos, David y Alejandro,
y a mis nietos, Ricard, Cristina y Sofía.*

*Libri quosdam ad scientiam,
quosdam ad insaniam deduxere.*
(Los libros han llevado a algunos
a la sabiduría, a otros a la locura).

PETRARCA

*Solo hay que saber mirar.
Es el camino y no el destino lo que importa.*



I. El personaje

Trento. Otoño de 1565.

Habían transcurrido ya dos años desde la clausura del más importante concilio, el XVI Ecuménico de la Iglesia Católica, celebrado en la capital del principado de Trento, en los confines alpinos del mundo cristiano, y los ecos del sínodo aún retumbaban en la ciudad, cuyas calles y plazas seguían vestidas de fiesta, con toda clase de pasatiempos, bailes, pruebas deportivas y exhibiciones circenses. El dinero corría con abundancia, la gente se divertía y todo el mundo transmitía felicidad. Durante los dieciocho años que duró el sínodo, Trento conoció su período de mayor esplendor: se habían construido grandes y elegantes edificios rodeados de jardines con monumentales fuentes, unas espectaculares realizaciones diseñadas por los más reconocidos artistas del Renacimiento. La capital del principado se multiplicó durante aquellos años del concilio, fruto del aumento de la calidad de vida y por la frenética actividad sexual de algunos mandatarios de la Iglesia y embajadores de las diferentes naciones que estuvieron representadas. Las puertas de la ciudad se habían abierto para recibir a personas de todos los oficios y condiciones, interesadas por ver de cerca los grandes cambios que, en los últimos años, se habían producido en la capital del Trentino.

El gran artífice de aquel milagro llevado a cabo en esta ciudad de la Italia alpina no era otro que el cardenal Cristoforo Madruzzo.

Madruzzo pertenecía a una de las familias más aristocráticas del Trentino; nació en el homónimo castillo, ubicado en el pueblo de Calavino, el 5 de julio de 1512. De muy joven se inclinó por la carrera eclesiástica, estudiando en las universidades de Padua y Bolonia. A la edad de 17 años ya ejerció de canónigo en Trento, luego en Salzburgo, en 1536, y en Brescia, en 1537. Y solo dos años después, tras la repentina muerte de Bernardo Clesio, Madruzzo fue nombrado príncipe-obispo de Trento, o lo que es lo mismo, la máxima autoridad de la curia tridentina y del poder absoluto en el principado. Además, en 1543 se convirtió en el administrador del obispado de Brixen, y en 1545, coincidiendo con la apertura del Concilio de Trento, fue elevado a la categoría de cardenal por el pontífice Pablo III y se convirtió en el anfitrión de las autoridades religiosas y civiles que, desde todos los territorios del mundo cristiano, llegaban a Trento en representación de los intereses de la Iglesia de Roma y también al frente de las embajadas de sus correspondientes países. Sabemos igualmente que Madruzzo fue a España en 1548 para entrevistarse con el emperador Carlos I, en su afán de animar a los dignatarios de la Iglesia hispana para que acudieran al Concilio de Trento; gracias a este viaje, la representación española en el sínodo se incrementó notablemente.

Por aquel entonces, el Trentino era un territorio perteneciente al Sacro Imperio

Romano Germánico. No es de extrañar, por lo tanto, que Madruzzo, máxima figura del catolicismo en aquellas fértiles tierras de la Italia alpina, y como hombre de Estado, llevara a cabo importantes misiones al servicio del emperador Carlos I de España, de su hermano Fernando I y del monarca Felipe II, participando activamente en la dieta de Ratisbona, en 1541, como representante del emperador, donde se confirmó enérgicamente la doctrina católica contra la Reforma lanzada por Martín Lutero, además de mantener el gobierno del ducado de Milán, entre finales de 1556 y agosto de 1557.

El único retrato del que disponemos de Cristoforo Madruzzo se lo debemos al artista Tiziano, quien, a petición del cardenal, le visitó en 1552. Gracias a este exclusivo lienzo, podemos aproximarnos al perfil de este singular hombre de Estado italiano: tenía un severo aspecto altivo; ojos pequeños, pero de mirada noble y penetrante; de semblante solemne y de recio porte; pelo negro; bigote corrido y poco espeso, con barbilla bien recortada que unía ambas patillas; manos finas y aterciopeladas. Se dice que prefirió un traje negro para posar ante el artista, y así no enemistarse con la Iglesia ni con el emperador. Un reloj sobre una mesita, típico de las pinturas de Tiziano, recordaba que, a pesar de la categoría del personaje retratado, todos somos vulnerables ante el momento final de nuestras vidas.

II. El mensaje

Una noche de finales de octubre, de aquel año 1565, en las nobles estancias del Magno Palazzo de Trento, el cardenal Cristoforo Madruzzo, cardenal-príncipe-obispo de Trento, vivió una terrible pesadilla. En su lecho, envuelto en elegantes tejidos de seda, se despertó cubierto de un sudor frío y la piel erizada como la de una gallina. Sentía temblores por todo el cuerpo, y entre estornudos y bostezos logró llamar a su asistente personal.

—¡Sebastiani!, ¡Sebastiani!

Este se hallaba en la estancia anexa a la del cardenal; eran las dos de la madrugada, y Sebastiani se despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre, eminencia?

—¡Traedme agua! He tenido un mal sueño.

—Enseguida, eminencia.

Tras saciar la sed, el cardenal recuperó el aliento y respiró profundamente.

—Acercadme un paño para secarme el rostro y los brazos —pidió—. Y después retiraros, intentaré descansar. Me he desvelado, y quiero estar un rato despierto; aprovecharé para leer algunos capítulos del Evangelio de San Juan.

—Como deseéis, eminencia.

La sala se hallaba inmersa en una mágica atmósfera de sombras y resplandores, producidos por el fuego de la chimenea, cuyas llamas incentivaban unos extraños reflejos en el artesonado del techo de madera, que multiplicaban sus efectos sobrecogedores con los reflejos de las chispeantes llamas de las velas de los candelabros que el ayudante de cámara del cardenal, por orden de este, había encendido. Afuera, un viento fuerte golpeaba los postigos de los ventanales. El cardenal, tras apartar los gruesos cortinajes, se asomó al exterior a través de los cristales emplomados y quedó extasiado unos instantes, mientras contemplaba cómo la ciudad se hallaba adormecida, iluminada con las lámparas de aceite que delimitaban, al mismo tiempo, los anchos contornos del recinto amurallado, y las copas de los árboles más altos se balanceaban por el viento.

«¡Ay, mi querida Trento!, qué feliz me hace contemplarte desde aquí arriba, a vista de pájaro; incluso de noche, con la fría luz de la luna, que pone una nota metálica en tus tejados de piedra, eres la ciudad más hermosa del mundo», pensó el cardenal.

Momentos después, Madruzzo, cubierto con una gruesa manta, quedó dormido en su diván con el Evangelio de San Juan en las manos; en su rostro se reflejaban las estilizadas siluetas de las llamas de los candelabros, que le daban una calidez especial a su tez. Estaba tan abatido por el sueño que no percibió el golpe que el libro dio contra el suelo unos instantes después, al desprendérsele de las manos.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, entumecido por haber estado agarrotado en el diván, le costó erguirse y reclamó a sus sirvientes para que le ayudaran a vestirse. Mientras uno le acercaba las babuchas, otro le ponía la camisa de seda y dos más le traían el aguamanil con espejo, para refrescarse el rostro. Con el mayor esfuerzo, el cardenal intentaba recuperarse de su entumecimiento. Prefirió que le afeitasen más tarde, una vez que se despertara del letargo. Los primeros rayos de sol iniciaban una tímida entrada a través de los emplomados y coloreados cristales de las ventanas de la noble cámara.

Todo comenzaba ya a funcionar en el palacio cardenalicio, y el ruido del personal se percibía incluso en las estancias más íntimas. Madruzzo, una vez vestido y afeitado, prefirió permanecer leyendo en su aposento, ajeno al mundanal ruido exterior. Tampoco tenía hambre, y prefirió retrasar el desayuno. Pero, de pronto, su ayudante de cámara irrumpió en aquel silencio con unos golpes que hicieron retumbar la recia puerta de roble y quebraron la paz de la estancia.

—Eminencia, eminencia...

El cardenal se repuso en unos instantes y dirigió su mirada con cierta preocupación hacia la entrada, extrañado ante la urgencia de aquella perturbación.

—¿Qué sucede, Sebastiani?

—Acaban de traer este extraño presente para serle entregado personalmente a vuestra eminencia.

Madruzzo, temiéndose algo desagradable, no supo pronunciar palabra alguna; pero no tardó en preguntarle por el nombre de la persona que lo había enviado, y ante la negativa de su asistente personal, el cardenal, con cierto nerviosismo, recorrió a pasos rápidos todos los extremos de la estancia. Después, ordenó a Sebastiani que procediese a desvelar de inmediato, y ante él, el contenido de aquel extraño e inquietante presente.

Cuando el ayudante abrió aquella enigmática caja de madera, bien envuelta en telas de terciopelo y lazos de seda dorada, el cardenal quedó aterrorizado y sin habla al comprobar el contenido: se trataba de la cabeza del capitán Marco Massarelli, uno de los jefes militares del principado de Trento, responsable de la defensa de las fronteras con el norte, frente a los territorios del Tirol.

—¿Y el portador de esta atrocidad? —preguntó Madruzzo bastante nervioso a su asistente, con el semblante fuera de sí, en tono airado, con los ojos vidriosos y desencajados a punto de salirse de las órbitas.

—Eminencia, es un hombre de mediana edad, mal vestido, que intentó salir huyendo tan pronto entregó el paquete al soldado de guardia. Pero este, ante la sospecha, logró retenerlo en el puesto de la puerta principal de entrada al palacio, donde se encuentra en estos momentos, esperando instrucciones sobre qué hacer con él.

—Pues traed ante mí a ese rufián. Tiene que aclararme quién es el autor de este cruel asesinato.

—Eminencia, lamento decirle que ese sujeto no podrá gesticular ni una sola palabra, porque, según me ha informado el sargento de guardia, el autor del envío se ha asegurado de que mantenga el silencio cortándole la lengua —inquirió Sebastiani tartamudeando.

—¡Qué contrariedad! Quien o quienes hayan cometido este asesinato, además de buscar en mi persona el mayor dolor, lo han hecho procurando no descuidar el menor detalle. Pero les descubriré. De momento, reclúidle en las celdas de los sótanos del palacio, hasta nueva orden.

Después, el cardenal mandó quedarse solo en su alcoba, para analizar la situación, y ordenó que nada ni nadie le molestase. Al cabo de unas horas, sin dejar de darle vueltas a aquel agravio, volvió a reclamar la presencia de su asistente personal. Sebastiani no tardó en llegar.

—Que me traigan al emisario que está retenido en los calabozos.

—Enseguida, eminencia.

Minutos después, regresó el secretario del cardenal, acompañado por el jefe de la guardia de palacio. Ambos llegaron muy alterados.

—Eminencia, el preso ha muerto envenenado, tenía el rostro contraído y los labios y la boca llenos de espuma.

—Ese hombre estaba bien preparado para no dar información alguna, ni con la palabra ni por escrito. ¿Pero quién, o quiénes, estarán detrás de todo esto?

El cardenal no cesaba de hacerse todas estas preguntas, mientras recorría a paso rápido los extremos de la noble estancia. Después, Sebastiani comentó:

—Eminencia, el sargento de la guardia revisó las pertenencias de ese hombre, y en uno de sus bolsillos ha encontrado esta nota, escrita con sangre: «*Daghe l'aiga a le corde*». No sabemos a qué puede referirse.

—Esa frase está escrita en un italiano común en la ciudad de Génova. Se trata de todo un símbolo contra el poder establecido, utilizado para resaltar el coraje y la valentía de alguien que se enfrenta a los abusos, anteponiendo el bien común al propio riesgo, sin pensar que ese acto puede crear graves consecuencias personales —explicó el cardenal, y un prolongado y frío silencio reinó entonces en la estancia—. No sabemos quién escribió esta nota, pero presiento que no fue redactada por el emisario, sino que fue colocada expresamente en la ropa de este desdichado, probablemente para confundirme a mí —comentó con secreto Madruzzo—. ¡Sebastiani, entrégame la misiva! Y tú, sargento, ya puedes retirarte. Procurad darle cristiana sepultura a ese preso, y avisa al teniente Domenico Tonelli para que se presente ante mí.

—Sí, eminencia, lo enterraremos en el cementerio a extramuros del palacio.

Respecto al teniente, no hace mucho que le he visto en el patio, conversando con algunos de sus soldados.

A pesar de su juventud, Tonelli, natural de Trento, había sabido ganarse la confianza del cardenal Madruzzo por su valentía y fidelidad al principado en varias acciones de armas. Este, que se hallaba en el acuartelamiento del palacio, no tardó en personarse en las estancias del cardenal tan pronto como recibió el mensaje. Madruzzo le aguardaba, solo, de pie y apoyado sobre el respaldo de su diván.

—¿Qué desea, eminencia?

—Acaban de enviarme, dentro de una caja de madera y sin ningún mensaje escrito, la cabeza de Marco Massarelli.

Un gesto de dolor y rabia contenida se dibujó en el rostro del joven teniente. Después de tragar saliva con cierta dificultad, con los ojos húmedos y la voz quebrada, manifestó:

—Eminencia, no sé quién puede estar detrás de este vil asesinato. Marco Masarelli, además de gran militar, era un hombre querido y admirado por sus valores humanos y su lealtad al cardenal y a nuestro principado. Además, como su eminencia sabe, era un buen amigo mío de infancia; estudiamos juntos en Trento la carrera militar.

—Sí, Domenico, eso mismo he pensado de inmediato al contemplar apesadumbrado y triste el contenido de la caja, por ello principalmente he solicitado tu presencia.

—¿Podría ser Fernando, el archiduque y conde del Tirol, que, como todos sabemos, hace tiempo que codicia nuestro querido principado? —insinuó el teniente.

—Es posible. En esa dirección han ido mis pensamientos. Pero podría tratarse también de una estrategia para que declarásemos la guerra al Tirol y otros interesados se beneficiaran de las consecuencias —conjeturó el cardenal, sin dejar de andar a paso rápido de un extremo a otro de la sala.

—Es cierto, eminencia, y en efecto, son muchos quienes anhelan nuestro territorio, entre ellos el *dux* de Venecia.

—¡En efecto, Domenico! Y algunos no muy lejanos a nosotros, como son los señores de Lodron. —El cardenal, tras mencionar a esa influyente familia y volver a recorrer los extremos de la sala, fijó sus afiladas pupilas en el rostro del joven teniente y le dijo—: Domenico, mientras se terminan de aclarar aquí, en Trento, las causas de este asesinato y los autores del mismo, quiero que te dirijas al limes con el Tirol, al frente de una compañía de hombres de tu entera confianza, bien preparada para combatir los rigores del duro invierno alpino. Tan pronto como puedas facilitarme alguna noticia que aclare este asunto, házmelo saber con la mayor rapidez y secretismo posibles. He pensado en ti por la lealtad que siempre me has demostrado y por la valentía y el arrojo de tus acciones.

—Así lo haré, eminencia. Saldré en un par de días, tan pronto como tenga todo preparado —confirmó aquel joven teniente, antes de besar la mano derecha del cardenal y retirarse hacia la puerta, procurando no darle la espalda.

—Bien, mantenme informado en todo momento de cualquier noticia que pueda ser clave para la seguridad de Trento y de todo el principado. Sé discreto, este asunto solo lo conocemos nosotros y mi ayudante de cámara.

—Sí, eminencia. Me llevaré un centenar de palomas y saldremos al amanecer para no llamar la atención de los habitantes de la ciudad, como si de unas maniobras militares se tratase —confirmó Tonelli, segundos antes de atravesar la puerta.

El cardenal hizo un suave gesto con su mano, como señal de aprobación, al tiempo que las pupilas de ambos se cruzaban en aquella preocupante atmósfera.

Instantes después, Sebastiani irrumpió en la cámara del cardenal con documentos que debían ser firmados. Detrás de él, aprovecharon para entrar algunos servidores de palacio, para terminar de vestirle.

—¡Dejadme solo!, ¡ya requeriré vuestra presencia! —imperó Madruzzo a todos después de haber firmado los documentos que contenía la carpeta.

En pocos segundos la sala quedó vacía, con la sola presencia del cardenal, y este, tras calentarse las manos ante el fuego de la chimenea y dirigiendo de nuevo su mirada a la ciudad, se aisló en sus pensamientos. «¿Quién puede estar detrás de este sanguinario y cobarde asesinato? Massarelli era un hombre valiente, leal a Trento y a nuestro principado. ¿Por qué?», se preguntaba una y otra vez Madruzzo, que no pudo evitar derramar unas lágrimas, mientras con su pañuelo de seda y encaje limpiaba el vaho del cristal emplomado de la ventana.

Poco después, el cardenal pidió que le trajesen un sencillo desayuno para reponer las fuerzas enervadas por el insomnio de la noche anterior y el sobrecogimiento por la tristeza ante el asesinato de Massarelli. Mientras consumía un sorbo de la taza de leche con miel, al tiempo que se calentaba sus dedos con la misma, le vino al pensamiento Bruno, su consejero de arte y siempre inspirado restaurador de las obras de los palacios tridentinos. De inmediato, volvió a reclamar la presencia de su ayudante de cámara y este no tardó en cruzar la puerta.

—¡Sebastiani, llama a Bruno Baschenis, para que se presente de inmediato ante mí!

—Sí, eminencia, creo que se encuentra trabajando en el artesonado de la planta noble superior del palacio.

III. La misión

Bruno Baschenis era un renombrado decorador de murales al fresco y autor de las singulares restauraciones llevadas a cabo en las estancias más nobles del Castellvecchio y del Magno Palazzo durante los dieciocho largos años que se prolongó el Concilio de Trento, contratado por el cardenal para tal fin, como director del patrimonio artístico de los palacios tridentinos. Hombre de treinta y cinco años, hijo del célebre pintor Simone Baschenis y autor de las afamadas pinturas al fresco alusivas a la Danza Macabra, Bruno era una persona discreta y centrada en su trabajo. Poca gente le conocía, porque era taciturno, aunque respetuoso, de finos modales, elegante, de aspecto impoluto y amigo de sus amigos. Más germánico que italiano, por su aspecto físico: rubio, alto, de ojos azules; estaba soltero, aunque había mantenido alguna relación amorosa, pero sin compromiso alguno.

Tan pronto como recibió la orden que imperaba su presencia, el consejero artístico del cardenal no tardó en bajar del andamiaje, con cuidado para no resbalar por los peldaños de madera, y, tras darles las instrucciones precisas a sus ayudantes, se fue, cambiando la camisa oscura de trabajo, cubierta de manchas de pintura y olor a barniz, por otra vestimenta blanca y limpia. Instantes después, una vez hubo descendido la ancha escalinata de mármol, entraba en la estancia del cardenal, acompañado por Sebastiani:

—Eminencia, aquí está el maestro Bruno, como pedíais. Si no me necesitáis, vuelvo a mis quehaceres.

—¡Quédate, Sebastiani! La conversación que voy a mantener con nuestro director de arte también es de tu competencia —exclamó el cardenal, mientras paladeaba el último sorbo de la taza.

—Eminencia, ¿me habéis mandado llamar? —preguntó el artista.

—Sí, Bruno, quiero encargáros una misión de especial importancia, aunque muy diferente a vuestra actividad cotidiana.

—Eminencia, sabéis bien que me debo a vos y a los intereses del principado.

—Precisamente de ello quiero hablarte. Se trata de una misión que debes cumplir en el sector norte de nuestros territorios, concretamente en el limes con el Tirol. Últimamente se están produciendo extraños acontecimientos, y necesitaría que una persona ajena al mundo militar me facilitara algunas informaciones, por el bien de la seguridad de nuestro principado. Por ello he pensado en ti. Puedes tomarte el tiempo que haga falta, como una especie de jornadas de descanso, bien merecidas, por los meritorios trabajos que has venido desarrollando durante los años del concilio, por lo cual te estoy agradecido. Se trata, querido Bruno, de un asunto de vital importancia para nuestro principado. Y quiero que, con la mayor discreción, investigues, sin levantar sospecha alguna.

Bruno quedó impávido unos instantes, después de escuchar aquellas agradables palabras, pronunciadas por la persona de mayor autoridad del principado. Después, intentando detener los acelerados latidos de su corazón, y con la mayor felicidad en su rostro, respondió:

—Gracias, eminencia. Es un honor que confiéis en mí. Este viaje me viene muy bien, porque, de ruta hacia las fronteras con el Tirol, aprovecharé para acercarme al pueblo donde nací, al que hace muchos años que no voy, e intentar saber sobre mis padres. Pero estaré siempre en alerta ante la menor noticia que pueda considerar útil, la cual le haré conocer de inmediato.

—Bien. No llevarás escolta alguna, pero sí un certificado firmado por mí, a modo de salvoconducto, que te facilitará Sebastiani, el cual podrás mostrar, en caso necesario, en todas las poblaciones y lugares a lo largo del itinerario. Y, sobre todo, no debes hablar de este asunto con nadie —recalcó Madruzzo, mirando de soslayo a su ayudante de cámara, en señal de complicidad por el motivo de aquella insólita misión, encargada a un hombre de pinceles y tonalidades cromáticas y tejidos, más que de armas.

Sebastiani no tardó en abandonar la estancia para facilitarle el documento.

—Eminencia, ¿podría acompañarme Angiolo Tonelli, buen amigo y responsable de los jardines de palacio? Hace tiempo que también él echa de menos su comarca de origen, que es el territorio por donde, precisamente, voy a moverme. Además, al no llevar protección, ambos nos daríamos una mayor seguridad, aunque Angiolo desconocerá los motivos de este viaje —expuso Bruno.

—¡De acuerdo! Pero tú serás el responsable de la misión. Llevaros una jaula con algunas de nuestras palomas para tenerme informado en caso necesario. También Angiolo es persona de mi mayor confianza, pero él no deberá saber nada de esta misión —le recordó el cardenal.

—Descuide, eminencia. Saldremos lo antes posible —dijo, y seguidamente tomó la mano derecha del cardenal, la besó con el mayor respeto y se dirigió a la puerta haciendo la reverencia.

Bruno salió de la estancia privada del cardenal y, al atravesar el largo pasillo decorado con grandes murales por él mismo restaurados, se quedó unos instantes parado ante los elegantes frescos de la torre del agua, analizando las figuras correspondientes a las cuatro estaciones, en un intento por obtener una leve distracción, ya que en su cabeza no cesaban de aparecer los detalles del encuentro que acababa de mantener con su eminencia, al tiempo que no dejaba de preguntarse las razones que podrían haber motivado aquel inesperado y urgente viaje. ¿Qué querría realmente el cardenal? Bajó la ancha y monumental escalinata de mármol blanco y no tardó en llegar a los jardines del ala sur, donde le habían indicado que se encontraba Angiolo. Al ver a su amigo, atareado entre ayudantes y planificando las plantaciones

de otoño de los parterres, Bruno, con un gesto amable, requirió su presencia.

Angiolo era un hombre de carácter risueño y bonachón, charlatán y bromista; sus pelos blancos anunciaban que ya hacía algún tiempo que había rebasado el ecuador de su vida. Era natural de una aldea de las montañas del Brenta, y, tras la muerte de sus padres, a la edad de quince años, no dudó en abandonar su pueblo natal, Caderzone, para trasladarse a Trento, en cuya ciudad se convirtió en afamado paisajista de jardines. Estaba casado y tenía dos hijos: Domenico, teniente de los ejércitos del principado de Trento, a quien el cardenal le había encomendado realizar la misión, y Luigi, monje recluido en el eremitorio de San Romedio.

—Bruno, hacía días que no hablábamos. ¿Qué deseas? —manifestó Angiolo, y, después de sacudirse las manos que tenía llenas de tierra y abono, soltó la azada en el suelo y propinó unas fuertes palmadas en la espalda de su amigo que casi le hicieron perder el equilibrio.

Bruno respondió con una sonrisa a las muestras de afecto de Angiolo; luego se justificó:

—Amigo Angiolo, yo también me alegro de verte. Acabo de tener un encuentro con el cardenal, quien me ha concedido un permiso, en agradecimiento por los trabajos realizados durante los años del concilio, y voy a visitar el pueblo que me vio nacer, en la Val Rendena. ¿Te gustaría acompañarme? Tenemos permiso de su eminencia, un salvoconducto y el dinero necesario.

El rostro del jardinero se iluminó de felicidad al escuchar aquellas palabras.

—¡Claro, hombre! ¡No sabes la alegría que me das!, pues hacía mucho tiempo que no visitaba a mis parientes, por no tener ni el tiempo ni los ahorros suficientes. Pero déjame un par de días para organizar los trabajos que tienen que hacerse en los jardines de palacio sin que echen en falta mi presencia.

—Bien. Saldremos dentro de dos jornadas, al amanecer —concretó Bruno.

Bruno Baschenis y Angiolo Tonelli eran personas de plena confianza de Cristoforo Madruzzo. Además de ser hábiles y renombrados artesanos, y de trabajar para el cardenal, tenían un elemento común: el ser huérfanos por haber perdido a sus padres en extrañas circunstancias. Por los excelentes logros alcanzados en sus tareas profesionales, los dos fueron merecedores de algunos privilegios, como el de poder salir y entrar de los palacios tridentinos con la mayor libertad, a cualquier hora, sin que los guardias les pidieran la menor explicación.

Las vidas de ambos iban a estar estrechamente relacionadas.

IV. Salida de Trento

«¿Qué razones habrán motivado este viaje? Intentaré, de todos modos, averiguar cualquier información que pueda ser útil para los intereses del cardenal y la seguridad del principado...», pensaba una y otra vez Bruno, mientras, en compañía de Angiolo, descendían la elegante escalinata del Magno Palazzo, respondiendo cortésmente a los saludos de cuantos se cruzaban. Después de breves palabras, y antes de retirarse a sus correspondientes actividades, acordaron reunirse dos días después en la explanada frente a la fortaleza de Castelvecchio.

—Te encuentro un poco preocupado. ¿Qué te sucede? —preguntó el jardinero a su amigo.

—¡No! Nada, Angiolo. Es que he resolver muchos asuntos en los trabajos que llevo en marcha, antes del viaje.

—Yo también. Y mi preocupación además está en casa, porque mi esposa está padeciendo con sus dichosos dolores de espalda. Pero este viaje me vendrá bien, porque podré regresar a su pueblo natal y saludar a mis familiares, a los que hace mucho tiempo que no veo.

Llegó el momento acordado y un carromato de cuatro ruedas, tirado por dos caballos y conducido por uno de los cocheros de la curia tridentina, les aguardaba en el lugar, a punto para partir. Angiolo y Bruno no tardaron en llegar.

—Buenos días, señores, me llamo Mauro Cavalese, y soy el chófer que les llevará en este viaje —saludó el cochero, mientras recogía los baúles y fardos de ambos y los colocaba y amarraba adecuadamente en la parte trasera.

—Bien —respondieron Angiolo y Bruno.

—Tomaremos rumbo al oeste, por el camino que lleva a Bolbeno, y luego, ya en Val Rendena, torceremos hacia el norte en dirección a Carisolo —comentó seguidamente Angiolo, dirigiéndose al conductor.

—De acuerdo, señor —repuso Mauro una vez hubo asegurado el aparejo y terminado de comprobar las correas del carromato; luego, como en un acto reflejo, desnudó el látigo con el que incitar a los caballos.

—No te preocupes por la seguridad en los caminos; contamos con la garantía de un salvoconducto firmado por el cardenal —le dijo Bruno al conductor una vez que este subió a la silla para iniciar el viaje.

—No estoy preocupado, en absoluto; a estas alturas de mi vida ya no le temo ni a la muerte —respondió el chófer de inmediato y cortésmente.

Poco después, una vez instalados cómodamente en sus asientos, Bruno inició la conversación:

—Hace mucho tiempo que tengo pendiente este viaje, porque deseo regresar a Val Rendena para conocer más sobre mi familia, y ahora, ¡por fin!, creo que podré aclarar

algunas dudas que me atormentan desde la infancia, especialmente relacionadas con mis orígenes. El recuerdo que tengo de mi padre son sus magníficas obras pictóricas realizadas sobre la tenebrosa Danza Macabra.

—Yo también espero desvelar algunas incógnitas de mi pasado —murmuró Angiolo.

—¿Qué ruta consideraréis más apropiada? —preguntó Bruno dirigiéndose al chófer.

—Señor, el camino de la Giudicarie es, sin duda, el mejor trayecto. Es el más frecuentado y, por ello, el más seguro.

—¡Pues adelante! —coincidieron los viajeros.

Mauro no tardó en tomar las riendas.

—En cuanto a la comida, podemos hacer una parada en Baselga di Vezzano, que dispone de una hospedería donde sirven una excelente carne de venado y truchas del río; además, elaboran su propio pan de centeno, y tienen una buena bodega en los sótanos. Conozco bien el lugar —manifestó Bruno, mirando a Angiolo.

Relajados ya en sus asientos el uno frente al otro, Angiolo y Bruno coincidieron en apartar las cortinas de sus ventanillas para despedirse, por un tiempo, de la hermosa ciudad de Trento.

Era una mañana fría de finales de octubre y pocas personas transitaban por las calles y plazas, a excepción de los habituales puestos de mercaderes y buhoneros que comenzaban a abrir sus tenderetes en torno a la fuente de Neptuno, en la Piazza del Duomo. La campana mayor de la iglesia de Santa Maria Maggiore repicaba los tradicionales setenta y ocho golpes, con los que la ciudad despertaba del letargo nocturno, recordando a todos que eran las siete y cuarto de la mañana. Unos tímidos rayos de sol comenzaban a despuntar por las altas montañas, y amenazantes nubarrones iban, al mismo tiempo, cubriendo los cielos y tapando las estrellas. Las lámparas de aceite iluminaban las coloreadas fachadas de las casas. En las aceras, algunos borrachos hacían los mayores esfuerzos para no perder el equilibrio, tambaleándose, con los labios llenos de espuma y vomitando, consecuencia de la resaca de una noche de mucha bebida. También observaron mujeres de alegre vida que regresaban de los burdeles y se dirigían a sus miserables viviendas de los barrios extremos de la ciudad, mientras contaban con recelo y desespero las escasas monedas que habían ganado.

—Gracias al concilio, Trento se ha convertido en una de las ciudades más hermosas de Europa, atrayendo a toda clase de artistas y literatos —comentó Bruno.

—Pero este esplendor también ha influido paralelamente en un aumento considerable de las casas de apuestas y de juego, los prostíbulos y los mercados de trata de esclavos, además del nacimiento de algunas asociaciones de criminales y maleantes —repuso Angiolo.

—Sí, algo he oído, pero tú, Angiolo, estás mejor informado que yo. Mi trabajo,

como sabes, me obliga a permanecer jornadas enteras sobre un andamio, resolviendo la restauración de un mural, techo o escultura, mientras que tu actividad está más próxima con la gente, con el sentir del pueblo.

El jardinero miró con afecto a su amigo y le dio como respuesta una leve sonrisa, que secundó con un palmada en el hombro.

Aún faltaban casi dos horas para que se abrieran las puertas de la muralla, y por ello acordaron hacer un alto, para desayunar, antes de salir de la ciudad, y aprovechar para calentar las gargantas, que se habían enfriado por el aire de la mañana. Entonces, Angiolo, tras recibir el beneplácito de Bruno, gritó al chófer:

—¡Mauro, dirígete a la posada que hay cerca del Palazzo Rocabruna para desayunar!

—Como deseéis, señor.

En aquel lugar tomaron un vaso de leche caliente con crema de chocolate y algunos bollos recién horneados. Los pocos clientes que había estaban reclinados por el sueño sobre la barra o en las mesas. El cochero prefirió permanecer en la puerta, aguardando sentado en su silla del carromato.

—Es como si fuera este mi primer viaje —manifestó Angiolo, mirando a Bruno, mientras saboreaba con gula uno de los bollos calientes.

—A mí me ocurre lo mismo; a pesar de las muchas salidas que tuve que realizar durante las sesiones del concilio, parece como si este viaje fuese el primero —repuso Bruno.

Mientras consumían el último sorbo del vaso, ambos pudieron advertir cómo unos hombres atravesaron la sala arrastrando un pesado paquete de gruesa tela, desde la estancia interior, de cuyo extremo del fardo goteaba sangre. Entonces se miraron algo sorprendidos. Y Angiolo, acercándose discretamente al mozo de la barra, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Aquel joven quedó impávido, sin habla; rehuyendo aquella pregunta se apartó, con cierto temor en el rostro, hacia el extremo de la barra, donde se hallaban las barricas de vino, simulando que estaba muy atareado. Entonces, Angiolo volvió a repetirle las mismas palabras, con mirada imperante y fría, y en voz alta.

—¡Señor! No grite, se lo ruego —repuso con miedo el camarero—. Anoche, a altas horas, se produjo un duelo, a espada, que tuvo como escenario el patio trasero, en secreto, para evitar la presencia de la guardia. Lamento no poder decirles nada más. Si el dueño de la posada, que está fuera, se enterara de que les he contado esto, me mataría con sus propias manos.

—No te preocupes, joven, no diremos nada —repusieron Angiolo y Bruno, que dejaron unas monedas sobre el mostrador y salieron de aquel lugar.

Segundos más tarde ambos subieron de nuevo al carruaje.

V. La ciudad de los símbolos

No sé las razones del duelo —dijo Bruno—, pero estoy del todo en contra de la resolución de cualquier asunto por la vía de la violencia.

—Lo mismo pienso yo. Ambos, como me alegra comprobar, somos personas de diálogo, y la violencia no entra en nuestros conceptos —replicó Angiolo.

—Es probable que se haya tratado de un ajuste de cuentas, o bien que el propietario de este mesón, que he oído tiene fama por su violencia, haya desafiado a un cliente, que estuviera un poco bebido, por haber querido abusar de su hija, Giulia, que, por cierto, es una joven hermosísima —intentó aclarar Bruno.

Habían transcurrido unos pocos minutos cuando, al girar la calle el carromato, vieron a dos personas que dialogaban en voz alta.

—Mauro, frena un poco las riendas de los caballos para ir más despacio —pidió discretamente Angiolo al cochero—. Nos sobra tiempo.

Angiolo, en realidad, lo que quería era escuchar la conversación que aquellos dos hombres estaban manteniendo en aquel lugar. Y no tardaron en salir de dudas:

—¡Se lo merecía! ¡Se lo merecía! No tenía que haber bebido tanto y, menos aún, desafiar al padre —gritaba un tanto exaltado uno de los dos individuos.

—Este pobre hombre ya llevaba tiempo detrás de Giulia, pero el padre nunca aprobó esa relación —repuso el otro.

—No lo aprobó porque siempre estaba borracho y metido en broncas callejeras. Poco podía ofrecerle a su hija.

—Pero eso no es para mandarle al otro mundo. Y Giulia... ¿Qué será de ella?

—Giulia es joven y muy guapa, y no tardará en olvidarse de ese haragán, y que Dios lo tenga en su gloria —justificó.

Tras oír aquellas últimas palabras, Angiolo miró a Bruno.

—Tenías razón, amigo Bruno —dijo calladamente, mientras hacía un gesto con la mano a Mauro para que acelerara el paso de los caballos.

Pocos minutos después, el carromato rodaba sobre las húmedas losetas de piedra de las calles más céntricas del corazón urbano de la ciudad.

—La catedral de Trento fue el gran centro religioso del concilio, en su interior se celebraron importantes sesiones —argumentó Angiolo—. Y a nivel artístico, ¿qué puedo decirte yo que tú no conozcas?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Bruno, que asintió con la cabeza a las palabras que le acababa de decir su amigo.

—No sabía que te interesara tanto el arte, Angiolo. Pero déjame que te explique algo que mucha gente no conoce de nuestra catedral, ahora que estamos atravesando la Piazza del Duomo. Se trata del edificio religioso más importante de la ciudad; el altar mayor está dedicado a san Vigilio, el santo mártir que predicó el cristianismo en

el principado de Trento. La catedral fue construida en la segunda mitad del siglo XIII, en un lugar sagrado, sobre los cimientos de anteriores templos y altares de cultos paganos. Si te fijas con atención, el edificio tiene planta de cruz latina. Sobre la intersección de la nave principal y el crucero se eleva una robusta torre octogonal, llamada cimborrio o linterna, desde cuyas ventanas superiores se ilumina el corazón de la iglesia, que es el presbiterio, donde se encuentra el altar mayor. Y ahora podrás ver mejor el hastial del lado del Evangelio, con su amplio rosetón en forma de flor de doce pétalos, que parten de un círculo central que contiene en su centro la tau.

—Me parece muy interesante. También recuerdo haber visto en una ocasión en el interior de la catedral un extraño artilugio circular que alguien hacía girar —musitó Angiolo.

—Sí. Ese objeto de hierro, suspendido en la pared, es la rueda de la fortuna, un elemento que transmite prosperidad al edificio, a las personas vinculadas con él y a todo cuanto representa. Cada mañana, un sacerdote, al hacer girar esta rueda y hacer que se oiga el metalizado sonido de unas campanillas, está invocando los bienes materiales —comentó Bruno.

—He contemplado esta catedral en infinidad de ocasiones, pero nunca me había percatado de estos datos. Veo que en este viaje voy a aprender mucho. Pero háblame más de esa ventana circular —se interesó Angiolo.

—El rosetón de doce hojas fue muy utilizado en el arte gótico, a lo largo del siglo XIII, como símbolo del universo en su desarrollo cíclico espacio-temporal. Representa también la multiplicación de los cuatro elementos: agua, aire, fuego y tierra, por los tres principios alquímicos: azufre, sal y mercurio; o también los tres estados de cada elemento, en sus fases sucesivas de evolución, de culminación y de involución. Este número, por tanto, tiene una gran riqueza en la simbología cristiana, puesto que constituye la combinación del cuatro del mundo espacial y del tres del tiempo sagrado que mide la creación-recreación de la cifra doce, que no es otra cosa que la del mundo acabado. Es la del ciclo litúrgico del año de doce meses y de su expresión cósmica, que es el zodiaco —explicó Bruno.

—Todo esto es nuevo para mí, pero me interesa mucho. Y la tau, ¿qué representa? —volvió a preguntar Angiolo.

—La tau es uno de los cuatro grandes grupos de cruces existentes en la simbología cristiana. Si el compás era el signo que confería a la divinidad el atributo de Gran Arquitecto del Universo, representado en forma de triángulo equilátero, la tau constituía el apoyo del báculo del gran maestro templario, cuyos magos portaban colgada en el pecho. Esta singular cruz cósmica es también símbolo de la sabiduría y del conocimiento. En el alfabeto hebreo, la tau se relaciona con Neptuno, el último de los siete planetas sagrados de la antigüedad, relacionado con el espíritu y el signo Piscis...

—En esta fuente que dejamos a nuestra izquierda de pequeño me zambullía jugando con los amigos, y les mojábamos las ropas a las chicas para ver mejor sus pechos, mientras combatíamos las altas temperaturas del verano —comentó con mirada picaresca Angiolo.

—Sí, yo también tengo algunos recuerdos de juventud relacionados con esta fuente, dedicada al dios Neptuno, como el beso que le di a una joven antes de ser perseguido por su robusto padre, quien me lanzó unos perros de caza que casi me destrozan los pantalones. Afortunadamente logré trepar por una tapia y esconderme.

—Ja, ja, ja —rió Angiolo—. ¿Y no has vuelto a ver a aquella joven?

—Era la hija de la poderosa familia de los Pretorio, cuyo palacio ves enfrente, junto a la Torre Civica. Recuerdo sus hermosos ojos azules, larga melena rubia y una cintura de avispa. Fue mi primer amor. Pero, aunque bien joven, era consciente de que no tenía futuro, porque yo era un don nadie para sus padres. Después me enteré de que fue obligada a contraer matrimonio con el hijo de una influyente familia de Mantua relacionada con el comercio del azafrán, y yo me fui encerrando cada vez más en mi trabajo.

—Parece que este lugar tiene algo especial... —susurró Angiolo.

—Sí, y no es una casualidad que así sea. Neptuno es la inspiración, el genio, la estética, la vida superior; por tanto, el misticismo, el pensamiento superior y la capacidad de ser médium. Pero la ampliación de la ciudad se la debemos a Federico Vanga, quien, a comienzos del siglo XIII, y con la colaboración de los templarios, planificó el tramado urbanístico de la ciudad, además de la construcción de la catedral y la edición del *Codice Minerario* —amplió Bruno.

—¿Pero hubo templarios en Trento? —preguntó Angiolo.

—Los templarios de esta región mantuvieron estrechas relaciones con los teutones, a través de los Alpes. El Temple contó con una importante encomienda en esta ciudad, próxima a la judería, que no tardaría en ser destruida totalmente tras la caída en desgracia de la Orden, con la muerte de su último gran maestro, Jacques Bernard de Molay, en la primavera de 1314, en París. Pocos años después, como castigo divino, el mundo occidental sufrió terribles epidemias, entre ellas la peste. Mi padre, Simone Baschenis, dedicó toda su vida a este sobrecogedor tema y se especializó en la pintura mural de frescos relacionados con la Danza Macabra. En este viaje tendremos oportunidad de admirar algunas de sus maravillosas realizaciones —explicó con emoción Bruno.

—A partir de ahora, intentaré mirar con otros ojos tanto la catedral como esta fuente de Neptuno y otros lugares de la ciudad. Veo que nada está fortuitamente, ni es fruto del azar —exclamó Angiolo.

—Además, durante unos trabajos de restauración de frescos medievales, concretamente de las hermosas pinturas de Santa Maria del Popolo, descubrí la

representación de los doce símbolos del zodiaco; otra cuestión que confirmaría la vinculación de la catedral de Trento, dedicada a san Vigilio, con el Temple y el judaísmo —amplió Bruno.

—¿El judaísmo? —se interesó de inmediato Angiolo.

—Sí, Angiolo. Detrás mismo de la catedral, y a pocos pasos de la encomienda del Temple, se hallaba la judería de Trento. Tras la desaparición de los caballeros de la cruz paté, la minoría hebrea de la ciudad quedó desprotegida, pero la Iglesia buscó una excusa para su exterminio, y la encontró en la figura de un joven judío, Simeón, natural de Trento. Su desaparición se atribuyó a los rabinos de la ciudad, quienes, bajo las más crueles torturas, fueron obligados a confesar una culpabilidad que no pudo ser demostrada, pero que sirvió para justificar el comienzo de unas feroces y sangrientas persecuciones contra toda la comunidad hebrea de la capital del principado que obligaron a todas aquellas familias a permanecer ocultas en lugares subterráneos y practicar el criptojudaísmo.

—¿Y cuándo tuvo lugar aquel atropello? —volvió a preguntar Angiolo.

—Fue el 21 de marzo de 1475, víspera del Viernes Santo, también llamado Viernes Negro, anterior a la Pascua, jornada de conmemoración de la Crucifixión de Jesús Cristo y su muerte en el Gólgota. De inmediato, y sin pruebas sólidas, solamente el fruto de una confesión extraída a base de horrendas torturas, toda la comunidad hebrea fue acusada de la muerte de aquel joven, al objeto de drenar su sangre para fines rituales judíos. Ocho miembros de la comunidad fueron torturados y quemados en la hoguera, y sus familias fueron obligadas a convertirse al cristianismo. De no pasar por la pila bautismal, sus cuerpos arderían en una pira...

—¿Y nadie salió en defensa de aquellas personas?

—¡No! Más que nada por miedo a los poderes. El mismo obispo de Trento, Giovanni Hinderbach, para calmar un poco a las gentes y, sobre todo, a los inquisidores, decidió canonizar a Simonino, como era conocido aquel joven judío, y publicó el primer libro impreso en esta ciudad: *Historia de un niño cristiano asesinado en Trento*, ilustrado con doce grabados.

Una cierta rabia contenida se dibujó en el rostro de Angiolo.

No habían pasado muchos minutos cuando el carromato abandonaba la Piazza del Duomo, pasando frente a la iglesia de Santa Maria Maggiore, llevándoles hacia el sector occidental de la ciudad. Precisamente en la encrucijada con la Via Belenzani se alza una sencilla fuente de piedra coronada por un águila bicéfala de color negro: el águila de san Venceslao, orgullo y emblema del principado de Trento.

En el momento de cruzar la puerta de la Torre Vanga, más conocida como «Torre Rossa» por el color de la piedra, abierta bajo el adarve de las murallas del sudoeste, una larga comitiva de carros llenos de alimentos, que habían estado gran parte de la noche en trayecto hasta la capital del principado, iniciaba su entrada en Trento para

abastecer los mercados, comenzando una jornada más en el ciclo vital de la ciudad. El pescado llegaba de los puertos del Adriático, y también del lago de Garda; las manzanas y uvas, de los valles de Non, Ledro y Cembra; las carnes, de los mataderos de la ciudad de Rovereto; el vino, de Val di Cei; las hortalizas, de Arco y Tenno, y el pan se elaboraba en las tahonas de Trento; era el pan de espelta, especialidad de trigo de origen celta que daba una masa nutritiva y esponjosa de color grisáceo. Las tahonas acababan de abrir sus puertas, con los panes recién elaborados a lo largo de la noche en sus obradores, y una agradable fragancia perfumaba las calles y plazas; los pastores eran los más madrugadores en la cola de las panaderías, para salir a las montañas con sus grandes rebaños de cabras y ovejas.

Estaban transitando en aquellos instantes bajo el portalón, cuando dos de los comerciantes que aguardaban su turno para entrar en la ciudad, tras cruzarse toda clase de insultos, se pelearon con violencia, a causa de la competencia de los productos que portaban en sus carros; en este caso, barricas de vino. De pie, en el suelo, no paraban de darse golpes y puñetazos. De pronto, uno sacó un cuchillo del cinturón y fue a clavárselo al oponente, pero una saeta lanzada por un ballestero de la guardia cruzó el aire desde la almena superior hasta la puerta y se clavó en un lateral del carro, con un fuerte chasquido que hizo callar a la multitud. Enseguida todos giraron la cabeza hacia las almenas y pudieron ver al jefe de la guardia que, con gran vozarrón, les ordenaba dispersarse inmediatamente, cosa que hicieron al instante.

—¿Has visto eso? —comentó entre dientes Angiolo.

—Los mandatos del cardenal son muy claros en cuanto al orden social se refiere. No admite el más mínimo alboroto en las calles y plazas de la ciudad —justificó Bruno.

Un grupo de personas se agolpó en torno al lugar donde se había desarrollado la pelea, mientras los soldados uniformados, con espadas y armas de fuego, se abrían paso para despejar la entrada e instaban a la multitud a que se reordenara para dejar libre el acceso a la ciudad.

—¿Y qué hubiera sucedido si el comerciante hubiese resultado herido de muerte? —preguntó Angiolo.

Mauro, que había podido escuchar la pregunta, tras solicitar permiso para entrar en la conversación, respondió:

—El género que portaba habría sido confiscado y llevado a los almacenes generales de la municipalidad, que se encuentran en la Via del Suffragio, desde donde luego sería distribuido en los hospitales y albergues, y lo sobrante sería entregado a los pocos días a las familias más pobres de la ciudad. Conozco muy bien este proceso, ya que un hermano mío, Michello, es uno de los responsables de estos almacenes. Y la familia del fallecido no quedaría desamparada, sino que recibiría una ayuda del principado, como gracia del cardenal.

—Me parece una decisión muy acertada —exclamó Angiolo; mientras Bruno, que igualmente conocía al detalle el tema en cuestión, aprobaba con la cabeza las explicaciones que había dado el chófer.

Tras dejar atrás la Torre Vanga, cruzaron el puente de piedra de San Lorenzo, que salva las nerviosas y frías aguas del Adigio, dejando a sus espaldas Trento. La ciudad, al fondo del valle, con el Castello del Buonconsiglio, y la cilíndrica y pétrea torre de Augusto sobre las murallas del Castelvecchio, como referencia espacial, lentamente iba perdiéndose en la lejanía. Las hojas de los espesos bosques de hayas ya comenzaban a mostrar su variado y sorprendente colorido otoñal.

—El camino de la Giudicarie es estrecho y pedregoso en algunos tramos, por lo que es propicio a los asaltos de bandidos —recordó Angiolo—. Es un sendero de mucho trasiego humano que se corresponde con una antigua calzada romana, cuyo trazado sigue el curso del río Sarca. Esta ruta la he hecho en más de una ocasión, durante los años del concilio, para diseñar con plantas y árboles algunos de los jardines y terrazas de los castillos, palacios y fortalezas relacionados con el príncipe-obispo de Trento.

—Sí, sé muy bien la peligrosidad de estos caminos. Pueden salirnos bandidos en cualquier lugar; por ello, hemos de estar bien atentos. El salvoconducto del cardenal nos abre las puertas de castillos, palacios y ciudades, pero no nos libra de la ferocidad de los asaltantes sin bandera ni credo —apuntilló Bruno, al tiempo que daba una amable palmada en la ancha espalda de su amigo.

—¿Dónde haremos noche? —preguntó Angiolo.

—Vamos a tomarnos este viaje con tranquilidad. Creo que ambos nos hemos ganado un merecido descanso en nuestras actividades. Tú, por los magníficos diseños en jardinería, y las acertadas elecciones de las mejores flores de época, que son también todo un orgullo para nuestra ciudad; y yo, por las restauraciones artísticas llevadas a cabo en salas y salones de los palacios de Trento, así como en otros lugares del principado. Por todo ello, ambos debemos considerarnos dichosos por este viaje, dos años después de la clausura del cónclave —argumentó Bruno.

—He dejado a Antonella, mi esposa, un poco achacosa de su dichoso mal de la espalda; cuando se aproximan los fríos, sus huesos le recuerdan la enfermedad que tanto la atormenta. Y en cuanto a mis hijos, Domenico y Luigi, ya hace tiempo que se marcharon de casa a destinos bien distintos, como sabes. El primero eligió la carrera militar, ya es teniente y se encuentra destacado en Brixen. Ayer precisamente, bien temprano, después de haber pasado unos días con nosotros, partió al frente de sus hombres a un destino que no quiso comunicarnos ni a su madre ni a mí. Y Luigi hace tiempo que ingresó en la comunidad de San Romedio, donde ya profesa como monje en ese santuario rupestre del valle de Non, cerca del lago de Santa Giustina. En las escasas ocasiones en las que puede abandonar el monasterio nos trae una canasta de

manzanas. A ambos, como puedes imaginar, los echamos mucho de menos. Estamos muy orgullosos de ellos —exclamó con todo sentimiento Angiolo.

—De cualquier modo, debes sentirte feliz al contar con una familia. Yo, en cambio, estoy solo, sin parientes, dependiendo del mecenazgo de los Dossi, a cuya familia tanto le debo. Ellos me acogieron desde el primer día que llegué a Trento, y no dudaron en considerarme y tratarme como un miembro más de los suyos. Después del fallecimiento de mis padres naturales, al llegar a la capital del principado, los Dossi se convirtieron en mi única familia; aunque en ningún momento, ¡bien lo sabe Dios!, he olvidado a mis progenitores... —Bruno hinchó sus pulmones con una profunda inspiración antes de proseguir su historia—: Por todo ello, este viaje supone para mí mucho más que un mero descanso, una bocanada de aire fresco en medio de las prolongadas jornadas de trabajo que, a diario, desarrollo en los andamios de los palacios de Trento, buscando las formas de restauración de un cuadro, una estatua de mármol, un friso de escayola o un artesonado de madera. En Pinzolo, antes de llegar a Carisolo, está enterrada mi madre, y aprovecharé para colocarle unos lirios azules en su tumba; recuerdo que eran sus flores preferidas —explicó, muy emocionado, con los ojos húmedos.

Las ruedas del carromato seguían su marcha, balanceándose por la irregularidad del terreno, a través de un camino pedregoso y de barro que se abría paso entre espesos bosques y ríos. Ya hacía rato que habían dejado atrás la fortaleza de Vigolo, sobre el lago de Terlago. El camino estaba cubierto de charcos, por las lluvias caídas los días anteriores, y algunos agujeros en el suelo hacían que basculase la cabina; el aire fresco que entraba por las rendijas de las ventanas obligó a sus ocupantes a cubrirse con una manta. Así, tras un rato de silencio, por haber echado una cabezada, se despertaron de pronto, cuando Mauro frenó el carromato y los caballos quedaron frenados de golpe.

—¡Ya hemos llegado a Baselga di Vezzano, señores! —exclamó el chófer, mientras sujetaba las riendas con fuerza.

—Gracias, Mauro.

Mientras descendían del carromato, el chófer se ocupó de atender a los caballos, que mostraban síntomas de cansancio, en las cuadras de aquel albergó.

La hospedería estaba llena de buhoneros, ganaderos y comerciantes de paso. Los efluvios del vino podían cortarse en el ambiente, y los gritos de los comensales hacían difícil comprender cualquier conversación. Las jarras de vino corrían y se derramaban por todas las mesas.

—Posadera, ¿podríamos encontrar un lugar más tranquilo? —preguntó Angiolo, dirigiéndose a una de las camareras.

—¿Cuántos sois? —repuso esta.

—Tres. Nuestro chófer no tardará en venir —exclamó Bruno.

—Acompañadme. Estaréis mejor en la habitación del fondo, acaba de quedar libre una mesa y tiene el calor de la parte trasera de la chimenea.

—¡Gracias!

La posadera era mujer de mediana edad y de fuerte complexión; vestida con una apretada blusa azul marino, a juego con sus grandes y luminosos ojos, que ponía al descubierto unos hermosos y firmes pechos; falda larga y zapatos cómodos para su tarea; el pelo rubio oro, recogido en dos largas y anchas trenzas. Colgaba del cuello y basculaba sobre sus pechos un medallón a modo de camafeo de cuarzo blanco. Esta no le quitaba la vista de encima a Bruno.

—He visto cómo te miraba —comentó con sorna Angiolo.

—Sí, estaba un poco ruborizado. Es una mujer muy atractiva. Volveré otro día por aquí con más tranquilidad —respondió Bruno, tartamudeando.

Mauro, tras asegurar los caballos y el carro en el establo, también se incorporó a la mesa. La comida se desarrolló con toda normalidad. Mientras, en el salón principal se había formado un altercado entre los comensales, por el exceso de vino y algunas grapas de más para finalizar los postres. Después de pagar, los tres atravesaron el comedor principal casi a empujones entre el gentío, hasta alcanzar el umbral de la posada, para salir al exterior, y Bruno, volviendo el rostro y mirando con dulzura a la posadera, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Franchesca Borzago, señor.

—Encantado. Yo soy Bruno Baschenis, y vivo en Trento —respondió, estrechándole la mano a aquella señora tan gentil, y sin dejar de mirarla con la mayor estima. Ella hacía lo mismo. No cabía la menor duda de que, entre ambos, se había producido una fuerte atracción física.

Sin darse cuenta, ambos salieron al exterior de la posada hablando animadamente y, en un momento, Bruno aprovechó para cortar del árbol próximo a la fachada de la hospedería un ramillete de flores, camelias rojas, que regaló a Franchesca. Ella lo tomó con estima, y no dudó en desprender una flor que, de inmediato, se colocó en su pecho, sin dejar de mirar con ternura a Bruno, mientras este hacía lo propio. Luego volvieron a despedirse.

Mientras tanto, Mauro preparó el carromato en las cuadras y lo llevó hasta la puerta principal, con los caballos ya ensillados. Bruno, con el rostro emocionado, comentó a Angiolo:

—Hacía tiempo que no experimentaba una sensación así. Me ha parecido una mujer maravillosa. Intentaré volver a este lugar en otra ocasión. Tuve un amor de joven, pero no llegamos a casarnos porque ella, estando haciendo los preparativos de la boda, enfermó de tisis, y los médicos no pudieron hacer nada por su delicada salud. Siempre he guardado su recuerdo en mi corazón. Aquella desgracia me causó el más

terrible pesar y me sumió durante muchos meses en una profunda melancolía, y aquella tristeza me impedía realizar cualquier tarea por fácil que fuese; un mal de difícil curación, al decir de los médicos de Trento. Por ello, le tengo un gran respeto a la ciencia médica. De no haber elegido el camino del arte, que ha sido la constante en toda mi familia, sin duda habría tomado el camino de la medicina, en mi afán por curar a los enfermos y estudiar las causas de los males que ponen en peligro la salud y la felicidad de las personas.

—Estoy seguro de que la sigues amando, pero te diré que ya han pasado algunos años, y he advertido con claridad que esta mujer que nos ha servido la comida ha experimentado hacia ti la misma sensación que tú hacia ella —comentó Angiolo.

—Sí, Angiolo, pero entre la desgracia de la muerte de aquel primer amor y el desengaño del siguiente, por culpa de los padres de ella, como ya te hablé cuando pasamos por la Piazza de Neptuno, me va a costar encontrar el amor —dijo Bruno en voz baja.

De nuevo en ruta, el carromato tomó dirección a Toblino. El camino se hacía más complicado a medida que avanzaba, por el barro que impedía el giro de las ruedas y hacía que a los caballos se les hundieran sus patas hasta las rodillas. En aquel momento, un grupo de jinetes pasó a todo galope sin detenerse delante del carromato, salpicándoles de agua y barro por los charcos del suelo.

—Me ha parecido ver a hombres del capitán Eriprando —comentó quedamente Bruno.

—Sí, creo que son mercenarios a las órdenes de Eriprando Madruzzo, hermano del cardenal, hombre sin bandera. Todo el mundo sabe que ahora defiende los intereses de varios señores de esta zona —explicó el jardinero.

—Me interesa que me des la mayor información sobre este asunto. Tampoco a mí me ha caído bien este personaje, por muy hermano que sea del cardenal —repuso Bruno.

—No puedo decirte mucho más; solo lo poco que ha llegado a mis oídos. Este Eriprando, al frente de una partida de insurrectos y hombres de baja calaña, protege los bienes de algunos señores de los ataques de bandidos, o asalta diligencias echándoles la culpa a bandoleros, cuando no se dedica a apresar a los trabajadores de las minas de hierro o de las canteras de plata de la región que no cumplen con las cantidades de mineral que los señores nobles propietarios de dichas explotaciones les exigen que extraigan de las entrañas de la tierra. —Ante la atenta mirada de Bruno, que ni parpadeaba, escuchando cuanto le decía su amigo, Angiolo se tomó una corta pausa antes de proseguir la descripción de aquella sobrecogedora historia—: En las profundas y asfixiantes galerías subterráneas de las montañas, los cabecillas apresados no tardan en ser sometidos a humillantes sesiones de latigazos en las plazas de sus pueblos natales, como escarmiento ante sus familiares y amigos, y en muchas

ocasiones son degollados y sus cabezas colgadas de una picota en los cruces de caminos.

—¿Sabes si el cardenal conoce todo esto? —preguntó Bruno.

—Me temo que no —dijo apesadumbrado Angiolo.

«Es posible que el enemigo lo tenga su eminencia más cerca de lo que se imagina», pensó Bruno, que segundos más tarde no tardaría en comprobar con sus propios ojos la veracidad de las palabras de su compañero y amigo.

—Allí hay uno de estos crueles testimonios de la violencia de la ley del poder y la sinrazón humana que tenemos en nuestra sociedad —exclamó con estupor Angiolo, mientras Bruno contemplaba el escalofriante balanceo al aire de tres cabezas colgadas de los retorcidos soportes de hierro de una picota, de las cuales aún goteaba sangre.

A corta distancia, dos buitres de plumaje pardo aguardaban en las ramas de un vetusto roble a que se alejara el carromato para seguir devorando el festín.

—Aunque representemos los intereses de nuestro principado, y estemos a las órdenes del cardenal Madruzzo, no me parece bien lo que está sucediendo —insinuó en voz baja Angiolo.

—A mí tampoco. Pero no todos los males que pueda haber en nuestra sociedad hay que achacárselos al cardenal. Es probable que estas cabezas correspondan a malhechores, bandidos ajusticiados por la ley. No creo que sean de indefensas, humildes y nobles personas —justificó Bruno.

Luego cambió el tema de la conversación. Pero en la mente de Bruno no se borraba cuanto había observado. Y pensó: «De todos modos, el cardenal debería estar informado de cuanto hemos presenciado».

—Pienso que, a lo largo del viaje, encontraré el tiempo para contarte algo de mi vida —susurró Angiolo en voz baja, y añadió—: No falta mucho para la primera parada, donde podremos comer, descansar y pasar la noche.

—Ya tenía ganas de estirar un poco las piernas —asintió Bruno, mientras no dejaba de pensar en la conversación que acababa de mantener con su compañero de viaje.

Tras dejar atrás el espejo de cristal del lago de Santa Massenza, comenzaron a tomar contacto con otro lago, no menos agradable que el anterior, pero sus aguas, en lugar de celestes, eran de un intenso azul marino; altos cipreses y viejos olivos flanqueaban el camino. Comenzaba ya a caer la tarde cuando una bandada de grullas cruzó el cielo reflejándose en el espejo de la superficie de las tranquilas aguas del lago, mientras una suave y fresca brisa mecía las copas de los árboles.

—Estamos en Val dei Laghi —confirmó Angiolo—, donde se alza el castillo de Toblino, la única fortaleza de toda la región que se encuentra en medio de un lago. Sus muros están lamidos por las aguas, a la sombra de elevadas montañas y rodeados de pinos, cipreses, castaños y robles. Me han dicho que este lago está encantado,

porque en sus profundas aguas, de un color azul intenso, habitan espeluznantes monstruos y sorprendentes leyendas flotan en su atmósfera. En este castillo podemos cenar y descansar para partir mañana con los primeros rayos del amanecer; el chófer y nuestros caballos también lo agradecerán. Los propietarios de esta fortaleza, tengo entendido, son gente acogedora, fieles al príncipe-obispo de Trento, y espero que nos reciban con agrado.

—Me parece una excelente decisión —musitó Bruno, mientras pensaba que sería el lugar ideal para enviarle una paloma mensajera al cardenal, con la información sobre Eriprando, su hermano.

Al llegar frente al portalón de la fortaleza, los soldados que estaban en el pasillo de ronda superior bajaron a la puerta para pedir a los recién llegados que se identificaran; mientras tanto otros guardias, desde las almenas del torreón circular, amenazaban a los ocupantes del carromato con sus ballestas y armas de fuego.

—¡Deteneos! ¡No disparéis! Estamos en viaje por estas tierras y tenemos salvoconducto del cardenal Madruzzo; comunicádselo al castellano —argumentó con convicción y seguridad Bruno tras descender del carromato y exhibir el documento al aire.

El sargento de guardia, después de asegurarse de la autenticidad del certificado, mandó descansar a sus soldados, y estos no tardaron en bajar sus amenazantes armas. Al rato, se oyeron crujir los goznes de las bisagras y las pesadas hojas de madera del portalón se abrieron de par en par. Enfrente, dentro del recinto, se encontraba Nicolò Gaudenzio, señor del castillo, hombre de mediana estatura y fuerte complexión, larga melena pelirroja, barba del mismo color, ojos pequeños, verdes, y mirada profunda, quien vino a saludarles. Tras descender del carromato, y con la mayor amabilidad, no tardaron en aproximarse al responsable de aquella fortaleza. Bruno, sin desprenderse del documento cardenalicio, lo mostró con toda confianza.

—Me llamo Bruno Baschenis, artista restaurador de los palacios de Trento, y vengo acompañado de Angiolo Tonelli, amigo mío. Estamos de viaje por estos valles del principado.

—He oído hablar de vos, y también de vuestro trabajo. Sois bienvenidos a esta vuestra casa.

VI. El castillo del lago

Seguidamente, después de que unos sirvientes bajaran los equipajes, Mauro procedió a llevar el carromato a un cobertizo, y los caballos, librados de los arneses, al pesebre, donde pudo alimentarlos de paja.

—¡Acompañadme! —exclamó Nicolò Gaudenzio a los recién llegados—. ¡Y vosotros traed los equipajes! —ordenó a unos servidores.

—Muchas gracias, señor, por vuestra amabilidad —respondieron Bruno y Angiolo, mirando con respeto al castellano.

—Os alojaréis en unos aposentos de la segunda planta, junto a la biblioteca, en el ala de levante, que tiene excelentes vistas al lago. Allí estaréis más tranquilos —destacó Nicolò, mientras avanzaba por los pasillos con seguras y largas zancadas—. Cuando descanséis, podéis descender a la planta inferior, donde se encuentra el salón y os servirán la cena. Yo no podré acompañaros, he de partir sin demora hacia Castel Campo, pero regresaré mañana. Espero poder veros para despedirme de vosotros. Queda como responsable de Toblino mi sobrino Raffaello, quien os atenderá en todo cuanto necesitéis.

—Lamento que tengáis que ausentaros. Pero descuidad, no nos iremos sin despedirnos de vos —respondió Bruno, mientras Angiolo recogía los equipajes y daba unas monedas a los sirvientes.

Con un fuerte apretón de manos a los recién llegados, Nicolò partió rápidamente. Instantes después, Bruno y Angiolo ocuparon sus respectivas alcobas y acordaron encontrarse en el comedor una hora más tarde. Ambos aposentos eran salas anexas, sin comunicación interna entre sí, provistas de un amplio ventanal con vistas al lago. Lo primero que hizo Angiolo fue asomarse al exterior, para respirar aire fresco y puro, pero no tardó en entrar de nuevo a su alcoba, a causa de la humedad del lugar, que le hizo estornudar en varias ocasiones, y cerró de inmediato los postigos de las ventanas; la atmósfera del aposento era más agradable, gracias al calor que proporcionaba una gran estufa de cerámica que se levantaba en un ángulo de la alcoba. En aquella época, ya en pleno otoño, el frío alpino se hacía notar. Bruno, en cambio, se hallaba concentrado en la redacción de un escrito al cardenal:

Eminencia, estamos en Toblino, aún no puedo facilitarle mucha información, porque no he tenido oportunidad de conocer, o de descubrir, algo que pueda ser de vuestro interés, pero sí creo que debería estar atento sobre los pasos de su hermano Eriprando.

Bruno

Escribió esta misiva en un pequeño trozo de papel y lo enrolló bien. Se dirigió seguidamente hacia los establos, donde estaban el carruaje y la jaula de madera con las palomas, extrajo un ave de su interior, le ató la nota en la pata con una cinta y, ya en su aposento, la soltó desde el balcón de su alcoba. La paloma no tardó en volar rumbo a Trento.

Seguidamente, Bruno, más tranquilo, una vez cumplida aquella misión, procedió a dar un repaso a la estancia. Varias velas iluminaban aquel aposento y permitían apreciar mejor los detalles del mobiliario; no faltaban armarios, sillas, mesa de trabajo, estanterías para algunos libros y un aguamanil con espejo, toalla de algodón y jabón en uno de los extremos de la alcoba; en las paredes había un espejo y varios cuadros de artistas de la escuela de Venecia y Perugia. Bruno examinó al detalle todos los rincones del aposento, mientras valoraba la belleza del artesanado de madera del techo y demás aspectos de las obras de restauración que se llevaron a cabo en este castillo durante los veinticinco años del reinado de Bernardo Clesio, el cardenal antecesor a Cristoforo Madruzzo al frente del principado-obispado de Trento.

Más tarde, Angiolo y Bruno coincidieron en el pasillo, para descender al comedor, pero antes se interesaron por la biblioteca, cuya sala se hallaba en la misma planta, como les informó el castellano.

Abrieron la puerta y accedieron a la estancia de lectura y consulta de libros. La sorpresa fue que allí, a la luz de una vela y a pocos metros de la estufa de cerámica vidriada de la estancia, había alguien totalmente abstraído consultando un grueso manuscrito.

—¡Buenas noches! —saludaron quedamente los recién llegados.

Instantes después, aquel hombre elevó el rostro hacia la puerta, al tiempo que se desprendía de los anteojos para ver mejor de lejos, y respondió cortésmente a los recién llegados:

—¡Tomad asiento, por favor!

—¡Gracias! —respondieron al unísono Angiolo y Bruno.

Estos se acomodaron con rapidez a pocos metros de aquel hombre, en un extremo de la mesa, y encendieron el candil de aceite que estaba apagado; después, Bruno se dirigió a uno de los estantes, para consultar un manuscrito.

—Me llamo Pietro Andrea Mattioli. ¿Y vosotros quiénes sois? —se interesó aquel hombre.

Al oír aquel nombre, Angiolo no pudo disimular su asombro y, al mismo tiempo, una profunda satisfacción. Se había encontrado de repente con uno de sus personajes más admirados, el médico de Siena que conoció de cerca el «Saco» de Roma del año 1527 y también los estragos de la sífilis en la Ciudad Eterna.

—No sabía que estabais aquí, en el principado de Trento —no tardó en exclamar Angiolo.

—Sí, desde hace unos meses trabajo para el cardenal Madruzzo, concretamente en un encargo sobre la versión italiana del *Dioscórides*.

Angiolo escuchaba con el mayor interés a Pietro Andrea, sin salir de su asombro por la felicidad de tener tan cerca a aquel admirado hombre de ciencia. Luego respondió:

—Me llamo Angiolo Tonelli, jardinero de los palacios de Trento; también trabajo para el cardenal Madruzzo. Desde hace mucho tiempo he oído hablar mucho y bien de vos.

—Sí. En realidad mi vida se desarrolla un tanto a la sombra del mundo, aunque en estrecho contacto con él. Mi tarea es estudiar las formas de curar las más terribles enfermedades a través de las plantas. Por ello, estoy más tiempo dentro de los *scriptoriums* de los monasterios y abadías, o en las bibliotecas de los palacios y castillos, que en los hospitales, cuando no estoy recogiendo plantas silvestres de los campos y montañas. Pero es allí, en los hospitales y centros de curación, donde finalmente se ponen en práctica mis teorías sobre las causas y orígenes de los males físicos del ser humano —repuso Pietro—. Y vos, que observáis con tanto interés, ¿quién sois?

La pregunta del científico a Bruno cogió a este consultado un códice de la biblioteca y no se había perdido detalle de toda la conversación.

—Me llamo Bruno Baschenis —dijo acercándose al instante—, y trabajo en la restauración y decoración de las obras de arte de los palacios de la ciudad de Trento. También trabajo para el cardenal Cristoforo Madruzzo. Mi padre fue Simone Baschenis, natural de Averaria, en Bergamo.

El rostro de aquel hombre se iluminó de inmediato.

—Oí hablar muy bien de vuestro progenitor. Simone es el autor de las decoraciones de las excelentes pinturas al fresco de las iglesias de Val Rendena, alusivas a la Danza Macabra —recordó el médico. Y preguntó—: Decís que «fue», ¿es que ya no vive vuestro padre?

—No. Desapareció en 1539, y en cuanto a su fallecimiento aún desconozco las causas. Mi madre, de nostalgia, no demoró su encuentro con el Altísimo, y de alguna manera se llevó la explicación a la tumba. Pero, en este viaje, aunque han pasado ya muchos años, me gustaría encontrar la respuesta, y aprovechar para recorrer las calles de Pinzolo, donde nací y viví hasta mi traslado a Trento, hace veintiséis años.

Un silencio sepulcral reinó en la sala durante unos instantes, solo roto por el golpe de los postigos de una ventana que se habían soltado a causa del viento exterior. Seguidamente, Angiolo explicó:

—Este viaje es, de alguna manera, una compensación a los trabajos que ambos, Bruno y yo, hemos realizado durante los años de la celebración del Concilio en Trento. Y aprovecharemos para regresar a nuestros pueblos de origen, después de

tanto tiempo. Pero, por favor, contadnos más de vos.

—Por lo que veo, mi vida, señores, ha sido algo más inquieta que la vuestra. No hemos coincidido antes, sin duda por los numerosos viajes que he tenido que realizar. Durante catorce años fui médico de cabecera y consejero del cardenal Bernardo Clesio, y a la muerte de este, precisamente el mismo año en que, según me decís, Bruno, falleció vuestro padre, pasé con mi familia momentos muy difíciles: con esposa, dos hijos y un hermano a mi cargo, dedicándome a trabajar en el valle de Anania. Después fui nombrado médico de Gorizia y, desde hace unos meses, fui contratado por el cardenal Cristoforo Madruzzo para traducir del árabe la obra cumbre de Avicena, el *Canon*, o lo que es lo mismo, el *Dioscórides*. Desde hace una semana me encuentro en Toblino, estudiando las plantas y arbustos de esta zona del principado tridentino y examinando los valiosos libros de la biblioteca del castillo.

Angiolo no podía disimular su admiración hacia Pietro Andrea. Ambos estaban vinculados por el interés hacia la naturaleza; el primero, en cuanto a su dimensión estilística, como diseñador de jardines, y el segundo, como científico, analista de las propiedades de la botánica para la salud.

—¡Contadnos vuestras experiencias en Roma, especialmente los sangrientos episodios del saqueo! —propuso Bruno, mirando ya con afecto al médico, convencido de que se trataba de un hombre de ciencia y honesto.

—Después de unas breves estancias en Siena y Perugia, me trasladé a Roma. Allí tuve el privilegio de conocer personalmente a Jehuda Abarbanel, mejor conocido como *León Hebreo*, un médico y astrólogo español que, desde la ciudad de Toledo, llegó a Italia tras el decreto de expulsión de los sefardíes firmado en marzo de 1492 por la reina Isabel la Católica. Abarbanel fue una de las personas más inteligentes que haya conocido en mi vida; dedicó su existencia al amor cortés, fuerza que, para él, colma el universo y une el mundo al Altísimo. En mi biblioteca de Gorizia conservo un ejemplar de sus magnas obras, *Diálogos de amor* y *De coeli harmonía*, que me entregó para su custodia momentos antes de fallecer, porque ambos libros fueron condenados por la Inquisición. En la ciudad de Roma permanecí hasta los sangrientos episodios del saqueo del año 1527, que representaron toda una humillación de la capital de la cristiandad —respondió Pietro Andrea.

—¡Sí! Sé muy bien que grandes artífices italianos de entonces, residentes en Roma, tuvieron que marcharse a otros países, donde difundieron sus grandes obras: Rosso, Peruzzi, Parmigianino, Pierino del Vaga... fueron algunos de ellos, lo cual fue un duro golpe para nuestros artistas —comentó con profundo pesar Bruno.

—Como médico, me tocó vivir los momentos más terribles de aquellos episodios. Los muertos se agolpaban, empapados en sangre, como animales en un matadero sobre las aceras; manzanas de casas y barrios enteros eran abrasados por las llamas; ríos de sangre fluían en las calles. Las compañías de mercenarios españoles y

lansquenetes alemanes entraron armados hasta los dientes en Roma, asesinando a todo ser viviente... Pero mucha gente no sabe que el culpable de todo fue Clemente VII. Tras la victoria española en Pavía, las tropas imperiales apresaron a Francisco I y, con su liberación de la fortaleza de Berlanga de Duero, este pontífice no dudó en volver a aliarse con el monarca francés contra el emperador, y Carlos V mandó atacar sin piedad la capital de la Santa Sede. En medio de todo ello, como es de suponer, surgieron terribles epidemias de enfermedades, como la cruel sífilis, consecuencia del desenfreno sexual de los soldados con mujeres que buscaban unas monedas para sobrevivir ante la barbarie. Clemente VII, mientras tanto, decidió refugiarse con varios de sus cardenales y obispos más allegados en las oscuras estancias del castillo de Sant'Angelo, donde llegó a través de galerías subterráneas que pasan por debajo del Tíber, pero no tardaría en ser capturado por los soldados españoles. Para comprar su libertad, después de siete meses de rigurosa cautividad en lóbregas mazmorras, el Papa hizo que Benvenuto Cellini, su compañero de infortunio, fundiera todas las riquezas que pudiera disponer de los fondos del Vaticano (coronas, cálices, joyas, tiaras, báculos...), además de poner en garantía sus últimos bienes... Clemente VII, y también Paulo IV, han sido los dos pontífices más funestos que hasta la fecha haya tenido el catolicismo. —Se respiraron unos momentos de espeso silencio en la estancia, y seguidamente Pietro Andrea prosiguió su narración—: Esta desgracia, que destrozó la capital de la cristiandad, parece que fue una catástrofe anunciada.

—¿Qué queréis decir?

—Se dice que una noche de finales de octubre de aquel año de 1527, un cometa cruzó el cielo iluminando el firmamento. Algunos astrónomos dijeron que se trataba del cometa-espada de Plinio, que, en forma de puño cerrado, mostraba incandescente su amenazante silueta sobre la capital del mundo cristiano; algo así como la destrucción de Jerusalén del año 72 o la de Roma por los godos de Alarico del año 412 —concretó Pietro Andrea.

Angiolo y Bruno no podían disimular su estupor y cambiaron el esotérico tema de la conversación.

—¿Y cómo pudisteis hacer los tratamientos? —inquirió Angiolo—. ¿Practicasteis las sangrías?

—¡No! Estoy en contra de la práctica de la sangría, que se ha llevado de este mundo a innumerables enfermos con débiles fluidos etéreos a los que, al serles aplicadas estas curas, se les ha quitado la poca sangre que les quedaba ante los indiferentes ojos de unos médicos que se limitan a seguir unas prácticas antiguas que califico de atroces —argumentó Pietro. Tras unos instantes de enojo contenido que se reflejó en el rostro del galeno, este prosiguió—: La sífilis, también conocida como *lúes*, es una enfermedad venérea, cuya infección se transmite por relación sexual, ocasionada por una bacteria. Los tratamientos más habituales son a base de mercurio,

aunque debo confesar que no son muy eficaces. Por ello, después de algunos años de estudios en botánica, descubrí las propiedades de la bardana, una planta de carácter depurativo que ya conocían los médicos de Julio César para lavar las heridas en la piel de los legionarios y que también es eficaz para la sífilis, al someter al enfermo a fuertes sesiones de sudoración, durante dos semanas, y después hacerle beber infusiones de raíces de bardana durante tres meses —explicó con la claridad de la experiencia el médico.

Bruno, mientras tanto, observaba con inmensa admiración a aquel gran hombre. Su aspecto físico era inconfundible: un rostro ovalado, con ancha frente, ojos saltones y mirada noble e inteligente, espesa cabellera, aunque canosa y barba prominente acabada en dos puntas; vestía con sobria elegancia, cubierto con abrigo de seda y ancho cuello de piel de armiño; debajo, una camisola de algodón con botonadura de arriba abajo. Sus delicadas manos, que contrastaban con la seguridad y experiencia de las mismas, habían dejado la pluma de ave sobre el tintero y los manuscritos en los que estaba trabajando desde el comienzo de sus sabias explicaciones.

«¡Qué maravilla!, ¡cuánto estoy aprendiendo! No podía imaginarme que en este viaje iba a encontrarme con un hombre de ciencia de esta categoría», pensaba Bruno.

—Habládnos más sobre esa milagrosa planta, señor —inquirió Angiolo—. Me gustaría saber más sobre ella.

—La bardana tiene los tallos estirados, las hojas en forma de corazón y suavemente dentadas, verdes por encima y vellosas y blanquecinas por su cara dorsal. Produce flores purpúreas y sus raíces son gruesas y negruzcas. En cuanto a la recolección, al iniciarse la primavera se arranca toda la planta, se lavan las raíces y luego se cortan en rodajas, que se secan al calor suave. La parte empleada son las raíces —amplió Pietro Andrea.

—Por lo que he podido oír, además de combatir la sífilis es también eficaz en los tratamientos de enfermedades de la piel humana —sugirió Angiolo.

—En efecto. La bardana la he utilizado en mi clínica de Gorizia para enfermos reumáticos, con erupciones de la piel, úlceras varicosas, forúnculos, eczemas y supuraciones. En los males internos, a base del cocimiento de una cucharada por taza, tres veces al día; y en los externos, el mismo cocimiento para combatir las erupciones de la piel. —El médico tomó después un sorbo de agua de la jarra que tenía sobre una vieja mesa, en un rincón de la sala, próxima a la estufa de cerámica, y, tras un momento de silencio, se quedó mirando fijamente a aquellas dos personas que tenía delante, y luego prosiguió—: Pero también he descubierto otra planta que ofrece todavía más virtudes contra la sífilis. Se trata de la caléndula, una planta silvestre que cura las heridas, con cuyo extracto he logrado cicatrizar las úlceras. Los extractos los elaboro a base de alcohol, que extraigo de la destilación del vino, y la fórmula: tres partes de flor de caléndula y una de orujo o vino destilado; y para tomar, en forma de

infusión, añadido tomillo en la decocción.

Angiolo y Bruno no salían de su asombro ante todo cuanto estaban oyendo de aquel médico. Y después, el primero exclamó:

—Señor, no habíamos oído hablar de esta planta que, por lo que nos estáis diciendo, podríamos calificar de milagrosa.

—La caléndula debe su nombre al término «*calendae*», con el que los romanos designaban los primeros días del mes. Con ello se hacía referencia a un largo período de floración, desde comienzos de mayo hasta mediados de noviembre. Las flores son grandes, de color amarillo intenso, aunque es la que tiene sus flores doradas la más eficaz para las curaciones que, desde hace pocos años, estoy practicando con el mayor éxito en la clínica de Gorizia.

Angiolo y Bruno escuchaban sin parpadear las explicaciones del galeno.

—¿En qué lugares puedo encontrar estas plantas? —volvió a preguntar el jardinero.

—En diferentes territorios del principado de Trento se desarrollan y florecen de forma natural tanto la bardana como la caléndula, especialmente en los valles de Val Rendena —concretó Pietro Andrea.

—Es la zona que vamos a recorrer.

En aquellos momentos, el médico guardó silencio y luego prosiguió con la conversación que estaba manteniendo sobre temas que al galeno tanto le agradaba explicar.

—Muchos de estos trabajos los he podido desarrollar gracias a Gerolamo Cardano, médico y alquimista, buen amigo, a quien conocí cuando ejercía de profesor de Medicina en la universidad de Bolonia. Cardano es, además, astrólogo y físico. Su más célebre trabajo ha sido haber abierto el camino de la física experimental; recuerdo que se apasionaba hablando de Ptolomeo y analizando las interpretaciones de los sueños. Pero, al ver que su vida corría peligro tras ser expulsado de la universidad y acusado de herejía por la Inquisición, no dudó en buscar refugio en Val Rendena, concretamente en el pueblo de Carisolo. Su casa se encuentra en el interior de un espeso bosque de robles próximo a la iglesia de San Stefano. Pero, por favor, esta información solo la conozco yo; sed discretos, porque su vida correría peligro...

—Esa población está en nuestra ruta —respondió calladamente Angiolo.

—Descuidad, lo haremos con la mayor discreción —añadió Bruno.

—Gracias, señores. Voy a entregaros unas notas en un sobre para que, si no es mucha molestia, se lo deis de mi parte. Gerolamo os atenderá bien en su cripta, rodeado de atanores, vidrios y fraguas —amplió Pietro Andrea.

Seguidamente, Bruno decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Esta biblioteca de Toblino es tan interesante para vuestros estudios?

—Los libros que veis en estas estanterías no son todos. Las obras más valiosas,

que son incunables y originales, al haber sido condenadas por la Inquisición, se encuentran ocultas en una cámara secreta —respondió Pietro calladamente.

—¿Y esa cámara se encuentra aquí, en Toblino? —se interesó Bruno.

El galeno quedó sin habla, y, tras examinar con mirada de bisturí a ambos, decidió responder.

—Sí, no está lejos de aquí. Se accede a través de un mecanismo escondido. Es una especie de cripta que me mostró confidencialmente Nicolà Gaudenzio... —susurró el médico—. Esto os lo cuento dada la relación directa y amistad que todos tenemos con el cardenal. Pero si esta información estuviese en conocimiento del Santo Oficio, de la Inquisición, toda esta sabiduría sería pasto de las llamas, por lo que confío en vuestra discreción, por el bien de todos.

—En Trento me hablaron de unos libros prohibidos. ¿Y qué obras se guardan en este secreto archivo? —se interesó Bruno.

—Precisamente el manual más importante de todos... —susurró Pietro. Tras unos instantes de silencio, el médico tomó aire y prosiguió su relato, con la complicidad y el mayor interés de los dos—: Se trata del *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum*, es decir, el índice de las obras prohibidas, aquellas publicaciones que la Iglesia católica catalogó como libros perniciosos para la fe. En este documento se establecen, en su primera parte, las normas de la Iglesia con respecto a la censura de libros. El propósito de esta lista era prevenir la lectura de libros o trabajos calificados de inmorales por la Iglesia, por sus contenidos en errores teológicos o morales, previniendo con ello la corrupción de los fieles —arguyó Pietro Andrea.

—¿Y cuándo se imprimió este índice? —preguntó Bruno.

—La primera edición es del año 1559 —respondió Pietro Andrea—, a iniciativa de la Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición, de la Iglesia católica, que es como oficialmente se llama al Santo Oficio. En ella aparecen tres listas que agrupan todas las obras y escritos de un autor prohibido, los libros específicos de un autor prohibido y los escritos específicos de un autor incierto... —confirmó el galeno.

En aquellos instantes entró en la sala un sirviente para comunicarles que la cena ya estaba servida en el comedor.

—Muy bien. Ahora bajamos —contestó Angiolo.

En el salón comedor, con la cabeza apoyada sobre su brazo, Mauro aguardaba en silencio a sus compañeros en el extremo de una larga mesa de madera, sin cesar de bostezar de hambre, aunque con los ojos medio cerrados de sueño y cansancio. Angiolo y Bruno, acompañados de Pietro Andrea, se aproximaron al lugar y tomaron asiento junto a él. Al pronto se acercó Raffaello, el sobrino del señor del castillo, que se incorporó a la mesa para acompañarles en el ágape.

—¡Mi bienvenida a Toblino, señores! —exclamó el joven—. Ya me ha hablado

de vosotros mi tío antes de partir hacia Castel Campo.

—Muchas gracias, Raffaello. Lamentamos no poder permanecer más tiempo en este agradable castillo —respondió Bruno, mientras Angiolo saludaba a Mauro.

—Nací en esta fortaleza —dijo Raffaello— y desde siempre me he interesado por su historia, y algunas leyendas...

—¿Leyendas? —preguntó con interés Angiolo al anfitrión.

—Sí, este castillo guarda una sobrecogedora leyenda, que no conoce mucha gente: hace algunos años, había dos jóvenes amantes, Claudia Petta, hija de una poderosa familia de Rovereto, y Adriano Fossombrone, capellán de Pèrgine, quien solicitó al Papa, sin éxito, colgar los hábitos. Entonces, ambos, locamente enamorados, al ver sus amores imposibles, decidieron poner fin a sus vidas, tomaron una barca y se internaron una noche de espesa niebla en la oscuridad del lago. Tras una corta travesía, Adriano y Claudia decidieron arrojar a las frías aguas, asidos por las manos, y poner fin a sus vidas. Después, nada se supo de ellos; incluso la barca sigue navegando a la deriva por el lago. Se cree que el espectro de Claudia sigue deambulando por las estancias de este castillo —relató Raffaello.

Los comensales no daban crédito a cuanto estaban oyendo; apenas habían probado alimento alguno.

—Esta noche la pasaré en las cuadras, con los caballos —susurró Mauro, y una ruidosa carcajada retumbó en la estancia.

—Sí, parece gracioso, pero el tema es más serio de lo que os imagináis. Desde hace unos años son cada vez menos los viajeros que, de paso por la Giudicaire, hacen un alto en el camino para alojarse en este castillo, por miedo, sin duda, a unos fantasmas que aparecen de noche y que podrían estar relacionados con la leyenda que os he contado —expuso Raffaello.

—Hay que tener más miedo a los vivos que a los muertos —exclamó Angiolo.

—Se me ocurre una idea, que puede ser útil. Mañana, con calma, os la diré —manifestó Pietro Andrea, dirigiéndose a Raffaello.

—Me interesa también la historia real de este castillo —comentó Bruno, mientras cortaba un trozo de queso parmesano y vertía vino de la jarra en su vaso.

—Según los libros leídos y, sobre todo, las historias que, desde pequeño, me han contado, el origen de este castillo es muy antiguo. Se dice que sus cimientos, excavados en la misma orilla del lago, se alzan sobre un templo dedicado a Fati, divinidad celta protectora de las aguas y manantiales, de la tribu de los tublinates, que darían nombre al lago y a la fortaleza. Mañana, si la niebla lo permite, podréis admirar sobre las copas de los árboles la puntiaguda cima del Daino, la montaña sagrada de los antiguos celtas. Este estratégico enclave, tras la conquista de las legiones romanas, fue convertido en sólido fortín militar. También hay quien asegura que el temible Atila, rey de los hunos, en su marcha con sus ejércitos hacia la Ciudad

Eterna, plantó en las orillas del lago un roble, para recordar su paso por este lugar. El documento escrito más antiguo que se conserva de Toblino se remonta al año 1124, en tiempos de Odorico, su primer señor. Esta fue, por lo tanto, la primera fortaleza en levantarse en todo el valle del Sarca. Cuatro siglos después, en tiempos del cardenal Bernardo Clesio, se llevaron a cabo importantes restauraciones. Y, no lejos de aquí, en Sarche, el cardenal Cristoforo Madruzzo mandó construir la Villa Vescovile, sede de una importante hacienda agrícola eclesiástica —arguyó Raffaello.

—Villa Vescovile..., ese lugar me trae algunos recuerdos —murmuró entre dientes Angiolo—, por los jardines que diseñé, rodeando al monumental palacio, y también por algunas de las escandalosas fiestas que, en sus salones, durante el concilio, allí se celebraron.

—Sí. No cabe duda de que estamos en un enclave estratégico, elevado sobre una pequeña península y rodeado por las aguas del lago, donde se aprecia un admirable encuentro entre el rústico alpino y la belleza del Renacimiento —completó Bruno.

—Se ve tu pasión por la arquitectura —expresó el responsable de la fortaleza, con una sonrisa. Y añadió—: La piedra roja procede de las canteras de Calavino, y el agradable aspecto que ofrece todo el conjunto, incluyendo las decoraciones interiores de las salas, se lo debemos a Baldassare Cometti di Lorenzo, natural de Vezzano, un artista contratado por el cardenal Bernardo Clesio. Mañana, con las luces del sol, también os asombraréis al comprobar el contraste de los muros del castillo con el azul intenso del agua del lago.

—Este vino tiene un buen paladar —exclamó Angiolo, mientras levantaba su jarra de cerámica y animaba a los demás comensales a hacer un brindis.

—El vino que vamos a catar es cosecha propia —expuso Raffaello, tras chocar su jarra con la de los demás—. Los viñedos se extienden en las tierras más soleadas de nuestra propiedad y, tras la vendimia, todo el proceso de elaboración y envejecimiento en barricas de roble se lleva a cabo en los sótanos del castillo. Mañana podéis entrar a visitar nuestras bodegas, aunque ya hemos iniciado la recogida de la uva, y habrá mucho trasiego.

Después se produjo una pausa, cuando un sirviente trajo los postres.

—Tengo deseos igualmente de admirar mañana, con los rayos del amanecer, si se levanta pronto la niebla, el vistoso colorido de las hojas de los bosques de hayas y robles en esta temporada al reflejarse en las cristalinas aguas del lago —apuntilló Angiolo. En aquellos instantes, un búho real entró en la estancia por el ventanuco que se abría al patio.

VII. Espíritus

A la mañana siguiente, al alba, Angiolo y Bruno coincidieron de nuevo en los pasillos, para descender a la planta inferior del castillo, cuando, en ese momento, salió de su alcoba Pietro Andrea, quien, nada más verlos, exclamó:

—¡Buenos días, caballeros! ¿Habéis descansado bien esta noche?

—¡No, estimado Pietro! —respondió Angiolo—. Puede ser que el espíritu de Claudia Petta haya sido la causa... He notado cómo se movía la almohada, el peso de algo que se acurrucaba a mi lado y su aliento en mi cuello. Después, movimientos de algo y sombras extrañas en la habitación. Además, a media noche, completamente sobresaltado y con un temblor que me recorría todo el cuerpo, encendí una vela y observé con sorpresa pisadas de pies femeninos húmedos en el pavimento de la alcoba, que llegaban desde el balcón, a pesar de que todas las ventadas permanecían bien cerradas.

—Pues no sería nada de extraño, porque vuestra alcoba era el lugar de encuentro entre ambos amantes en Toblino. La estancia tiene una entrada secreta, cuyo acceso se abre con un resorte que hay en forma de candil en la pared, que Claudia giraba para que Adriano entrara, gracias a unas galerías que comunican con las entrañas del castillo, las cuales comienzan en el espesor del bosque, lejos del lago. Y creo que está claro que se trata de ella, de la hermosa Claudia. Además, con la humedad en la huella te estaba transmitiendo su mensaje, que no es otro que una muerte trágica en el lago —comentó con toda seguridad Pietro Andrea.

—Parece que conocéis bien todos los rincones de esta fortaleza. Pero he de manifestar que la noche alternó con momentos de temor y también con instantes de ternura, cuando la sentí próxima a mí, al tiempo que una melodiosa música celta me susurraba en el oído —explicó Angiolo, con los ojos desorbitados de temor y un incesante castañear de dientes.

Los allí presentes, al oír aquellas palabras, no pudieron evitar una sonora carcajada.

—Sí, me hubiese gustado haber conocido a esa bella *ragazza*, cuyo final no pudo ser más trágico —dijo el médico—. Su alma sigue vagando por este castillo, y particularmente mora en la alcoba que os ha tocado a vos. En cuanto a Toblino, han sido muchas las veces que he venido esta fortaleza y he tenido el privilegio de moverme por ella con plena libertad, a lo largo y ancho de todas sus estancias —certificó, y luego añadió—: Anoche olvidé deciros que este lago igualmente está relacionado con los antiguos celtas. Según algunas leyendas, en sus aguas fueron ajusticiados por ahogamiento los últimos druidas de esta región, tras la conquista de estos territorios de la Italia alpina por las legiones romanas. —Seguidamente, mirando al jardinero, el médico se dirigió a él—: Después del desayuno os recetaré

una infusión para que, con una tela de algodón humedecida, os apliquéis en los ojos. Observo que los tenéis cansados e hinchados, señal de no haber descansado lo suficiente. —Y después se fijó en Bruno, a quien también notó algo cansado, y no tardó en preguntarle—: ¿Vos también habéis tenido la aparición del fantasma de Claudia?

—¡En absoluto! Lamentablemente, mi cama, a diferencia de la de Angiolo, no era de dosel, sino que se hallaba en el interior de un armario, de poco más de siete palmos de longitud, con lo cual he tenido que estar encogido toda la noche y me he levantado con dolores de huesos por todo el cuerpo —respondió Bruno, medio encorvado, intentando masajearse la espalda con sus manos.

Angiolo y Pietro Andrea no pudieron disimular una risa, que retumbó en todo el pasillo.

—Estas camas van bien para las personas bajitas de estatura, y tú, Bruno, tienes más de germano que de italiano, tanto por las facciones del rostro y color de pelo como por la altura —manifestó Pietro Andrea—. Yo tampoco soy partidario de este tipo de camas instaladas en el interior de los armarios. Su uso, que favorece poco a quien en ellas descansa, se debe a un concepto estrechamente relacionado con la religión católica, porque estas camas impiden mantener el cuerpo erguido y evitan dormir con las manos cruzadas sobre el pecho, porque para los conceptos de la Iglesia de Roma esta postura es un adelanto de la muerte. Y además obstaculizan una relación normal en el matrimonio, desanimando a los cónyuges a practicar relaciones amorosas ante los obstáculos derivados de la falta de espacio...

—¡Y de aire para respirar, porque hubo momentos en que me ahogaba! —añadió Bruno.

—Es cierto. Personalmente estoy del todo en contra de este tipo de camas. Siempre las he evitado en mis desplazamientos y en mi casa no he querido que entraran, en absoluto. Lo bueno que tienen son los esponjosos colchones llenos de plumas de aves... Os recetaré a vos también unas hierbas para que os mejoren los dolores de espalda, de pies y brazos —comentó el médico.

—¡Gracias! —exclamó Bruno.

Seguidamente, Pietro Andrea procedió a darle unos masajes en la espalda y descubrió algo que no tardó en comunicarle a Bruno.

—Tenéis psoriasis. Es una enfermedad de la piel que cuesta de curar, aunque no es muy dolorosa, pero sí poco estética visualmente.

—Lo sé, pero ningún médico ha sabido curármela. Además, el aspecto es tan desagradable que no suelo desprenderme de la camisa, ni cuando el calor del verano es acuciante, para no exponer estas manchas en la piel a la curiosidad de la gente —exclamó Bruno.

—Esta enfermedad es consecuencia de una falta de humores en el organismo, por

una crisis; por lo tanto, tiene un origen mental. Realmente existen pocos remedios, pero os recomiendo las aguas de Comano Terme, un balneario que no queda lejos de aquí, a un tiro de ballesta del castillo de Stenico. Son especialmente eficaces para reducir los brotes de esta enfermedad —aconsejó el médico con firme convencimiento.

—Así lo haré.

—Ese lugar está precisamente sobre la Giudicarie, en nuestra ruta hacia Val Rendena —comentó con júbilo Angiolo.

—He de reconocer que yo tampoco he dormido mucho, pero, en mi caso, ha sido porque decidí seguir examinando los incunables de botánica de la biblioteca, interesándome en la naturaleza de varias plantas silvestres y curativas, como la mandrágora y el muérdago. Aunque reconozco que me venció el sueño a altas horas de la noche, mientras consultaba la *Filosofía oculta*... —manifestó Pietro Andrea.

—¿La *Filosofía oculta*? —se interesó seguidamente Bruno.

—Sí. Fue la obra cumbre de Cornelius Agrippa von Nettesheim, hermetista alemán, que nació en Colonia en 1486 y murió hace treinta años, hombre de espíritu inquieto y aventurero, a quien conocí en Pavía. Esta obra, condenada por la Inquisición, afirma que la magia es una facultad poderosa, una ciencia que encierra de forma velada el conocimiento más profundo de las cosas. El mago, mediante el estudio de la Naturaleza, consigue incrementar su sabiduría. Para Cornelius Agrippa, los cuatro elementos básicos: agua, aire, fuego y tierra, constituyen los pilares de todo lo existente. Pero yo incorporaría un quinto: la madera —expuso el médico. Y añadió —: Me ha gustado mucho la reflexión final que hace Agrippa en su magnífica obra, cuando establece que el sabio que se dedica a la magia necesita conocer en profundidad las simpatías y antipatías existentes entre los seres y las cosas, pero que igualmente le resulta indispensable conocer las ciencias matemáticas, pues las virtudes naturales están regidas por los números, el peso y la medida exacta. Para Agrippa, las matemáticas eran el origen de la luz, del movimiento y de la armonía del mundo.

—Estoy enteramente de acuerdo con ese científico, lamentablemente desaparecido, a quien me hubiese gustado mucho haber conocido personalmente —exclamó Bruno mientras Angiolo asentía con la cabeza.

—Como ya os he dicho, tuve el privilegio de conocerle, y además en su medio natural, cuando daba clases sobre el desarrollo de las ciencias ocultas en un instituto fundado por él en la ciudad de Pavía, un centro docente frecuentado en diferentes ocasiones por Erasmo de Rotterdam y Paracelso, quien precisamente fue uno de los maestros de Agrippa. Si me lo permitís, con estas palabras quiero resumir la grandeza de este hombre: «No había nada que respetase Agrippa. Despreciaba, sabía, ignoraba, reía, lloraba y se irritaba. Todo lo destrozaba y de todos se burlaba: del filósofo y del

demonio, del héroe y de Dios...» —recordó Pietro Andrea.

Un fuerte viento entró por las galerías superiores, bajó hasta el pasillo y abrió de par en par las ventanas, lo que les animó a salir un instante al exterior y respirar aire fresco. Las aguas del lago apenas se percibían, por la bruma que cubría la superficie; el incesante y monótono croar de las ranas recordaba que se encontraban en medio de una zona acuática. Abajo, al otro lado, en el patio de armas, se producía el cambio de guardia, y una nueva jornada comenzaba en el ciclo de aquel enigmático castillo. Entonces, el galopar de unos caballos que se aproximaban a gran velocidad reclamó la atención de ambos. Se trataba de Nicolò Gaudenzio, el señor de Toblino, que regresaba, secundado por cuatro jinetes.

Nicolò era un hombre de mediana altura, pero fornido. Una larga melena pelirroja le cubría la espalda y hombros; la barba, ensortijada, estaba muy bien cuidada. Iba elegantemente vestido, dado su rango, con una gruesa capa contra el viento y el frío; unas muñequeras de piel con grapas de hierro aseguraban la fuerza de un musculoso brazo y hacían juego con las botas, que le cubrían hasta la rodilla. El caballo, de crines negras y larga cola, parecía ir a golpe de música militar, por la elegancia de su paso. Bajo la silla de montar y sobre la grupa se podía apreciar el escudo de Toblino, cuyas insignias se reflejaban con claridad, al estar bordadas en un faldón de algodón con hilo de oro. Del costado izquierdo pendía una larga y ancha espada, mientras que en el derecho había un arma de fuego sostenida en el cinturón.

—A la hora tercera nos marcharemos, aún nos queda mucho por recorrer —dijo Bruno, a lo que Angiolo asintió.

Ya en el patio de armas, antes de entrar en el salón, los dos se encontraron con Nicolò Gaudenzio, a quien unos sirvientes le estaban ayudando a desprenderse de la coraza, mientras otros le ayudaban a quitarse las botas y un acemilero conducía el caballo del castellano, relinchando por una respiración de cansancio, a las cuadras.

—¿Cómo os encontráis? —exclamó al verlos.

—Bien —respondió Bruno—. Raffaello ha sido un excelente anfitrión. Fue una velada muy agradable la que nos brindó anoche, pero ya tenemos que marcharnos. Hemos de hacer un largo camino.

—Lamento que os tengáis que ir tan pronto. Me hubiese gustado acompañaros a visitar nuestras tierras —exclamó Nicolò—. Pero vamos a desayunar, si os parece.

—Gracias, señor, tenemos buen apetito —respondió Bruno, mientras Angiolo se dirigió a las caballerizas a avisar a Mauro para que preparase el carromato y los caballos después de reponer fuerzas.

Ya en el salón pudieron sentir el calor de la ancha chimenea de piedra que dominaba el eje central y llegaba hasta el techo. Las llamas de unos gruesos troncos secos habían propiciado un clima agradable en la estancia y los servidores comenzaron a disponer platos en una larga mesa de madera. Raffaello, tras saludar a

su tío, le preguntó:

—¿Cómo ha sido el encuentro en Castel Campo?

Después de unos segundos de silencio, y tras observar los rostros de los allí presentes, asegurándose con su profunda mirada de si era prudente hacer alguna manifestación, Nicolò Gaudenzio decidió responder.

—La situación es bastante preocupante. Nuestro amado cardenal, por motivos de Estado, se está ausentando demasiado del principado. En estos momentos, como sabréis, se encuentra en Milán, reunido con los Visconti, y esperamos que no tarde en regresar a Trento. Castel Romano y la familia Lodron se han puesto con la *Serenísima*, y las tropas venecianas están hostigando las fronteras meridionales. La fortaleza de Arco y la ciudad de Rovereto están rechazando los ataques, mientras que por el norte el conde del Tirol y archiduque de Austria, Fernando, apoyado por los protestantes alemanes, no esconde sus intenciones de apoderarse de nuestro principado.

—¿Y la ayuda de Roma? —volvió a preguntar.

—El papa Pío IV, a sus sesenta y seis años, está enfermo, apenas sale de su alcoba. A él, como bien sabemos, le debemos la culminación de un concilio que parecía no tener fin, pero, por otra parte, al elevarse los impuestos, se han producido graves deficiencias en la administración de los Estados de la Iglesia, y son muchos los disturbios ocasionados, siendo el mismo pontífice víctima de algún complot, sofocado gracias a los ejércitos españoles de Felipe II. Los ejércitos otomanos de Solimán II, por tierra, no cesan de atacar las fronteras del Danubio en su curso inferior, y por mar el temible Barbarroja está abordando todas nuestras embarcaciones, impidiendo cualquier travesía en el Mediterráneo de barcos que no lleven la media luna turca —concretó el castellano.

—No podíamos suponer que la situación fuese tan preocupante —manifestó Angiolo.

—Por todo ello, estamos viviendo tiempos bastante revueltos. Vosotros, a pesar de contar con el salvoconducto del cardenal, deberéis ir con toda precaución —aconsejó Nicolò.

—¡Gracias, señor! Lo que no entiendo es la postura de la *Serenísima* —preguntó con extrañeza Bruno, mientras pensaba en el siguiente mensaje con paloma que debía hacerle llegar al cardenal, aunque él no estuviese en Trento.

—En la República de Venecia imperan unas costumbres inquisitoriales y unas tenebrosas leyes. El *dux* Priuli, la máxima autoridad, ha ordenado encarcelar sin piedad en las terroríficas mazmorras de «Los plomos» a toda persona sospechosa de cualquier conspiración que se fraguara por la plaza de San Marcos, incluso los miembros de la Compañía de Jesús están en el punto de mira de las leyes venecianas —respondió Nicolò—. Ante todo ello, es un verdadero milagro que podamos

mantener la libertad de nuestro principado. Solo podríamos recibir ayuda de los ejércitos españoles de Felipe II.

—¡Señores! Lamento decirles que debo ausentarme unos instantes. He olvidado en la alcoba una bolsa —se excusó Bruno, pensando que debía enviarle en ese momento el mensaje al cardenal, en el cual explicaría todo cuanto había oído en la conversación que acababan de mantener los señores de Toblino sobre la delicada situación que se estaba atravesando en el principado.

Un rato después, tras haber hecho el envío, Bruno se incorporó al grupo, exhibiendo una bolsa con algunos documentos dentro, a modo de justificación por su repentina ausencia.

—A propósito, Pietro —dijo después Raffaello cambiando de conversación—, dime cuál era esa idea que ofreciste anoche, durante la cena.

—¡Ah! Pienso que las almas de Claudia Petta y Adriano Fossombrone vagan atormentadas sin cesar por este castillo y su entorno porque claman desde el Más Allá ser enterradas, en un lugar de descanso eterno, o lo que es lo mismo, en una tumba común. Por ello, propongo que se abra un enterramiento in memoriam que, a modo de panteón, tenga encima un epitafio grabado con el nombre de los amantes —aconsejó el médico.

—Me parece muy buena idea —respondió Nicolò—. Pero ¿y los cuerpos?

—Los cuerpos, al no poder recuperarse del fondo del lago, propongo que podrían sustituirse por una jarra de vidrio llena de agua del lago, como si en ella hubiese parte de las esencias de Adriano y Claudia, y el recipiente se depositaría en el interior de la tumba —propuso Pietro Andrea.

—Por mí no hay ningún inconveniente —apostilló Raffaello, y Nicolò confirmó la opinión de su sobrino con un ademán—. ¿Pero cuál sería el lugar más adecuado para abrir la tumba? —preguntó el señor de Toblino.

—Sin duda, el jardín más frecuentado en vida por los amantes, que está en el sector de poniente del castillo, donde Claudia y Adriano vivieron sus momentos más dulces, con aromas a jazmín y romero, a la luz de la luna —expuso el médico.

—Pues, adelante, vamos a ver ese jardín, que no es precisamente de los lugares más frecuentados del castillo, y además está bastante descuidado —secundó Nicolò.

Todos los allí presentes, tras franquear la poterna que comunicaba el castillo con los jardines de poniente, no tardaron en llegar a la pérgola, frente a la cual se encontraba el embarcadero, a pocos metros del sendero que unía el bosque con las orillas del lago.

Una vez en el lugar, el señor del castillo exclamó un tanto molesto:

—Como os advertí antes, estos jardines están bastantes olvidados. Pero no os preocupéis, daré instrucciones precisas para que los arreglen un poco.

—Yo puedo aconsejar, si os parece bien, a la persona asignada para este trabajo

—musitó Angiolo.

Raffaello enseguida llamó a Benedetto, un joven mozo al que le gustaba la jardinería, y le ordenó que atendiera las explicaciones que Angiolo iba a darle. Mientras, Pietro Andrea buscaba el mejor emplazamiento para abrir la tumba.

—Este lugar creo que es el más adecuado, a la sombra de un roble, que era el árbol sagrado de los celtas —exclamó.

—Pues adelante, no tardemos en actuar —imperó Nicolò, mientras llamaba a un grupo de soldados para que, con palas y picos, excavaran un agujero en el suelo, a unos tres pies de profundidad, entre las poderosas raíces del roble.

Pietro Andrea se dirigió al lago, con un jarrón de cristal, que trajo lleno de agua, y lo tapó seguidamente con un paño de algodón amarrado con una cinta, para poderlo colocar después con todo esmero en el fondo de la tumba.

—También estaría bien colocar un par de monedas, junto al frasco de agua, con las que pagar en el viaje hacia el Más Allá al barquero Caronte por su travesía en la barca a través del lago de fuego Estigia —aconsejó Pietro Andrea.

Raffaello sacó entonces dos monedas de una bolsa de piel, que arrojó al interior de la fosa.

Después, tras rellenarse el hueco, tarea en la que participaron todos los allí presentes.

—Solo faltaría la lápida, que debería ser de mármol blanco de Carrara —aconsejó el médico después de que todos rellenaran el hueco—, y en el epitafio podría grabarse la siguiente frase: «Solo muere la viviente. La muerte permanece conmigo, y nuestro amor es eterno...», atribuida a san Buenaventura, el filósofo franciscano canonizado en 1482.

—Así sea —repusieron Nicolò y Raffaello al unísono.

—Ahora, permitidme que diga unas palabras: «Eros y Thanatos, el Amor y la Muerte, están más próximos entre sí en las profundidades de la conciencia humana de lo que sabe o quiere aceptar el frío raciocinio. Para nadie podría ser la muerte un espanto mayor que para los amantes, y sin embargo ella posee, en su carácter absoluto y antes que la vida en su relatividad, el poder para otorgar al amor el fulgor de la ansiada eternidad»... —concluyó el médico.

Los rostros de todos quedaron ensimismados ante aquellas hermosas palabras de despedida para los amantes, que, en esa humilde tumba, acababan de recibir descanso eterno para el viaje a la Eternidad, de manera que sus almas ya no vagarían por las estancias del castillo pidiendo ese descanso que necesitaban.

Después de la citada ceremonia, Angiolo y Bruno se dirigieron a la puerta de entrada del castillo. Con un cálido abrazo se despidieron con afecto y respeto del médico.

—Si os es posible acercaros a Carisolo —dijo discretamente el médico—,

¿podrías entregarle este sobre a Gerolamo Cardano? Son unos apuntes que escribí anoche en la biblioteca; estoy seguro que le van a venir bien para sus trabajos sobre alquimia en la cripta. Dentro van también unas letras mías, como presentación.

—Muchas gracias, amigo Pietro Andrea. Lo haremos, sin duda. Será un placer saludarle de vuestra parte —respondió Bruno con sincera amabilidad, mientras se guardaba el sobre en un bolsillo de su abrigo.

—Cuando vengáis a Trento, no dudéis en preguntar por mí, en el Castello del Buonconsiglio; y en mi casa será muy bien recibido —manifestó Angiolo.

Bruno se fundió con Pietro Andrea en un afectuoso abrazo, deseando volver a verse en la ciudad de Trento. Instantes después, ya en el patio, junto al portalón de entrada, Mauro aguardaba con el carromato a punto, y se produjo la despedida con los señores de Toblino, la cual no fue menos afectuosa. El castellano no dudó en ofrecerles un par de jinetes de escolta para la seguridad en el viaje, pero lo rechazaron sin titubear, al tiempo que les daban las gracias. Momentos después, el látigo del cochero batió el aire y espoleó a los caballos, alejándose del castillo, siguiendo siempre el curso del río Sarca, a contracorriente.

VIII. El baile

Ya en pleno viaje, los ocupantes del carromato comenzaron a hablar.

—No había conocido a una persona tan culta —exclamó de pronto Bruno, dirigiéndose a Angiolo.

—Yo tampoco salgo de mi asombro. Pietro Andrea es un sabio, el mejor maestro que, en temas de medicina, se haya cruzado en mi vida. Además, las plantas no entrañan para él ningún secreto. Cada instante de su existencia es una clase de conocimiento, con él no se conocen momentos vacíos.

—No he parado de pensar en las palabras que me dijo Pietro Andrea en relación con el origen de mi enfermedad, y creo haber encontrado la causa de la misma —comentó Bruno—. Comenzaron a salirme estas manchas en la piel cuando tenía catorce años, al poco tiempo de la desaparición de mi padre, de cuyo paradero o muerte nada hemos sabido. Por ello, este viaje a Val Rendena es para intentar de aclarar lo que realmente le sucedió —añadió con melancolía y tristeza.

—Sí, estoy convencido de que el origen de todas las enfermedades es una baja de defensas en nuestro organismo producida por un mal sufrido, un desengaño, un desasosiego... —comentó calladamente Angiolo.

Bruno asintió repetidamente con la cabeza.

En Sarche, y concretamente en Ponte Arche, una cruz de piedra señalaba el cruce de caminos: el que llegaba por el sur, desde Garda, pasando por Arco, a través de Val dei Laghi, y el que proseguía hacia poniente, hasta Bolbeno y Tione, donde se iniciaba el recorrido por Val Rendena. Y fue en esta pequeña localidad, Sarche, donde Bruno, recordando la conversación de la noche anterior, preguntó con interés a Angiolo:

—¿Qué sucedió en Villa Vescovile?

—Como recordarás, Bruno —dijo el jardinero mirando con sorna a su amigo después de quedarse mudo unos instantes—, durante los primeros años del concilio, la ciudad de Trento fue incapaz de alojar a los centenares de cardenales, obispos, embajadores, compromisarios y representantes llegados de todos los lugares del mundo cristiano.

—Es cierto. Incluso la familia Dossi alojó a algunos delegados que habían llegado de España —confirmó Bruno.

—Recuerdo que fue la jornada del 3 de marzo de 1546 —prosiguió Angiolo después de una pausa—, apenas cuatro meses después de inaugurarse el concilio, cuando aquí, en Villa Vescovile, el cardenal Madruzzo ofreció este palacete, propiedad del principado de Trento, para la celebración de la boda de un noble amigo suyo de la zona. Al banquete fueron invitadas numerosas e influyentes personalidades, como los obispos de Clermont Ferrand, Feltre, Agde...; Pighino,

auditor de rota; incluso el procurador fiscal del concilio, condestables y senescales de alto cargo. Madruzzo quería honrar a todos los allí presentes. Por la tarde se incorporaron otras personas, como el arzobispo de Palermo, con otros obispos de Sicilia, Cerdeña y Calabria. —Angiolo tomó aliento y prosiguió—: Estaban todos los invitados ocupando el centro de la suntuosa sala, cuando, de pronto, apareció en el escenario Erasmo, el gran poeta y rapsoda de Valvasone, y un clamor de admiración retumbó en el ambiente, antes de producirse un silencio ante la expectación por la categoría de la persona. Sus sobrecogedores versos de la obra *L'Angeleida*, con los melodiosos acordes de mandolina como música de fondo, dejaron extasiados a todos los allí presentes. Los constantes aplausos y el clamor del público le obligaron a volver a salir al estrado para recitar otros poemas dedicados al mundo medieval, a los caballeros y a la caza. Al terminar, Erasmo, tras recibir una banda ornada con flores que se colgó en su pecho, se despidió cortésmente de todos, justificándose por tener que regresar urgentemente a la provincia de Pordenone; su carromato y el conductor ya le aguardaban a la entrada del palacete.

»Fue entonces cuando el cardenal, como anfitrión y máxima autoridad de todos los allí presentes, aprovechó para abrir el baile, poniéndose al frente de los invitados... —Angiolo no dejaba de relatar aquella fascinante historia—. El salón reunía todos los alicientes para una fiesta de la mayor suntuosidad, dada la categoría de los anfitriones e invitados. La sala principal era una estancia, rectangular, de ciento sesenta y cuatro pies de largo por sesenta y seis de ancho, revestida en sus cuatro lados de elegantes cortinas de terciopelo rojo que cubrían los tramos de paredes, delante de altísimos ventanales; artísticas lámparas, en forma de araña, realizadas en cristal de Murano, colgaban desde el techo; entre cortinas, elegantes jarrones de alabastro y figuras esculpidas en mármol de Carrara; el cielo de la habitación estaba decorado con pinturas al fresco, insertadas dentro de bellos medallones realizados en yeso, que representaban escenas mitológicas relacionadas con Cupido. En un extremo del salón, sobre una tarima, músicos elegantemente vestidos, llegados de Brescia, hacían hablar las cuerdas del laúd y del arpa, animando en todo momento a los asistentes.

Tras unos instantes de silencio y asombro por parte de Bruno, este no dudó en preguntar:

—Pero ¿y las mujeres?, ¿o fue un baile solo de hombres?

Angiolo no pudo evitar entonces una sonora carcajada, que retumbó en el apretado espacio del carruaje.

—No, querido Bruno, hubo mujeres —prosiguió Angiolo su relato—, pero no mujeres cualesquiera. Allí se dieron cita las más hermosas *ragazzas* de todo el principado llegadas de diferentes pueblos y aldeas de Trento. Yo mismo pude comprobar, mientras dirigía los equipos de jardineros que modelaban los setos de los

parterres del jardín, el momento en el que más de diez carretas, bellamente engalanadas, llegaban a Villa Vescovile. Todas aquellas mujeres, por lo que pude informarme más tarde, habían sido seleccionadas por su belleza, y doy fe de ello. Eran mujeres que, por sus extraordinarios encantos naturales, raramente los mortales tenemos la dicha de contemplar en la vida cotidiana.

—¡Sígueme contando!, por favor —repuso Bruno con los ojos ávidos por saber más.

—Aquellas hermosas jóvenes fueron instaladas en un edificio anexo al pabellón principal, junto al ala derecha y al lado de la pérgola, donde se las atendió con bandejas de plata. No faltaban los alimentos más afrodisíacos: fresas, miel, marisco, aceite de oliva, bolas de cacao cubiertas de azúcar, incluso hebras de azafrán... Todo ello regado con el afrutado *tocay* de Gorizia, licores de frutas silvestres y grapas...

—¿No entraron directamente en el palacio? —preguntó con inusitado interés Bruno.

—No, las *ragazzas* solamente permanecieron dentro de aquel salón anexo al principal, cómodamente instaladas y bien surtidas de alimentos y bebidas, durante algo más de una hora —añadió Angiolo.

—¿Y qué pasó después?...

—Tan pronto como los jóvenes recién casados, a quienes estaba dedicada realmente la fiesta, abandonaron el palacete, unos servidores, elegantemente ataviados, recibieron la orden de repartir máscaras entre los hombres —siguió narrando el jardinero.

—¿Se cubrieron el rostro con máscaras?

—Sí, eran máscaras que recordaban a las del carnaval de Venecia y que transmitían rostros impenetrables a las sensaciones humanas. Tenían formas, colores y diseños muy diversos, y muchas de ellas evocaban a las caras de aves de pronunciado pico. La misión de las máscaras no era otra que la de ocultar la identidad de quienes las portaban, no solo ante las *ragazzas* recién llegadas, sino también entre ellos mismos, aunque todo el mundo sabía quién era quién, y la figura del cardenal eran inconfundible, vestido con una larga capa de color carmesí, con un grueso anillo de rubíes que aparecía sobre unos finos guantes de seda púrpura y zapatos oscuros de piel de venado con algo de tacón y brillante hebilla de plata. —Después de un corto silencio, Angiolo refrescó su aliento con agua de la bota de piel que portaba en el carromato y, ante la atenta mirada de su compañero, prosiguió el relato—: Mientras tanto, desde otras estancias, a través de pasillos interiores, las muchachas fueron accediendo al salón principal, y el baile se prolongó hasta altas horas de la noche, pero nadie hizo la menor muestra de cansancio o deseos de abandonar aquella elegante sala.

»En las suntuosas mesas, iluminadas por candelabros de oro, no faltaban los

mejores alimentos: barricas de roble con vino llegado de Campania; bandejas de cristal rojo de Murano repletas de faisanes recién asados, procedentes de las granjas de Vicenza; pescado del Adriático; jamón de Parma; azafrán de los Abruzos para aromatizar los manteles; licores de grapa de las montañas del Brenta; enormes quesos parmesanos; las más sabrosas manzanas de Val di Non... Un ejército de sirvientes, elegantemente vestidos, servía estos exquisitos manjares, preocupándose, además, de que en las copas de vidrio con borde dorado no faltase vino... Todos los aposentos anexos, y también las salas de la planta superior, a la que se accedía a través de una ancha y elegante escalinata de mármol veteadado, transmitían excelentes aromas de los más caros perfumes llegados expresamente de Grasse y Eze; incluso los cirios de los candelabros habían sido bañados previamente en agua de lavanda.

Nuevo silencio, para retomar fuerzas, tomar un sorbo de agua y seguir recordando. Bruno, mientras tanto, permanecía atónito, sin parpadear, empujando con la mirada a su compañero para que prosiguiese.

—Pero lo más asombroso vino después...

—¿Qué sucedió? ¡Por favor, sigue contando! —pidió Bruno, con los ojos desencajados.

—Se practicó un juego.

—¿Un juego?

—Sí. Se repartieron entre todos los hombres asistentes pañuelos de seda de diferentes colores, cada uno de los cuales estaba relacionado con una mujer. Las bellas *ragazzas*, previamente, habían sido recluidas momentáneamente en la sala anexa, para que no se pudiesen identificar los colores de los pañuelos con cada joven en concreto. Después se abrió la puerta y salieron las muchachas ofreciendo en sus manos un pañuelo, cada uno de distinto color. Entonces, a quien había elegido el pañuelo granate, por ejemplo, le había tocado en suerte la joven que portaba ese mismo color, y tenía el derecho de pasar la noche con ella. No tardó en desencadenarse la libido. Al faltar aposentos en donde dar rienda suelta al frenesí, muchas parejas encontraron en los sofás y divanes del salón, incluso tumbados sobre las alfombras de los pasillos, la pérgola de los jardines o los mismos macizos de plantas, a pesar del frescor de la noche, el mejor regazo para rendir homenaje al dios Eros. Era una orgía sin límites. Por todas partes se oían los gemidos de placer, que retumbaban en las cámaras, salones, pasillos y en la oscuridad exterior de una noche de luna llena, cuya blanquecina claridad facilitó y animó aún más la locura y el desenfreno... Incluso hubo parejas que decidieron perderse en el jardín central, donde el varón dejaba un tiempo prudencial a la joven que le había correspondido para que se internara en el laberinto, y así luego tener el placer de alcanzarla y entregarse a la locura del éxtasis carnal.

—¿Y hubo mujeres para todos? —preguntó Bruno.

—¡No! Los que quedaron solos contemplaban el baño de coitos que se producía a su alrededor, teniéndose que conformar con masturbarse hasta la desesperación —respondió Angiolo.

—¿Y cuándo acabó aquella bacanal? —preguntó sudando Bruno.

—Hasta el mediodía de la jornada siguiente. Puedes imaginarte el trabajo que tuve que realizar, con una brigada de operarios, los días siguientes para restaurar los jardines, y reponer con nuevas flores ya de primavera.

—¿Tuviste oportunidad de contemplar todo este espectáculo de cerca? —exclamó Bruno.

—Todo lo que he contado es parte de lo que vi en persona. El resto me lo comunicó Massarelli, secretario del cardenal Madruzzo. En secreto, él estaba escribiendo un diario del Concilio de Trento y, una vez terminado, me lo entregó sutilmente ya en su lecho de muerte, rogándome que sobre todo no cayese en manos de la Iglesia. Lo tengo bajo buen recaudo, y algún día te lo mostraré. Ni mi esposa tiene conocimiento de ello; solo lo sabes tú. Y espero que guardes entera discreción.

—No temas, ahora comprendo el incremento de población que tuvo lugar en el principado durante los años del concilio, que casi triplicó la ciudad de Trento en pocos años —manifestó Bruno, mientras con una mirada amable le confirmaba su complicidad.

Luego, ambos se asomaron al exterior del carronato, desde sus ventanas, para ver desaparecer en la lejanía el bosque que ocultaba el palacio que había sido escenario de aquella curiosa orgía...

IX. Secretos

El carromato seguía su camino, en dirección a poniente, y, sin darse cuenta, después de haber dejado atrás Villa Banale, al coronar una colina al otro lado del Sarca llegaron a la altura de Comano Terme. Fue entonces cuando Mauro, a corta distancia de la orilla del río, en una zona de álamos temblones y sauces llorones, decidió frenar un momento los caballos.

—¡Señores!, ¿les parece bien que hagamos un alto aquí? Los caballos deben descansar —preguntó el conductor amablemente.

—Me parece muy bien —respondió Bruno, mientras Angiolo asentía con la cabeza—. Así estiraremos las piernas.

Después de bajarse de la carreta, una enorme sensación de felicidad los dejó extasiados al contemplar el fascinante escenario natural que se abría a aquel bucólico paraje: densos bosques de hayas y robles mostraban sus atractivos colores otoñales y, como telón de fondo, sobre las copas de los árboles, en la lejanía se veían las poderosas y desnudas cumbres del Brenta, hacia el norte, y la Cima Tosa, con sus grandiosas crestas, dominando un mar de montañas de roca parda, con la nieve vistiendo ya de blanco el reino de las águilas.

—¡Qué paraje más encantador! Aquí podremos abrir la bolsa de comida que nos han preparado esta mañana en Toblino.

El conductor del carromato, después de liberar a los caballos para que pastaran y bebieran en la orilla, comentó con júbilo:

—Yo nací en esta aldea, donde me crié hasta los diez años. Después, a causa de una terrible epidemia que asoló los pueblos de este valle, mi familia se trasladó a Trento, aunque guardo muy agradables recuerdos de mi infancia. Lo que me llama la atención es que, después de cuatro décadas, todo sigue igual que entonces: la calle adoquinada, el pajar para el ganado, las fuentes, la iglesia, el antiguo palomar donde jugaba y me escondía de pequeño, y el ritmo cotidiano de las gentes... Un mundo mucho más relajante que en Trento, como podréis observar.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Angiolo, mientras Bruno saciaba su sed en una fuente.

—Nos encontramos en Comano Terme, señor —respondió el conductor.

—¡Excelente! —exclamó Bruno—. Es este, sin duda, el lugar que me recomendó Pietro Andrea. ¡Mauro, asegúrate de que a las palomas no les falte comida ni agua!

—Descuide, señor. Cada mañana lo compruebo.

Después, los tres iniciaron el recorrido por la zona, pero sin alejarse del carromato y de los caballos.

—La abundancia de fuentes es la demostración de que las aguas que brotan de las entrañas de la montaña son muy saludables —dijo Mauro—. Recuerdo que estaban

especialmente recomendadas para los males de la piel; también son buenas para beber, fácilmente digeribles, porque tienen una baja mineralización, e igualmente están recomendadas para los males del estómago, al ayudar a hacer la digestión de los alimentos. Hasta este balneario recuerdo que llegaban personas y familias enteras para curarse de enfermedades relacionadas con la piel. El edificio termal estaba detrás de aquellos árboles, en medio de unos agradables jardines. Si os parece bien, podemos acercarnos.

—¡Claro! Estoy seguro de que Pietro Andrea me ha aconsejado lo mejor para mi enfermedad.

—Alguna desgracia debe haber sucedido aquí, según el abandono que podemos apreciar en todo cuanto rodea al complejo de Comano Terme —dijo con tristeza Mauro—. ¡Cuán diferente es este balneario de como yo lo recordaba en mi infancia, lleno de visitantes, principalmente de familias nobles y aristocráticas, llegadas de Milán, Bolonia y de otros lugares de Italia, los cantones suizos y de valles del Tirol austríaco! ¡Ahora la desolación hace que hasta los árboles estén decaídos, las ramas apesadumbradas y los jardines abandonados a su suerte!

—Yo también advierto una terrible soledad y abandono en este lugar —manifestó Bruno cuando terminó de saciar su sed en la fuente.

Asegurándose de que no había nadie extraño en aquel momento, no dudó en soltarse el cinturón y desprenderse al instante del pantalón, camisa y chaleco, así como de los zapatos y medias, hasta quedar completamente desnudo. Seguidamente, y sin rubor, decidió meterse en la alberca para darse un baño, ante los asombrados ojos de sus compañeros de viaje. La sorpresa de Bruno fue que estos hicieron lo mismo, liberándose de sus vestimentas, que colocaron dentro del carromato.

—¡Es como si no hubiesen pasado los años! —exclamó Mauro, ya dentro de la alberca—. Mi infancia la pasé en estas fuentes. Estas aguas, como podréis ver, son muy suaves al tacto y dejan una piel fina y sedosa.

—Sí, ya lo he notado, son aguas muy agradables al tacto —comentó con júbilo Bruno, mientras dejaba que un chorro le cayese sobre los hombros.

Angiolo prefirió nadar, separándose de sus compañeros. Momentos después, bajo las ramas de un viejo roble, se oyeron unos pasos, que avanzaban con firmeza entre los arbustos y matorrales, quebrando la seca hojarasca del suelo...

—¿Quién anda ahí? —retumbó una voz.

—Somos viajeros, llegados desde Trento, y estamos dándonos un baño en esta alberca —exclamó Mauro.

El recién llegado, hombre de mediana edad, de cabello blanco y recia complexión, no tardó en alcanzar el lugar donde se encontraban. En su mano derecha portaba una gruesa rama de árbol y ya, mirándoles fijamente a los rostros, y con la mano amenazante, exclamó con autoridad:

—¿Cómo habéis entrado en este recinto?

—¡Perdonad, señor!, pero es que no hemos visto ninguna cancela ni muro que impidiese la entrada —respondió Angiolo.

—Esto es una propiedad particular, aunque las verjas y muros hayan sido destruidos en parte —manifestó en tono un tanto airado.

En ese momento, el conductor del carromato, comprendiendo la delicada situación, salió de la alberca y, tras taparse con un lienzo seco, se dirigió al recién llegado:

—¡Señor!, yo nací en esta población, me llamo Mauro, aunque resido en Trento desde hace cuarenta años. Mis compañeros, al igual que yo, trabajan para el cardenal Madruzzo, y ahora estamos haciendo un recorrido por el principado.

Aquel personaje comenzó entonces a relajarse y, tras apoyar la rama que esgrimía como arma, respiró algo más tranquilo.

—El balneario ya no es lo que fue —dijo al fin—. Hace pocos años, una terrible epidemia de cólera condenó a muerte a gran parte de los habitantes de Comano Terme, y el establecimiento termal quedó abandonado a su suerte. Yo soy Ficino Bondone, el guarda del balneario, y, a pesar de la terrible situación, sigo viviendo en una pequeña casa anexa con mi familia.

Momentos después, Angiolo y Bruno no tardaron en salir del agua; se secaron con lienzos que habían colocado al borde del estanque, y seguidamente se vistieron y calzaron bajo un abeto del jardín. Ficino tuvo el gesto de girar el rostro hacia otra dirección. Una vez hecho esto, y comprobando que ya estaban vestidos, el conservador de aquel bucólico lugar se aproximó unos pasos al grupo.

—Un médico en Toblino me recetó ayer estas aguas para mi enfermedad de la piel —exclamó Bruno.

—Sí, ya me he percatado de vuestra enfermedad, que os cubre parte de la espalda. Estas aguas son las mejores para los problemas de la piel. Pero deberíais recibirlas en varias sesiones, con chorros aplicados directamente sobre la zona afectada por el mal —recomendó al instante Ficino—. Yo no soy médico, pero después de muchos años escuchando a los doctores en aguas medicinales he aprendido algo, y he visto muchos casos parecidos al suyo.

—Gracias. Pero lamentablemente no disponemos de mucho tiempo, porque hemos de proseguir el viaje —respondió Bruno.

—¡Bien! Pues os aconsejo que utilicéis la piscina interior. El chorro que la alimenta se corresponde precisamente con el manantial de aguas más ricas en mineral para combatir esa enfermedad. —Tras una pausa, Ficino prosiguió—: En estos momentos vivo solo aquí, y nadie más habita en la zona, ni tampoco llegan enfermos para curarse en el balneario, a causa de la terrible epidemia de la que os he hablado. Y, por si fuera poco, desde hace unos días corren malos aires en el pueblo a causa del

arresto llevado a cabo por *exploradores* de la Inquisición a dos mujeres del pueblo. Estamos atemorizados, y la gente siente una profunda rabia contenida. ¡Acompañadme, por favor!

—Os quedo muy agradecido, y siento que, por mi culpa, pongáis vuestra vida en peligro —habló Bruno, mientras Angiolo asentía con la cabeza.

—No os preocupéis. Esos canallas están causando mucho daño a las personas humildes, y esas mujeres, en lugar de brujas, como se las ha calificado, son curanderas que, desde siempre, han estado haciendo el bien a todas las personas de esta población, recibiendo a cambio la generosidad de quienes se encomiendan a sus saberes ocultos —justificó Ficino—. Además, hace un tiempo vino la Inquisición y, sin ningún motivo, se llevaron a mi mujer y a mis dos hijas porque alguien las denunció por brujas, y desde entonces no las he vuelto a ver, y no sé ni dónde están o si están vivas o muertas. Por eso ya no me importa nada hablar de esa gentuza.

«Debo de informar también a su eminencia de todo cuanto está sucediendo en el principado en relación con los abusos de poder y la tiranía de la Inquisición hacia las gentes de bien —pensó Bruno—. Escribiré un mensaje y lo enviaré mañana temprano al cardenal. También por aquí podrían estar las causas de algunos de los graves problemas que amenazan el equilibrio de nuestro principado».

Tras dejar aquel desolado escenario de viejos jardines, que con el mayor esfuerzo intentaba recuperar Ficino, los cuatro accedieron al interior del edificio termal: una gran sala con elegantes jarrones de piedra, un tanto estropeados por el abandono, así como las lámparas de cirios de los apliques de las paredes eran los elementos más llamativos. Después de una artística escalinata de mármol de Carrara, accedieron a una sala cuadrangular, caracterizada por unos bien contorneados nervios de piedra que arrancaban de los ángulos y se cruzaban en la bóveda superior.

—¡Qué curiosa habitación! No había visto antes nada igual —repuso Angiolo, sin dejar de admirar todos los rincones de aquel extraño e íntimo aposento.

—Esta estancia era conocida como «la sala de los secretos» —manifestó Ficino —, aunque no sé todavía el porqué.

—Creo conocer la naturaleza de esta estancia. En esta sala debieron llevarse a cabo, estoy seguro, las confesiones a las personas con enfermedades infecciosas y peligrosas para el resto —exclamó con pleno convencimiento Bruno.

—¡Es cierto, señor! Ahora que lo decís, aquí se recluían los pestilentes y leprosos; enfermos que, bajo ningún concepto, podían estar en contacto con los demás —manifestó al pronto Ficino—. Pero ¿por qué el nombre de la sala?

—Pues muy sencillo. En uno de los ángulos de la unión de dos paredes se colocaría al enfermo, y en el lugar diametralmente opuesto al fraile, para confesarle —explicó Bruno—. La voz del enfermo se expandía a través del nervio del ángulo de la pared, proyectándose en el oído del monje, y la misma operación se llevaría a cabo

con los otros dos ángulos, también unidos diametralmente por el nervio de la piedra. De este modo, el fraile arrancaba la confesión al enfermo sin exponerse a su terrible mal. Lo singular de estos aposentos es que las demás personas que pudiesen haber en ese mismo momento en el centro de la sala, por muy buen oído que tuvieran, no recibían la menor información de cuanto estaba sucediendo a través de los nervios de los muros; incluso dos confesiones podían cruzarse en la clave del cielo de la bóveda superior de la estancia sin transformar los sentidos de las conversaciones. Estas salas existen en otros lugares de Europa, recuerdo la que se encuentra en el monasterio de La Chaise-Dieu, de Francia, donde incluso los inquisidores, camuflados de monjes cistercienses, lograron extraer confesiones a posibles herejes, para llevarlos luego, sin juicio previo, a la hoguera.

Todos quedaron boquiabiertos ante los conocimientos del restaurador de obras de arte, y, al mismo tiempo, temblando de pavor por las maquinaciones que el Santo Oficio podía concebir con tal de llevar a cabo sus terribles fechorías. Instantes después, el grupo llegó al corazón del establecimiento termal, donde se encontraba la piscina grande, y Bruno no tardó en volver a desvestirse, tras una deteriorada escultura de mármol. Dejó en la peana la ropa y los zapatos y se sumergió rápidamente en aquellas milagrosas aguas, colocándose a ratos bajo el chorro que caía de una fuente de alabastro, cuyo grifo recordaba a Orión, la divinidad de las aguas. Angiolo hizo lo mismo, pero en el extremo opuesto de la alberca.

—Mientras os dais el baño, voy a acercar el carruaje y los caballos hasta la puerta del balneario; no me gusta que estén tan lejos —exclamó Mauro, y Bruno alzó el brazo para manifestar su aprobación.

—Os acompaño para ayudaros. Las ruedas cuestan de girar sobre la hojarasca y, con el peso, es fácil que se hundan en el barro —exclamó con amabilidad Ficino.

—¡Gracias! —agradeció el chófer.

X. Caza de brujas

Después de un rato, Mauro y Ficino regresaron al balneario y dejaron el carronato bien estacionado y los caballos con los arneses puestos, a la espera de que Bruno y Angiolo terminaran el baño. Mientras conversaban amablemente, un fuerte griterío retumbó en aquel sosegado lugar.

—¿Qué sucede?

Al instante, medio centenar de personas llegaron hasta la fachada principal del edificio termal y empezaron a golpear salvajemente las puertas y ventanas con palos y toda clase de instrumentos agrarios; con los ojos llenos de cólera, sus gritos retumbaban en la profunda soledad de las estancias.

Ante todo este escándalo, Bruno y Angiolo se apresuraron a salir al exterior, preocupados.

—¿Por qué gritáis?, ¿qué está sucediendo? —preguntó Ficino a uno de los que encabezaban aquella turba humana.

—¡Las han apresado!, ¡las han apresado!..., y mañana las quemarán en la hoguera.

—¿Pero a quiénes y por qué? ¡Informadnos, por favor! —preguntó con inusitado interés y preocupación el conservador del balneario, mientras Bruno, Angiolo y Mauro no salían de su asombro tras escuchar aquellas barbaridades.

—Los soldados, por orden de la Inquisición, han apresado a Gina y a Giovanna, pregonando a todos que eran brujas —respondió uno de los manifestantes, mientras el resto de esa muchedumbre no paraba de clamar a gritos justicia y clemencia para aquellas mujeres.

—¿Y dónde se encuentran ahora? —preguntó Ficino.

—En las terribles mazmorras subterráneas del castillo de Stenico, donde fueron recluidas ayer tarde —respondió uno de los manifestantes—. No sabemos cuándo se llevará a cabo la sentencia, ni tampoco si se celebrará juicio alguno.

—Gina y Giovanna son mujeres de comportamiento ejemplar —explicó Ficino—, en ningún momento nadie que las conozca las ha calificado de brujas. Sus profundos conocimientos sobre las plantas silvestres han contribuido a la curación de numerosas personas. Además, debido a la edad, Gina, que es bastante mayor, no soportaría los terribles tormentos que pueden producirle en aquel infierno, de donde pocas personas han salido con vida —comentó con pesar.

—Pienso que deberíamos hacer algo —le susurró Angiolo a Bruno al oído—. Estas mujeres, por lo que estamos viendo en la respuesta popular de la gente que las conoce, son personas muy queridas.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió al momento Bruno—. El castillo de Stenico se alza arriba, a poca distancia de aquí, sobre la roca que domina el pueblo.

Es un poderoso baluarte y palacio que visité en varias ocasiones, durante el concilio, para restaurar algunos lienzos. Espero que el castellano me recuerde. Además, este castillo es propiedad del obispo-príncipe de Trento.

—Yo también estoy con vosotros —dijo Mauro—. Recuerdo de cuando era pequeño que estas mujeres vivían en el bosque, y ayudaban generosamente a muchas personas a sanar de enfermedades que los médicos no se atrevían a diagnosticar, y menos aún a curar. Para las gentes del pueblo no son brujas, sino curanderas —dijo con seguridad, mientras amarraba los caballos en el tiro del carromato.

Después de aquellas palabras pronunciadas por el chófer, aquel grupo de personas, llenas de rabia y dolor contenido, comprendieron que estaban ante gentes afines. Sin embargo, una voz se abrió paso entre el griterío.

—¿Y cómo podemos saber que no sois vosotros también espías de la Inquisición?

—Trabajamos para el cardenal Madruzzo, como podréis ver en este documento, y bien sabéis que su eminencia también está en contra de las injusticias —confirmó con voz serena pero firme Bruno.

Ante aquello, un silencio sepulcral se hizo en el ambiente. El que hacía de responsable del grupo, exclamó:

—Bien, señores, en estos momentos difíciles, toda ayuda es buena. Por lo tanto, a ver si entre todos podemos salvar a estas mujeres, por el mucho bien que han hecho en nuestra comunidad.

—Así lo haremos, descuidad —respondió Bruno, ofreciendo su mano a aquel dirigente, que no tardó en responderle amablemente—. Debemos partir pronto, porque el tiempo va en nuestra contra.

—¡Pues adelante, a Stenico!

—Pero aguardad unos instantes, quiero hablar con Ficino. No me retrasaré —exclamó Bruno.

Bruno fue hacia la sala donde permanecía todo el grupo, y dirigiéndose a Ficino, le preguntó:

—Contadme todo cuanto está sucediendo, además del grave asunto de las mujeres condenadas como brujas.

Ficino quedó algo pensativo. No esperaba aquella pregunta tan concreta y al mismo tiempo un tanto difícil de responder. Por ello, con la mirada pidió ayuda a Lucano, el dirigente de aquella masa de revoltosos. Este, que había oído perfectamente la pregunta de Bruno, no dudó en responder.

—Señor, desde hace un tiempo venimos padeciendo la tiranía de las gentes que representan los intereses de la Iglesia, o mejor dicho, de la Inquisición. Unos representantes, vestidos de negro y armados, entran en nuestras propiedades y rompen nuestra paz a cualquier hora, por la fuerza, obligándonos a pagar unos tributos imposibles, aún a sabiendas de que nuestros ingresos y nuestros bienes no

nos llegan ni para alimentar a nuestras familias. Estamos viviendo una pesadilla...

—Sí. Todo cuanto dice este hombre es cierto —confirmó Ficino.

—¿Entonces, estas mujeres, más que por brujas, han sido apresadas por no pagar unos tributos? —preguntó Bruno.

—Así es, señor —coincidieron en responderle ambos.

Al oír aquella confirmación, la indignación de Bruno se hizo patente en su rostro; y después de despedirse, salió dando grandes zancadas y maldiciendo entre dientes a los culpables de todas aquellas fechorías, mientras pensaba que estas informaciones debía de hacérselas saber a su eminencia. Momentos después el carruaje, tras dejar atrás el balneario y el abandonado paraje de aquel jardín de hojarasca y barro que lo envolvía, no tardó en alcanzar el camino principal. Angiolo y Bruno mostraban rostros de cierta indignación. Cuando el primero, al ver a su compañero cabizbajo y con los labios apretados, decidió romper aquel helado silencio en el ambiente, parecía que también los caballos intuían aquella tragedia y relincharon con furia antes de iniciar el acusado descenso de un camino empedrado que resbalaba por la humedad.

—Recuerdo que hace unos ocho años, yendo con mi esposa a visitar a nuestro hijo Luigi, monje del convento de San Romedio, en la cercana ciudad de Córado, se produjo un hecho que encendió la sangre de la mayoría de los habitantes de todo el Val di Non.

Bruno, que seguía absorto en sus pensamientos, levantó la cabeza y, mirando a su amigo, se interesó por aquel relato.

—¿Qué sucedió? —quiso saber.

—Fue en el tenebroso Palazzo Nero, una estructura hermética de piedra, de planta cuadrangular, con escasas ventanas, en cuyo interior se llevó a cabo un escalofriante proceso contra siete mujeres, que la Inquisición condenó sin juicio previo por brujas, entregándolas sin contemplaciones al brazo secular para que las quemasen vivas en una pira. Aquella horripilante hoguera, que se encendió en la plaza mayor, recuerdo que permaneció toda la noche ardiendo, iluminando toda la ciudad con fantasmales sombras. Un nauseabundo olor a carne quemada se respiraba en el ambiente, ante el pavor, impotencia y rabia contenida de la gente; nadie se atrevía a mover un músculo del rostro.

—¿Y a ti te tocó presenciar aquel escalofriante espectáculo? —preguntó Bruno con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Mi esposa y yo, que estábamos entonces en Córado, de regreso de San Romedio, y ya nos disponíamos a volver a Trento después de haber pasado unos días con Luigi, nuestro hijo pequeño, al igual que muchas otras personas de esa ciudad fuimos obligados a asistir y presenciar en directo aquel siniestro y sangriento espectáculo como un acto de castigo para que ninguna oveja se saliera del rebaño. Por ello, nadie se atrevió a moverse del lugar, al ser obligados a contemplar aquella

terrible sentencia, porque, de hacerlo, nos hubiesen castigado con trescientos azotes. Aún hoy día no logro borrar de mi mente cuando algunas de aquellas personas, mayores, que debieron ser familiares de alguna de las condenadas, intentaron huir. Lamentablemente, no tardaron en ser alcanzadas por los *exploradores* de la Inquisición y después, con sus cuerpos desnudos de cintura para arriba, no pudieron soportar las sesiones del látigo con bolas de hierro en las puntas, que servían para romper y hacer sangrar los tejidos, y allí vieron también el final de sus vidas. Aquellos desdichados igualmente fueron víctimas de la barbarie humana —terminó de explicar Angiolo con lágrimas en los ojos.

—Yo también tengo amargos recuerdos de aquella ciudad, y concretamente de ese siniestro Palazzo de Córdo. Fue en mi visita de hace un lustro cuando, en plenas sesiones del concilio, el cardenal Madruzzo me encargó la restauración de la Sala del Juicio, situada en la primera planta, donde se desarrolla un magnífico ciclo de frescos góticos. Pero el aire lúgubre del edificio me sobrecogió. De tal modo que me armé de valor para rehusar aquel ofrecimiento, alegando no estar bien de salud. Estoy convencido de que las almas de aquellas mujeres seguían flotando en la atmósfera de esa pavorosa estancia, y que yo no tardé en percibir las, como voces desde del más allá que clamaban justicia —dijo Bruno, con voz entrecortada por el dolor de un recuerdo ingrato.

—La situación, por lo tanto, es bastante difícil. Veo que poco vamos a poder interceder por la salvación de estas mujeres si por medio está la larga mano del Santo Oficio —añadió Angiolo, con profundo pesar, y Bruno asintió con la cabeza.

La villa de Stenico ya estaba a la vista, sobre la ladera oriental de una colina, entre espesos bosques y, por encima de todo, coronando la roca superior, como flotando en el espacio, los recios y oscuros muros de una fortaleza que, envuelta bajo negros nubarrones y emergiendo de un mar de brumas, incrementaba la sensación de enclave de terror. A su alrededor había profundos valles, creados por el Sarca y sus afluentes.

—Ya estamos cerca, señores, pero deberíamos hacer un alto en este claro del bosque. Los caballos están agotados, y no debo castigarles más con el látigo —exclamó el conductor.

—Bien, creo que es buena idea —coincidió Angiolo.

—Es media tarde y aún no hemos comido. Además, no sabemos qué nos aguarda en este lugar —comentó Bruno.

El cochero, satisfecho ante la aprobación recibida, soltó al momento las riendas de los caballos para que pastasen y bebiesen a placer, mientras sacaba de las alforjas los alimentos que esa misma mañana les había facilitado gentilmente el cocinero de Toblino por orden del señor de la fortaleza, instantes antes de partir.

—Este lugar me produce escalofríos —susurró Angiolo.

—La sensación de humedad, frío y el silencio absoluto de la noche, que parece envolvernos dentro de una espesa nube de misterio, influyen en esa sensación que yo también percibo —musitó Bruno, mientras iba mordiendo las viandas.

El vuelo rasante de una lechuza blanca que se posó sobre la rama de una encina rompió el hielo de aquella atmósfera un tanto sobrenatural, y los ojos de los tres se dirigieron de inmediato sobre aquel cazador nocturno.

—Bueno, deberíamos partir ya. Tendremos noche cerrada y los caminos casi impracticables por el barro —aconsejó Angiolo.

Después de reponer fuerzas, el carromato se puso de nuevo en marcha.

El pueblo parecía inmerso en unas nubes fantasmagóricas, las calles vacías, sacudidas por un viento frío y racheado, y algún perro, con el rabo metido entre las patas, aullaba de miedo y hambre, buscando algo de alimento. En medio de aquel dantesco escenario, entre la niebla, un grupo de soldados, armados hasta los dientes, les salió al paso.

—¿Quiénes sois?

—Venimos de Trento, y trabajamos para el cardenal Madruzzo. Aquí tenemos el salvoconducto, firmado por su eminencia —exclamó enseguida Bruno, sacando de su chaleco el documento, mientras Angiolo miraba fijamente a los soldados, con seguridad y aplomo, pero sin altanería.

—¿Y qué buscáis en Stenico? —preguntó con autoridad el soldado de mayor graduación.

—Se nos ha hecho tarde, y necesitamos un lugar para pasar la noche, para seguir mañana viaje hacia Carisolo —manifestó Bruno mientras, discretamente, le echaba un guiño a Angiolo. Y este captó al instante el mensaje.

Era lógico que diese esa respuesta, porque no debían exponer el verdadero motivo de aquella parada en Stenico, que no era otro que el de intentar liberar a las mujeres apresadas. Por lo tanto, había que actuar con la máxima discreción y, al mismo tiempo, rapidez, dadas las circunstancias. Además, en la cabeza de Bruno había otras preocupaciones, como la de informar a su eminencia de cuanto estaba sucediendo en aquellas tierras.

—En el castillo no será posible, porque todos los aposentos están ocupados. Pero podréis intentar en la hospedería del pueblo, que está en la plaza —contestó aquel militar con rostro de pocos amigos, mientras sus compañeros seguían la ronda.

Una vez solos, Bruno y Angiolo acordaron dialogar en voz baja unos instantes para sopesar la situación, estudiando las posibilidades que podrían llevarse a cabo, y convinieron en que se trataba de una misión difícil.

—Casi será mejor que nos alojemos en la hospedería. Dentro del castillo se respirará una atmósfera muy hostil, impuesta por la situación. Por otro lado, como nos ha dicho el soldado, las estancias están llenas —dijo Bruno según lo acordado

con Angiolo.

Seguidamente se dirigieron a la plaza. Pocas personas había por las calles; mientras avanzaba el carromato, los postigos de las ventanas se abrían suavemente, dejando entrever una tímida luz de vela o de lámpara de aceite en el interior de las casas, para permitir ver disimuladamente el exterior.

—Noto que el miedo es tan perceptible en el ambiente que puede cortarse con un cuchillo, e impide, al mismo tiempo, una respiración normal —exclamó en voz baja Bruno.

—Sí, ya lo he notado. Muchos ojos nos observan en medio de la oscuridad, detrás de las ventanas —comentó Angiolo.

Mauro procuraba que las herraduras de los caballos hicieran el menor ruido posible sobre las losas de piedra del pavimento de las empinadas calles.

No tardaron en alcanzar la plaza, donde la única nota de alegría la ponía el murmullo del surtidor de la fuente, que dominaba el centro de aquel espacio urbano rodeado de soportales. La fachada de la hospedería, de color marrón, estaba iluminada con dos farolas de aceite, y la puerta en arco adovelado permanecía entreabierta. Mauro paró el carromato.

Descendieron de inmediato, aunque con precaución, porque el suelo estaba mojado. Seguidamente, se dirigieron a la puerta y golpearon la aldaba.

Fueron unos instantes eternos los que se vivieron ante la puerta, esperando que esta se abriera. Al rato, se oyeron sonidos de bota y madera, a pasos alternos, y un hombre, de gran corpulencia, con barba blanca y espesa, y que andaba con la ayuda de una muleta, abrió el pesado portalón, cuyas bisagras chirriaron con fuerza. Portaba un candil en la mano y, con mirada de águila, analizó de arriba abajo a los recién llegados.

XI. Temores

—¿Qué deseáis? —preguntó el hombre que había abierto el pesado portalón de la hospedería.

—Buenas noches, señor. ¿Podrías alojaros por una noche en vuestra posada? —preguntó Angiolo.

Aquel hombre, sin dejar de analizar a los recién llegados, se permitió tardar una eternidad en responder, ante la infinita extrañeza de los viajeros.

—Casualmente me queda una habitación libre, aunque no es de las mejores. ¿Cuántos sois? —exclamó el posadero.

—Somos tres. Y el carruaje que nos trae, con los dos caballos.

—Pues os prepararé tres camas. Pero no puedo ofreceros comida, porque he agotado todas las existencias del almacén al tener que entregarlas a los señores del castillo. El carromato y los caballos podéis dejarlos en el establo, detrás de la casa.

—No os preocupéis, señor, por los alimentos. Ya hemos comido en el camino —respondió amablemente Bruno.

—Acompañadme, esperaréis en el salón mientras os preparan las camas de vuestro aposento.

Un largo pasillo enlazaba la entrada con el patio interior, que servía de comunicación con el resto de las habitaciones. El salón principal contaba con una gran chimenea de piedra, que dominaba el centro de la estancia, y su fuego caldeaba el ambiente. Varias personas, sentadas en mesas, bebían y conversaban, pero fueron silenciando sus conversaciones a medida que se aproximaban los recién llegados. Una sensación de miedo envolvía también aquel escenario. El posadero ordenó a unos sirvientes que preparasen la alcoba mientras permanecían en aquel salón, donde ocuparon una mesa vacía, y no tardaron en ofrecerles una jarra de vino caliente. Todos los ojos del resto de personas que había en la sala se clavaron sobre los rostros de los recién llegados, pero estos lograron mantener una fría serenidad.

—¿Has notado cómo nos miran? —preguntó entre dientes Angiolo a Bruno.

—Claro, resulta imposible no darse cuenta. Es probable que crean que somos miembros del Santo Oficio —repuso Bruno.

—¡Señores! Ya podéis alojaros en la habitación. Os la mostraré. Venid conmigo —les indicó el posadero.

—Gracias.

Tan pronto como acabaron la escalinata y alcanzaron el rellano de la planta superior, aquel hombre, que a pesar de su cojera se desplazaba con gran soltura, no dudó en interrogarles.

—¿Es la primera vez que vienen a este lugar?

—¡No! Trabajamos para el cardenal Madruzzo, en la ciudad de Trento. Me llamo

Bruno, soy restaurador artístico de los palacios del principado, y mi compañero, Angiolo, es responsable de los jardines. Y Mauro, nuestro cochero, se incorporará tan pronto como regrese del establo.

Aquellas palabras dieron una paz infinita al semblante del posadero.

—Mi nombre es Salvatore Brione —dijo—, y soy el dueño de esta posada, que heredé de mis padres. —Se produjo un silencio letal, y el posadero, aproximando la lámpara de aceite a los recién llegados y procurando vencer un pánico atroz que seguía recorriéndole todo el cuerpo, volvió a hablar—: Si sois personas de confianza, relacionadas con su eminencia, creo, señores, que podré confesaros algo terrible. No sé si sabréis lo que está sucediendo en estos momentos en Stenico a causa del apresamiento de dos mujeres por parte de la Inquisición, que las mantiene recluidas en las tenebrosas mazmorras de la fortaleza, después de haberlas arrestado por brujas.

—Algo hemos oído en Comano Terme —exclamó Angiolo—. ¿Y qué sucederá? ¿Qué rumorean las gentes de Stenico? —le preguntó al posadero.

—Todo el pueblo está en contra de este arresto, pero poco podemos hacer ante el brazo armado de la Iglesia. Incluso Alessandro, el señor de la fortaleza, que es un hombre querido y admirado por todos, se ha visto obligado a encarcelar a estas mujeres en las horripilantes galerías subterráneas de la torre del hambre, el área más antigua de la ciudadela, y de donde pocas personas han salido con vida.

Los rostros de los recién llegados coincidieron en mostrar una repulsa contra la amarga situación que se estaba viviendo dentro de aquella escalofriante fortaleza.

Tras unos instantes, el posadero prosiguió.

—Estas mujeres salvaron a Stenico cuando, hace un lustro, la epidemia de cólera asoló a la población y a toda esta zona del principado. Recuerdo muy bien que pusieron en práctica pócimas, bebedizos y ungüentos que solo ellas sabían preparar. A las personas más afectadas por el mal, además, les hacían comer sopa de ajo con pan antes de dormir.

—¿Y se sabe cuándo está previsto llevar a cabo la ejecución? —preguntó con honda preocupación Bruno.

—Será probablemente mañana, en la plaza, delante mismo de mi hospedería; para lo cual intentaré mantener la puerta, balcones y ventanas bien cerrados, como señal de rechazo. Lo mismo hará la gran mayoría de vecinos de la población —exclamó Salvatore, con evidente tristeza en el rostro.

—Pues mañana, al alba, nos acercaremos al castillo para hablar con el señor de la fortaleza. Intentaremos salvar a esas desdichadas mujeres —manifestó Bruno, mirando a su compañero Angiolo—. Ahora vamos a descansar, debemos reponer fuerzas.

—Me parece muy bien, y todo Stenico os quedará siempre agradecido por ello —susurró el posadero, dándole una palmada de amistad en el hombro a Bruno—. Si os

parece bien, os despertaré sobre las siete de la mañana —sugirió.

—De acuerdo —respondieron enseguida los dos, después de haberse cruzado unas miradas de complicidad.

Mauro, tras dejar los caballos y el carromato en los establos, no tardó en incorporarse al grupo y entró en la alcoba, donde ya habían preparado tres camas muy sencillas, sin dosel, pero de suave y esponjoso colchón de plumas y edredón de algodón. Afortunadamente no había ninguna cama de armario. Desde la ventana principal se podía ver la fortaleza superior: la luna llena, que había logrado abrirse paso entre las nubes, iluminaba de fría y blanca claridad los tejados de piedra del castillo; los torreones y recintos amurallados se encendían con luces cálidas por los reflejos del fuego de las antorchas, mientras las chimeneas de los aposentos más suntuosos del castillo vomitaban nubes de humo. Fue entonces cuando, al contemplar la ciudadela de Stenico, Bruno, rompiendo el silencio sepulcral de la estancia, exclamó sin alzar la voz:

—¡Cuánto deberán estar sufriendo en estos momentos esas mujeres en las tenebrosas mazmorras de la torre del hambre, por verdugos y vigoleros, para arrancarles confesiones absurdas!

—Yo también estaba pensando lo mismo —acordó Angiolo, mientras Mauro no dejaba de mirar a través de los cristales de la ventana, con los ojos clavados en los muros del castillo, en un intento de poder penetrar en el interior de la hermética y fría fortaleza.

En unos momentos, gruesos nubarrones ocultaron la claridad de la noche, y una terrible tormenta se proyectó sobre el castillo, iluminando con ráfagas de corrientes eléctricas todo aquel estremecedor paraje y dejando la silueta de la fortaleza encendida como si de un espectro de piedra se tratase. Aquel resplandor les dejó mudos.

—Parece un presagio celestial —exclamó Angiolo.

—Debemos preparar el encuentro con el señor del castillo de Stenico a primera hora de la mañana, y esperemos que nos atienda. No será una tarea nada fácil, dado que estará muy presionado por los inquisidores. Pero ahora debemos descansar, porque no sabemos lo que nos vamos a encontrar en esta fortaleza. Mañana ya decidiremos lo que hacemos —repuso Bruno.

Tras acomodar a los recién llegados en su aposento, Salvatore inició el descenso de la escalinata hacia el salón comedor; el sonido de la muleta del mesonero golpeando sobre los escalones de madera retumbaba en toda la hospedería. Y tan pronto como Salvatore llegó al salón, los allí presentes se aproximaron a él, bastante inquietos y vivamente interesados.

—Podemos estar todos tranquilos —los calmó Salvatore—, os lo aseguro, son personas de fiar. Trabajan para el cardenal Madruzzo y están de paso por estas tierras.

Portan un salvoconducto de su eminencia. Además, han mostrado interés en interceder por la libertad de las mujeres apresadas en la fortaleza.

Un clamor de admiración retumbó en la sala; aunque el dolor y la pesadumbre ante la incierta suerte de las mujeres se respiraban en el ambiente.

—¡Así que brindemos por ellos, deseándoles suerte mañana! —exclamó Salvatore, mientras elevaba su jarra de cerámica rebosante de vino, e iba llenando las que estaban vacías.

Mientras tanto, en la alcoba, los tres ya se habían acostado, y, con el ronquido de sus compañeros en el ambiente, Bruno, en silencio, pensó: «Debo enviarle un mensaje al cardenal para informarle de las explicaciones que me dieron Ficino y Lucano, en Comano Terme, y también de todo cuanto está sucediendo en Stenico... Pero debo reponer fuerzas, ha sido una jornada muy intensa, y no sé lo que sucederá mañana. Además, parece ser que el cardenal no se encuentra en Trento».

A la mañana siguiente, cuando las campanas de la torre de la iglesia repicaban las siete, un mozo, por orden expresa del dueño de la hospedería y después de haber superado el medio centenar de escalones de la larga escalera en un par de zancadas, golpeó la pesada puerta de madera de la alcoba.

—¡Señores! ¡Señores! Es la hora —exclamó aquel joven.

—¡Gracias! —respondió al momento Mauro, quien ya llevaba rato despierto, y seguidamente llamó a sus compañeros de alcoba, que habían dormido a pierna suelta por el cansancio acumulado.

—Gracias, muchacho.

—Después de refrescarnos la cara y los brazos en el aguamanil, bajaremos al salón, a ver si el posadero nos puede poner algo para desayunar —propuso Bruno.

XII. Visita inesperada

A primera hora de la mañana, los tres bajaron al salón comedor de la hospedería. Salvatore, que ya llevaba un buen rato despierto y ocupado con los quehaceres rutinarios de cada día, se dirigió a ellos para saludarles amablemente.

—Buenos días, señores. ¿Habéis descansado bien?

—Sí, gracias. Queremos salir pronto hacia la fortaleza. ¿Nos podríais poner un vaso de leche caliente y unos bollos? —preguntó Bruno.

—¡Claro! En un instante. Sentaros mejor en esta mesa, próxima al calor de la boca de la chimenea. Anoche cayó una fuerte tormenta sobre Stenico, y hubo movimientos de jinetes, pero no sé la identidad de los mismos, aunque se dice por ahí que se trataba de caballeros de alto rango —añadió Salvatore, mientras limpiaba la mesa y ordenaba a un sirviente que trajese de prisa lo que habían solicitado—. La leche está recién ordeñada de mis vacas que pastan en el prado —comentó con la mayor amabilidad el mesonero.

—Gracias, señor —repuso Bruno—. ¿Jinetes de alto rango? —se preguntó en voz baja, mirando a Angiolo con total extrañeza.

—Cuando vayamos al castillo saldremos de dudas —manifestó Bruno, entre dientes.

Después de tomarse el desayuno y recibir una barrica de madera de una arroba con agua potable, que portó Mauro al carromato, se despidieron de Salvatore, al tiempo que le entregaban una bolsa con monedas para abonar el importe por el alojamiento. El posadero no quiso cobrarles la parte correspondiente al establo, por los caballos, ni tampoco la consumición de aquella mañana; con ello demostraba su profundo agradecimiento por lo que pudieran hacer en la salvación de las vidas de aquellas desdichadas.

—¡No, por favor! Cobrad el precio que tengáis establecido —imperó Angiolo al mesonero.

—No insistan, señores, solo os cobraré la habitación —repuso este.

—Os quedamos muy agradecidos, Salvatore. Vamos al castillo, para intentar mediar en la liberación de las mujeres apresadas y erróneamente condenadas, pero, como podréis suponer, nuestra labor no va a ser nada fácil, porque se trata del Santo Oficio —dijo Bruno mientras, junto con Angiolo, se despedían de aquel buen hombre y de su familia.

Mauro estaba colocando las riendas a los caballos cuando el posadero resbaló, al apoyar su muleta con una losa mojada del suelo, y estuvo a punto de caerse si no hubiese acudido en su ayuda Bruno.

—¡Gracias, señor! —exclamó.

—¿Qué os sucedió? ¿Por qué cojeáis?

—Fue hace muchos años, cuando era soldado. Estaba luchando contra las tropas de Venecia, en el castillo de Arco, y fui alcanzado por una bola de fuego que, tras explotar, derribó parte de las almenas y el pasillo de ronda, donde yo estaba haciendo guardia con otros centinelas. No recuerdo mucho más porque quedé aturdido, perdí el conocimiento y caí al suelo. Cuando desperté, estaba en el hospital de Rovereto, y fui curado por un médico al que le debo la vida, cuyo nombre no olvidaré jamás: Pietro Andrea Mattioli, entonces doctor de cabecera del cardenal Bernardo Clesio —se sinceró el posadero.

—Pietro Andrea. El gran sabio... Tuvimos el honor de conocerle y estar con él ayer mismo en el castillo de Toblino —respondió con júbilo Bruno, y Angiolo asintió.

En sus rostros se reflejaba una profunda admiración hacia el citado médico.

—Bien, debemos despedirnos ya —dijo Bruno—. El tiempo corre en nuestra contra, y está en juego la vida de esas desdichadas mujeres.

Tomaron rumbo al castillo a través de un paseo arbolado, en acusada pendiente. La lluvia de la noche anterior había desprendido gran cantidad de tierra de la montaña y los cascos de los caballos resbalaban sobre el barro y el suelo empedrado; las ruedas del carromato se deslizaban peligrosamente. En aquel momento, las campanas de la iglesia de Stenico repicaban las nueve de la mañana, y el sol apenas se atrevía a salir, aunque se abrían algunos claros. En las calles ya había algún movimiento de personas, pero seguía respirándose aquel aire de temor de la noche anterior. El asombro de ellos fue al contemplar lo que estaba sucediendo en un ángulo de la plaza mayor, cerca de la iglesia: se estaba preparando una pira de haces de leña y maderas recién cortadas, con dos elevados troncos en vertical, a modo de poste, que sobresalían por su altura del resto de aquel sobrecogedor escenario... Entonces, al pasar cerca de aquel dantesco patíbulo, se produjo un estremecedor silencio, que impidió vocalizar cualquier palabra; solo los ojos de Bruno y Angiolo, tímidamente asomados a las ventanas del carruaje, reflejaban unas miradas de horror contenido.

—¡Estas horripilantes piras me dan escalofríos, amigo Angiolo! —exclamó Bruno, colocándose un grueso abrigo de lana sobre los hombros.

—Sí. Yo también he notado como si la temperatura hubiese bajado de repente —dijo Angiolo—. La fuerte tormenta de anoche ha acelerado la llegada del otoño, y el dantesco y escalofriante escenario que hemos contemplado.

Mientras tanto, Mauro conducía con cuidado, porque el suelo estaba lleno de barro y agua, y los ejes del carromato seguían desplazándose peligrosamente hacia los bordes del sendero, con el grave peligro de caer sobre el precipicio. Bruno y Angiolo decidieron apearse, para aliviar la carga de los caballos, hasta que el chófer lograra recuperar la confianza. Afortunadamente, pocos instantes después alcanzaron la plataforma superior, situándose frente a la fachada principal de la fortaleza.

—¡Alto! ¿Quién va? —imperó la voz fría de un guardia desde la tronera superior.

Al oír la imperiosa voz del centinela, Bruno bajó a tierra y, extrayendo el documento del bolsillo, respondió:

—Disponemos de un salvoconducto firmado por el cardenal Cristoforo Madruzzo. Estamos de viaje en ruta desde Trento a Carisolo.

Un silencio que se hizo interminable medió hasta que se oyeron abrir los goznes del enorme y pesado portalón de aquella gigantesca ciudadela aérea. Después, varios soldados salieron al encuentro de los recién llegados; el sargento, tras examinar el salvoconducto y mirar con altivez a los recién llegados, expuso su autoridad.

—Podéis pasar. Aguardaréis en el patio de entrada hasta que os reciba el señor de la fortaleza, a quien no tardaré en anunciarle vuestra llegada.

—Os estamos muy agradecidos —respondió Bruno mientras se guardaba cuidadosamente el documento en el bolsillo del abrigo.

Se respiraba una atmósfera de mucha tensión en el interior de aquella fortaleza; a los recién llegados les sorprendió que hubiese tanta vigilancia en el pasillo de ronda, asomando entre los huecos de las almenas y dentro de los matacanes.

—Parece que toda la guarnición militar se encuentra en estado de máxima alerta —comentó calladamente Angiolo mientras Bruno asentía con la cabeza.

Tras un largo tiempo de espera, llegó el señor del castillo.

—¡Buenos días, señores! Perdonad el retraso; he tenido una reunión de notable importancia en mi salón. Soy Alessandro Civerone, señor de esta fortaleza. Podéis instalaros y dejar los caballos y el carromato en el establo. Esta noche, en medio de una fuerte tormenta, hemos tenido la visita inesperada del cardenal Cristoforo Madruzzo, en viaje hacia Trento.

—¿El cardenal se encuentra aquí, en Stenico? —preguntó con asombro Bruno.

—En efecto. En estos momentos su eminencia se encuentra reposando en sus aposentos. Pero no puedo deciros nada más —repuso Civerone con autoridad—. Además, hoy será un día de gran tensión, porque tenemos encarceladas a dos mujeres.

—Sí, de esto último ya teníamos información. ¿Pero qué será de ellas? —se interesó Angiolo.

—Solo puedo añadirles que estas mujeres serán ejecutadas por orden de la Inquisición. ¡Acompañadme! Vuestro chófer puede llevar los caballos a los establos y guardar el carromato en el patio trasero, y él puede alojarse con los servidores de palacio —manifestó Alessandro.

—Os quedamos muy agradecidos, señor.

Los recién llegados se cruzaron en aquel momento unas miradas de asombro ante la noticia de la inesperada visita del cardenal, que, al mismo tiempo, les llenó de infinita alegría. Seguidamente, Bruno se dirigió al señor de Stenico.

—Si fuera posible, nos gustaría saludar a su eminencia. Hacía tiempo que, desde nuestra partida de Trento, no teníamos noticias de él —dijo, mientras Angiolo asentía a sus palabras.

—Miraré qué puedo hacer. Las órdenes de que nadie le moleste hasta la hora de la comida son tajantes. El viaje fue muy agotador, y el frío y la lluvia de anoche le dejaron exhausto —repuso Alessandro.

—Si os parece, señor, no queremos molestarle más. Yo, personalmente, conozco bien esta fortaleza, porque durante el concilio estuve trabajando en las restauraciones de los frescos de la Sala de los Medallones, y la tarea me llevó unos meses —expuso Bruno.

—De acuerdo. Hay muchas cuestiones que reclaman mi presencia y atención. ¡Estáis en vuestra casa! —exclamó Alessandro—. Si precisáis algo, no dudéis en hacérmelo saber a través de la guardia. Un soldado os acompañará por el interior de la fortaleza. Tan pronto como me sea posible acceder al cardenal, anunciaré a su eminencia vuestra presencia en Stenico.

—Si me necesitáis, señores, estaré en los establos y luego con el resto del servicio —dijo el chófer.

—Gracias, Mauro —respondieron.

Después siguieron a prudente distancia al soldado durante el recorrido por el patio de armas y demás zonas de la ciudadela, procurando causar la menor molestia posible a los diferentes grupos de tropas que, en todas direcciones, se cruzaban a sus pasos. Aquel primer patio estaba pavimentado con cantos rodados, que brillaban y resbalaban por el agua recibida toda la noche. De allí, y a un lado, se abría una monumental escalinata de piedra que alcanzaba la galería superior. Por todas partes iban cruzándose con soldados armados, en estado de máxima alerta.

Mientras caminaban por los pasillos, Angiolo preguntó calladamente a su compañero:

—¿En qué zona del castillo están las mazmorras?

XIII. Bajada al infierno

—Las mazmorras se encuentran en los sótanos de la torre de Bozzone, un tenebroso lugar conocido por todos como la torre del hambre —respondió en voz baja Bruno a la pregunta de Angiolo.

—El posadero no se equivocó cuando nos habló del lugar de encarcelamiento dentro de los muros de la fortaleza. Temo que en ese horrible escenario se encuentren las dos mujeres, y será un milagro que sigan vivas —susurró entre dientes Angiolo.

—Sí, debemos actuar con la mayor rapidez, pero con discreción, para no despertar la menor sospecha. La única persona que puede ayudarnos es, sin duda, el cardenal. ¡Suerte que está aquí! —exclamó calladamente Bruno.

Ruidos de cacharros metálicos retumbaban en todo el castillo. Se asomaron al patio inferior y vieron un gran movimiento en las cocinas, de ellas se producía una gran algarabía, que se hacía evidente al contemplar a los numerosos sirvientes que entraban con alimentos para preparar el banquete para el cardenal, además de las comidas del resto de la guarnición. «¡Deprisa!, ¡deprisa!», oían gritar a los cocineros. El cardenal se ha despertado con apetito.

«¡Es cierto! El cardenal está en Stenico», pensó Bruno con inmensa felicidad en el rostro.

Mientras recorrían la galería superior, realizada en tiempos del cardenal Bernardo Clesio, que delimita los dos patios de la fortaleza, un soldado se aproximó a ellos.

—Debéis acompañarme. Mi señor desea veros de inmediato —solicitó.

—Bien, llévanos a su presencia —respondieron.

En camino hacia la estancia donde le aguardaba Alessandro, Bruno se dirigió un instante a su amigo.

—Angiolo, estaría bien que busques información sobre las mujeres encarceladas. Después nos encontraremos en el salón comedor, y veremos lo que se puede hacer. Muchas gracias, compañero.

El jardinero encontró un tanto extraña aquella decisión de su amigo, pero no dudó en seguir sus consejos y regresó al exterior del patio de la fortaleza.

El soldado, que aguardaba relajado sobre su lanza mientras estos se separaban, al ver que Bruno le aguardaba, volvió a retomar el paso rápido y lo condujo hasta la sala del consejo, donde el señor del castillo se encontraba dialogando con varios mandos militares.

—Pasad, el cardenal Madruzzo os aguarda en su aposento. Un soldado os acompañará. Pero ¿y tu compañero? —se interesó Alessandro.

—Ha tenido que ausentarse unos instantes, señor. Muchas gracias.

Después de un corto recorrido, alcanzaron la entrada de la estancia reservada para el cardenal; al instante, el soldado le dejó. Tras golpear la aldaba, un sirviente abrió la

puerta.

—Puede pasar. Su eminencia le atenderá tan pronto como sea vestido. Tomad asiento en estas sillas.

—Muchas gracias.

El cardenal no tardó en aparecer, mientras un sirviente le terminaba de abrochar la camisa y otro le facilitaba unas cómodas zapatillas de piel. Bruno se aproximó con el máximo respeto y aprecio, le tomó la mano derecha y se la besó.

—Nuestro amado cardenal, ¡cuánta alegría y honor verle aquí en Stenico! Pensaba que os hallabais en el ducado de Milán.

—También para mí es un placer el verte. Llegué anoche, en medio de una violenta tormenta. La dolorosa gota me está matando los dedos de los pies. Por ello, tan pronto como culminaron los encuentros con los Visconti, en la capital lombarda, he deseado adelantar el regreso a Trento —repuso el cardenal—. ¿Pero y vosotros, qué hacéis aquí?

—Mi compañero Angiolo ha tenido que ausentarse por unos momentos. Antes que nada, eminencia, quiero ponerlos al corriente de algunas cuestiones que, en ruta hacia aquí, han despertado mi curiosidad; informaciones que, por medio de palomas, le he ido enviando a Trento tan pronto como me ha sido posible —le informó Bruno.

—Sí, estoy al corriente de todos esos mensajes, a pesar de haber tenido que salir de Trento poco después que vosotros.

—¿Has podido averiguar algo sobre la persona que me mandó aquel macabro envío? —preguntó el cardenal a Bruno tras abrocharse los botones de la camisa.

—Lamento comunicarle, eminencia, que aún no puedo decirle nada al respecto. Tengo algunas sospechas, pero no me atrevo a manifestarlas hasta no tener más pruebas irrefutables. En este momento, aprovecho que su eminencia se encuentra aquí, en Stenico, para exponerle una cuestión.

El rostro del cardenal quedó un tanto extrañado al oír aquellas palabras.

—¡Habla, Bruno! ¿De qué se trata? —preguntó el cardenal.

—Eminencia, después de pasar por Toblino, donde descansamos, en Comano Terme nos hablaron del arresto de dos mujeres que, para las gentes del pueblo y de la zona, son personas de buena condición y grandes valores que han hecho mucho bien en curaciones que la medicina aceptada no ha sido capaz de resolver. Por ello, hemos decidido intentar ayudarlas, aunque demoremos nuestro viaje hacia Carisolo, en Val Rendena, donde, como sabe, vamos a ver a nuestras familias, de las que hace mucho tiempo que no sabemos nada —explicó.

—Ya he sido informado por Alessandro de todo cuanto me dices. Pero, en relación con esas mujeres, no sé si podré hacer algo, ya que el arresto ha sido llevado a cabo por *exploradores* del Santo Oficio, y la Inquisición ya las ha condenado a la hoguera —explicó Madruzzo—. Además, es muy probable que ambas ya estén

muertas, después de una noche de interminables sesiones de latigazos, según me ha comunicado con cierto pesar el señor del castillo.

—Su eminencia, ¿podríamos visitar Angiolo y yo esa lóbrega y horripilante mazmorra? —preguntó Bruno.

—Veo que vuestro interés por esas desdichadas es grande. Por mí no hay ningún inconveniente. Hablad de mi parte con Alessandro, para que os facilite el acceso. Y procurad ser discretos en este asunto, no habléis con nadie más, porque los oídos de la Inquisición son muy largos —advirtió el cardenal, al tiempo que Bruno, tras besar la mano de su eminencia, se despedía haciéndole la reverencia, sin darle la espalda.

Al salir de aquella noble estancia, Bruno se encontró con Angiolo, que subía en aquel momento por la escalinata.

—Amigo, ya tenemos el permiso del cardenal para acceder a la mazmorra en la que se encuentran encerradas las mujeres. ¿Y tú qué has podido averiguar?

—No mucho. Solo lo que se oye por los patios y corre de boca en boca entre los soldados, y nada bueno, lamentablemente. Porque anoche fueron torturadas, y es muy probable que ya estén muertas —repuso Angiolo con pesar.

—Bueno, haremos todo lo que esté en nuestras manos para salvar a estas desgraciadas si no es ya demasiado tarde. De momento, debemos comunicarle a Alessandro que el cardenal nos da permiso para acceder a las cárceles.

Alessandro seguía reunido con sus mandos en la sala del consejo, pero al verlos se alejó de la mesa de reunión un instante y se aproximó a los recién llegados.

—¿Ya habéis tenido el encuentro con su eminencia?

—Sí, señor, y nos ha dado permiso para visitar a las mujeres encarceladas —afirmó Bruno con cierta contundencia.

El señor del castillo, con extrañeza en el rostro, llamó al momento a un soldado de la guardia para que les acompañara al interior de la torre de Bozzone. En el trayecto, le preguntaron al soldado por qué también era conocido ese lugar como la torre del hambre.

—Porque en ella sus muros retumban con el clamor de unos presos que son abandonados a su suerte, sin agua ni comida y con escaso aire para respirar... —respondió—. Me temo que muy poca vida deberá quedarles a esas mujeres allí apresadas.

Los fríos soportes de las oxidadas bisagras de la puerta de entrada al infierno fueron abriéndose con gran dificultad al movimiento de la enorme llave de hierro, que el soldado tuvo que forzar. Después, una vez dentro, dos carceleros salieron al paso de los recién llegados.

—¿Qué deseáis?

—Estos señores tienen permiso para ver a las mujeres apresadas. Aquí tengo el documento que lo confirma, firmado por el señor Alessandro —dijo con autoridad el

soldado.

—Acaban de recibir otra sesión de latigazos por parte de los verdugos, y no creo que puedan emitir palabra alguna.

—De todos modos, estamos interesados en verlas —respondieron Bruno y Angiolo.

El guardia que los acompañó a la torre se marchó y se quedaron solos con los carceleros. Uno de ellos dijo que le siguieran, mientras el otro, después de facilitarles unas antorchas, se quedó guardando el interior de la entrada. Después se inició el descenso a través de una angosta y oscura escalinata de caracol. En el sombrío y húmedo techo advirtieron la presencia de innumerables murciélagos que dormían cabeza abajo; animales que mostraron una cierta inquietud ante la presencia de los recién llegados agitando tenuemente sus negras alas, mientras los pequeños y vidriosos ojos de aquellos roedores aéreos se clavaban en quienes habían osado romper su tranquilidad espacial. A medida que avanzaban entre los fríos pasillos, un fuerte hedor nauseabundo hacía irrespirable el aire de aquel horroroso lugar. Las gastadas losas del pavimento del suelo resbalaban por la sangre y demás líquidos humanos que goteaban de los condenados a muerte, una vez finalizadas las interminables sesiones de torturas. Mientras iban descendiendo, los huesudos brazos de unos esqueléticos presos allí encerrados salían de las rejas de las diferentes mazmorras, rozándoles. Unas voces que parecían proceder de ultratumba rompían el mortal silencio de aquellas terroríficas galerías, y de los crueles calabozos unos seres al borde de la muerte imploraban inútilmente una piedad que nunca les llegaría.

—¿Quiénes son estos presos? —se interesó Angiolo.

—Son acusados por delitos de religión, en su gran mayoría, traídos aquí por los *exploradores* del Santo Oficio, capturados en diferentes poblaciones del principado de Trento y condenados sin juicio previo como protestantes o, simplemente, como herejes —respondió el carcelero, sin dejar de andar.

De repente, se oyeron gritos y desgarradores lamentos que salían de otra sala.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó sobrecogido Bruno al carcelero.

—Señor, mejor que sigamos nuestro camino; no es nada aconsejable ver lo que sucede en el interior de esta cámara de tortura.

—Pues quiero entrar. Esos lamentos parece que provienen del umbral del infierno... —exclamó Bruno.

—Como deseéis —profirió el carcelero con una extraña mueca en su boca que hizo ver una mellada y sucia dentadura, mientras que, con el mayor esfuerzo, empujaba hacia dentro la pesada y reducida puerta.

La cámara era una sala de unos setenta pies de largo por cincuenta de ancho, de sólidos muros de piedra, cubierta con bóveda de cañón seguido. Candiles de aceite iluminaban aquella horripilante galería. El olor era irrespirable, apenas mitigado por

el hilo de humo de los candiles y las numerosas velas encendidas. Todo aquel espacio estaba distribuido en diferentes áreas de tortura, cada una de ellas con un inquisidor que, sentado cómodamente en una silla con respaldo, bajo palio y ante un enorme crucifijo, iba dando instrucciones a un verdugo, mientras un notario del Santo Oficio, a la luz de una vela, anotaba con pluma de ave en unos pergaminos todo cuanto se llevaba a cabo. El grado de dolor que debía aplicarse al reo lo establecía el inquisidor, al objeto de extraerle una confesión al desdichado. El verdugo y sus ayudantes *vigoleros*, conocedores de las formas más despiadadas de infligir los más sofisticados sistemas de tortura, sabían muy bien cuándo debían parar en su trabajo para no romper el hilo de la vida; ante tanto dolor, las pocas fuerzas que le quedaban eran utilizadas por el preso para suplicar a gritos una muerte rápida.

Angiolo y Bruno solo pudieron soportar unos instantes dentro de aquel infierno; al salir al pasillo casi se desmayaron.

—Ya les advertí —pronunció el carcelero—. Estas cámaras de tortura resultan insoportables incluso para nosotros, que vivimos prácticamente aquí, en el interior de la torre de Bozzone, y salimos pocas veces al exterior.

Tras unos momentos de silencio y recuperando el aliento, Angiolo preguntó al carcelero:

—¿Qué clase de tormento le estaban aplicando al preso que se hallaba en el centro de la cámara, el sostenido por una cuerda?

—Es el suplicio de la *estrapada*, consistente en una gruesa soga que termina en unos garfios de hierro que, a modo de grapas, mantienen al preso erguido enganchado por sus hombros. Esta cuerda no deja de tensarse mediante varios *vigoleros* que, con la ayuda de torniquetes de madera, giran incesantemente una polea del tamaño de un grueso tronco de árbol, mientras que de los tobillos del preso se mantiene enganchada una enorme y pesada bola de hierro; las manos, atadas a la espalda, también reciben el tormento de la tensión de una cuerda que no cesa de girar sobre sí misma, hasta que el verdugo comprueba que se han quebrado las muñecas del preso, y, este, por efecto del tremendo dolor, ha perdido el conocimiento. Entonces, el verdugo se toma unos momentos de descanso, esperando que el preso vuelva en sí, para proseguir su sanguinario trabajo; el inquisidor también aprovecha para consumir un plato de buenos manjares, regado con una jarra del mejor vino —comentó el carcelero sin dejar de andar—. Esta forma de tortura, según me han dicho, es habitual en Francia para castigar a los hugonotes, y también a los calvinistas, en las tenebrosas *cámaras ardientes*.

—Con estos salvajes sistemas de tormento es fácil que cualquier preso realice confesiones absurdas con tal de ser liberado de los horribles dolores a los que es sometido —comentó Angiolo, con el asentamiento de Bruno, cuyos ojos aún seguían horrorizados.

—También resulta sorprendente apreciar la frialdad del inquisidor, que no pierde el apetito. Por eso suelen ser gordos, porque comen como bribones. ¿Pero cuánto falta para llegar a las mujeres apresadas? —preguntó Bruno al carcelero con cierta desesperación.

—Se encuentran en las cámaras más profundas, en la más absoluta oscuridad. Debéis estar preparados para lo que vais a contemplar, pero vosotros lo habéis querido. Allí abajo los carceleros solo descendemos para encerrar a los presos, y a recoger los cadáveres cuando mueren. Si no, solo bajan los verdugos y sus ayudantes, para infligir el mayor dolor posible a los allí encerrados. Por todo ello, este lugar ha dado nombre a la torre en la que nos encontramos, como podéis suponer —exclamó el carcelero, volviendo a dibujar la extraña mueca con sus agrietados labios.

Los rostros de Bruno y Angiolo estaban llenos de dolor, rabia contenida y terror al mismo tiempo, preguntándose con las miradas si la maldad del ser humano tenía límite. En los pasillos aún quedaban cadáveres por retirar.

—¿Qué se hace con estos seres humanos?, ¿se les dará luego una cristiana sepultura? —cuestionó Angiolo.

—¿Cristiana sepultura? —sonrió sarcásticamente el carcelero, mientras expulsaba por su boca un aliento fétido—. Estos despojos se arrojarán por las ventanas más altas que miran al sector oriental del castillo y se romperán con las rocas de la montaña al caer por el barranco, para ser finalmente pasto de los lobos, buitres, osos, perros y otras alimañas que se disputarán la carne fresca.

—En momentos de epidemias y hambruna, estos despojos habrán servido también para alimentar a seres humanos. Las circunstancias de los tiempos han empujado a las personas hacia el canibalismo; se trataba de sobrevivir —insinuó entre dientes Bruno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Angiolo, con el rostro desencajado por las palabras de su amigo.

—Mi padre me dijo que, durante las terribles epidemias de peste negra, según oyó contar a su abuelo, la gente buscó comida en lugares impensables; los alimentos eran tan escasos que tuvieron que disputárselos con los mismos animales. Esa fue una de las razones por las que se interesó mi progenitor en representar en frescos pictóricos aquellos sobrecogedores momentos de la historia del mundo occidental —expuso Bruno, mientras su rostro se entristecía al recordar a su padre.

Tras unos instantes de silencio, con terrible dolor contenido, la voz del carcelero, que iba a varios pasos por delante, volvió a retumbar en aquel gélido infierno:

—¡Ya hemos llegado! Os abro y luego me marcho a la cámara superior; tengo otros asuntos que atender. Cuando terminéis, llamadme, y recordad muy bien: debéis procurar que no se os apaguen las antorchas; la oscuridad aquí abajo es absoluta.

—Gracias. Descuidad, a oscuras no seremos capaces de salir al exterior. Intentaremos ser breves —respondió Angiolo.

Tras abrir el cerrojo con dificultad, tuvieron que empujar con fuerza la puerta para poder acceder al interior de aquella horripilante mazmorra. No podían dar crédito a cuanto tenían delante. Aquel tétrico ambiente muy bien podría haber inspirado a Dante en su inmortal obra sobre el Infierno. Era una estancia casi cuadrada, de unos diez pies de largo por cinco de ancho, abierta totalmente bajo la roca viva. En el fondo de todo estaban las dos mujeres, acurrucadas y tiritando de frío, cubiertas de sangre; gracias a las llamas de las antorchas pudieron ver a aquellas desdichadas, que, al presentir la entrada de alguien en la mazmorra, con voz rota suplicaron piedad.

—No temáis, Gina y Giovanna, queremos ayudaros; vamos a tratar de liberaros de este infierno —dijo Bruno en voz baja, mientras Angiolo examinaba la puerta, por si había alguien detrás escuchando.

Enseguida, aquellas mujeres, al oír sus nombres, no dieron crédito a las palabras que acababan de escuchar de unos desconocidos.

—Nos informaron en Comano Terme de vuestra situación, y estamos dialogando con el mismísimo cardenal Madruzzo para intentar hallar la forma de liberaros. Su eminencia es un hombre justo —dijo Bruno, mirando con la mayor dulzura a aquellas infelices.

Después de un silencio que se cortaba en el ambiente, Gina, sacando fuerzas de lo imposible, decidió hablar.

—No sabemos quiénes sois, señores, pero ya nos da igual todo. Nuestro final está cerca. Solo queremos deciros que somos inocentes, fuimos traídas aquí por los *exploradores* del Santo Oficio, y aún desconocemos los motivos de nuestro apresamiento. Después de tantos días de cautiverio nos alegra oír nuestros nombres.

—Vais a ser condenadas por la Inquisición como brujas —exclamó con cólera contenida y entre dientes Bruno.

—Pero, señor, si no hemos sido juzgadas.

Giovanna, entonces, con gran dificultad, se liberó de la corroída manta que la cubría, mostrándoles su espalda, completamente abierta de heridas sangrantes. Gina no tardó en hacer lo mismo; su cuerpo no ofrecía mejor aspecto y las profundas heridas se hacían todavía más sangrantes al recibir el tenue reflejo de la llama de la tea. Ya no les quedaban lágrimas para manifestar el dolor que estaban sufriendo.

Angiolo y Bruno apenas se atrevieron a acercarse más las antorchas para ver mejor las consecuencias de las terribles torturas del látigo; eran incapaces de soportar la contemplación de tanta crueldad.

—En este lugar no hay grito más estrépito que el silencio —murmuró entre dientes Angiolo.

—¡Cuidado, Angiolo, no tropecéis con esta reja! —le advirtió Bruno—. Esta abertura en el suelo se conoce como alzapón, y es la entrada a una galería de tortura más profunda todavía, a donde ya no es preciso someter a mayores tormentos al

preso, ya que los pobres desdichados que aquí se arrojan pueden olvidarse definitivamente de la luz, del agua, de cualquier alimento..., incluso les falta el aire para respirar. Allí abajo son olvidados de cualquier relación con el resto del mundo, hasta que, según la fortaleza de cada uno, mueren por inanición. Es, incluso, peor que el castigo físico, como puedes imaginarte. Se trata de la puerta a otro infierno más profundo y desgarrador.

—Es cierto —susurró Giovanna, con el mayor esfuerzo, pues apenas podían salirle las palabras—. Todo el fondo de esta profunda mazmorra es un amasijo de seres fallecidos, abandonados a su suerte. Como podréis apreciar, el olor que sale de esta reja es todavía más insoportable que el que podemos respirar aquí.

—Unos carceleros nos dijeron que también son arrojados por esta reja hacia la mazmorra más profunda ciertos presos todavía vivos, atados a cadáveres, para que, al pudrirse, condenen a una muerte horrible a los que aún respiran —tartamudeó Giovanna, con la mirada fija y algunas lágrimas que resbalaban por su rostro.

Tras unos instantes de silencio y terror contenido en el ambiente, aquellas desdichadas encontraron fuerzas para seguir hablando.

—Señores —añadió Giovanna—, nos dedicamos a curar a las personas con plantas que recogemos de las montañas. Vivimos en el bosque y atendemos a todos cuantos llegan en busca de nuestra ayuda. En ningún momento hemos practicado ritos satánicos ni participado en ningún aquelarre.

—Lo sabemos muy bien, a pesar de no conoceros personalmente. Hemos hecho caso a nuestro instinto y a la voz popular que mucho os quiere, y no cesa de demostrarlo, como hemos podido comprobar. Y, por lo que estamos viendo, sois mujeres que estáis haciendo el bien. Además, todas las gentes de Stenico y de este territorio nos han hablado muy bien de vosotras. Por lo tanto, no tenéis que justificaros ante nosotros. Lo que sí os queremos decir es que, antes de venir a veros, hemos mantenido un encuentro con el cardenal Cristoforo Madruzzo, máxima autoridad del principado, quien casualmente se encuentra en este castillo, y vamos a hacer lo posible entre todos para que tengáis un juicio justo en el que poder defenderos de las terribles acusaciones de la Inquisición —explicó con voz afectiva Bruno, mientras Angiolo asentía con la cabeza.

—Estamos en manos de la Inquisición, y es muy difícil, por no decir imposible, que el Santo Oficio dé un paso atrás —exclamó con voz desgarradora y profundo pesar Gina.

—De todos modos, vamos a ayudaros todo lo que nos sea posible.

XIV. Difícil acuerdo

El cardenal había ordenado a su ayudante de cámara que avisara al señor del castillo. Este no tardó en presentarse en la estancia.

—¿Me habéis mandado llamar, eminencia? —preguntó el castellano, con la mayor amabilidad y respeto.

—¡Sí! Alessandro, quiero que me conciertes un encuentro con el general del Santo Oficio antes de la comida. Entrégale esta carta. El lugar será el salón de los Medallones, y procura que esa estancia esté disponible lo más pronto posible. Se trata de una reunión de suma importancia, y debemos estar a solas.

—Como desee, se eminencia, así se hará. Domenico Caraffa, el general del Santo Oficio, se encuentra alojado en la alcoba de la Chimenea Negra —respondió el señor del castillo, al tiempo que inclinaba su cabeza y besaba la mano del cardenal, retirándose a la puerta sin darle la espalda en ningún momento.

Pasado un tiempo prudente, provocado por Madruzzo, el cardenal se dirigió a la sala de los Medallones; tras abrirle la puerta, su séquito, por deseo del cardenal, se quedó fuera. En el interior de aquel suntuoso salón, ya aguardaba Caraffa en solitario desde hacía un buen rato; este no podía disimular una notable irritación por la espera. El general del Santo Oficio recorría nerviosamente, de un extremo a otro, todo lo largo de aquel salón, pisando con rabia las elegantes alfombras que cubrían el pavimento; su gruesa barriga se balanceaba por encima del cinturón de piel que ceñía la cintura, y sus rojizos pómulos parecían arder de coraje, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. No cabía la menor duda que se hallaba fuera de sí.

El encuentro entre ambos no pudo ser más frío y distante. Y el cardenal, que advirtió la tensa situación, optó por extender su mano, para que Domenico la besara, lo cual crispó más los nervios del inquisidor. Si Caraffa era miembro de la curia romana, general del Santo Oficio en viaje de inspección por los territorios y estados de la Italia alpina, Cristoforo Madruzzo, además de cardenal, ostentaba la máxima autoridad de la provincia como obispo-príncipe de Trento y Brixen.

Madruzzo lucía sus ropas más elegantes: un holgado traje cardenalicio, de color púrpura, con estola y capelo a juego, que le cubría todo el cuerpo; en el pecho, protegiendo un delicado crucifijo de oro, un chaleco de suave piel de armiño; y en los pies, unas cómodas zapatillas de lana bordada, para protegerle del frío. Las manos, pequeñas y rechonchas, estaban abrigadas con guantes blancos de seda, cuya blancura realizaba todavía más con la transparencia de unos anillos de rubíes y zafiros. En torno a su persona, una aureola de dignidad dejaba sin respiración a quienes se aproximaban a saludarle a poca distancia.

Caraffa, sin embargo, transmitía temor y, al mismo tiempo, un cierto escalofrío. Iba ataviado con un elegante, aunque austero, traje negro de seda, que recordaba en

todo momento su condición de dominico; un negro que solo permitía ver el blanco de las mangas interiores de la blusa, cuando cruzaba los brazos, o al aparecer tímidamente la capucha por el cuello y en la parte superior de la espalda. La cabeza estaba cubierta con un bonete, igualmente negro. De su pecho colgaba un enorme crucifijo de plata y marfil, en el que se advertía la rugosidad del tronco, el correspondiente al emblema del Santo Oficio, sostenido por un grueso cordón verde, que recordaba en todo momento su condición de inquisidor.

Después, el cardenal tomó asiento, junto a la chimenea, en el mejor sillón, tapizado de terciopelo rojo, tonalidad que dominaba en el ambiente de la estancia. Las paredes estaban decoradas con elegantes medallones —que daban nombre a la sala—, con figuras alegóricas, inspiradas en temas mitológicos; largas cortinas de gruesa y sedosa tela colgaban desde los grandes ventanales, descansando en las alfombras del suelo. A cierta distancia, Domenico buscó un asiento. Y a solas los dos comenzaron a hablar.

Transcurrieron unos segundos, que se hicieron interminables, mientras ambos se analizaban sin pestañear y sin confiarse lo más mínimo el uno del otro. De pronto, el cardenal inició aquel interrogatorio visual.

—¿Cuándo tendrá lugar el juicio por las mujeres apresadas en la torre de Bozzone?

El general del Santo Oficio quedó un tanto perplejo, porque no podía esperar aquel interés por parte del cardenal hacia las dos mujeres apresadas, y menos aún una pregunta tan directa. En los ojos reflejaba una infinita maldad, que se manifestaba además con un colérico rictus en los labios. Después de engullir saliva, con la arrogancia que le caracterizaba, respondió:

—Eminencia, ¡no habrá ningún juicio! Ya he mandado que levanten la pira con haces de leña seca en la plaza del pueblo, y el fuego purificador iluminará hoy la noche de Stenico. Después, las cenizas se esparcirán por el aire, para que no puedan ser recogidas por las gentes como reliquias; y habremos acabado con el mal.

—¡Domenico! Por mucho poder que os hayan otorgado desde la Santa Sede, os recuerdo que estáis en mis tierras, y en Stenico no se llevará a cabo ninguna ejecución sin un juicio previo —imperó con plena autoridad el cardenal.

—Esas mujeres son brujas, siervas de Satanás. Debemos reducir sus cuerpos a cenizas para que el fuego purifique sus almas y el viento reparta sus pecados al infinito. Pero antes, mis verdugos las harán pasar por el interrogatorio de la silla de hierro. ¡Es lo que se merecen por haber pecado contra el Altísimo! —gritó Domenico, lleno de ira y levantándose bruscamente del asiento, mientras iniciaba el recorrido de un lado a otro de la sala.

Madruzzo, con aplomo, demostrando una serenidad infinita, comenzó a atravesar el rostro del inquisidor con una fría mirada y no tardó en responderle.

—No cometáis los mismos errores que vuestro tío, el pontífice Paulo IV, que era conocido como «gran inquisidor y profesional de la tortura», y que, como bien sabéis, no tuvo reparos en enviar al otro mundo a centenares de judíos, mujeres y protestantes. Además, el afán de Paulo IV por proporcionarles a los Farnesio un lugar de privilegio entre las principales familias italianas supuso un lamentable contrapunto y un freno a la puesta en práctica de la Contrarreforma tridentina; y en esto me afectó de forma directa, porque parecía del todo imposible avanzar en las sesiones de este sínodo, a pesar de los grandes esfuerzos de quienes tanto estábamos apostando por el mismo. Paulo IV, posiblemente el más funesto Santo Padre que haya conocido la Iglesia, murió después de haber confesado públicamente su nepotismo. Y vos sois fruto de ese grave error.

Tras unos instantes de silencio, y ante el notable asombro de Caraffa, que se mordía los dientes y su mirada echaba rayos de fuego, su eminencia prosiguió:

—Tampoco me gustaría que terminéis como vuestro hermano Carlo, cardenal y conde de Montorio, quien, como bien sabéis, y con infinito acierto, fue ejecutado por orden de Su Santidad Pío IV, en Roma, hace poco más de cuatro años, por sus atrocidades. Sin olvidarnos de otros muchos de vuestros familiares, que fueron igualmente intrigantes políticos, y ningún bien hicieron para el mejor desarrollo de nuestra Iglesia católica —exclamó sin titubear el cardenal, manteniendo su fría mirada en el desconcertado rostro de quien no estaba acostumbrado nunca a bajar la cabeza.

Caraffa, que se hallaba clavado de pie en la sala, quedó sin respiración al comprobar la memoria de Madruzzo; aquellas palabras de advertencia no tenían la más mínima duda. Luego, el cardenal añadió:

—Respecto a estas mujeres, no son esas las informaciones que me han llegado; y a mí me gusta oír el sentir de mis gentes, que a gritos no han cesado de pedir clemencia para esas desdichadas. Desde mis aposentos he podido escuchar el clamoreo de piedad de muchas personas que, desde el exterior de la fortaleza, pedían la libertad para estas mujeres, recluidas en la torre de Bozzone por vuestros esbirros —mantuvo el cardenal. Y añadió—: Si son siervas de Satán, podríamos pasarlas por los sagrados ritos del bautismo de agua, y después por el Círculo Mágico. Estas pruebas divinas evitarán el juicio terrenal.

—¿La prueba del agua? —preguntó con el rostro desencajado el inquisidor.

—Sí. Este castillo es muy antiguo, se construyó en el año 1163 sobre un estratégico asentamiento de las legiones romanas, y una basílica paleocristiana. Aún se conserva de ella la pila bautismal, en forma de trébol, y siguiendo los ritos del cristianismo primitivo, haremos que estas mujeres pasen la prueba, como juicio justo —explicó Madruzzo.

En aquellos momentos, la cara de Caraffa seguía inmersa en la más absoluta

extrañeza, aunque la más cruel cólera no abandonaba su semblante.

Mientras tanto, los ojos del cardenal seguían clavados en el irascible rostro del inquisidor. Después de unos instantes, Madruzzo prosiguió con la mayor autoridad.

—Por lo tanto, será mañana, al amanecer, tras el toque de maitines, cuando se lleve a cabo la realización de la inmersión en el agua consagrada. Después, si ello no es suficiente, procederemos a la otra prueba, no menos decisiva, que es la superación del Círculo Mágico.

Seguidamente, el cardenal recordó una de las decisiones aprobadas en el Concilio de Trento, concretamente la definición de «justificación», que tuvo lugar en la sexta sesión del citado sínodo, el 13 de enero de 1547, aprobada por setenta votantes:

—«Si alguno dijere que el hombre puede justificarse delante de Dios por sus obras que se realizan por las fuerzas de la humana naturaleza o por la doctrina de la ley, sin la gracia divina que viene por Cristo Jesús, sea anatema. Y si alguno dijere que el libre albedrío, la libertad del hombre, movido y excitado por Dios, no coopera en nada asintiendo a Dios que le excita y llama para que se disponga y prepare para obtener la gracia de la justificación, y que no puede disentir, si quiere, sino que, como un ser inánime, nada absolutamente hace y se comporta de modo meramente pasivo, sea anatema...». Pero recordad, además: «La fe es una guía más firme que la razón; la razón llega hasta un determinado punto, pero la fe no tiene límites».

—Sí. Recuerdo aquella definición del concilio tridentino. Pero la voluntad del Altísimo es condenar a los pecadores, y la mejor forma de hacerlo es mediante el fuego purificador de la hoguera, no sin antes haberse practicado en el cuerpo del pecador castigos y torturas que le recuerden sus pecados hacia la fe en Cristo —inquirió Caraffa, con los ojos saltones a punto de salirse de las órbitas.

—Vemos nuestra Iglesia católica desde ángulos muy opuestos. No creo yo que Dios desee el mal físico para nadie. No olvides que Dios existe como principio y como conocimiento y el hombre es este principio y este conocimiento. Conocimiento de Dios; y he aquí al hombre, al amanecer de su historia, mirar a su alrededor, tratar de penetrar el misterio de su gloria y de sus derrotas. Conocer, saber, encontrar la fuerza para la naturaleza áspera, para la inmensidad del cuerpo; de ese cuerpo que es el primer pedestal del cual el hombre se abstrae en su matinal acción de voluntad. La primera evolución es la de buscar el cielo, es la de atravesarlo con la informe invocación de la mirada. La primera evolución es arrancar al cielo una forma vagante intuida y proyectada y reconstruida cerca de sí con la exaltación de una luz encontrada entre zonas de oscuridad. Es la posibilidad de acortar la distancia entre el hombre y el cielo y de estar en algún modo más cerca de Dios —expresó con entera autoridad y convencimiento el cardenal, sin apartar sus ojos del encolerizado rostro del inquisidor.

El general del Santo Oficio quedó impávido, no esperaba aquel discurso de

Cristoforo Madruzzo como muestra de lección espiritual y doctrinal al mismo tiempo.

—Como su eminencia ordene y desee —dijo solamente el inquisidor con el rostro desencajado.

Después, con cierto desdén, Caraffa, tras besar la mano de Madruzzo e inclinar su cabeza, se retiró sin darle la espalda y abandonó la estancia dando un violento golpe a la puerta, que retumbó en la sala. Sus codiciosos ojos habían quedado atrapados por los reflejos de las gemas de los anillos del cardenal, circunstancia que no pasó desapercibida para su eminencia.

Seguidamente, el cardenal salió pausadamente del salón de los Medallones con cierto alivio en su rostro; fuera le aguardaban algunos miembros de su numeroso séquito.

—Avisa al señor del castillo, que le aguardo en la sala del Consejo —dijo el cardenal dirigiéndose a un diácono—. Pásate luego por las cocinas, que me traigan algunas frutas frescas y un recipiente con agua de pétalos de rosa para lavarme las manos. Luego, localiza lo antes posible a Bruno y Angiolo, porque también quiero que estén en esta reunión.

—¡Enseguida, eminencia! —exclamó el diácono, partiendo a toda velocidad por los pasillos.

«No quiero tener las manos manchadas después de haber sido besadas por este inquisidor», pensó el cardenal.

Instantes después, Cristoforo Madruzzo, acompañado de una docena de personas de su séquito más íntimo, se dirigió sin prisa al salón del Consejo, situado a un nivel superior al de la sala del Juicio.

Angiolo y Bruno ya se despedían de las mujeres encarceladas cuando recibieron la orden de reunirse urgentemente con el cardenal. Angiolo, con total discreción, entregó a aquellas desdichadas un par de manzanas y un puñado de castañas que llevaba en el bolsillo del abrigo; alimentos que ellas recibieron con el mayor agradecimiento. Bruno, antes de salir de la mazmorra, las miró con dulzura.

Tan pronto salieron al exterior de aquel terrorífico subterráneo de dolor, Angiolo y Bruno tomaron una bocanada de aire fresco; en sus miradas brotaba una rabia contenida ante todo cuanto habían visto. Un soldado de la guardia los condujo directamente al salón del Consejo.

Tras recorrer algunos pasillos y galerías cubiertas del interior de la fortaleza, alcanzaron la puerta de entrada al salón. Algunos miembros del séquito del cardenal, por orden de este, aguardaban ante la puerta, conversando animadamente. Y el soldado se marchó enseguida del lugar. Luego, Angiolo golpeó la aldaba de hierro, y Alessandro personalmente abrió la puerta.

—¡Pasad! Ya os estábamos esperando —saludó el señor del castillo.

—¡Gracias!

—¡Poneros todos cómodos! —manifestó Madruzzo, mientras consumía una bandeja de uvas, manzanas y frutos secos que le acaban de servir.

—¿Sabéis qué expresa este fresco? —preguntó el cardenal tras unos instantes de silencio, señalando un cuadro colgado en la pared.

—¡Sí, eminencia! —respondió al instante Bruno—. Este cuadro condensa la larga historia de esta fortaleza. Recuerda que el emperador Carlomagno donó la roca, o colina pétreo sobre la que nos encontramos, a la villa de Stenico, para que se construyese el castillo, cuyas obras contaron con la protección de san Vigilio, primer obispo de Trento, y el respaldo del obispo Alberto I. Yo mismo, como recordará, su eminencia, me ocupé de restaurar esta singular obra pictórica, por petición suya, durante el concilio.

—¡En efecto! —exclamó con pleno convencimiento el cardenal—. Por lo tanto, estamos en un lugar que recoge gran parte de nuestras tradiciones y cultura, una historia que el monarca Corrado II inició en 1027 al fundar el principado-obispado de Trento, y no debemos permitir, en absoluto, que nadie la manche. —Hubo unos instantes de silencio, y después prosiguió—: Ya estoy muy harto de las injerencias del Santo Oficio, y no quiero más intromisiones en mi provincia, por muy fuertes y poderosos que sean sus respaldos.

Los rostros de Alessandro, Angiolo y Bruno no podían disimular un cierto alivio al oír aquellas palabras, pronunciadas por la persona de mayor autoridad en Trento.

—¿Cómo se encuentran la pila bautismal y el Círculo Mágico, en el sector más antiguo de la fortaleza? —preguntó después el cardenal al señor del castillo.

—Eminencia, hace tiempo que no se utilizan, los bautismos se hacen en la capilla de San Martino, pero esta mañana precisamente pasé por allí y la encontré bien, aunque algo sucia de hojarasca y el limo acumulado en su interior ha ido dejando un reborde de suciedad. El círculo de losas de mármol blanco y rojo que hay grabado en el suelo, a pocos palmos de distancia de la pila bautismal, está muy desgastado —respondió con cierta extrañeza Alessandro.

—¡Bien! Quiero que te ocupes de que estos sagrados lugares queden lo más limpios posible, porque mañana, al amanecer, se llevarán a cabo unas pruebas, tras las cuales veremos si son culpables o inocentes las mujeres encarceladas —ordenó Madruzzo, y añadió—: Mientras tanto, quiero que se les suministre comida y agua, se las asee y se les proporcione ropa limpia. También es importante que los soldados impidan la entrada a cualquier verdugo o *vigolero* de la Inquisición... Y comunica al párroco de la iglesia que se presente ante mí.

—¡Como desee, su eminencia! —exclamó de inmediato el señor del castillo.

Antes de que Alessandro abriese la puerta para marcharse de la sala, el cardenal añadió:

—¡Alessandro! He pensado que deberíamos ir dejando en libertad a la gran

mayoría de los presos que se encuentran encerrados en Stenico. Tengo entendido que muchos de ellos son inocentes, y es preciso ir recortando poder al Santo Oficio; no quiero que estos «cuervos» vestidos de negro impongan su ley en mis territorios. No hace falta recordarte que tú eres el señor de esta fortaleza, cabeza de poder del Estado en los valles. Stenico es un castillo-feudo, que solo admite órdenes mías, como príncipe-obispo de Trento, fortaleza que tiene la obligación de establecer la distribución político-jurídico-económica en el principado.

—Agradezco vuestra confianza, eminencia, por depositar en mí tanta responsabilidad —dijo Alessandro—. Además, estoy convencido de que la mayoría de estos desdichados allí recluidos son culpables solo ante las leyes inquisitoriales, pero son gente de bien. Muchos de ellos tienen familia que les aguarda y campos que esperan ser labrados. —Tras decir aquellas palabras, tomó un respiro, con la mirada de aprobación del cardenal reflejada en su rostro. Luego, con voz callada, pero seguro de sí mismo, prosiguió—: Si me lo permite, su eminencia, creo que es una decisión muy acertada. Yo, personalmente, sufro mucho al ver en qué condiciones se encuentran los presos que llegan por condenas del Santo Oficio, y pensaba que no podía hacer nada para evitarlo, pero ahora, con sus palabras, me siento más seguro, y creo que no solo va a cambiar la situación en la fortaleza sino que se respirará una atmósfera más tranquila también en la población, que falta hacía.

—Bien. Ya puedes marcharte, tienes mucho que hacer —ordenó Madruzzo, haciéndole un ademán con la mano.

—Pediré que también os traigan aquí la comida —dijo el cardenal a Angiolo y a Bruno una vez solos.

Angiolo y Bruno no salían de su asombro al ver los grandes cambios que el cardenal estaba dispuesto a hacer y, al mismo tiempo, la entereza de su humanidad.

—Con sumo agrado compartiremos con su eminencia el ágape. Hacía mucho tiempo, además, que no coincidíamos en una comida.

—No estaremos solos; las obligaciones de Estado y este asunto inesperado de las mujeres encarceladas me obligan a departir con miembros de mi séquito. Avisad a algunos de mis secretarios y notarios para que también nos acompañen en este almuerzo, y ordenad a un guardia que comunique a los cocineros que traigan comida para unas veinte personas —musitó el cardenal, mientras terminaba de consumir un racimo de uvas, al tiempo que su mano derecha no dejaba de frotar la pierna con cierto desespero.

—¿Qué os duele, eminencia? —se adelantó a preguntar Angiolo antes que Bruno

—Los dolores de la dichosa gota me están destrozando. Los médicos que me asistieron en la ciudad de Milán no lograron aliviar mis males, y estos fríos de las montañas del Brenta incrementan aún más la enfermedad. Incluso me cuesta trabajo dar cuatro pasos seguidos, porque los dedos de los pies me arden como si tuviese

clavos al rojo vivo y cristales afilados; un dolor que me está volviendo loco —musitó el cardenal, con angustia y gran pesar.

Mediaron unos instantes de pleno silencio.

—Eminencia, creo tener la solución a vuestro terrible mal —dijo Bruno.

—¿Qué quieres decir? —se interesó al momento Madruzzo.

—Si Gina y Giovanna, las mujeres encarceladas, fueron capaces de sanar a la mayoría de los habitantes de Stenico durante la mortal epidemia de cólera que sacudió esta zona hace ya un lustro, estamos seguros de que también ellas conocerán los mejores remedios para aliviar vuestro sufrimiento, e incluso eliminarlo radicalmente —justificó Bruno, mientras Angiolo respaldaba con la cabeza las palabras de su amigo.

—¿Es posible? Pero no quiero recibir a esas mujeres antes de que hayan superado las pruebas. Si son inocentes, no dudaré en reunirme con ellas —exclamó con autoridad el cardenal.

Media hora más tarde, el párroco de la iglesia del castillo era recibido por el cardenal.

—Eminencia, perdonad el retraso en acudir a vuestra presencia, pero estaba ocupado en la sacristía preparando la homilía de la misa de mañana y los dolores de espalda, debido a mi edad, me han impedido venir más deprisa —comentó Luca, el sacerdote, mientras besaba con el mayor respeto la mano del cardenal e inclinaba cortésmente la cabeza.

—¡Bien! Es probable que se posponga la misa de mañana, debido a una cuestión que reviste mayor prioridad. ¿Conoces los ritos del cristianismo primitivo? —preguntó Madruzzo.

Se produjo un silencio absoluto en la sala.

—¡Sí!, eminencia —respondió el párroco lleno de extrañeza—. Precisamente las ceremonias que los antiguos cristianos llevaban a cabo en las basílicas siguen siendo uno de mis temas predilectos de estudio en los escasos momentos de tiempo libre —respondió con cortesía y asombro al mismo tiempo el sacerdote.

—He tenido un encuentro con Domenico Caraffa, el general de la Inquisición, y he acordado con él que las mujeres apresadas en la torre de Bozzone tengan el mejor juicio que podamos darles a esas desdichadas —musitó el cardenal.

—Eminencia, si me lo permite, me parece muy bien. Personalmente me atrevo a confesarle que no considero que esas mujeres sean culpables de herejía o de tener alguna vinculación con Satanás. Desde siempre, a mis sesenta y cinco años, en ningún momento he recibido alguna queja sobre las actividades de Gina y Giovanna. Al contrario, tengo entendido que toda la villa de Stenico, así como de otros lugares del territorio, las quiere, porque siempre se han dedicado a hacer el bien y a sanar a las personas con sus conocimientos de las plantas naturales, los extraños minerales y

la psicología innata como expertas conocedoras de las virtudes de la naturaleza.

Esta información recibida del sacerdote Luca acabó de formar en el espíritu de tolerancia del cardenal el concepto que tenía establecido desde un principio hacia esas mujeres, aún sin conocerlas ni haber hablado con ellas.

—¿Y cuál sería ese juicio, su eminencia? —se interesó el párroco.

—El bautizo del agua, a través de la inmersión dentro de la pila bautismal paleocristiana, y, si queda alguna duda, después exponerlas al rito del Círculo Mágico —concretó el cardenal.

—Me parece de lo más acertado, eminencia. Y si me lo permitís, yo mismo puedo ayudaros a llevar a cabo tales ritos —añadió el párroco Luca.

—¡Sí! Esto es lo que quería oírte decir, como párroco de la iglesia de San Martino y máxima autoridad cristiana en la fortaleza —confirmó Madruzzo—. Ya he dado instrucciones a Alessandro para que mañana temprano tenga bien limpios estos lugares, y que se asegure que el agua de la pila bautismal por inmersión haya sido calentada y sacralizada previamente.

—Os quedo muy agradecido, eminencia, por la responsabilidad que me habéis otorgado. Intentaré saber desarrollar esta ceremonia, que hacía muchos años que no se llevaba a cabo, no solo en esta parroquia sino en todo nuestro principado, que yo recuerde... —expuso el sacerdote momentos antes de retirarse del salón y saludar con el máximo respeto al cardenal.

Aquella noche discurrió con tranquilidad. Los aposentos que les asignaron a Angiolo y Bruno se encontraban en el ala de levante del castillo, la zona más moderna, que mandó edificar el cardenal Bernardo Clesio. Pero en la mente de ambos estaba la preocupación por las mujeres encarceladas, y el incierto desenlace de sus precarias vidas no les dejaba conciliar el sueño.

XV. El Círculo Mágico

La iglesia de San Martino, acurrucada en el extremo de levante del interior de la ciudadela de Stenico, mantenía su estilo románico rural; las campanas ya habían iniciado un frenético repique a maitines, cuando numerosos soldados se disponían a flanquear el acceso que conducía a la zona más antigua de aquel poderoso baluarte, en cuyo interior, entre viejos muros de mampostería del siglo X, se encontraba una pila bautismal que fue utilizada por los primitivos cristianos. En aquel baptisterio, de forma trilobulada, se procedería a la primera de las pruebas que, por deseo del cardenal, debían llevarse a cabo con las mujeres encarceladas. Las piezas de cerámica vidriada, de color blanco, de aquella antigua pila bautismal, habían vuelto a relucir, y su interior había sido rellenado de agua de un manantial próximo a la torre de mediodía, tras su calentamiento en las calderas de cobre de las cocinas del castillo y su posterior bendición. Era una mañana muy fría, y el viento soplaba con fuerza.

Entre la multitud que ya se estaba acumulando, a decir verdad pocas personas conocían lo que, en breves momentos, iba a suceder en aquel lugar. Solamente, por orden del cardenal, una representación de las familias más nobles de la villa de Stenico, y una parte de los jornales, campesinos, ganaderos y leñadores también estarían allí presentes, para que siguiesen con sus propios ojos el desarrollo de las pruebas.

El cardenal fue el último en llegar. Su asiento se encontraba en el estrado más elevado, desde el cual se podía dominar todo el escenario, improvisado la noche anterior. A pocos metros se sentaba Domenico Caraffa, cuya silla, exenta de palio, se hallaba a un nivel inmediatamente inferior, en torno al cual estaban algunos de sus ayudantes y *exploradores* del Santo Oficio, igualmente vestidos de negro. El general de la Inquisición, flanqueado por dos de sus acólitos, se distinguía de los demás por su insolente arrogancia y el enorme crucifijo que exhibía, colgado del pecho con un cordón brillante de color verde.

Instantes después aparecieron las mujeres, maniatadas y conducidas por unos soldados. Tras liberarlas de los grilletes y las cadenas que aseguraban las muñecas y tobillos, Gina y Giovanna reflejaban en sus rostros las crueles sesiones de latigazos y demás torturas recibidas en sus frágiles cuerpos. Los ojos de aquellas desdichadas, hinchados por las muchas lágrimas que habían derramado, apenas se atrevían a mostrarse, por las largas horas de cautiverio que tuvieron que soportar en la más absoluta oscuridad y el miedo a una situación del todo inesperada. El párroco de la iglesia de San Martino, una vez recibió la autorización gestual por parte del cardenal, rompió aquel silencio sepulcral.

Los ojos de todos los allí presentes estaban del todo expectantes cuando, después de dirigirse con firmeza a los aturdidos rostros de aquellas desdichadas, la grave y

segura voz del párroco retumbó en aquel frío ambiente de Stenico.

—Gina y Giovanna, ¿habéis adorado alguna vez a Satanás?

—¡No!, padre —exclamaron al unísono, con voz firme, pero rota, ambas mujeres.

—¿Habéis participado en algún aquelarre? —volvió a preguntar el párroco.

—En ningún momento, padre.

—¿Tampoco os consideráis brujas?

—¡No!, padre. Nosotras hacemos uso de la ciencia y los beneficios de la naturaleza para aplicarlos en todo momento en el bien de las personas, sin mirar su condición social.

—Entonces, en calidad de catecúmenas, vamos a proceder al sacramento del bautismo —repuso el sacerdote de la iglesia de aquella fortaleza.

Un frío silencio se apoderó de aquel lugar. Ante el asombro de todos los allí presentes, las mujeres fueron conducidas hasta el borde de la alberca trilobulada para ser sometidas a unos exorcismos, a fin de que las almas de Gina y Giovanna quedasen totalmente liberadas de los malos espíritus y de cualquier influencia diabólica que pudiese haber. Acto seguido, con el rostro vuelto hacia Oriente, el párroco les enseñó unas oraciones que las mujeres debieron de repetir en voz alta, con lo cual sentenciaban de por vida su rechazo a las tentaciones de Satanás. Luego, ambas ya pudieron girar sus rostros hacia Occidente, mientras hacían una profesión de juramento de fe.

Las personas allí congregadas no salían de su asombro, expectantes ante lo que estaba ocurriendo en el interior del enclave más antiguo de la fortaleza; el vaho de las respiraciones confirmaba el gélido clima de aquella mañana de otoño que, desde las almenas superiores, podía cortarse con una navaja. El cardenal seguía manteniendo una gran serenidad de espíritu, mientras que, a corta distancia, en el rostro de Caraffa se dibujaba una rabia contenida. Seguidamente, el párroco continuó.

—Tras cumplir todos estos requisitos, vais a ser ungidas con óleo sagrado, y después seréis sumergidas, por tres veces, en las purificadoras aguas de este baptisterio, descendiendo por los escalones del lado de levante, mientras invocáis los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Al finalizar toda la ceremonia, el sacerdote alzó su rostro hacia el estrado superior y, con el mayor respeto, dirigiéndose a Cristoforo Madruzzo, máxima autoridad, expresó con pleno convencimiento:

—Su eminencia, estas mujeres ya forman parte de la familia cristiana, como hijas de Cristo, nuestro Señor, tras haber superado la prueba, desde su condición de catecúmenas. Por lo tanto, considero que si había algún resquicio en sus almas relacionado con el Mal, este ha desaparecido en nombre de Dios.

Se produjo entonces un silencio que permitía oír los latidos de los corazones de todas las personas allí presentes.

—¡Bien!, pero quiero asegurarme, por ello vamos a proceder a la siguiente y última prueba, que es el Círculo Mágico —impuso el cardenal.

—De acuerdo, eminencia.

Todo el público asistente a aquella ceremonia mantenía la más absoluta seriedad y respeto, con la mayor extrañeza ante las palabras que acababa de pronunciar el cardenal; incluso los pájaros, acurrucados en las ramas de los árboles, parecía que se habían puesto de acuerdo para seguir en silencio aquella extraña ceremonia, que ahondaba sus raíces en el cristianismo primitivo. Seguidamente, el párroco guio a las mujeres al interior de una zona próxima al baptisterio, en el centro de cuyo desgastado embaldosado había grabada un extraña figura circular. Bruno, al contemplar aquel curioso pavimento, se dirigió calladamente a su amigo, para explicarle la naturaleza de aquel espacio sagrado:

—Se trata de un círculo formado por doce dovelas de mármol blanco, soldadas y separadas entre sí con sellos de plomo, en representación de las constelaciones. Entre ellas hay otras doce dovelas rojas, hechas con piedras procedentes de las canteras de Calavino, para distinguir los cromatismos. Este es un lugar sagrado muy especial y me han dicho que existen muy pocos. Se sabe que hay otro igual en España, concretamente en el atrio de la iglesia de Santa María, en Arcos de la Frontera, como pude aprender en los libros de arte cuando estudié en la Universidad de Bolonia.

—Amigo, no había visto nada igual antes. Me parece un lugar sobrecogedor —exclamó entre dientes Angiolo.

Momentos después, el sacerdote se situó de pie y descalzo en el centro del Círculo, sobre un triángulo equilátero, e inició la ceremonia de exhortamiento a las mujeres.

—Voy a proceder a administraros, como neófitas, de nuevo el sacramento de la fe cristiana. Para ello, con los pies desnudos, debéis dar nueve vueltas en círculo, de derecha a izquierda, a través de las dovelas blancas y rojas del Círculo Mágico, mientras rezáis el Padrenuestro —manifestó en voz segura y dominante el párroco.

—¿Qué representa la figura central? —preguntó tímidamente Angiolo, susurrándole al oído a Bruno.

—El triángulo equilátero es la representación del Dios Padre, que todo lo ve y rige desde el firmamento. Este es un lugar sagrado de mucha energía —argumentó sin dudar.

Las mujeres siguieron todas las indicaciones que iba estableciendo fray Luca, y luego este, volviendo su rostro hacia el cardenal, exclamó:

—Su eminencia, estas mujeres han dejado de ser neófitas, porque han recibido el bautismo de la fe en Cristo dentro del Círculo Mágico. Por lo tanto, considero que en ellas no existe la más mínima duda de su inocencia.

—Pues que sean liberadas —ordenó con voz firme Madruzzo, al tiempo que

dirigía una fría mirada al rostro de Caraffa.

Fue entonces cuando todos los allí presentes mostraron inmensa felicidad, con un griterío ensordecedor, que retumbó en los más apartados rincones de la fortaleza, pronunciando y alabando a Dios y el nombre de su eminencia. Mientras tanto, el inquisidor, rodeado por su séquito, descendió con rabia e ira perceptibles hasta la plataforma inferior, empujando a todos los que se encontraban a su paso y maldiciendo entre dientes.

Gina y Giovanna, tan pronto como oyeron la orden pronunciada por el cardenal, que confirmaba la libertad de ambas, con los ojos llenos de lágrimas elevaron sus miradas a la parte superior del estrado, donde aún permanecía su eminencia, para, con una dulce mirada, transmitirle su agradecimiento más profundo. Después, con gran esfuerzo, dado el gentío que allí había, se aproximaron a Bruno y Angiolo, para abrazarles.

—Señores, os quedamos muy agradecidas por todo cuanto habéis hecho en nuestro favor. Vemos que sois personas de palabra. Os estaremos eternamente agradecidas.

—Cuanto hemos hecho, señoras, ha sido de todo corazón. Pero quisiera manifestaros algo —repuso Angiolo.

—¡Hablad, señor! —exclamó Gina, mientras Giovanna no podía evitar la mayor extrañeza.

—Su eminencia está padeciendo una terrible enfermedad, la cual le está atormentando —explicó Angiolo, quien seguía saludando cortésmente a las felices mujeres.

—Decidle, señor, al cardenal, que podemos vernos con él en el lugar donde considere y en el momento que más le convenga —respondió Giovanna.

—Gracias, hablaremos con su eminencia. Aguardad aquí unos instantes —aconsejó Bruno.

Seguidamente, ambos se dirigieron a la plataforma más inferior del estrado, donde se encontraba Madruzzo dialogando con su ayudante de cámara y otros miembros de su séquito, y, tras pedirle autorización, y besar su mano, expusieron:

—Su eminencia, Gina y Giovanna esperan vuestra decisión para encontrarse con vos, en el lugar y momento que consideréis más adecuado.

—¡Bien! Será después de la comida, en la sala del Consejo. Decidle a Alessandro que se presente ante mí.

El señor del castillo, unos instantes después, se hallaba frente al cardenal.

—¿Me habéis mandado llamar, eminencia?

—¡Sí! Necesito que esté debidamente preparada la sala del Consejo. Después de la comida tendré allí una audiencia. Y manda a unos hombres a la plaza del pueblo para que desmonten de inmediato el patíbulo y la pira que los inquisidores habían

levantado. Espero que estos cuervos abandonen pronto Stenico.

—Se hará todo con la mayor urgencia, eminencia. Por cierto, Domenico y toda su cohorte ya están ensillando sus caballos y cargando los carros, señal de que no tardarán en marcharse —confirmó Alessandro, con una sonrisa irónica.

Poco a poco, los asistentes a las ceremonias fueron abandonando el sector más antiguo de la fortaleza, donde el castillo de Stenico había surgido sobre los cimientos de un castro celta y luego convertido en basílica paleocristiana. Los rayos del sol alegraban con su luz aquella mañana otoñal, donde había triunfado el deseo de la mayoría de las personas de bien. Gina y Giovanna, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, se abrazaron en medio de un inmenso júbilo. Mientras contemplaban el baptisterio y el Círculo Mágico, se despidieron de cuantos habían acudido de la población y resto del territorio de Stenico, aguardando el momento del encuentro con el cardenal, muy lejos ya del infierno que habían padecido en las entrañas de la siniestra torre.

En medio de aquellos incesantes aplausos y el clamoreo de los allí asistentes, Gina y Giovanna no perdieron ocasión de reunirse con sus familiares y allegados, fundiéndose en fuertes abrazos. Sin embargo, los rostros de ambas, y también sus afligidos cuerpos, no podían ocultar las huellas del sufrimiento.

Llegado el momento, Angiolo y Bruno fueron al encuentro de Gina y Giovanna, para conducir las a la sala del Consejo. El cardenal llegó pocos instantes después.

—Su eminencia, os presento a Gina y a Giovanna —exclamó Bruno. Angiolo y yo ya nos marchamos.

—¡No! Deseo que permanezcáis aquí, porque ha sido por vosotros, realmente, que estas mujeres hayan sido liberadas y establecida para la Iglesia su condición de «Bien» —manifestó el cardenal, mientras su mano derecha era besada con el mayor respeto y aprecio por las dos mujeres.

—Decidnos, su eminencia, ¿qué mal os aflige? —preguntó Gina, mirando con dulzura al cardenal.

—Padezco desde hace unos años de gota, enfermedad que me está destrozando y, como podéis ver, me impide hasta andar con normalidad —exclamó con pesar el cardenal.

Gina y Giovanna, nada más oír aquellas palabras, se miraron al instante; en sus rostros se reflejó un profundo alivio.

—Pensábamos, su eminencia, que se trataba de algo más difícil de resolver. Hemos descubierto para esta enfermedad unos remedios que son del todo infalibles y fáciles de conseguir.

—Pues decidme cuáles son esas pócimas, para que me sean aplicadas a la mayor brevedad posible.

—Su eminencia, el mejor lugar para llevar a cabo la preparación de este bebedizo

es nuestra cabaña del interior del bosque, pero los esbirros del Santo Oficio, cuando nos apresaron, quemaron el caldero y demás frascos y sacas de plantas silvestres —expuso con cierta tristeza Gina—. De todas formas intentaremos hacerlo aquí, en esta sala, aunque no es el lugar más adecuado. Necesitamos plantas de escaramujo, también conocida como rosa silvestre, cortezas de abedul y ortigas, agua y un caldero de cobre para hacer el preparado.

—Angiolo, como jardinero de mis palacios de Trento quiero que te ocupes personalmente de todas estas plantas. Y tú, Bruno, pide en la cocina ese recipiente, y trae también un cucharón de madera —manifestó el cardenal.

—Esta es buena época para localizar las plantas necesarias, eminencia. Procuraré conseguirlas lo más pronto posible —dijo Angiolo.

—Si no encontráis escaramujo, también podemos hacerlo con hojas de fresno —aconsejó Gina.

Bruno también salió de inmediato de la estancia; el cardenal permaneció en animada conversación con las dos mujeres. Después el cardenal ordenó a sus sirvientes que le trajesen una bandeja de castañas, nueces y otros frutos, que ofreció amablemente a las curanderas para degustar.

Bruno regresó al poco tiempo al salón del Consejo. Unos mozos de cocina le ayudaban a llevar el caldero de cobre que le habían facilitado, y también un cucharón grande. Angiolo llegó poco después con las diferentes plantas que las mujeres habían solicitado, guardadas en una saca de tela.

—He podido recoger también hojas de fresno —musitó Angiolo.

—También se añadirán al caldero. El brebaje tendrá más virtudes curativas —comentó de inmediato Giovanna.

—¡Bien! Ya tenemos lo necesario. El fuego de esta alta chimenea será adecuado para la cocción. Pero les ruego que nos dejen solas, porque nuestras fórmulas y el proceso de realización deben mantenerse en secreto —solicitó Gina, dirigiendo su mirada al rostro de su eminencia.

—No hay problema, abandonaremos de inmediato la estancia. Estaremos en la sala anexa, y avisadnos cuando esté hecho el preparado —dijo el cardenal.

En breves instantes las mujeres quedaron solas y no tardaron en llevar a cabo su labor. Giovanna se puso a seleccionar los mejores tallos de las plantas, tras sacarlas del interior de la saca. El caldero fue colocado seguidamente en la chimenea, sobre unos trébedes de hierro y, a medida que, lentamente, se desarrollaba la cocción, las manos de Gina iban removiendo el contenido con el cucharón de madera.

—No hay que tener prisa —aconsejó Giovanna—. El preparado se está haciendo a fuego suave, para que hierva lentamente. Luego será preciso dejar enfriar un poco, antes de tomar.

Un tiempo después, las mujeres consideraron que el preparado estaba en su punto

adecuado, y avisaron a un sirviente para que comunicara al cardenal y acompañantes que podían entrar.

—Eminencia, ya puede tomarse una taza. Y recordad que es importante que beba mucha agua, y, sobre todo, evitar el consumo de marisco. Además, estaría bien que, ya en su residencia de Trento, le preparasen un jarabe elaborado a base de hojas de arce, que ayuda a la eliminación de líquidos, tomado a modo de dietas purgas, durante nueve días.

—Lo tendré en cuenta —exclamó el cardenal, mientras se llevaba la taza con la infusión a la boca.

Seguidamente, las mujeres se despidieron del cardenal, besándole su mano, al tiempo que no cesaban de agradecerle cuanto había hecho por ellas; después saludaron con amabilidad y afecto a Angiolo y Bruno y se retiraron cortésmente de la estancia.

XVI. El encuentro

—Su eminencia, ¿cómo se encuentra el Santo Padre? —preguntó Angiolo.

—¡Ah! querido Angiolo —respondió al momento el cardenal, que no esperaba esa pregunta—, Su Santidad Pío IV, Giovannangelo de' Medici, ha sabido evitar caer en los graves errores de su antecesor. A este Santo Padre le debemos el haber mantenido la Reforma, según el espíritu del concilio, y la del colegio de cardenales y el cónclave. Otro acierto de Su Santidad fue imponer a los obispos la obligación de residir en sus diócesis, para contribuir decisivamente a que volvieran a tomar sus responsabilidades pastorales y, al mismo tiempo, mantener ese necesario vínculo fraternal con sus feligresías. —El cardenal, tras una pausa, y siguiendo sorbo a sorbo la ingesta de la infusión, prosiguió—: Gracias a la reforma tridentina pudo evitarse un peligroso complot que amenazaba la vida del mismo pontífice; la causa, probablemente, las graves deficiencias en la administración de los Estados de la Iglesia, así como el peso de los impuestos, tema del que Su Santidad no tiene la más mínima intención de dialogar. —Tras un nuevo descanso, el cardenal añadió—: He de reconocer que, aunque el Concilio de Trento no logró la unidad anhelada por toda la familia cristiana, sí consiguió que los Padres conciliares diesen a la fe católica una formulación más precisa de lo que publicó Su Santidad hace un año, cuyo resumen quedó reflejado en la *Profesión de fe tridentina*, por la cual, y en lo sucesivo, todos los sacerdotes y obispos tendrían que adherirse a ella imperativamente. El pontífice Pío IV, el 26 de enero de 1564 confirmó sus actas, en la bula *Benedictus Deo*, dos meses después de la clausura del concilio. Los decretos del mismo se aplicaron como leyes de Estado.

—Vemos que el concilio celebrado en la ciudad de Trento ha significado un paso importante para el desarrollo y reconocimiento del catolicismo —advirtió Bruno.

—Sí, en efecto. Pero aún hay mucho que hacer. En este viaje a la capital lombarda he podido constatar que el ducado de Milán goza de buena salud, gracias a la potestad del monarca español Felipe II, lo que supone toda una garantía para nuestro principado tridentino ante las constantes amenazas del Tirol, por el norte, y del *dux* de Venecia, por el sureste. También he podido ver los últimos preparativos de una importante vía de comunicación que se bautizará «El Camino Español», por la cual, desde el puerto de Barcelona, los tercios españoles llegarán a los Países Bajos, con la ciudad de Milán como plataforma, y por los Alpes y Alemania, evitando Francia. —El cardenal respiró profundamente y tomó otro sorbo de la infusión, antes de proseguir—: Yo ya me siento cansado; por ello, mi deseo es dejar a mi sobrino Ludovino Madruzzo, que ya ha sido nombrado cardenal, la responsabilidad del principado. Después me trasladaré a Roma, porque considero que, desde la Ciudad Eterna, puedo ayudar más a nuestra Iglesia y a la fe católica y, por qué no, también a

Trento y a nuestro querido principado.

Aquel último argumento no les gustó ni a Bruno ni a Angiolo, dada la estrecha amistad que ambos tenían con el cardenal. Su rechazo se mostró claramente en sus rostros y Madruzzo lo captó de inmediato.

—Nuestro deseo es que ese traslado a Roma lo hagáis lo más tarde posible —dijo Bruno después—. Con su eminencia, Trento está viviendo su «Edad de Oro». Por lo tanto, no es preciso decir que vuestra presencia en el principado es de suma importancia.

Luego, con una sonrisa en los labios, el cardenal agradeció aquellas palabras que acababa de oír.

—Quiero hablar contigo a solas, Bruno —dijo el cardenal fijándose en Bruno.

—Como deseéis, eminencia.

Angiolo se despidió del cardenal, besando su mano, y abandonó la estancia sin darle la espalda, al tiempo que le deseaba un feliz viaje a la ciudad de Trento.

En aquellos momentos, el metálico sonido de las herraduras de unos caballos y las pesadas ruedas de carros que acababan de cruzar la puerta de entrada de la ciudadela animaron a los allí presentes a asomarse a las ventanas.

—¡Son los inquisidores, que abandonan Stenico! —comentó con júbilo Bruno.

Parecía que el momento requería una sonrisa de complicidad...

—Toma asiento, Bruno —ofreció el cardenal amablemente.

—Gracias, eminencia.

—Ahora que nos hemos quedado solos, y antes de separar nuestros caminos, quisiera que me informaras de todo lo que has observado desde que saliste de Trento.

—Realmente poco puedo contaros, eminencia. Pero hay algo que me dice que estaría bien vigilar a vuestro hermano Eriprando. Se ha convertido en un personaje odiado por el pueblo, lo temen y sus actividades no parecen ser muy honestas ni limpias.

—Yo tampoco veo bien las actividades de Eriprando. Siempre tan misterioso, tan huidizo, tan rebelde incluso a nuestros padres... Ya me habían informado de que era un mercenario. No dudes que lo tendré más vigilado. Muchas gracias por tus comentarios, Bruno.

—Por otro lado, está el asunto de la Inquisición, cuyo estamento también se ha convertido en una verdadera pesadilla para la gente honrada y devota de la Iglesia —añadió Bruno.

—En eso estoy enteramente de acuerdo contigo. Y, como hemos tenido oportunidad de comprobar aquí en Stenico, esos esbirros ataviados de negro absoluto como aves de rapiña han desafiado hasta mi autoridad. Pero les hemos ganado. Aunque por esta vez... —musitó el cardenal calladamente.

—Sí, y con la mayor firmeza y sabiduría por parte de su eminencia —repuso

Bruno.

—Grandes cambios se están experimentando en nuestro tiempo, querido Bruno, y espero que sea para el bien de todos. Nuestra Iglesia está siendo atacada desde todos los frentes, y parece que en la Ciudad Eterna no terminan de comprenderlo. España no podrá estar siempre amparándonos; el monarca Felipe tiene otras muchas obligaciones y compromisos.

El rostro del cardenal evidenció un semblante de preocupación. Y Bruno aprovechó para decir:

—Eminencia, tengo también otras informaciones, que considero del mayor interés. Fue en Toblino donde, su señor, Nicolò Gaudenzio, nos dijo que se había enterado de lo que estaba sucediendo en Venecia, donde el *dux* Priuli está sometiendo a los más terribles castigos a todo aquel que desobedezca sus órdenes. Incluso a miembros de la Compañía de Jesús los ha encarcelado en las terribles mazmorras de los Plomos, donde los ha sometido a los más terribles castigos...

—Sí, querido Bruno. Ya sabía de todo ello. Soy consciente de que en la *Serenísima* se están imponiendo costumbres inquisitoriales, y, por la proximidad con nuestro principado, mucho nos está afectando. Incluso algunos grupos de personas han pedido asilo en varias poblaciones tridentinas, huyendo de ese asfixiante régimen que se vive en Venecia, donde solo tienen cabida las grandes familias, que han hecho fortuna primero con el comercio del azafrán y, en estos momentos, con la compra de bulbos de tulipán —argumentó Madruzzo.

—¿Tulipán? —se extrañó Bruno.

—Sí. Es una planta de origen otomano cuyo cultivo se está poniendo de moda en gran parte de Europa. Incluso en Flandes se ha creado un comercio con sus bulbos que atrae a compradores de muy alta condición social, interesados por la belleza de una flor de pétalos aterciopelados y de muy variados colores. Y para conseguir los mejores bulbos no han dudado en crear una trata de esclavos.

—También ha llegado a mis oídos que los ejércitos turcos del sultán Solimán II no cesan de atacar los territorios orientales de Europa por mar y por tierra —añadió Bruno.

—Sí, y ya han llegado en una ocasión hasta las puertas de Viena, y tememos que volverán a asediarla. Son muchas, como puedes ver, las amenazas que nos acechan y afectan a nuestro principado tridentino. Pero no sé todavía quién o quiénes han sido los autores de la atrocidad del asesinato del capitán Marco Massarelli... —dijo apesadumbrado el cardenal.

—Pero algo me dice que el autor de este vil asesinato está más cerca de lo que nos podemos imaginar —susurró Bruno.

—Es muy posible, querido amigo, por ello debemos permanecer muy atentos. Mañana regreso con mi séquito a Trento, y estaré esperando cualquier información

tuya. Y en la capital, pues, nos encontraremos cuando regreséis del viaje por Val Rendena. Espero que este brebaje no tarde en dar los esperados resultados —comentó Madruzzo, mientras agotaba la infusión.

—Muchas gracias. También deseo a su eminencia un feliz viaje a Trento.

—En la zona a donde vais, al noroeste del principado, en la frontera con el Tirol, recordad que está de responsable militar Domenico Tonelli, el hijo mayor de Angiolo, a quien ya le he nombrado capitán. Dale saludos míos.

—Se los daré, eminencia. También se pondrá muy contento Angiolo cuando le comunique lo del ascenso de su hijo.

—Bien. Yo ahora he de despachar algunos asuntos de estado y reunirme con varios miembros de mi séquito, y también con Alessandro, antes de acostarme.

Seguidamente, Bruno besó la mano del cardenal, despidiéndose amablemente de él. Este le dio su bendición.

XVII. La traición

A la mañana siguiente, repicaban a maitines las campanas de la iglesia de San Martino, cuando Mauro ya aguardaba en el interior de la puerta de entrada al castillo, con el carromato a punto, la llegada de Angiolo y Bruno, para reemprender el viaje.

—¡Buenos días, señores! —saludó el chófer.

—¡Buenos días, Mauro! ¿Todo a punto?

—¡Sí! Y con grandes deseos de seguir el trayecto, y también de volver a veros. Aún nos falta un buen trecho para alcanzar Val Rendena. Por ello era necesario partir bien temprano. Los caballos también tenían ganas de proseguir el recorrido —comentó Mauro.

—¿Habéis cuidado de las palomas? —se interesó Bruno.

—¡Por supuesto, señor! Cada día. No les ha faltado comida ni agua —repuso el chófer amablemente.

—Gracias, Mauro.

Ya dentro del carromato, las gruesas puertas de la fortaleza se abrieron de par en par, cuando se produjo la despedida con Alessandro, que vino a saludarles personalmente. Mauro debía llevar bien cogidas las riendas, porque la pendiente era pronunciada, y las losas del suelo estaban resbaladizas por la lluvia y el barro. Luego volvieron a cruzar la villa de Stenico.

—No dejo de pensar en los horrores que los inquisidores han estado haciendo en las mazmorras de esta fortaleza, y la valentía de nuestro cardenal en desafiar al poderoso y temible Santo Oficio, en la persona de su máximo general, Domenico Caraffa —comentó con pesar Angiolo.

—Yo también tengo grabados en el pensamiento los terribles tormentos que seres humanos han tenido que soportar por la sinrazón del peso de unas leyes dictadas con el respaldo de la Iglesia. He podido comprobar que no existen límites para la maldad humana —dijo con rabia Bruno.

En aquellos instantes, unos soldados del castillo estaban desmontando la pira y el cadalso, donde la Inquisición pretendía reducir a cenizas los cuerpos de Gina y Giovanna. Numerosos aldeanos se habían ofrecido para ayudar en las tareas de retirar aquellos enormes haces de leña. Tuvieron que asomarse a las ventanas del carromato para corresponder a los saludos de la gente. En Stenico, en pocos días, habían vivido unas jornadas que no se les olvidarían jamás.

Mientras tanto, el cardenal era avisado por su ayudante de cámara para levantarse, porque la salida de su eminencia para Trento estaba programada para esa misma mañana. Toda la guarnición de Stenico llenaba el patio de armas del castillo, aguardando la presencia de la máxima autoridad del principado para darle la más calurosa despedida. El cardenal, tras ser ayudado a vestirse y tomarse en sus

aposentos un desayuno a base de frutas, miel, pan y mermelada, terminando con una infusión de escaramujo —dieta recomendada por las curanderas—, preguntó a su secretario:

—¿Está todo preparado para la salida?

—Sí, eminencia. Ya han sido cerrados y guardados todos sus equipajes en baúles repujados en cuero y cajas de madera, y en el patio de armas su séquito y guardia personal, con los caballos y el carruaje, aguardan expectantes vuestra presencia para partir hacia Trento.

—Bien. Avisa a Alessandro —imperó Madruzzo.

Minutos después, el cardenal, con paso firme aunque lento, y seguido de su séquito, llegaba al patio de armas, donde le esperaba el señor de Stenico, con su uniforme de gala, y la guardia en estado de revista. Sobre las paredes interiores de aquel patio, y también colgando de las ventanas y balcones, lucía el estandarte del principado de Trento.

—Querido Alessandro, quiero agradecerle tu hospitalidad. Espero que a partir de ahora todos respiren un clima de más tranquilidad en Stenico —repuso el cardenal con una sonrisa.

—Toda la gente de Stenico os estaremos eternamente agradecidos, eminencia. Primero, por vuestra agradable presencia; después, por vuestro acertado criterio, como juez benévolo, a la hora de establecer la inocencia de las dos mujeres, tan queridas por las gentes de nuestros valles, y finalmente por la confianza que me habéis demostrado al consolidar esta ciudadela como la plaza fuerte de nuestro principado —exclamó Alessandro, con el mayor respeto.

Seguidamente su eminencia, con paso firme y pausado, fue ayudado a subir al carruaje, y el séquito montó en sus correspondientes caballos. Tras tomar asiento, el cardenal corrió la cortina para ver el exterior y poder despedirse de aquella multitud. Aprovechó para, con una mirada, pasar revista a todo cuanto observaba a su alrededor, agradeciendo con una leve sonrisa a todas las personas que se agolpaban en las terrazas superiores, balcones, torres y ventanas de la fortaleza. Las banderas del principado, así como la correspondiente a la fortaleza de Stenico, ondeaban al viento y los pañuelos blancos mostraron el afecto de la gente, cuyos gritos de júbilo seguían oyéndose hasta que la comitiva se perdió entre los árboles.

—Haremos noche en Toblino —recordó Madruzzo, dirigiéndose a su ayudante de cámara.

—Pues no deberíamos perder más tiempo —respondió este—. La distancia es larga, como bien sabe su eminencia.

Casi galopando, los carruajes y la comitiva siguieron su marcha, en dirección a levante, por la Giudicarie, la antigua calzada romana que llevaba a Trento desde el lago de Garda. Después de unas horas de viaje, con el beneplácito del cardenal, el

destacamento hizo un alto en un bucólico paraje, junto a una fuente, a orillas del río Sarca, dentro ya de las tierras del castillo de Toblino. Madruzzo necesitaba también estirar un poco las piernas, pues llevaba muchas horas sentado; los caballos fueron liberados de sus arneses para descansar, pastar y beber.

Había transcurrido un tiempo prudencial, y la comitiva ya estaba preparada para proseguir el viaje, cuando, súbitamente, una partida de hombres armados los sorprendió. El cardenal fue instado a subir al carruaje, protegido por sus soldados. En un momento, Madruzzo, al comprobar la delicada situación, no dudó en llamar al capitán de su guardia personal.

—Señor, señor, el cardenal quiere que vayáis ante él —exclamó un tanto nervioso el soldado, dirigiéndose al capitán de la guardia.

El capitán estaba organizando con valentía la resistencia ante aquel inesperado ataque, y dejó al frente a un sargento, para acudir a la llamada del cardenal.

—¿Me habéis mandado llamar, eminencia?

—¡Sí!, Tommaso. Ordena al jinete más rápido que tengas que, a toda velocidad, se dirija al castillo de Toblino e informe a su señor, Nicolò Gaudenzio, que hemos sido atacados por unos forajidos. Que este emisario tome el caballo más fresco y que cabalgue con el mayor cuidado y rapidez, para no ser sorprendido, porque de su habilidad veo que van a depender nuestras vidas.

—Descuidad, eminencia, saldrá de inmediato.

Tommaso, obedeciendo las órdenes del cardenal, localizó a Silvio entre el fulgor y el estruendo del combate, y le dio calladamente y con autoridad las instrucciones necesarias para esa delicada misión. Este, que era el jinete más ágil de la guardia de su eminencia, y que además conocía muy bien la zona, partió de inmediato hacia Toblino espoleando a su caballo al tiempo que pasaba inadvertido entre la algarabía del combate, el ruido de sables y una densa humareda provocada por las explosiones de las armas de fuego.

Después de una veloz cabalgada, entre praderas y bosques, tras rebasar una colina, Silvio contempló con alivio la silueta del castillo de Toblino, arropado entre árboles, a orillas del lago. Seguidamente, sin dejar de cabalgar, desplegó al viento la bandera que llevaba enrollada sobre la silla, para mostrar el águila tridentina. Al llegar a la fortaleza, los soldados de la guardia del torreón, al ver el estandarte del principado ondeando, abrieron apresuradamente la pesada puerta y, ya dentro, el emisario urgió ser llevado ante la presencia del señor del castillo, mientras mostraba en sus manos un certificado con el sello del cardenal. Nicolò Gaudenzio, tras ser informado de lo ocurrido por un soldado, llegó al instante al patio de armas.

—¿Qué sucede? —preguntó Nicolò.

—¡Señor! Formo parte de la guardia personal del cardenal, como puede ver en este certificado, y, en viaje desde Stenico a Toblino, hemos sido atacados por unos

hombres armados. Mi capitán, por orden de su eminencia, me ha enviado a pedir vuestra ayuda. La situación es angustiosa, y no debemos tardar en partir —exclamó Silvio con voz rota.

—¡Bien! Deja tu caballo en las caballerizas, y que te entreguen otro ágil y descansado. ¡Que ensillen cincuenta jinetes, bien armados, porque partimos ahora mismo! —imperó el señor de Toblino, mirando a su ayudante militar, y dejó a su sobrino Raffaello al mando de la fortaleza.

Mientras tanto, los soldados del cardenal respondían con armas de fuego a los disparos de aquellos asaltantes. Algunos muertos y numerosos heridos se produjeron en ambos bandos. La situación se presentaba preocupante para el grupo del cardenal, porque el factor sorpresa daba ventaja a los atacantes. Tommaso, excelente estratega militar, había organizado muy bien la defensa de aquel enclave, entre vetustos álamos y otros árboles de ribera, con el río como defensa natural y algunos gruesos árboles caídos. Con pistola en mano y armado de espada y maza, evitaba cualquier intento de aproximación hacia el carruaje del cardenal.

Entre el fragor del combate, con lanzas y flechas de ballesta que llovían y competían con el estallido de la pólvora de las armas de fuego, se oyeron las trompetas de los jinetes de Toblino, con Nicolò Gaudenzio al frente, que iba al lado de un caballero —confalón— que enarbolaba la bandera del principado, con el águila como emblema de Trento. Los asaltantes, al ser sorprendidos por la retaguardia, quisieron abandonar el cerco, pero los soldados recién llegados les cerraron el paso, apresándolos. El cardenal, que había sido alcanzado por un disparo en el hombro derecho, se olvidó de la herida y descendió de su carruaje, pletórico de júbilo al ver el desenlace.

—¡Gracias, Nicolò! —le dijo el cardenal al señor de Toblino—. ¡No has podido ser más eficaz en tu intervención!

—Eminencia, he acudido tan pronto como ha llegado vuestro emisario y he sido informado —exclamó el señor de Toblino—. Pero veo que estáis herido.

—Lo mío, de momento, no tiene importancia. Me interesa más el estado de mis hombres y saber quiénes son los responsables de este asalto —exclamó indignado el cardenal.

—Hemos tenido doce muertos y quince heridos, algunos de cierta gravedad, que requieren una atención médica urgente —respondió Tommaso mientras ayudaba a uno de sus hombres a levantarse, ensangrentado, y felicitaba a Silvio por la excelente misión realizada.

—Toblino queda detrás de la última colina que se dibuja en el horizonte, hacia levante. Y en mi castillo, afortunadamente, se encuentra en estos momentos Pietro Andrea Mattioli, médico de prestigio que, además, creo que está trabajando para su eminencia —aconsejó Nicolò, dirigiéndose al cardenal.

—Me parece una excelente idea. Tommaso, ordena abrir doce zanjas para dar cristiana sepultura a los fallecidos, y luego organizad los preparativos para salir de inmediato hacia Toblino —ordenó Madruzzo—. Nicolò, que uno de tus jinetes se adelante al castillo, para informar al médico de la gravedad de la situación. Y traed a los prisioneros ante mi presencia.

Tommaso trajo a los presos ante el cardenal; un total de diez hombres de armas, que ya habían sido desarmados y maniatados a los troncos de los árboles.

—Aquí están, eminencia.

—¡Que se descubran el rostro! —impuso el cardenal.

Una a una fueron quitando las viseras de los cascos de las armaduras de aquellos bandidos. Y de pronto apareció el rostro de Eriprando Madruzzo. Su eminencia no pudo evitar quedar impávido al reconocer a su propio hermano, que era el cabecilla y máximo responsable de aquella fechoría.

—Eriprando, sabía de tu condición de mercenario a sueldo, pero lo que no podía nunca imaginarme era que pudieses llegar a poner en juego mi vida, la de tu propio hermano —exclamó con pesar el cardenal, condenándole con una penetrante y acerada mirada.

Los ojos de Nicolò Gaudenzio, no menos incisivos que los del cardenal, también estaban clavados en el rostro de aquel miserable, pues no daba crédito a lo que estaba contemplando.

Se produjo entonces un silencio absoluto en el ambiente; el ilustre preso apenas se atrevía a elevar la mirada y enfrentarse a su hermano.

—Lamento lo ocurrido, eminencia y querido hermano Cristoforo —dijo Eriprando en susurros—. Solo yo soy el culpable de esta afrenta a tu magna persona. —El cardenal no podía evitar tener una mirada de absoluto asombro y rechazo al mismo tiempo. Y Eriprando prosiguió—: Tus iras no las proyectes sobre mis hombres, solo yo soy el culpable.

—Tus hombres serán llevados a las mazmorras de la torre de Bozzone, en Stenico, donde permanecerán encerrados cinco años. Y tú vendrás conmigo a Trento en calidad de prisionero, porque deberás confesar tu crimen —impuso el cardenal.

Mientras tanto, se habían abierto las zanjas individuales en el suelo y procedieron al entierro de los soldados del cardenal caídos en combate, a los que colocaron una sencilla cruz de madera con el nombre de cada uno grabado, a modo de humilde epitafio. Los fallecidos en el bando atacante, en cambio, fueron arrojados a una fosa común. Los prisioneros, tras ser liberados de las armaduras que portaban y bien maniatados, serían conducidos seguidamente a Stenico dentro de un carro-jaula, entre un escuadrón de jinetes con un sargento al frente. Los heridos, por su parte, también estaban preparados para proseguir el traslado a Toblino. El cardenal, tras despedirse de aquella columna militar, llamó de inmediato a su capitán.

—Tommaso, dile al sargento que después de entregar los presos a Alessandro, en Stenico, no demoren el regreso, pero que pasen por Toblino para seguir juntos el viaje a Trento.

—Así se hará, eminencia.

Unas horas más tarde, toda la comitiva puso rumbo a Toblino, a cuya fortaleza llegaron de noche, iluminados con la luna llena. Pietro Andrea, el médico, ya aguardaba impaciente ante la puerta de entrada del castillo, al frente de un par de ayudantes, que también estaban preparados y vestidos con batas blancas.

—Eminencia, ya he sido informado del terrible percance —manifestó el médico mientras ayudaba al cardenal a descender de su carruaje—. Voy a examinarle la herida.

—Gracias, Pietro Andrea, pero prefiero que antes atiendas a los heridos más graves.

—Ya tengo preparada una sala con camas, jarras de agua caliente y vendas para proceder sin perder tiempo —informó el galeno.

—Bien. Ponme una venda de urgencia para que deje de sangrar la herida, y después, una vez hayas atendido a los heridos, terminarás mi curación. Ahora quiero reunirme con mi hermano a solas en la sala superior —le dijo el cardenal al médico, mientras dirigía su mirada a Tommaso.

El capitán de la guardia personal de su eminencia captó el mensaje y procedió al traslado del ilustre preso al salón, fuertemente escoltado por varios soldados.

El cardenal llegó poco después, tras recibir la primera asistencia por parte del médico. Acto seguido, su eminencia tomó asiento. Eriprando quedó de pie, y fuera, un par de soldados vigilaban la puerta de la sala.

Una vez solos en aquella estancia, el cardenal mostraba una gran inquietud, sin dejar de mirar a su hermano. Eriprando no se atrevía a levantar la cabeza.

—No logro salir de mi asombro —exclamó el cardenal—. Tienes que confesar tu delito, y para quién has trabajado esta vez, que te ha llevado tan lejos.

Eriprando se aproximó al cardenal, para besarle la mano. Este, mirándole fijamente y con rostro consternado, rehusó el saludo.

—Querido hermano, he de confesarte que he sido víctima de mi ambición, la avaricia me ha cegado y empujado a cometer este terrible atentado a su magnífica persona —susurró apesadumbrado el preso, con voz que apenas salía de su boca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó del todo extrañado el cardenal.

—Eminencia, fui obligado a secundar un complot contra tu persona. —El cardenal no podía entender aquel comportamiento de su hermano. Eriprando prosiguió—: El *dux* de Venecia está detrás de todo ello, pero solo yo soy el culpable.

—¿El *dux* de la *Serenísima* Venecia? —objetó Cristoforo, sorprendido.

—Sí, me obligaron a atentar contra tu persona, para derribar el poder que ostentas

en el principado, y luego poner cerco a la ciudad de Trento, con un ataque sorpresa. Y si no lo hacía, amenazaron con matar a mi familia.

Un atormentado vacío reinó en aquella estancia, mientras el cardenal tragaba saliva y su hermano llevaba rato con la mirada perdida hacia el suelo. Entonces Cristoforo preguntó:

—¿Y del capitán Marco Massarelli, también estás tú detrás de ese vil asesinato?

—Tuve que hacerlo, hermano —dijo Eriprando entre dientes tras alzar la cabeza de un golpe—, para convencerles de que respaldaba ese levantamiento contra vos.

Luego, el cardenal se echó las manos al bolsillo de su chaleco y extrajo el papel que el sargento de la guardia del palacio encontró entre las ropas del emisario que llevó la caja con la cabeza de Massarelli. Tras desplegarlo, lo expuso dando un fuerte golpe con la palma de la mano sobre la mesa.

—¿También tú estás detrás de este escrito? —preguntó el cardenal.

—Sí, hermano, igualmente me obligaron a que el emisario lo llevase oculto.

—¡No entiendo nada! —exclamó con rabia Cristoforo.

—*Caro fratello*, probablemente para confundiros, y para que llegaseis a pensar que todo era fruto de una trama de los sectores más bajos de la sociedad, en petición de mejoras y rebajas de los impuestos.

El cardenal miró entonces horrorizado a aquel asesino, que era su propio hermano, a quien su ambición le había llevado a participar en actos tan despiadados y ruines, incluso atentar contra su propia vida. Lo miró con desprecio.

—Y tú recibirías algún beneficio a cambio, supongo... —Las pupilas del cardenal se clavaron en la cara de Eriprando.

—Me han prometido la fortaleza de Castel Romano, en Pieve di Bono —dijo entre dientes el mercenario, sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

Después de reflexionar un largo rato, el cardenal concretó:

—Bien. Vamos a proceder como si tu maléfica acción hubiera alcanzando el éxito, y yo hubiera fallecido. Mandaremos un emisario de confianza a Venecia para que, con un documento firmado por ti, le anuncie al *dux* que la misión ha sido todo un éxito, y la ciudad de Trento es vulnerable y puede ser atacada en cualquier momento. Después, tú, por tu ingratitud y deslealtad, serás encerrado en el castillo de Pèrgine, en Valsugana, hasta el final de tus días. Y no te preocupes por tu familia, que también son mi cuñada y sobrinos, a los cuales atenderé para que no les falte de nada. Pero, como comprenderás, he de dar ejemplo.

El rostro de Eriprando no podía disimular su pena y sentimiento de culpabilidad; después de suplicarle mil veces perdón a su hermano, fue conducido a la prisión del castillo, situada en los sótanos del torreón, donde, tras desnudarlo de cintura para arriba, recibió un mendrugo de pan y una jarra de agua.

El cardenal descendió después al salón principal de Toblino. Allí Pietro Andrea

seguía entregado en la dura tarea de atender a los heridos, mientras numerosos servidores traían barreños de agua caliente con ramas de tomillo y romero que sirvieron tanto para desinfectar las heridas como para ambientar la sala, pues los olores eran penetrantes; otros portaban sábanas y paños de algodón.

—Eminencia, estoy atendiendo al último de los enfermos graves. Afortunadamente, no habrá que amputarle la pierna. Por suerte, podemos estar contentos, pues no se ha producido ninguna baja entre los heridos. Después debería curar bien su herida, que veo que sigue sangrando —manifestó el médico, mirando con el máximo respeto al cardenal.

—Bien, después cenaremos algo, antes de que el sueño nos venza, pues todos estamos cansados. Aseguraos de que no quede nadie sin comer. La jornada de hoy ha sido muy dura, y todos estarán hambrientos —dijo el cardenal, mirando al médico; y a los soldados de la guardia les imperó—: ¡Que se presenten ante mí Nicolò y Tommaso!

—Enseguida, eminencia.

El señor de Toblino y el capitán de la guardia personal del cardenal se presentaron pocos instantes después en la sala que había elegido Madruzzo. Ambos llegaron juntos a la estancia. Ya en ella, sentados ante una mesa y frente al fuego de una chimenea, con el chisporroteo de las llamas como rumor de fondo, los tres entablaron conversación.

—Señores, hay una cuestión de Estado que he de comunicaros, que reviste suma urgencia —expresó con gravedad Madruzzo—. Es preciso enviar un emisario al rey de España, Felipe II, a través del ducado de Milán, para informarle de que el principado de Trento y mi persona corremos un grave peligro.

—¿Qué queréis decir, eminencia? —coincidieron en responder ambos, mirándose bastante sobresaltados y con la mayor preocupación.

—Mi hermano ha obrado impulsado por su ambición, pero por imperativos del *dux* de Venecia, para asesinarme y conquistar Trento, capital del principado —añadió el cardenal. Los rostros de Nicolò y Tommaso quedaron impávidos. Cristoforo prosiguió—: Sin embargo, tengo una estrategia: haremos como si el ataque a mi persona y séquito hubiesen triunfado. Y un emisario de confianza entregará personalmente al *dux* de la *Serenísima* la noticia del éxito alcanzado por Eriprando a través de un documento escrito por su puño y letra y firmado por él, acompañado con uno de mis anillos, como prueba de mi fallecimiento.

—Pero, eminencia, si se anuncia oficialmente el fallecimiento de vuestra persona, ¿no deberían celebrarse unas exequias fastuosas con la exposición pública del fallecido y la presencia de la nobleza durante tres jornadas de duelo? —preguntó Tommaso.

—¡Sí, estás en lo cierto! Pero mi fallecimiento solo será difundido a través de este

comunicado que se llevará a Venecia. Para el pueblo de nuestro principado yo estoy ausente, en viaje de Estado. Luego, haremos saber que fue un intento fallido, y que sobreviví al ataque. Lo que no quiero es que jamás se sepa que este atentado ha sido perpetrado por mi propio hermano, y me obliga la lealtad de sangre. —Después de un silencio en la sala, que se cortaba en el ambiente, su eminencia prosiguió—: Pero antes de que llegue la noticia a la *Serenísima* llevaremos el comunicado de la gravedad que estamos viviendo en estos momentos en el principado al monarca Felipe II, a través de la ciudad de Milán, para que los tercios españoles destacados en la capital lombarda lleguen a la mayor rapidez a Trento, y sorprendan por la retaguardia a los soldados de Venecia.

—¡Me parece una excelente estrategia, eminencia! —exclamó Nicolò.

—¿Y dónde se produciría la batalla? —preguntó Tommaso.

—No quiero poner en peligro la capital del principado. Es preciso actuar con rapidez y astucia. Lo primero es llevar confidencialmente el informe a los Visconti, duques de Milán. Y días después, tras el regreso del emisario, enviaremos el comunicado al *dux*. Por ello, no es aconsejable que partamos ahora hacia Trento. Debemos esperar y mantener absoluta calma y discreción. Durante un tiempo, nadie, a excepción de vosotros y de mi séquito, debe saber de mí. Este lugar, Toblino, me parece muy adecuado como refugio ante los acontecimientos que nos aguardan —argumentó el cardenal.

—Dispondré una alcoba más cómoda y segura para su eminencia durante el tiempo que permanezcáis en esta fortaleza —expresó Nicolò.

XVIII. Extraño personaje

Angiolo y Bruno, tras partir de Stenico, con Mauro en la silla esperándoles en el carromato, tomaron rumbo a poniente por la Giudicarie siguiendo el curso del Sarca, dejando a su lado derecho, sobre las nubes, las altísimas cumbres de las peladas montañas del Brenta. Aquella jornada de viaje se hizo larga, ya que las tormentas de los días anteriores habían dejado prácticamente intransitables los caminos, lo que les obligó, en varias ocasiones, a sacar con ayuda de troncos de madera y piedras las pesadas ruedas del carromato del barro. Por lo demás, no hubo ningún percance digno de mención, a excepción de la corta parada que hicieron en Rágoli para la comida del mediodía.

Había transcurrido un largo trecho de camino, cuando ambos decidieron cruzarse unas palabras.

—No dejes de recordar la firmeza de nuestro cardenal ante el inquisidor, cuyo poder en pocas ocasiones habrá visto doblegarse —comentó Angiolo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Además, las pruebas que impuso el cardenal no dejaban la menor duda acerca de la inocencia de Gina y Giovanna —repuso Bruno, y miró a su compañero con una gran sonrisa en el rostro mientras le decía—: Domenico, tu hijo ya es capitán, querido amigo.

—¿Cómo ha sido y cómo lo sabes? —preguntó con los ojos llenos de felicidad Angiolo.

—Fue hace unos días. Me lo comunicó anoche el cardenal, durante el encuentro que tuve con su eminencia en privado. Ahora tu hijo es el máximo responsable de nuestras fronteras con el Tirol. Felicidades. Es una gran noticia para toda tu familia.

—Claro que lo es; y también mi esposa se sentirá muy orgullosa cuando se entere, si no lo sabe ya. Pero, al mismo tiempo, este nombramiento entraña una mayor responsabilidad y riesgo para mi hijo, como puedes comprender.

Bruno asintió con la cabeza, pero sus ojos seguían infundiendo ese grado de alegría por la noticia.

—Señores, estamos llegando a Bolbeno, y no quisiera que nos caiga la noche encima —apostilló Mauro.

—Podríamos quedarnos aquí y descansar —sugirió Angiolo, con la aprobación de Bruno con un gesto de la cabeza.

—Es una buena idea —confirmó también Mauro—. Bolbeno es un pueblo tranquilo y, como podréis ver, muy agradable; sus gentes han sabido conservar unas tradiciones muy antiguas. Recuerdo que, de pequeño, mis padres me trajeron en varias ocasiones. Además, tengo familia, una tía y dos primos, que regentan la hospedería que se encuentra a la entrada de la población, donde podríamos alojarnos.

—De acuerdo, adelante. Tú conoces el lugar.

Las casas de madera del pueblo se extendían en medio de un bucólico valle, donde el torrente Arnó entregaba sus frescas aguas al río Sarca entre frondosos bosques y las laderas de las montañas peinadas de viñedos. Ya comenzaban a encenderse las primeras velas y lámparas de aceite de las viviendas cuando el carromato inició su entrada en la población. Hacía un lustro que Mauro no visitaba a sus familiares de Bolbeno, pero recordaba perfectamente la dirección de la hospedería de su tía Luisa, a donde llegaron después de remontar unas calles en acusada pendiente, mientras la gente iniciaba el camino de regreso a sus hogares, cargada con algunos útiles y aperos de labranza.

—¡Ya hemos llegado! —anunció el cochero, al tiempo que señalaba con el dedo índice el edificio de sus parientes.

La fachada del albergo estaba decorada con pinturas alusivas a temas mitológicos relacionados con la vendimia y la cultura de la vid y el vino. Además, sobre la puerta de entrada colgaba una insignia realizada en hierro fundido que representaba un racimo de uva sostenido por el dios Baco.

—A primera vista, este edificio me transmite una sensación muy agradable —argumentó Bruno, que quedó abstraído al contemplar el edificio, deteniendo su mirada en las coloristas pinturas y los originales esgrafiados que decoraban su fachada.

—Sí, y además en Bolbeno ya comenzamos a respirar el fresco y saludable aire de Val Rendena —añadió Angiolo mientras descendía del carromato.

Mauro sujetó con esfuerzo las riendas, mientras calmaba el ímpetu de los caballos; después de colocar el freno y bajarse, tras estirazar las piernas, se dirigió en dos zancadas a la entrada de la hospedería. Golpeó un par de veces la aldaba de la puerta; al rato, un joven abrió el portalón.

—¿Qué desean, caballeros? —preguntó.

En ese momento, el cochero exclamó lleno de júbilo:

—¡Hombre, Michelangelo! ¿No me conoces?, ¿tanto he envejecido en cinco años? Soy tu primo Mauro.

—Primo, ¡qué alegría verte! ¿Cómo tú por aquí después de tanto tiempo? —se alegró el mesonero, mientras abrazaba a su pariente.

—Vengo acompañando desde Trento a estos señores: Angiolo y Bruno. Nos dirigimos hacia Val Rendena. ¿Y mi tía Luisa, cómo se encuentra? —preguntó interesado Mauro.

En aquel instante, un joven que abrió la puerta y reflejó en su rostro un gran dolor.

—Mi madre falleció esta primavera, después de una dolorosa enfermedad —respondió con pesar nada más entrar.

—No estaba enterado de ello. Te doy mi más sincero pésame. ¿Y tú hermano

Enrico? —volvió a interesarse Mauro.

—Enrico está fuera. Ha tenido que desplazarse a Mantua, pero se encuentra bien. Tras la muerte de nuestra madre, mi hermano y yo nos hemos quedado al frente del albergo, que, como podrás ver, mantiene el nombre en la fachada, en justo homenaje a ella. Pero, por favor, entrad, porque os quedaréis a dormir, ¿no?

—Sí, si no es molestia, querido primo. Estamos un poco fatigados por el viaje, y algo hambrientos —repuso el cochero con una suave sonrisa.

—¡Claro que tengo habitaciones! Y también comida caliente en los fogones. Entrad, por favor.

Bruno y Angiolo, que seguían muy de cerca la conversación, no pudieron evitar una demostración de júbilo al ver que tenían resuelto tanto el alojamiento como la comida.

—Muchas gracias —repitieron los recién llegados.

—Yo llevaré el carromato y los caballos a la cuadra, que recuerdo muy bien dónde está —añadió Mauro.

Ya en el interior, Angiolo y Bruno quedaron gratamente sorprendidos al contemplar el salón comedor de aquel establecimiento, cuya decoración envolvía al visitante, trasladándole a las tradiciones más antiguas de los pobladores de esos valles.

—Es un lugar muy agradable, y decorado con gusto, tradición, sencillez y armonía —comentó Bruno.

—Me alegra que os guste —manifestó Michelangelo—. Todo cuanto veis a vuestro alrededor fue mandado diseñar por mi difunta madre, que quiso mantener siempre la tradición de la arquitectura de Val Rendena, y más aquí, en concreto, en el sur, donde la cultura de la vid está a flor de piel.

—Precisamente mi trabajo es restaurar obras de arte, especialmente esculturas y pinturas, y veo con la mayor admiración que en esta casa se ha llevado a cabo una excelente labor —respondió Bruno.

—Mi madre pagó al célebre maestro Baldassare Cometi di Lorenzo, de Vezzano, por sus trabajos en esta casa. Creo que este artesano comacino también trabajó en la decoración de los salones del castillo de Toblino, contratado por el cardenal Bernardo Clesio —informó el joven, mientras acompañaba a los recién llegados a sus aposentos, seguido en silencio por un mozo que portaba los equipajes.

—Sí, conocía lo de Toblino, porque yo trabajé en una restauración de los frescos de ese castillo —repuso Bruno—, pero desconocía que el maestro Cometi había realizado esta singular obra en Bolbeno, y me siento encantado de conocerla y admirarla.

—Os alojaréis en la planta superior, porque tiene las habitaciones orientadas a mediodía y las mejores vistas del valle Giudicarie. Desde vuestras alcobas podréis ver

la vecina población de Tione, al otro lado del torrente Arnó, y el comienzo de Val Rendena, con las poderosas cumbres del Brenta como telón de fondo —argumentó Michelangelo. Y añadió—: Cuando descanséis, podéis bajar al salón a cenar. Pero daros prisa, porque el cocinero no tardará en apagar los fogones y, aunque es un gran cocinero, tiene un carácter difícil de aguantar.

—Gracias, señor. Bajaremos enseguida.

Una vez que Michelangelo dejó a los huéspedes a la entrada de sus correspondientes aposentos, y ausentado el mozo después de recibir unas monedas de propina, Angiolo y Bruno hablaron.

—Tengo la sensación de encontrarme en un lugar muy especial, tal vez por la paz que transmiten estas montañas y la serenidad del valle, con los árboles y el río —manifestó Angiolo—. También esta casa me da buenas sensaciones.

—Yo también me siento muy cómodo en este albergue. Además, el primo de Mauro se ve una persona llena de fuerza, sentimiento y valores humanos. Puede ser que sea aquí, en Bolbeno, donde descansemos bien, porque, realmente, desde que salimos de Trento, no hemos tenido ocasión de hacerlo —repuso sonriendo Bruno, en tono un tanto jocoso.

—En efecto. Verdaderamente no hemos tenido momentos tranquilos —añadió Angiolo—. Si te parece, nos vemos abajo en el comedor tan pronto nos hayamos aseado y cambiado la ropa. Pero date prisa.

—Bien —confirmó Bruno.

Casi de inmediato, pues el tiempo apremiaba, los dos salieron de sus correspondientes aposentos y se encontraron en el pasillo, para descender juntos al salón comedor. Se habían lavado las manos y cara en el aguamanil de sus habitaciones, y se cambiaron la ropa, que estaba bastante sudada y manchada de barro, por las tareas de facilitar el movimiento de las ruedas del carromato; había sido una ardorosa jornada. Ambos casi coincidieron en los trajes: camisas limpias de lino, pantalones bombachos de cintas blancas y rojas, botas altas y cinturón de piel, sombrero de ala ancha y chaleco de algodón; se habían preparado para la cena. A medida que iban descendiendo por la escalinata de madera, Bruno seguía absorto contemplando los más mínimos detalles de las decoraciones, sin dejar de examinar los artesanados de los techos, igualmente realizados con el mejor estilo de Baldassare Cometi, uno de los maestros itinerantes comacinos más célebres de la época. Ya en la planta inferior, las numerosas mesas del salón estaban prácticamente ocupadas por comensales. Y Michelangelo, al verles llegar, no tardó en dirigirse a ellos.

—Señores, hoy sábado tenemos la hospedería llena, como podréis ver, pero os he reservado una mesa al fondo, donde estaréis más tranquilos. Acabo de ver a Mauro en las caballerizas terminando de desatar los caballos y guardando el carromato, y no tardará en llegar, después de que se cambie en la habitación que le he preparado junto

a las cocinas.

—Nos parece excelente. Muchas gracias —respondieron amablemente.

—Mi querido Angiolo, el mantel es una muestra de calidad en las mesas, como sucede en los banquetes de los palacios de la alta nobleza; y veo que en este lugar todas las mesas del salón cuentan con un mantel grande y diferente, que, además, cae hasta el suelo —le dijo Bruno susurrándole en el oído.

Se dirigieron a la mesa señalada por Michelangelo, al fondo del salón; estaba lo suficientemente lejos del ensordecedor ruido que había en el centro del comedor. Como pudieron ver, había comerciantes, buhoneros, algunos burgueses de paso por la zona, caballeros de armas, dada la categoría de sus insignias, y una mesa con autoridades eclesiásticas de cierta relevancia, entre las que se hallaba un inquisidor, que se distinguía del resto de la mesa por el cordón verde y el enorme crucifijo de plata que mostraba desafiante en su pecho. Era un albergo de renombre en la zona, cuya clientela tenía un cierto nivel social.

En el momento de tomar asiento, Bruno advirtió que a la ocupante de la mesa contigua se le había caído un guante al suelo —estaba ensimismada en la lectura de un libro, y no se percató de ello—, y él, como caballero, no tardó en agacharse para recogerlo y entregárselo.

—Tomad, señorita, se os ha caído.

—Muchas gracias, caballero —respondió tímidamente aquella joven, sin apenas alzar su mirada.

Mientras aguardaban la llegada del cochero, y también los manjares de la cena, Bruno, que había procurado colocarse enfrente mismo de aquella joven, no dejaba de observarla discretamente; ella seguía absorta de todo cuanto sucedía en su entorno, concentrada en la lectura de un libro junto a la luz que reflejaba una tímida vela, mientras tomaba lentamente una cucharada de la sopa que le habían servido. Mauro se incorporó poco después a la mesa.

—¿No os ha llamado la atención la joven que está sentada en la mesa de enfrente? —dijo Mauro con discreción, en voz baja.

—No pienso en otra cosa —musitó enseguida Bruno, sin dejar de observarla—, aunque me cuesta ser discreto para no molestar su privacidad.

—Debe tratarse de una exquisita dama, porque, aunque no vista ropas de seda especialmente llamativas, su elegancia y gestos denotan que pertenece a una distinguida familia —añadió calladamente Angiolo.

En aquel momento la joven dejó de leer, y al cerrar el libro pudo verse el título de la obra, cuya portada trató de ocultar de inmediato con los guantes.

Al instante, los tres se quedaron mirando, sin parpadear, y en el más absoluto silencio... Seguidamente, Bruno, mirando con disimulo a la joven, para no intimidarla, decidió hablar.

—¿Os habéis dado cuenta del libro que está leyendo esta mujer? Me ha parecido ver una obra escrita en alemán.

Angiolo y Mauro solo advirtieron que se trataba de un extraño libro, aunque no comprendieron el título de su portada, pero, por el comportamiento de la joven y la reacción de Bruno, advirtieron que debía ser un libro censurado por la Iglesia; el comportamiento de la joven, tratando de ocultar la obra, lo confirmó.

—Pero por favor, Bruno, estamos impacientes por desvelar la naturaleza de ese libro. ¿Conoces tú algo que puedas decirnos? —exclamaron estos en voz baja.

—¡Sí! Se trata de la Biblia de Lutero, la obra cumbre del más célebre de los teólogos protestantes —susurró con el mayor asombro—. ¿Pero cómo es posible que un libro tan especial, prohibido y tan perseguido por la Iglesia católica se encuentre en manos de esta mujer? —comentó en voz baja, mirando de reojo a la joven—. Además, demuestra una gran valentía, conociendo la naturaleza de algunos de los comensales que se encuentran en estos momentos en el salón.

Los tres quedaron atónitos ante lo sucedido. Durante unos minutos no lograban intercambiar ni una palabra, y sus miradas, aunque disimuladamente, no se apartaban de la joven. De pronto, ella se levantó de la mesa, porque había terminado su cena, y se despidió amablemente de ellos con una cortés y breve sonrisa.

Tardaron unos minutos en reaccionar. Después, rompiendo aquel profundo silencio, Bruno se dirigió a sus compañeros de mesa.

—Aguardad un momento, voy a hablar con Michelangelo.

Se levantó y se dirigió de prisa al mostrador para hablar con el propietario del albergó, que estaba en aquellos momentos sirviendo unas jarras de vino caliente en unas mesas próximas.

—Michelangelo, ¿tienes un momento?

—Sí, acabo de servir a unos clientes y vuelvo enseguida —respondió. Unos segundos más tarde, Michelangelo regresó y preguntó—: Dime, Bruno, ¿qué deseas?

—Estoy interesado en conocer la identidad de la joven que se hallaba cenando en la mesa contigua a la nuestra y que hace un momento se ha retirado.

Michelangelo dejó las bandejas que llevaba sobre el mostrador.

—Poco sé de esa mujer, solo que es alemana —respondió—. Hace unos días que llegó al albergó, y sus modales son muy exquisitos. Debe haber tenido una ejemplar educación.

—Sí, eso mismo pienso yo —manifestó Bruno—. ¿Pero conoces su identidad?

—Se ha registrado con el nombre de Margarethe Baum. Viaja con una señora mayor, que debe ser su dama de compañía, y curiosamente la alcoba de ambas es contigua a la vuestra —informó Michelangelo.

—Gracias por la información —le dijo amablemente Bruno.

Enseguida, este se reunió con sus compañeros, y Michelangelo se aproximó a la

mesa para decirles algo:

—Quiero decirles que la celebración de la jornada de Difuntos, el día dos de noviembre, tendrá lugar el lunes, al ser mañana domingo. Lamento que no estéis aquí para entonces, porque todo el pueblo va en romería al santuario de Nuestra Señora de Lares, y yo aprovecharé para visitar la tumba de mi madre, enterrada en el jardín que precede a la ermita, a la sombra de un esbelto alerce, donde ella quiso ser enterrada.

Mauro no tardó en dirigir una mirada de complicidad a sus compañeros, y estos, sin pronunciar una palabra, entendieron el mensaje.

—Estaremos el lunes, y os acompañaremos al santuario —respondió Angiolo, recibiendo la gratitud de Bruno, con la plena felicidad en el rostro de Mauro.

—Bien. Es la jornada más importante de Bolbeno, y aquel santuario el lugar más sagrado de nuestra población —les comentó Michelangelo con agradecimiento mientras se ausentaba de la mesa.

—Muchas gracias, es un gesto que os tendré bien presente —exclamó Mauro—. Así aprovecharé para despedirme de mi querida tía Luisa, colocándole unas flores en su tumba. ¡Que en paz descanse su alma!

Pero Bruno seguía pensando en aquella dulce y misteriosa joven. Después de la cena, los tres no tardaron en retirarse a sus correspondientes aposentos.

Aquella misma noche, cuando todo el mundo descansaba y el silencio imperaba en el interior de la hospedería, se produjo en el pasillo un encuentro de varias personas; el temblor en el ambiente producido por las pisadas de botas llamó la atención de Bruno, que, absorto en sus pensamientos, aún no había conciliado el sueño. Al oír el rumor procedente del exterior de su alcoba, se incorporó de la cama y, con todo sigilo, descalzo para no producir ningún ruido, puso su oído detrás de la puerta para tratar de comprender los comentarios que, en lengua alemana, idioma que él conocía muy bien, se estaban produciendo.

—¡No veo bien lo que vais a hacer! —exclamó una voz de mujer.

—Margarethe, es necesario intervenir ya —respondió uno de los allí presentes.

«¡Margarethe! ¿Será la joven que estaba en la mesa contigua en el comedor?», se preguntó Bruno. Sigilosamente entreabrió la puerta en la oscuridad y por la ranura, procurando evitar el sonido de las bisagras, Bruno quedó con los oídos puestos en el escaso hueco. No tardó en comprobar que se trataba de la misma joven gracias a la plomiza luz de un candil de aceite que iluminaba su rostro, portado por uno de los tres hombres que habían irrumpido el silencio de la noche.

Después de unos airados forcejeos verbales, Bruno logró identificar la voz de Margarethe.

—¡No contéis conmigo! —respondió con autoridad la joven, mientras los visitantes, hombres armados y vestidos de negro, se marchaban escaleras abajo, sin disimular unos gestos de contrariedad.

Tras retirarse la mujer a su alcoba, Bruno cerró con sigilo la puerta de su aposento y se tumbó en el lecho, aunque, pensando en el extraño encuentro que tuvo lugar en el pasillo y en cuál sería la identidad de aquella extraña joven, no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente de aquel fresco domingo de otoño, durante el desayuno en el albergo, Bruno decidió ausentarse de sus dos compañeros de viaje.

—Disculpad, amigos, pero quiero estar un rato solo en los jardines que desde la ventana de mi alcoba he visto que tiene el albergo. Descansaré en un banco y terminaré de leer un libro que me he traído. Nos veremos a la hora de la comida, si os parece bien.

—De acuerdo. Yo daré una vuelta por el pueblo, para recordar los lugares que ya había visitado en otras ocasiones —dijo Mauro.

—Subiré un momento a la habitación y después haré una visita a los prados cercanos al pueblo —dijo el jardinero—. Al llegar ayer, aunque de noche, pude admirar algunas especies interesantes de árboles y plantas de montaña, que ahora, de día, podré ver mejor, y recogeré algunas hojas y frutos. ¡Ah!, y miraré a ver si encuentro la caléndula y la bardana, que recomendó muy especialmente el doctor Pietro Andrea —musitó.

Mauro estaba a punto de salir del albergo, cuando Michelangelo le llamó:

—Ha sucedido algo terrible.

—¿De qué se trata, primo?

—Esta mañana la puerta principal ha aparecido forzada y la cerradura rota. Además, Agenore, el criado que hace la vigilancia nocturna, no está; se han examinado minuciosamente todas las habitaciones del albergo.

—Es posible que se haya puesto enfermo, y esté en casa reposando.

—No, Mauro. Yo personalmente he ido a su casa, y sus padres tampoco saben nada de él. Están muy preocupados porque es el único hijo que tienen, y ya son mayores. Es un joven responsable, no había faltado nunca a su trabajo hasta ahora —comentó Michelangelo con voz rota y sin poder evitar un gran nerviosismo en sus gestos.

—Es preocupante lo que me dices, primo, pero no interesa que cunda el pánico entre las gentes del pueblo, y menos con los huéspedes del albergo —aconsejó Mauro.

—Es cierto. Vamos a tratar de aclarar este asunto lo más rápida y discretamente posible.

Seguidamente, Bruno, ignorante de lo que había sucedido con el criado dentro de la hospedería, y con el libro bajo el brazo, se dirigió a los jardines, que se hallaban en la zona próxima al río. Se sentó en un banco de madera, bajo las ramas de un sauce, y, con el rumor del agua cayendo en una pequeña cascada, se dispuso a alejarse del

mundo, ensimismado en la lectura de uno de sus libros favoritos. Se trataba de *Conclusiones filosóficas, cabalísticas y teológicas*, obra cumbre de Giovanni Pico della Mirandola y un libro prohibido por la Iglesia. En aquel momento, dentro de la mayor abstracción, pasó delante de él Margarethe, que dejó en el aire un suave y fresco aroma a flor de canela. Ella no pudo evitar ver la portada del libro que leía aquel hombre, pero siguió pausadamente hacia el banco siguiente, con otra obra en sus manos. Bruno dejó un momento la lectura, atraído por los efluvios del perfume que flotaba en el ambiente, y, al levantar la cabeza, advirtió la presencia de la joven en el banco contiguo al suyo. Entonces dejó de concentrarse en la lectura, porque en su mente ya había otro interés.

Al rato, tras decidir en un forcejeo interno sobre lo que iba a hacer, y con los nervios de un niño que va al colegio en su primer día de clase, cerró el libro y se dirigió a conversar con la dama...

XIX. Encuentro en el jardín

Bruno no dudó en aproximarse al banco en que se hallaba la joven absorta en la lectura de *El catecismo menor* —libro también prohibido y escrito en lengua alemana—, circunstancia que aumentó más la curiosidad de Bruno.

—¡Perdone señora! —exclamó Bruno—. Desde que la vi anoche en el comedor no he podido evitar interesarme por usted.

—¡Ah! Sí, le recuerdo. Fue usted quien amablemente recogió el guante que se me cayó en el salón —repuso cortésmente aquella joven.

—Buenos días. Me llamo Bruno Baschenis, vivo en Trento y me dedico a la restauración de obras de arte —se presentó, al tiempo que extendía delicadamente su mano hacia ella.

Era una joven de treinta y pocos años, elegantemente vestida, aunque sencilla, y muy refinada en sus modales, pues se notaba que procedía de una familia distinguida. Su atuendo así lo confirmaba: vestido azul oscuro, pañuelo celeste que le cubría el cuello, rebeca blanca y adorno en forma de cenefa con encajes en el pecho; un gorro de lana, a juego con el vestido, le cubría la parte superior de la cabeza. Y ella no tardó en responder, mientras se levantaba del banco.

—Buenos días, señor. Soy Margarethe Baum, resido en Sajonia y he venido acompañada de Clotilde, mi ama de compañía, que ahora se encuentra en la habitación descansando. Es mayor y padece reuma, y con estos fríos su enfermedad se hace insoportable. Nos encontramos en el principado de Trento en viaje hacia Rovereto, donde he de reunirme con unos familiares. ¡Ah! Y no soy señora, sino señorita.

—He observado que os gusta la lectura —dijo Bruno.

—Considero que la lectura es una de las tres formas de ilustrarse, junto con viajar y conversar —comentó Margarethe con una suave sonrisa.

—Y más aún si se trata de libros que transmiten unos conocimientos profundos sobre la naturaleza, el firmamento y el ser humano —añadió Bruno—. ¡Vaya! Veo que lleváis *El catecismo menor*, escrito en alemán. ¿No es una publicación prohibida? —preguntó con sorna Bruno, mirándola con dulzura a los ojos.

La joven se quedó perpleja. Y, analizando la portada del libro que leía Bruno, obra que no pasó desapercibida a los ojos de Margarethe cuando llegó al jardín y lo vio de reojo, se atrevió a responder:

—Por lo que veo, vos también os interesáis por los libros prohibidos y condenados por la Iglesia católica.

—Siempre he tenido una admiración por Pico della Mirandola. Esta obra suya condensa, en novecientas tesis, que la filosofía universal, por encima de los intereses religiosos y sociales, tiene una concordia, desde Hermes Trimegisto a la cábala judía,

pasando por Aristóteles, Platón, Averroes y Tomás de Aquino. Esta lectura me evade del mundo, y procuro aislarme del resto y en absoluto silencio para comprender mejor los contenidos de estas obras. Por eso, un lugar tan agradable como este en el que nos encontramos invita a aislarse con uno mismo, en la más estricta soledad y silencio, únicamente con la compañía de un buen libro —dijo Bruno.

Margarethe no salía de su asombro al oír aquellas palabras de Bruno, y contemplando a este con respeto, pero también un tanto pícaramente, manifestó:

—Sí. Conozco bien el legado de Pico della Mirandola. Mi padre me habló en varias ocasiones de este autor que estudió en Bolonia y otras ciudades italianas y en la capital de Francia, y murió con solo treinta y un años, envenenado por los exploradores de la Inquisición. Hace tiempo leí uno de sus doce libros dedicado a la astrología.

Bruno, sin dejar de observarla un momento y con los ojos clavados en el rostro de ella, no podía imaginarse la gran cultura de aquella joven; estaba conversando con él a su mismo nivel, lo cual no era muy habitual. También quedó sorprendido ante la elevada formación de aquella enigmática mujer, que hablaba con soltura italiano y leía alemán, y, lo más asombroso, prefería los libros prohibidos...

—Hacía mucho tiempo que no mantenía una conversación sobre estos temas con otra persona, y menos con una mujer... —manifestó tras unos instantes con infinita admiración y sin dejar de mirarla—. Su padre deberá estar orgulloso de usted.

Al oír estas últimas palabras, la joven quedó un tanto cabizbaja, y en su rostro se marcó una profunda tristeza, al tiempo que sus ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces, Bruno, gentilmente, le ofreció su pañuelo.

—Gracias —musitó.

—Mi padre murió hace diecinueve años —confesó Margarethe una vez se secó las lágrimas y algo más repuesta— y mi madre, trece. También han fallecido mis cinco hermanos a causa de las terribles epidemias que, en las últimas décadas, han azotado los territorios de Sajonia. Mi única familia, aunque un tanto lejana, se encuentra en Rovereto, a donde voy a reunirme con ellos durante unos días, y después regresaré a Sajonia.

—Lo lamento mucho —dijo Bruno con contrariedad en su rostro.

A pesar del frío de aquella mañana de otoño, ambos permanecieron en silencio, sin dejar de mirarse con afecto y una cierta complicidad. Sin darse cuenta, los dos se fueron aproximando, atraídos por una afinidad de ideas y también por una cierta atracción que sus ojos delataban. Bruno, tomándola del brazo con ternura, la invitó a sentarse, para proseguir aquella interesante conversación.

—Margarethe —manifestó él—, esa obra que tiene en sus manos, *El catecismo menor*, es de Lutero, y, como todos los libros que ese teólogo alemán escribió, fue prohibido por la Inquisición. Recuerdo que no tardaría en ser catalogado como un

libro herético, al estar relacionado con el mundo de la brujería y hechicería. ¿Cómo es que tenéis un ejemplar en vuestras manos?

Al oír el nombre del autor del libro, la joven volvió a quedar impávida, y un tanto nerviosa, al ver que Bruno conocía bien la obra de ese conocido autor alemán, creador del luteranismo y uno de los padres de la Reforma de la Iglesia, quien se atrevió a desafiar al Papa y promulgar unas bulas. Margarethe quedó extrañada.

—Esta obra la escribió Lutero pensando en la gente sencilla —dijo ella al fin—. En cambio, *El catecismo mayor* lo concibió para los pastores de la Iglesia; para la Iglesia que concibió este teólogo, claro está.

—Sí, debemos reconocer que la Iglesia católica salió reforzada, estabilizada y jerarquizada tras el Concilio de Trento, en torno a su cabeza: el pontífice, frente a los protestantes y también a los ortodoxos griegos. Además, ha sabido integrar armoniosamente el pasado con el presente —expuso Bruno.

—Estoy de acuerdo, pero, a mi juicio, no ha sabido asimilar nuevos retos, como las transformaciones sociales y económicas... —expuso Margarethe.

Bruno no salía de su asombro al ver la formación de aquella mujer, que conocía aspectos tan profundos de la Reforma protestante, y era consciente igualmente de los pilares de la Iglesia católica y sus defectos.

—¿Y cómo ve el asunto de la controversia? —preguntó Bruno.

—Bueno, tanto la Iglesia católica como los protestantes cometen el error de entrar en una lucha que no beneficia a nadie, y las discusiones se prolongan. Para las altas esferas de la Iglesia, los protestantes son hijos de las sombras y mensajeros del diablo —dijo la joven sin titubear.

—Veo que conoce bien las normas que impone Roberto Belarmino, basadas en armar a los soldados de la Iglesia para la paz contra el poder de las tinieblas... —repuso Bruno.

Margarethe también estaba asombrada por los temas que iban desarrollándose en aquella conversación. De pronto, un tanto nerviosa, cambió de tema.

—Veo que habla usted muy bien el alemán. ¿Dónde lo ha aprendido? —preguntó.

—Mi madre era de Schaffhausen, cerca de las cascadas del Rhin, y me enseñó esta lengua.

—¿Era? ¿Es que ya no vive? —se interesó la joven.

—No, y tampoco mi padre. Pero son muchos y agradables los recuerdos que tengo de ambos. Mi padre me enseñó a hacerme un hombre útil para la sociedad; sus lecciones de arte fueron mis pilares en una formación que hoy me enorgullezco de tener. Y mi madre, una mujer sencilla y respetada por toda la comunidad, me enseñó a respetar los valores y los principios de la vida.

—Lamento que ya no vivan. ¿Cómo fallecieron? —seguía interesándose Margarethe.

—No he podido saber cuándo ni cómo fallecieron, porque murieron en extrañas circunstancias, hace ya algunos años. Precisamente en este viaje quiero aclarar algunas dudas, después de mucho tiempo sin venir por Val Rendena —respondió Bruno, con cierta tristeza en su rostro.

—Por lo que veo, los dos tenemos muchas cosas en común, como el hecho de ser huérfanos —añadió la joven mirando con cariño a Bruno.

Solo los crujidos de las ramas más altas de los árboles, meciéndose por la fuerza del viento, rompieron aquel mágico instante de silencio, pero ellos no dejaban de mirarse tiernamente. Se habían acomodado en el banco de madera del jardín, y ambos parecían estar absortos y ajenos al resto del mundo, mientras sus miradas se iban cruzando; parecía que se conocían desde hacía una eternidad... Bruno se giró hacia el arbusto de camelias rojas, y con delicadeza cortó una flor para dársela a Margarethe, después de haber besado sus pétalos.

—No he dejado de pensar en ti desde que te vi anoche en el salón —se atrevió a decirle.

La joven, sonrojada, la recibió con cariño y la cogió tiernamente entre sus manos. Seguidamente, Bruno no dudó en abrazarla, siendo correspondido. Luego, un tanto tembloroso, acercó su mano al rostro de la joven, se detuvo a la altura de sus labios y luego prosiguió con las yemas de sus dedos haciéndole una prolongada caricia. Había transcurrido gran parte de la mañana, aunque el tiempo pasó sin darse cuenta para ambos; los dos se hallaban tan ensimismados que no notaron la llovizna que comenzaba a caer. Las palabras habían dejado paso a los sentidos...

XX. El robo del icono

Aquella pertinaz lluvia provocó finalmente la separación de los jóvenes. Poco antes de correr hacia la entrada trasera del albergo, Bruno, tomando con el mayor cariño la mano de Margarethe, la besó, y sin dejar de mirarla tiernamente se despidieron del lugar. Bruno prometió volver a verla. Seguidamente, cada uno tomó un camino distinto hacia la puerta del albergo, para no despertar sospechas.

Al regresar al interior de la hospedería, Bruno subió de prisa a su aposento para refrescarse la cara y guardar celosamente el libro, pues nadie debía saber que lo tenía. Después bajó al salón, donde ya le esperaban Angiolo y Mauro sentados en la misma mesa de la noche anterior, a pocos palmos de la gran chimenea y disfrutando con una jarra de vino tinto caliente.

—¿Cómo os ha ido la visita a Bolbeno? —preguntó Bruno.

—Realmente todo sigue igual —respondió Mauro—. Me acordaba de los rincones del pueblo, de las tiendas, de las casas, de algunos de sus artesanos... Me siento muy a gusto aquí.

—Yo he recorrido algunos parques y he contemplado especies de árboles de gran interés botánico, algunas de las cuales me gustaría adaptarlas en los jardines de Trento —comentó Angiolo—. ¿Y a ti, cómo te ha ido la mañana?

—No he salido del albergo; he estado leyendo en el jardín —respondió Bruno, aunque su mente estaba en otro lugar, en aquel encuentro con la misteriosa dama que no quiso revelar a sus compañeros.

—Señores, veo que habéis ocupado la misma mesa —dijo Michelangelo mientras ordenaba a unos mozos de cocina que atendieran otras mesas próximas a la barra—. Está bien, este es, sin duda, el rincón más confortable del salón. Voy a ofrecer os el plato tradicional de Bolbeno.

—Excelente —dijo Mauro—. Os va a gustar, y más un día tan frío como hoy.

—¿Cuál es el plato tradicional de esta población? —preguntó con interés Angiolo.

—Las albóndigas —afirmó sin dudar Mauro—. Aquí es donde mejor las preparan de todo el principado. Veo que mis primos han mantenido el legado de mi tía Luisa. Sus ingredientes son pan rallado, queso parmesano, mantequilla, huevos, hierbas silvestres, perejil, pasas, ajo, sal y pimienta; todo ello preparado formando una pasta que, en pequeñas porciones, es delicadamente envuelta dentro de hojas de vid, como es costumbre.

—Estamos deseando probarlas —respondieron al unísono Angiolo y Bruno.

Michelangelo, después de haber extendido el mantel sobre la mesa, ordenó que les llevaran una bandeja repleta de albóndigas, además de una cesta con pan de centeno.

—¿No ha bajado a comer la joven que ocupó esta mesa anoche? —preguntó Bruno por lo bajo al mesonero una vez que este terminó de servir.

—No. Me ha avisado para que les sirvamos la comida a ella y a su dama de compañía en su aposento.

«Pues era verdad —pensó Bruno—. La dama de compañía, que es mayor, no se encontraba bien».

Más tarde, cuando degustaban los postres, una bandeja de uvas y manzanas, se abrió la puerta y un hombre exaltado entró en el salón.

—¡Han robado el icono! ¡Han robado el icono! —gritó el desconocido.

Todos los allí presentes quedaron paralizados. Michelangelo dejó rápidamente las bandejas que llevaba en la mano sobre la barra y corrió hacia el exaltado.

—¿Pero cómo ha sido? —le preguntó.

—No se sabe nada, solo que no está en el santuario. ¡Alguien lo robó anoche! —exclamó aquel hombre, con el rostro desencajado.

—¿De qué icono se trata? —preguntó con interés Angiolo.

—Es nuestra más preciada obra de arte, que confirma la condición de milagrosa de nuestra virgen, la *madonna* de Lares —musitó Michelangelo—. Es una imagen pequeña y de color moreno, a cuyo santuario iremos mañana de romería. Pero hemos de acercarnos ahora mismo a la ermita para informarnos más sobre lo sucedido.

—¿Tendrá este robo alguna relación con lo sucedido anoche en la puerta de entrada al albergue y la extraña desaparición del vigilante? —preguntó ansiosamente y con preocupación Mauro a su primo.

—Es probable —comentó Michelangelo tras quedarse pensativo unos instantes—. Pero hemos de aclarar lo sucedido. La familia de Agenore se encuentra sumida en una profunda pena.

Bruno, al oír la conversación, recordó las palabras que escuchó la noche anterior en el pasillo exterior de su alcoba. Y luego se preguntó para sí, con la mayor preocupación: «¿Tendrán alguna relación estos acontecimientos? ¿Margarethe puede estar vinculada?».

—Tengo que dejar a una persona al frente del albergue para poder ausentarme e ir al santuario ahora mismo —decidió al instante Michelangelo, dirigiéndose a su primo Mauro—. He de averiguar todo lo posible sobre este robo.

—Yo voy contigo —respondió el cochero.

—También yo os acompaño, para tratar de ayudar a resolver este grave percance —se sumó Angiolo.

—Lamento deciros que prefiero ir a mi aposento, porque siento un fuerte dolor de cabeza; he debido coger frío esta mañana —se excusó Bruno.

Las intenciones de Bruno eran realmente otras...

—Gracias a todos. No deberíamos tardar en salir. El santuario se encuentra a una

hora de distancia de aquí, sobre una colina en dirección suroeste, y el último trecho del sendero, el de mayor pendiente, será difícil de recorrer porque estará lleno de barro a causa de las últimas lluvias —argumentó Michelangelo.

Una vez ausentados del albergó, junto con una gran multitud ciudadana, Michelangelo, Mauro y Angiolo se dirigieron hacia el santuario de Nuestra Señora de Lares. Mientras tanto, Bruno no se lo pensó dos veces y se apresuró a subir los tramos de la escalera con grandes zancadas, hasta alcanzar la alcoba de Margarethe, donde no tardó en golpear con los nudillos intensamente la puerta.

—¡Margarethe!, ¡Margarethe! Salid un momento, por favor. Soy Bruno.

La joven, al sentir el nombre de Bruno, quedó un tanto extrañada. No tardó en abrirle.

—¿Qué deseas? ¿Por qué vienes tan exaltado?

—Tengo que hablar contigo de inmediato, pero no aquí.

—Mi dama de compañía se encuentra en cama, un poco indispuesta y reposando, después de haberse tomado una sopa caliente.

—Lo lamento. Pero desearía que nos reuniéramos en el jardín, en el mismo lugar de esta mañana, porque se han producido varios asuntos que requieren nuestro encuentro —exclamó Bruno, un tanto indignado.

—De acuerdo, no tardaré en reunirme contigo en la pérgola del jardín. Déjame unos instantes y enseguida salgo.

Bruno salió apresuradamente del pasillo de la escalera, para descender al salón y luego dirigirse al jardín, en cuya glorieta esperó a Margarethe.

Margarethe, al ver que Bruno la esperaba en el jardín, se arregló lo más rápidamente posible, para agradecerle. Se cepilló el pelo con un peine de púas y se echó unas gotas de aquel perfume de aroma a canela. Su corazón latía con fuerza, ansiosa por encontrarse con aquel hombre.

La joven, envuelta en un abrigo de lana azul oscuro, porque la temperatura había bajado de golpe, apareció con paso ligero y un tanto nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cierta preocupación Margarethe, mientras observaba a Bruno inquieto, recorriendo sin parar el interior de aquella pérgola de un extremo a otro. «Al aproximarse a mí, esta voz varonil me ha hecho estremecer y me ha erizado la piel», pensó la joven.

Bruno tardó unos instantes en responderle; en su cabeza no cabía ninguna probabilidad de relación entre tales acontecimientos, pero, por encima de sus sentimientos, debía asegurarse.

—Se ha producido el robo de un icono —comenzó—, la pieza más querida por todo el pueblo, en el santuario de la montaña. Además, el criado que hace la vigilancia nocturna ha desaparecido, y la puerta del albergó está forzada y rota su cerradura ¿Podrías decirme algo de todo esto? —preguntó Bruno un tanto airado,

cogiéndola del brazo.

Margarethe, completamente extrañada, no esperaba aquellas preocupantes noticias, y menos aún la pregunta de Bruno. Su mente quedó confusa, sin saber qué decir ni responder.

—Anoche no pude evitar oír la conversación que mantuviste con tres hombres en el pasillo —dijo exaltado Bruno, al tiempo que mostraba una notable indignación.

Margarethe agachó la cabeza, sin poder exclamar palabra alguna, y se puso a llorar amargamente.

Bruno, al verla en esas condiciones, sintió compasión y ternura por la joven, y cogiéndole la mano la invitó a que se sentara en el banco próximo. Seguidamente, le facilitó de nuevo un pañuelo para secarse las lágrimas que resbalaban por su rostro.

—Gracias —exclamó Margarethe, algo más tranquila—. Yo no he tenido nada que ver en este robo, ni tampoco con la desaparición del vigilante. Intuyo que esos hombres están detrás de todo esto.

—¿Pero quiénes son esos miserables? ¿Por qué hablaron contigo a esas intempestivas horas de la noche? —preguntó con coraje Bruno.

—Son lansquenetes, hombres sin escrúpulos, asesinos a sueldo que trabajan como mercenarios para el conde del Tirol, quien no duda en contratar partidas de delincuentes para ampliar sus posesiones y también desestabilizar, a cualquier precio, el principado de Trento —respondió la joven.

Bruno quedó perplejo, y, sin dejar de recorrer el lugar en torno a la joven, su cabeza no paraba de pensar. «Podrían estar en estos grupos los autores del asesinato del capitán que le enviaron su cabeza al cardenal. He de informar de inmediato a su eminencia..., quien supongo ya habrá llegado a Trento».

Después, Bruno prosiguió aquella especie de interrogatorio.

—¿Y qué relación tienes tú con esos hombres?

La joven quedó sin habla unos interminables momentos. Después, balbuceando y con palabras entrecortadas, decidió confesarle su verdadera identidad.

—Bruno, mi nombre es Margarethe Lutero, hija de Martín Lutero y de Catalina de Bora, única superviviente de la descendencia del gran reformador de la Iglesia. Estos hombres, conocedores de mi identidad, y, al mismo tiempo, de los escasos protectores que me quedan, me han seguido desde Sajonia, y querían obligarme a que les secundara en su acción del robo de esa pieza cristiana. De no hacerlo, me amenazaron con delatarme a los esbirros del Santo Oficio de la Iglesia de Roma. Y yo, como bien oísteis anoche, preferí no secundarles, porque aprendí de mi padre que lo más importante en la vida es el honor y los valores. No hay nada peor que una persona sin ideales y sin bandera.

Bruno se estremeció; su rostro quedó ensimismado, sin dar crédito a las palabras de Margarethe, pues tenía delante nada más y nada menos que a la hija de su más fiel

referente religioso, Martín Lutero, padre de la Reforma de la Iglesia, un hombre valiente que desafió al Papa y al mismísimo emperador Carlos V.

—Es posible que detrás del robo y de la desaparición del vigilante nocturno del albergó se encuentren estos hombres que irrumpieron anoche en la puerta de mi alcoba. Ahora recuerdo que, antes de salir de Sajonia, me dijeron que en un lugar del principado de Trento había un icono relacionado con una *madonna*, en cuya madera había grabadas frases comprometedoras para la Iglesia; y por tanto, la búsqueda de esta figura es tan valiosa tanto para los intereses de la Reforma como para el Santo Oficio.

Bruno quedó perplejo al oír aquellas palabras de la joven, y sintió grandes deseos de informar al cardenal, dada la gravedad del tema. Después de un instante, no dudó en abrazarla con amor.

—Querida Margarethe, tienes en mí un protector —dijo Bruno mirándola con ternura a los ojos—. No dudes de mi confianza, siempre he creído en tu inocencia. También tengo yo un secreto que confesarte: a pesar de servir al cardenal Madruzzo, máxima autoridad en el principado de Trento, como responsable de los trabajos de restauración de los palacios tridentinos, a nivel personal me siento luterano. Esto no lo sabe nadie, ni siquiera mi mejor amigo, Angiolo, que me acompaña en este viaje, y menos aún el mismo cardenal.

La joven se abrazó a Bruno con mayor fuerza y sentimiento, con los ojos llenos de lágrimas y con profunda emoción. Este, para quitarle hierro al escabroso asunto, dijo:

—Conozco algunas frases de tu padre, entre las cuales quiero recordar: «El pensamiento está libre de impuestos», «La superstición, la idolatría y la hipocresía cuentan con grandes salarios, la verdad es mendiga»...

—Sí, y aunque era pequeña, recuerdo que no se cansaba de decirme que siempre dijese lo que sintiese e hiciese lo que pensase —repuso Margarethe. Se produjo un corto silencio, y la joven prosiguió—: Mi padre vivió y murió por una causa; para él, todo cuanto se hace en el mundo está motivado por una esperanza... Y a pesar de cuánto sufrió en este mundo, no dejó nunca de ser una persona optimista. Recuerdo que me dijo en una ocasión: «Aunque el final del mundo sea mañana, hoy plantaré manzanos en mi huerto»...

Se produjeron unos momentos de silencio; los ojos de ambos delataban una profunda complicidad, manifiesta tanto a nivel sentimental como ideológico.

—Lutero odiaba a los mentirosos y a los hipócritas —habló Bruno—, pero también la barbarie humana. Recuerdo que, estando en la universidad de Wittenberg, dijo públicamente: «La guerra es la más grande plaga que azota a la humanidad; destruye la religión, destruye naciones, destruye familias. Es el peor de los males».

—Veo que conoces bien la vida de mi admirado y querido padre, condenado y

excomulgado como hereje hace muchos años por el pontífice León X por sus ideas y sólidas convicciones religiosas —repuso con pesar Margarethe.

—Tu padre, querida Margarethe, era un hombre valiente. Nadie hasta que lo hizo él había desafiado con tanto ardor la Iglesia de Roma. Aquella bula condenatoria la quemó Lutero públicamente, y después, con el apoyo del elector de Sajonia, permaneció escondido un tiempo. Tampoco tuvo miedo al defender la doctrina del sacerdocio universal, negar la existencia del purgatorio, la necesidad de que los clérigos permanecieran célibes y la admisión del bautismo y la comunión como únicos sacramentos —comentó con especial énfasis Bruno.

—La verdad, querido Bruno, no dejo de asombrarme. ¡Conoces tan bien la vida de mi progenitor! —exclamó la joven, mirando con la mayor dulzura a aquel hombre que, de repente, se había presentado en su vida. Se estaba enamorando.

El sol ya acariciaba el ocaso y las sombras de la tarde cubrían de negros y grises los macizos del jardín, mientras un cielo con gruesas nubes impedía mostrar las estrellas en el firmamento; pero ellos ya estaban fuera de este mundo, dejándose llevar por los sentimientos, con sus miradas mutuas de cariño y unidos en un fuerte abrazo.

—Margarethe, quiero confesarte algo más: gracias al legado cultural, teológico y espiritual de tu padre, me siento orgulloso de compartir sus mismas ideas, situación que, como puedes suponer, he tenido que mantener con total secretismo en la ciudad de Trento y en este principado. Y mi interés por el arte se lo debo a mi padre, Simone Baschenis, el artífice de las singulares obras pictóricas de las iglesias de Val Rendena, relacionadas con la danza macabra. —Margarethe seguía extasiada escuchando a Bruno. Luego, él prosiguió—: Ahora, lo más importante es mantener tu verdadera identidad lo más secreta posible, puesto que tu seguridad corre un gravísimo peligro, como bien sabes. Puedes contar con mi discreción y apoyo en todo cuanto esté a mi alcance. Ha sido la mayor felicidad de mi vida conocerte y ver en tus hermosos ojos la mirada de profundidad y sinceridad de tu amado padre.

—Gracias por tu amable y sincera comprensión —susurró entre sollozos Margarethe.

—Es preciso localizar a los malhechores antes de que estos te relacionen con el robo del icono y también con la desaparición del vigilante —impuso Bruno—. De momento, te aconsejo que te encierres en tu aposento y que, bajo ningún concepto, hables con nadie. Ni siquiera le digas lo más mínimo de esta reunión a tu dama de compañía.

—De acuerdo, así lo haré —aprobó la joven con los nervios a flor de piel.

Bruno, dejándose llevar por sus más nobles sentimientos, abrazó a Margarethe con cariño, elevó su barbilla y besó sus labios con pasión. Ella le correspondió con la misma fuerza y sentimiento.

Después, la joven, con las mejillas encendidas, se desprendió de los brazos de Bruno, y se dirigió deprisa al interior del albergó.

Bruno quedó unos instantes mirando fijamente cómo se alejaba la muchacha, ajeno a la lluvia que desde hacía rato le estaba cayendo, aunque un sombrero de piel y el abrigo le protegían de la humedad. Sentía en lo más profundo de su ser la fuerza de aquel beso que le había dejado sus labios con sabor a miel, pues hacía mucho tiempo que no había vivido un sentimiento tan especial. Después, una vez de vuelta a la realidad, comenzó a reflexionar ante la gravedad del problema que emanaba de aquel lugar. Por un lado, deseaba acercarse al santuario, donde se encontraban sus compañeros y gran parte de los habitantes del pueblo, pero por otro era consciente de que su puesto estaba en la hospedería, protegiendo a la hija de Lutero e intentando aclarar la desaparición del vigilante.

Aquella tarde se hizo interminable. Después de que todos los huéspedes se retiraran a sus respectivas alcobas, Bruno prefirió quedarse en el salón, esperando noticias. Después de largas horas, el sueño y los pensamientos sobre Margarethe le habían vencido y se quedó dormido sobre una mesa. De golpe, dos sirvientes le despertaron a gritos.

—¡Señor!, ¡señor! ¡Hemos encontrado a Agenore! —exclamaron llorando.

—¿Cómo? ¿Dónde se encuentra? —preguntó Bruno sobresaltado mientras se ponía de pie, con preocupación y sin apenas poder abrir los ojos.

—¡Ha sido asesinado! Hemos encontrado su cuerpo en las bodegas subterráneas, flotando en el lagar de la barrica más antigua. Alguien, después de matarle, lo ha escondido en ese lugar, muy difícil de encontrar.

—¡Llevadme al sitio! —imperó Bruno—. Y no alertéis a los huéspedes. Este asunto no es nada bueno para el prestigio del albergó.

El joven Agenore había sido degollado. Su cuerpo apareció, en efecto, dentro del lagar; su sangre se había mezclado con el vino de aquel caldo que estaba en proceso en convertirse en una gran reserva, y llenaba a media altura el nivel de la barrica de madera de roble.

—A pesar de que se trata del mejor vino de la casa, es preciso vaciar el lagar y sacar al vigilante fuera —impuso Bruno a los sirvientes—. Y cuando regrese Michelangelo con la familia de Agenore, habrá que organizar el entierro para darle cristiana sepultura. Y, sobre todo, no despertar a nadie.

—Así lo haremos, señor.

Unas horas más tarde, ya muy avanzada la noche, después de haberse realizado todo lo programado en la bodega, Bruno se encontraba tendido en su cama, cansado y adormilado, pensando también en Margarethe, cuando le despertó una numerosa algarabía humana que iluminaba con antorchas las calles de Bolbeno. Se asomó a la ventana y, tras apartar el postigo de madera, pudo ver lo que ocurría.

—¡Hemos cogido a los culpables! —gritaban, mientras tres hombres iban encerrados en un carro-jaula, encadenados de pies y manos.

Bruno salió de golpe a la calle, para encontrarse con aquellos manifestantes.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a Angiolo y Mauro, que formaban parte de aquella turba humana.

—Se ha producido otro milagro de la Virgen —informó Michelangelo—. El icono se hallaba dentro de un carruaje llevado por estos tres malhechores, a punto para partir de la población. Fuertes campesinos y leñadores del pueblo los han reducido, aunque algunos han sido gravemente heridos. Esos rufianes iban armados con cuchillos.

—¿Y qué sucederá con esos canallas? —se interesó vivamente Bruno.

—Umberto Marchetti, el alcaide, se encuentra de viaje en Trento, pero regresa mañana. Él dirigirá el juicio, y esperemos que sean condenados a morir colgados del cuello de las ramas del olmo de la plaza mayor —respondió encolerizado Michelangelo.

—Quiero comentarte algo —dijo con la voz rota Bruno, dirigiendo su mirada a Michelangelo.

El propietario del albergo salió con gran extrañeza de aquella muchedumbre, para hablar.

—Decidme, Bruno, ¿qué deseáis contarme?

—En vuestra ausencia, ha ocurrido algo muy grave, algo que ha confirmado nuestros temores: el joven vigilante del albergo ha aparecido muerto dentro del lagar de vuestras bodegas subterráneas. Lo han asesinado.

El rostro de Michelangelo no podía mover ningún músculo, y parecía que se le salían los ojos de las órbitas al terminar de escuchar aquellas dolorosas palabras.

—Hemos de sacarle fuera, vaciar el lagar, avisar mañana temprano a sus familiares y luego proceder a darle una cristiana sepultura —pudo decir tras unos instantes para asimilarlo.

—Todo eso ya lo había tenido en cuenta. Los sirvientes que lo encontraron hace unas horas me ayudaron a sacarle del lagar, y después a vaciar el recipiente. El cuerpo del criado lo he envuelto en varias sábanas de lino, para secarlo y darle un aspecto presentable para cuando lo vean sus familiares —informó con profundo pesar Bruno.

—Gracias por todo, amigo. Ahora vamos a encarcelar en los calabozos a estos rufianes. Estoy seguro que también han sido los asesinos de Agenore. Y mañana, con la presencia de Umberto Marchetti, el alcaide y demás autoridades, se celebrará el juicio, y la ejecución de estos criminales y ladrones será una semana más tarde. El entierro de mi criado, en el cementerio de la iglesia de San Zenón, lo haremos tras la romería al santuario.

—Estoy de acuerdo. Ahora debemos descansar. Ha sido una jornada agotadora para todos.

—Sí. Bruno, estuvo muy bien que te quedaras aquí, en el albergó. Gracias de nuevo.

Aquellos rufianes, maniatados y cargados de cadenas, fueron conducidos calle abajo, hacia los calabozos, recibiendo toda clase de hortalizas, escupitajos e insultos de la encolerizada muchedumbre, que se agolpaba al paso de los carros-jaula en los que iban encerrados. La turba humana estaba al borde del delirio y pedían a gritos la condena y muerte de esos malhechores, hombres a sueldo sin bandera, credo ni religión. Un grupo de exaltados, sin orden previa, ya estaba levantando un cadalso en la plaza mayor, y desde la rama más gruesa del olmo se mecían al viento tres sogas, listas para colgarlos del cuello. Mientras tanto, el párroco Bernardino llamaba al orden, pero la situación estaba descontrolada.

XXI. La misiva

Un día claro, pero fresco, iluminó las ventanas del albergo Luisa de Bolbeno aquella mañana de lunes, 3 de noviembre. La programación de la jornada no podía ser más intensa. La plaza mayor del pueblo había sido engalanada para la fiesta del santuario, mientras algunas personas seguían levantando aquel patíbulo de madera. Todos aguardaban impacientes el regreso del alcaide, que llegó cuando las campanas de la iglesia repicaban las nueve de la mañana.

A esa hora, ya estaba todo el pueblo aguardando el regreso de Umberto Marchetti. El párroco Bernardino, que encabezaba aquella multitud, salió al encuentro del alcaide para informarle de cuanto había sucedido en los últimos días. Y que, felizmente, los ladrones del icono del santuario habían sido apresados; pero que, también, estos pudieran ser los autores del crimen de Agenore.

—¡Serán sometidos a un juicio, y seguidamente se procederá al ajusticiamiento por sus hechos! —exclamó el alcaide tranquilizando un poco los ánimos de aquella gente.

Seguidamente, aquella muchedumbre, con Umberto Marchetti al frente, recorría las empinadas calles del pueblo para dirigirse a la Casa Consistorial, en cuyos sótanos se encontraban los calabozos.

Pero durante aquella noche, aprovechándose sin duda de la confusión general en las calles del pueblo, alguien asaltó el calabozo e hirió al centinela que hacía la imaginaria de guardia, dándole un fuerte golpe en la cabeza. Acto seguido, le robó las llaves y liberó a los presos.

Cuando llegaron al calabozo, el vigilante se encontraba aturdido y no era capaz de recordar nada absolutamente de lo sucedido. Todos los allí presentes no salían de su asombro. Umberto Marchetti, el párroco Bernardino y todas las autoridades empezaron a gritar, coincidiendo en que era intolerable y que alguien pagaría por lo sucedido. Luego, el alcaide fue acompañado por Michelangelo al albergo, debido al interés del primero en conocer el lugar del asesinato de Agenore.

Después, en el cementerio de la iglesia de San Zenón, se procedió a la ceremonia del funeral de Agenore. Todo el pueblo participó con profundo dolor. Los padres del joven estaban inmersos en un mar de lágrimas, mientras numerosos vecinos y amigos no cesaban de consolarlos. Seguidamente, ya dentro del templo parroquial, el sacerdote Bernardino ofició una misa de difuntos por el alma de Agenore. Desde el púlpito, su arenga sorprendió a todos los feligreses.

—Hoy celebramos con máxima pena el día de Difuntos, jornada que realmente debió de haber sido ayer, pero que, al ser domingo, como es tradición, se ha tenido que aplazar a la jornada de hoy, lunes. Tanto el oficio de difuntos como las misas son de réquiem. Durante la Reforma, la celebración de las fiestas de Difuntos fue

fusionada con la de los Santos, que es la fiesta más tradicional de nuestra comuna, durante la cual se hace la romería a nuestro querido santuario de la Madonna de Lares. Hoy celebramos el día de Todos los Santos, la festividad de todos los Inocentes, que, en tiempos del nacimiento del Niño Dios, fueron asesinados por orden de Herodes, para asegurarse con ello su victoria en el trono, ante la amenaza de un nuevo rey en la tierra.

Tras recobrar el aliento, el párroco Bernardino prosiguió su homilía, sin apuntes, sin dejar de recorrer con vista de águila todos los rincones de su iglesia y fijándose en los rostros de dolor de los padres de Agenore, que se hallaban reclinados en el banco primero, junto al presbiterio. En esta atmósfera destrozada por el dolor, exclamó:

—En nuestra triste condición, el único consuelo que tenemos es la esperanza de otra vida. Aquí abajo todo es incomprensible...

Al escuchar aquellas palabras, Bruno quedó sin respiración, porque el párroco, primero, al hacer alusión directa a la relación cultural entre la primitiva iglesia precristiana, había establecido una estrecha conexión con los ritos actuales del Catolicismo; y, finalmente, con esta arenga, evocaba una de las frases lapidarias de Martín Lutero, el pilar fundamental de la Reforma protestante...

Fue entonces cuando se acordó de Margarethe, y decidió ausentarse de la iglesia. Después de justificarse con sus compañeros de banco y amigos, Bruno salió del templo, a paso rápido, evitando entretenerse con quienes se tropezaba en el camino. «He de hacer llegar al cardenal informaciones que, estoy seguro, serán del mayor interés tanto para su persona como para el principado», pensaba mientras recorría a paso largo las empinadas calles de Bolbeno, en dirección al albergo. Pero antes de llegar, en una plaza, Bruno tropezó con el alcaide y con Michelangelo, que regresaban a la iglesia.

—¡Hombre, qué sorpresa! Umberto, quiero presentarte a Bruno, el hombre que ayudó a encontrar el cuerpo de mi sirviente asesinado —exclamó el dueño del albergo.

—Bruno, me han hablado muy bien de vos —manifestó el alcaide, mientras extendía su mano para saludarle.

—Muchas gracias, señor.

—Me ha dicho Michelangelo que trabajáis para el cardenal —comentó Umberto.

—Sí, desde hace ya algunos años. Soy el responsable de las obras de restauración de los palacios tridentinos.

—Parece que corren malos momentos. Hace días que no se sabe nada de su eminencia. Ni en su palacio de Trento es posible aclarar nada al respecto. Esperemos que nada le haya sucedido en su viaje a Milán —comentó con cierta preocupación el alcaide.

—¡Pero cómo es posible! Estuvimos con él en Stenico hace solo unos días.

Después él tenía previsto regresar de inmediato a Trento con su séquito. ¿Le habrá sucedido algo? —expuso Bruno airado.

—De cualquier modo, debemos estar preparados para enfrentarnos a cualquier situación, y la huida de estos criminales confirma nuestros temores —exclamó Umberto.

—Bueno, voy un momento al albergó, porque me he dejado algo en la alcoba, y me reúno de inmediato con vosotros en la iglesia —justificó Bruno, despidiéndose cortésmente de ambos.

«¿Qué le habrá sucedido al cardenal? No es posible que nadie sepa nada en Trento. Entonces, los mensajes que le he enviado, después de Stenico, no le habrán llegado. ¿Y si han sido interceptados? ¿Pero dónde se encontrará su eminencia? ¿Por qué no ha llegado aún a la capital? ¿Lo habrán asesinado? ¿Pero y su guardia personal, también han sido masacrados? Además, ante estas preocupantes noticias, con estos malhechores libres, la seguridad de Margarethe corre grave peligro», se preguntaba y pensaba Bruno.

Con la cabeza confusa y los nervios a tope, llegó a la hospedería. Nada más entrar en el edificio, un mozo llamó la atención de Bruno.

—¡Señor! Han dejado este paquete aquí a su nombre.

—Gracias —respondió mientras lo recogía y daba una moneda al sirviente.

Tomó el envoltorio y se lo llevó a su aposento, procurando llamar la menor atención posible, mientras miraba con gran extrañeza y algo nervioso el objeto. Una vez dentro de la alcoba, al abrirlo, encontró algo inesperado.

—¡La Biblia de Lutero! —exclamó con asombro y al mismo tiempo lleno de júbilo—. La obra cumbre de Martín Lutero, quien del latín medieval tuvo la valentía de traducirla al griego y después, bajo la constante amenaza de la Iglesia y de la fuerza del emperador Carlos V, al alemán... Es, sin duda, uno de los libros más perseguidos por la Iglesia de Roma, porque constituye la fuente de las doctrinas protestantes y el más sólido cimiento de la Reforma.

Mientras examinaba con anhelo y admiración los diferentes capítulos y versículos, Bruno advirtió la existencia de una nota que asomaba entre las páginas. Al tomarla, comprobó que se trataba de una misiva dirigida a él, redactada en lengua alemana, con letra de mujer y trazo firme:

¡Querido Bruno! Quiero daros las gracias por vuestra comprensión y discreción. Sé de vuestro interés y amor a la lectura; por ello, os ruego aceptéis este humilde presente. Se trata de la obra que estaba leyendo la noche que nos vimos por primera vez en este albergó, como humilde recuerdo de habernos conocido y en agradecimiento por vuestra amabilidad y silencio; he visto en vos una persona de sólidos principios y de honor, y por ello no

quería marcharme sin dejaros este humilde presente. Tengo otro ejemplar en mi casa de Alemania de este volumen, que recibí de mi madre, y esta, a su vez, del elector de Sajonia, quien tanto apoyó a mi padre. Lamento no haber podido despedirme en persona de vos, pero razones de peso han obligado a adelantar mi viaje hacia Rovereto. Luego, con cautela y precaución, regresaré a mi país siguiendo otra ruta. Si decidís venir algún día a Sajonia, sabéis que en Torgau tenéis una familia que le estima, y una mujer que te espera.

*Con un beso,
Margarethe*

Durante unos minutos, Bruno, que no podía salir de su asombro, quedó sin respiración, pero absorto pensando en aquel dulce beso que se habían dado en la glorieta del jardín.

Después, con las últimas frases de la carta grabadas en su mente, bajó al salón. «¿Cómo ha podido marcharse sin despedirse?», se preguntaba con insistencia.

Una vez en el salón, dirigiéndose al mozo que estaba sirviendo en la barra unas jarras de vino, preguntó con impaciencia:

—¿Cuándo se marchó la joven alemana?

—Muy temprano, señor. Poco después de que todos se marchasen a la plaza del pueblo —respondió amablemente el mozo, mientras atendía a un cliente.

—¡Gracias!

Luego, un tanto aturdido por todo lo que había sucedido, Bruno se sentó un momento en uno de los bancos del salón. «Aunque ha sido una decisión temeraria, pienso que Margarethe ha hecho lo mejor: ausentarse de Bolbeno sin levantar sospechas —pensó—. Espero que no la hayan descubierto, y menos aún los malhechores que la conocen, y que llegue bien a Rovereto con su ama de compañía».

Había transcurrido un tiempo cuando, Michelangelo, acompañado de Mauro y Angiolo, regresó al albergo. Seguidamente, todos juntos se unieron al resto de la población para iniciar la tradicional romería al santuario de la Madonna de Lares.

La ermita, que coronaba una suave colina, rodeada de vetustos alerces, había sido elegantemente engalanada a primera hora de la mañana con multitud de flores y plantas aromáticas silvestres, que transmitían al ambiente belleza, color y fragancia; incluso se había extendido una alfombra con frescos pétalos de flores silvestres cogidas en los prados de las montañas aquella misma mañana. Dentro del templo, ocupando el nicho del altar mayor, se encontraba de nuevo el icono, que volvía a lucir ante los maravillados ojos de todas las personas del pueblo allí presentes. Se trataba de una pintura sobre tabla, pequeña, de unos treinta por cuarenta centímetros, que representaba los milagros de una hermosa imagen de la Virgen, acompañada por el

Niño Jesús.

Después de unas sencillas palabras del sacerdote Bernardino, se organizó una comida campestre en torno al santuario, en unos bancos de piedra. Michelangelo aprovechó para mostrarle el panteón de su madre a su primo Mauro. Este depositó una rama de roble con sus frutos sobre la losa, al tiempo que derramaba unas lágrimas por el recuerdo de su querida tía, allí enterrada.

Tras la comida, con los primeros rayos del atardecer y el acompasado y emotivo cántico de vítores en honor a la *madonna* de Lares, todos regresaron al pueblo, formando una fila humana que se prolongaba a la sombra de los espesos bosques.

En la puerta del albergo, Enrico, que había regresado aquella misma tarde de Mantua, esperaba la llegada de los romeros. Y Michelangelo, tras saludar a su hermano, y este abrazar efusivamente a Mauro, su primo, organizó una ligera cena.

Aquella noche Angiolo y Mauro durmieron a pierna suelta, pero a Bruno le costó conciliar el sueño porque no podía quitarse de su mente el grato recuerdo de Margarethe, mientras acariciaba con el máximo cuidado su regalo, y tampoco la figura del cardenal, de quien no se sabía nada.

A la mañana siguiente, con los caballos debidamente ensillados y el carromato a punto, los tres se despidieron gentilmente de aquella acogedora casa y de la familia, prometiendo regresar en otra ocasión.

Ya en el camino, una vez dejaron atrás las poblaciones de Tione y Verdesina, el carromato inició el viaje por Val Rendena, remontando las nerviosas, frescas y cristalinas aguas del río Sarca. Tardaron un rato en cruzarse palabras. Fue Angiolo quien se dirigió a Bruno.

—Bolbeno me ha dejado una profunda huella. Sus gentes son muy acogedoras. Además, es uno de los pueblos más hermosos que he visto. Sus casas de madera están adornadas con geranios rojos, que cuelgan por sus paredes, balcones y ventanas, y en los soportales, las personas dialogan con sumo respeto.

Bruno, que seguía ensimismado en sus pensamientos, no dejaba de pensar en Margarethe y en que era la hija del mismísimo Lutero. Todo ello apenas le dejaba escuchar con claridad las palabras de Angiolo. Tampoco podía decirle nada a su amigo del encuentro que había tenido con aquella mujer...

—¿Te encuentras bien, Bruno? Pareces en otro mundo... —se interesó Angiolo.

—Sí, perdona Angiolo —respondió, tardando un poco en reaccionar—, pero tenía la cabeza en otro sitio. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Además del albergo Luisa, la casa que más me ha gustado ha sido la de la familia Marchetti, donde reside el alcaide.

—Estabas pensando en esos malhechores, supongo...

—Naturalmente, Angiolo, porque son muchas incógnitas las que están en el aire. No sabemos ni quiénes son estos asesinos, ni cuáles son sus contactos, que les han

liberado no solo de la mazmorra sino también de una sentencia que les llevaría al patíbulo directamente.

—Sí, yo tampoco dejo de darle vueltas a la cabeza —musitó Angiolo.

—Bueno, esperemos que el alcaide, que parece un hombre justo y respetable, logre cazar a los asesinos y también a sus compinches —añadió Bruno, y después de unos instantes de profunda reflexión entre ambos, prosiguió—: Umberto Marchetti, a pesar de la fuga de los malhechores, no ha permitido que se hiciera ningún linchamiento con los presos, y estoy seguro de que serán encarcelados de nuevo, y recibirán su castigo después de un juicio justo. Marchetti representa el orden, es un hombre firme, sin flaquezas, que no duda en imponer la ley a quienes actúan al margen de ella.

—Sí, estoy de acuerdo —coincidió Angiolo. Luego, asomando la cabeza por la ventanilla, preguntó a Mauro—: ¿Dónde pasaremos la noche?

—Pues no lo había previsto —repuso el conductor del carromato.

—¿Falta mucho para Pelugo? —preguntó Bruno.

—Debemos pasar antes por Villa Rendena, Iavré y Vigo. Si no hay ningún contratiempo, podríamos llegar a Pelugo al atardecer. Por la comida del mediodía no debemos preocuparnos, porque Michelangelo me ha preparado una bolsa con alimentos, una jarra de vino y un barril de agua para el viaje —respondió enseguida Mauro.

—Estamos todavía más en deuda con tu familia, estimado Mauro.

Después de unas amistosas miradas entre ellos, Bruno dijo al cochero:

—En Pelugo se encuentra la primera de las obras que mis familiares, de la saga de los Baschenis, llevaron a cabo en estos valles de las montañas del Brenta. Allí encontraremos posada, y podríamos pasar la noche, si os parece bien.

—Por mí no hay ningún problema, al contrario —manifestó Angiolo.

—No dejéis de ver las montañas que se abren a vuestra derecha. Es el poderoso Gruppo di Brenta, las cumbres más impresionantes de nuestro principado, caracterizadas por sus perfiles de piedra desnuda caliza que, con los rayos del atardecer, como tendremos ocasión de comprobar, se iluminan de colores cálidos, que contrastan con el verde profundo de los bosques —anunció Mauro al tiempo que animaba con el látigo a los caballos para que aceleraran el paso.

—Estas montañas y estos paradisíacos valles, toda una fantasía de vida y equilibrio natural, también están muy presentes en el recuerdo de mi infancia —evocaba Bruno.

—A mí me resultan igual de familiares, porque también viví una lejana infancia en estos valles, y estoy ansioso por volver a Caderzone después de tantos años de ausencia y averiguar qué ocurrió realmente con mis padres —comentó con voz rota Angiolo.

—¡Sí! Ya estamos, pues, muy cerca de nuestros destinos, motivo de este viaje — argumentó con entera felicidad Bruno, mientras llenaba sus pulmones de oxígeno. Aunque en su interior gravitaba una gran preocupación: la suerte de su amada Margarethe.

XXII. Regreso a Toblino

En el castillo del lago, el día amaneció frío, aunque soleado; las hojas de los árboles que rodeaban Toblino, con los reflejos metalizados del agua del lago, contribuían a un equilibrio de colores y formas sorprendentes. El suelo, completamente amarronado por las hojas secas caídas por el viento, se encendió con una fascinante gama de tonos cálidos.

Ya hacía días que el emisario del cardenal había partido hacia Milán, siguiendo un itinerario diferente, evitando en todo momento atravesar tierras de la República de Venecia, para no ser sorprendido, con dos caballos, y portando el siguiente documento, escrito con su puño y letra, con el sello cardenalicio:

Estimado Visconti:

Te hago llegar el presente comunicado para expresarte la angustiada situación que, en estos momentos, estamos viviendo en Trento, consecuencia de un fallido ataque a mi persona, cuando regresaba con mi séquito a la capital, en viaje desde Stenico.

Fue mi propio hermano, Eriprando, quien, ciego de ambición, pagado por Giorolamo Priuli, el dux de Venecia, atacó a mi séquito, y, gracias a mi guardia personal y a los soldados de Toblino, pudimos rechazar y vencer, aunque perdimos algunos hombres.

Te ruego por ello que envíes una misiva urgente al monarca español, para que mande unas fuerzas de apoyo, y podamos contrarrestar el ataque inminente que el dux de Venecia va a llevar a cabo contra la ciudad de Trento para adueñarse del principado.

*Cristoforo Madruzzo
Cardenal obispo-príncipe de Trento*

En Toblino aguardaban con impaciencia la respuesta de Milán ante el comunicado enviado por su eminencia.

Era media tarde cuando un soldado de la guardia anunciaba la llegada del esperado emisario que, una semana antes, había partido hacia Milán. El joven, que llegó sin aliento, extenuado, se bebió sin respirar una jarra de agua fresca y, mientras su caballo era conducido a los establos y él se reponía del cansancio del agotador viaje, pidió una reunión de urgencia con el cardenal.

El sargento comunicó a la mayor brevedad a Nicolò Gaudenzio el deseo del emisario, y este a su eminencia, quien aguardaba noticias con la mayor impaciencia y concedió de inmediato la audiencia, encuentro que tuvo lugar en la sala superior del

castillo.

El emisario subió las escaleras que conducían al nivel superior de la fortaleza en grandes zancadas y al llegar a la puerta del salón establecido para la audiencia golpeó al instante la puerta.

—¡Pasa!, su eminencia ya te aguarda —exclamó un miembro del séquito cardenalicio.

Una vez dentro, el emisario se dirigió al cardenal, que estaba cómodamente reclinado en un diván, intentando ocultar un estado de ansiedad interior. A su lado, aunque a un paso tras él, se hallaban Tommaso, jefe de su guardia personal, Nicolò Gaudenzio y Raffaello, señores de Toblino, varias autoridades eclesiásticas y algunos consultores.

—Eminencia, traigo noticias de Milán —exclamó con voz rota y temblorosa.

—Infórmame enseguida.

—El ilustre Visconti me ha entregado esta carta para su eminencia.

Un ayudante del cardenal la recogió, y tras colocarla en una bandeja, se la ofreció. Madruzzo la recogió de una bandeja sin vacilar y leyó para sí con ansia su largo contenido.

El tiempo transcurría muy lentamente, y un ambiente muy tenso se respiraba en la sala, aunque el semblante del cardenal parecía reflejar una inusitada serenidad de ánimos. Pero antes de pronunciarse, Madruzzo se despidió de aquel mensajero, al tiempo que le agradecía el trabajo realizado y le aconsejaba que fuese a cenar bien y luego descansara. Cuando el mensajero abandonó la estancia, el cardenal, viendo los rostros expectantes de los allí presentes y el estado de ánimo que había en torno a él, decidió explicar el contenido de aquella misiva:

—¡Son buenas noticias!

El rostro del cardenal no podía transmitir mayor felicidad. Luego, dirigiendo su mirada a los allí presentes, informó:

—¡Señores! Me acaban de informar que, a consecuencia de un terrible incendio producido fortuitamente en el interior del Palacio Ducal de Venecia, el *dux* Girolamo Priuli ha fallecido al incendiarse la Scala dei Giganti. El humo ha alcanzado sus aposentos cuando él se hallaba durmiendo y no se ha podido hacer nada para salvarle la vida. —Todos los allí presentes expresaron su perplejidad y una cierta preocupación, aunque también un profundo alivio, dadas las circunstancias, sin dejar de mirar la cara del cardenal. Este prosiguió—: Además, me comunican que esta información ha llegado a Milán desde el Gran Consejo, que, como bien sabéis, constituye el verdadero poder en la *Serenísima*, de la República de Venecia, informaciones que han sido corroboradas por la poderosa familia Mocenico.

Una atmósfera de plenitud y sosiego, además de satisfacción general, se respiró entonces en el ambiente, pues la información no podía ser más cierta y, al mismo

tiempo, esperanzadora para el principado de Trento.

—Eminencia, ¿y se sabe quién será el siguiente *dux* al frente de la República de Venecia? —preguntó Nicolò.

—¡Sí! El Gran Consejo ha nombrado ya a su sucesor. Será Pietro Loredan, a quien conozco bien. Es un hombre de palabra, grandes valores, honorable y sensato, que cuenta además con el respaldo de la mayoría de los miembros del Gran Consejo.

—¿Y sobre el incendio, eminencia, qué más se sabe? —volvió a preguntar el señor de Toblino.

—Además de la Scala dei Giganti, las devoradoras llamas han destruido gran parte del Palacio Ducal, y ya se ha contratado al maestro Jacopo Comin, llamado Tintoretto.

—Estamos seguros que *Il Furioso* llevará a cabo una excelente restauración —exclamó Nicolò.

—Sí, no me cabe la menor duda de que lo que tiene de mal carácter ese gran maestro de los frescos lo compensa con una portentosa sabiduría —argumentó Madruzzo—. Tintoretto es uno de los mayores artistas italianos de nuestro tiempo. —Después de unos instantes de miradas de complicidad y de inmenso júbilo, añadió—: ¡Bien! Lo importante ahora es que son magníficas noticias para nuestro principado, ya que se abre una etapa de excelentes relaciones con la *Serenísima*. También me comunica el escrito que dentro de un mes se procederá a la investidura del nuevo *dux*, en la ciudad de Venecia, a cuya ceremonia estamos invitados, y a la cual debemos asistir, como relación de Estado. Por lo tanto, es preciso partir hacia Trento lo más pronto posible para organizarlo todo sin prisas y, al mismo tiempo, serenar los ánimos del pueblo, que hace tiempo no sabe nada de mí.

Un murmullo de voces flotaba en la atmósfera de aquella sala, reflejando el estado de felicidad que allí se respiraba. Y Tommaso aprovechó un momento de tranquilidad para preguntar al cardenal confidencialmente:

—Eminencia, ¿y qué hacemos ahora con vuestro hermano?

—Estaba pensando en ello —dijo Madruzzo—. Esta cuestión no me la quito de la cabeza. —E instantes después, fruto de una profunda y fría reflexión, resolvió—: Un amigo mío, Filippo Mocenigo, protector de Francesco Patrizi, estando de arzobispo en Chipre, a donde le visité en una ocasión, me habló de las poderosas galeras venecianas y de cómo en sus almacenes interiores transportaban los más preciados objetos: piezas de cristal de Murano, damascos, porcelanas, sacas de azafrán, tejidos de lana inglesa, oro, plata y piedras preciosas, e incluso bulbos de tulipanes..., pero también numerosos colectivos de esclavos, que obtenían en los mercados de Tana. La trata de circasianos y georgianos, de fe greco-ortodoxa, para ser revendidos después en los mercados de Egipto y el norte de África, no repugnaba a la conciencia del *dux*, por no pertenecer a la Iglesia católica, ya que el comercio de esclavos paganos no

está prohibido. Pienso que estaría bien darle un escarmiento a Eriprando, enviándole un tiempo como remero en uno de estos barcos, con los cuales la *Serenísima* mantiene ese esplendor económico, con los puertos de toda la cuenca mediterránea, a pesar del descubrimiento de América, la fuerte competencia de la ciudad de Lisboa, la constante amenaza del sanguinario pirata Barbarroja en el mar y el poderío otomano de Solimán I *el Magnífico*.

—Como su eminencia decida —respondió Tommaso, con estupor en el rostro.

Todos los allí presentes conocían bien las condiciones de vida de los condenados a galeras, porque pocos eran los afortunados que volvían a pisar tierra firme, y los que lo lograban, lo hacían tullidos y deformes.

—Eriprando será conducido, como fue mi primera decisión, a la fortaleza de Pèrgine, para después, una vez que regrese de Venecia de los actos de investidura del nuevo *dux*, ordenar su traslado a galeras, donde permanecerá dos años, y si ha resistido a esta prueba, podrá regresar a Trento con su familia, aunque desposeído de cualquier cargo noble, ganándose su sustento y el de los suyos como soldado raso a las órdenes del capitán de la guardia de palacio —expresó con la mayor firmeza el cardenal—. Será una cura de humildad que hace tiempo debía de haberle dado. Y, como comprenderéis todos vosotros, he de dar ejemplo.

—Lo considero una sabia decisión, digna del rey Salomón, eminencia —respondió con voz tenue el capitán de su guardia personal.

Luego, tras tomar un sorbo de agua de la jarra que tenía sobre una mesita próxima, el cardenal prosiguió:

—Quiero ya organizar mi traslado a Roma, como os dije, para dedicar mis últimos años de vida a serle útil al Santo Padre, próximo a él, en la Ciudad Eterna. Pero antes desearía delegar todo mi poder en mi sobrino, Ludovico Madruzzo, que ya ha sido nombrado cardenal. Soy consciente de la responsabilidad que, como príncipe-obispo de Trento, tendrá sobre sus espaldas. Además, este percance sucedido ahora con mi hermano me ha hecho pensar en los numerosos y poderosos enemigos que tenemos; nuestro principado es un territorio muy codiciado por muchos poderes, tanto externos como internos. También quiero resolver el asunto de Castel Romano, cuyos señores de Lodron no cesan de hostigar nuestra tranquilidad.

—Esa cuestión, la de Castel Romano, si lo desea, eminencia, yo os la podría resolver, pues conozco bien aquel castillo, y sé cómo asediar sus muros con un ataque sorpresa y con el menor riesgo posible —ofreció el señor de Toblino, mirando con agrado y respeto al cardenal, y recibiendo de su sobrino su entera complicidad.

—¡No! Gracias. Ya me has ayudado bastante, querido amigo Nicolò. Estando en Trento, enviaré un escrito al capitán Domenico Tonelli, quien en estos momentos está llevando a cabo una excelente y difícil tarea militar en las fronteras del norte, desde Brixen, frente a la constante amenaza del archiduque Fernando, conde del Tirol, para

que dirija con sus hombres esta misión. Domenico es uno de mis soldados de confianza; ha demostrado su valor, arrojo y lealtad en numerosas ocasiones, y su padre, Angiolo, es además un buen amigo.

—Estamos de acuerdo, eminencia, nosotros también compartimos esos mismos sentimientos —repuso Nicolò—. Hace pocos días tuvimos oportunidad de comprobar aquí en Toblino los valores humanos de Angiolo.

—Bien —añadió el cardenal tras consumir un vaso de agua—, una vez que todos estos asuntos queden resueltos en Trento, debería tomarme unos días de descanso en el castillo de Madruzzo, donde nací, antes de mi partida hacia Roma, porque en el Palazzo del Buconsiglio siempre estaré en permanentes reuniones con embajadores y altos dignatarios y no podré descansar lo suficiente.

—Me parece una excelente idea, eminencia. Esa fortaleza, como bien sabéis, no queda lejos de Toblino, a una jornada a caballo hacia el sur, y allí podríamos ir a visitaros y despediros antes de vuestra partida hacia Roma —argumentaron Nicolò y Raffaello.

—¿Cuándo saldremos hacia Trento, eminencia? —preguntó Tommaso.

—Yo también tengo deseos de llegar a mi querida ciudad, y lo haremos tan pronto como regrese el sargento que condujo a la ciudadela de Stenico a los sicarios de mi hermano, para ser reclusos en las mazmorras de la torre Bozone.

—Eminencia, los mensajes recibidos de nuestras palomas informan que, precisamente, llegan esta misma noche —informó Nicolò.

—Pues entonces, una vez preparado todo, pasados unos días, cuando los soldados heridos se hayan recuperado, saldremos hacia Trento.

—¡Bien! Haremos lo necesario para que esté todo dispuesto para entonces, eminencia —respondieron Nicolò y Raffaello.

—¿Y qué hacemos con Eriprando? —preguntó Tommaso.

—Mi hermano, como ya dije antes, nos acompañará, pero en calidad de preso y sin llamar la atención de las gentes, llevado dentro de un carromato. Y una vez llegados a Trento, le concederé el privilegio de despedirse, en privado, de su familia. Después, manteniendo mi decisión, será recluso en las mazmorras de la ciudadela de Pèrgine, donde permanecerá hasta mi regreso de Venecia, para ser trasladado seguidamente a los puertos de la *Serenísima*, y encadenado y encerrado como galeote de galeras, donde pagará su culpa.

Llegó el día señalado para la partida, y toda la comitiva estaba a punto de revista en el patio de armas con los carromatos, jinetes y ayudantes; el carruaje del cardenal fue colocado en el centro de la escolta y en la explanada que precedía al castillo. Los señores de Toblino estaban dispuestos a despedirse, delante de sus soldados, escuderos y servidores. Había amanecido un día radiante, aunque el sol no calentaba; el lago se ofrecía con toda claridad, y sus aguas brillaban como un espejo, duplicando

los bosques de ribera. También el médico, Pietro Andrea, como era habitual en él, había madrugado, y no quiso perderse aquella despedida. El cardenal, antes de descender al patio, imperó a un soldado:

—¡Que venga el médico, que quiero despedirme de él!

—Sí, eminencia —repuso—, lo he visto muy temprano recogiendo algunas plantas de la orilla del lago.

A los pocos minutos, el médico llegó a la galería donde le aguardaba Madruzzo.

—Eminencia, me han dicho que queríais verme.

—Sí, Pietro Andrea. Quiero agradecerle cuánto has hecho con los soldados de mi guardia, y también conmigo, porque la herida en el brazo ya está en proceso de curación. Además de la constante labor que, como científico, vienes desarrollando a favor de nuestro principado... Me gustaría que siguieses tus investigaciones en Trento, en cuya ciudad dispondré para ti y tu familia de unos aposentos dignos dentro del Palazzo del Buonconsiglio, a donde podrás trasladarte tan pronto como hayas concluido tu estancia en Toblino.

—Gracias, eminencia. Mi familia y yo también os estamos profundamente agradecidos por vuestra infinita benevolencia. Ya estoy terminando la traducción al italiano del *Dioscórides* y, si os parece bien, tan pronto como recoja a los míos y deje a una persona de confianza en la clínica de Gorizia procederé al traslado a Trento. También desearía ofreceros el primer volumen de esta obra, como regalo a vuestra persona.

—Gracias. Gracias, amigo Pietro.

—A propósito, eminencia, observo que camináis mucho mejor —se interesó el médico.

—Así es, Pietro. He seguido los consejos de dos mujeres de Stenico, expertas en la curación natural de males y cuyos remedios son fáciles de seguir, y los procuraré mantener, sin duda, a lo largo del resto de mi vida —exclamó con júbilo el cardenal.

—Me alegro mucho, eminencia. La gota es una enfermedad muy dolorosa, y lamento que la ciencia médica aún no la haya resuelto satisfactoriamente.

El cardenal lucía aquella radiante mañana sus vestiduras cardenalicias más elegantes, en las que las tonalidades púrpuras armonizaban con otros tonos cálidos, que se apreciaban bajo la media capa de armiño. Cubría su cabeza un sombrero de ala ancha, forrado en seda de color carmesí; sobre su pecho colgaba un largo rosario con cuentas de plata, y en los pies calzaba babuchas de piel para combatir mejor los dolores de la gota.

Toda la comitiva emprendió el viaje hacia Trento, con emotiva despedida de los señores de Toblino; tampoco el médico quiso perderse aquel instante. Y, ya dentro del carruaje, el cardenal abrió las cortinas y sacó una mano, enfundada en guante blanco de algodón, para despedirse amablemente de todos los allí presentes.

XXIII. A la sombra del Brenta

Caían ya las mágicas luces del crepúsculo cuando el carromato se aproximaba al pueblo de Pelugo, y una bruma nocturna comenzaba a ocultar las casas, dejando solo entre la masa de niebla el metalizado reflejo de los azulados tejados de pizarra de la población, que brillaban más desde la lejanía por efecto de la humedad. Angiolo y Bruno, asomándose por las ventanillas del carromato, preguntaron entonces a Mauro:

—¿Conoces esta población?

—Estuve aquí hace muchos años. Yo era muy pequeño, y mis padres me trajeron en viaje de trabajo, desde Comano. Tengo gratos recuerdos de esta población, con sus casas dentro de las murallas; era gente agradable y hospitalaria. Nos dirigiremos, si les parece bien, al albergo, que está cerca de la plaza.

—Bien —dijo Bruno, mientras Angiolo estaba un tanto distraído contemplando los árboles de ribera que flanqueaban el sendero que llevaba ante la puerta principal de entrada del recinto amurallado.

—Debemos darnos prisa porque, como sabéis, a las nueve de la noche cierran las puertas, y después es imposible entrar —recomendó el cochero, mientras hacía silbar en el aire el látigo para animar el paso de los caballos.

Al llegar a la altura de la puerta abierta en la muralla, unos soldados de guardia se acercaron, sin prisas pero sin dejar de examinar visualmente el carromato.

—¿Quiénes sois? —preguntó el sargento, con voz autoritaria.

—Venimos de viaje por esta región, desde Trento, y portamos un salvoconducto de su eminencia el cardenal Madruzzo, que aquí os mostramos —argumentó Bruno, enseñándole amablemente el documento y sin bajar la mirada, con la mayor convicción.

—¿Vais a permanecer mucho tiempo aquí, en Pelugo? —se interesó el militar tras ojear minuciosamente el contenido de aquel documento.

—No, probablemente, solo una jornada. Debemos continuar nuestro viaje a Caderzone y Pinzolo —repuso Angiolo.

—Pero es preciso examinar el interior del carromato —apuntilló el responsable de la entrada a la ciudad.

—Nos parece bien. Podemos abrir las cajas que deseéis para que veáis los contenidos —ofreció Bruno, mientras Angiolo y él bajaban.

El sargento subió al instante con un soldado al interior del carromato y, tras unos segundos de rutinaria inspección, se excusó:

—Está todo bien. ¡Adelante!

—Si me permite, ¿por qué tanto control? —apostilló Bruno.

—Últimamente, en esta zona, se están dando muchos casos de asaltos, de movimientos de mercenarios en compañía de soldados del Tirol, y también algunos

grupos de lansquenetes, que no cesan de amenazar la seguridad de nuestros pueblos y nuestras gentes —comentó el sargento.

—Sí, precisamente en Bolbeno hemos tenido noticias de un grupo de lansquenetes, sicarios sin bandera, hombres sin principios; pero, con ayuda de alguien, lograron evadirse de los calabozos. Esperemos que les den caza y paguen sus crímenes —exclamó Angiolo.

—Ya hemos recibido noticias de esos rufianes, pero no han sido vistos por aquí. De todos modos, estamos al acecho —añadió el sargento de la guardia.

—Bien, señor, ¿podría indicarme dónde se encuentra la posada? —preguntó Mauro.

—No queda lejos de aquí. Sigán la calle principal, y verán que en la plaza se encuentra el albergo Al Zanetti Sarca, donde podrán descansar.

—Gracias, sargento —repuso el chófer.

El carruaje no tardó en traspasar el arco de entrada a la población y, en aquellos momentos, se ordenó el cierre de la puerta, quedando aseguradas las casas y habitantes de Pelugo hasta la mañana siguiente. A pesar del fresco aire que azotaba en el ambiente, este lugar transmitía una atmósfera relajante, que no dejó indiferentes a los viajeros.

Tras recorrer algunas calles, el carruaje llegó a la plaza y Mauro sujetó con firmeza las riendas, junto a la fuente, frente a la hospedería. El albergo Al Zanetti Sarca era un establecimiento de renombre en la zona; su fachada estaba decorada con artísticos y policromos frescos murales alusivos a las elevadas cumbres del Brenta, las montañas de roca caliza que rodeaban la zona por levante. Después de descender, Angiolo y Bruno se dirigieron a la puerta y al instante golpearon la aldaba.

Pasados unos minutos, una joven rubia, de hermosos ojos azules, elegantemente ataviada con el traje típico del principado, caracterizado por una blusa blanca de algodón, cinturón de piel y falda vaporosa de vivos colores, medias blancas y zapatillas negras y planas, y con su larga melena recogida en gruesas trenzas que le colgaban sobre un armonioso busto, abrió el portalón de entrada.

—Buenas noches, señores, ¿qué deseáis?

Mientras observaban el paso de los últimos grupos de personas que iban a recogerse a sus hogares, Bruno y Angiolo quedaron gratamente sorprendidos al ver a aquella joven.

—Buenas noches, señorita. ¿Tenéis alojamiento para pasar esta noche? —preguntó al fin Bruno.

—¿Cuántos sois? —preguntó la joven.

—Somos tres, pero también necesitamos un lugar en la cuadra para los caballos y para guardar el carromato —argumentó Bruno mientras Angiolo asentía con la cabeza.

—Creo que no habrá problema, pero dejad que lo consulte con mis padres.

Minutos más tarde, la joven regresó en compañía de su padre.

—Buenas noches, señores, soy Luigi Chiodega, propietario de este albergó. No hay problema, podrán hospedarse. Esta noche, además, celebramos una fiesta gastronómica con platos tradicionales de Val Rendena.

—Gracias —contestó Bruno—. Estamos cansados, pero acudiremos a esa fiesta, porque debe ser interesante, y también porque tenemos apetito —comentó con amabilidad.

—Pues acompañadme, os guiaré a vuestros aposentos mientras un mozo le muestra a su chófer las cuadras —aconsejó Luigi.

Al atravesar el salón, un gentío de jóvenes, ataviadas con los trajes típicos de la región y siguiendo las órdenes del maestro de comedor, estaban preparando los cubiertos, bandejas y jarras de vino en las mesas, que se disponían de forma longitudinal, las del exterior, y en círculos las de dentro; una gran chimenea caldeaba la sala, y algunas estufas de cerámica vidriada en los ángulos de las paredes laterales complementaban y elevaban el agradable ambiente. Les llamó la atención no ver el emplazamiento de las cocinas, aunque sí percibieron que los alimentos que se ofrecían y colocaban en las mesas debían estar sabiamente elaborados, por los deliciosos aromas que desprendían las bandejas. Todo ello incrementó en los recién llegados un inusitado apetito. Y el propietario del albergó se percató de inmediato.

—¿Os gustaría conocer nuestras cocinas por dentro? —sugirió amablemente Luigi.

Bruno y Angiolo no esperaban aquel ofrecimiento.

—Sería un placer, señor. ¿Es posible?

—¡Claro! Mi establecimiento cuenta con las cocinas más renombradas del principado. Pero, si me lo permiten, ¿quiénes sois?

—Me llamo Angiolo Tonelli y mi compañero es Bruno Baschenis. Ambos residimos en Trento, somos originarios de este territorio, de Val Rendena, y hacía muchos años que no regresábamos. Nos dirigimos a Carisolo y Pinzolo, pueblos que nos vieron nacer, donde residen algunos de nuestros familiares, y donde también tenemos enterrados a nuestros padres. Este viaje, como puede imaginar, después de tanto tiempo de ausencia tiene un valor sentimental muy importante para nosotros.

—Pues si sois naturales de este territorio, seréis bienvenidos e intentaremos atenderos lo mejor posible. Por este albergó han pasado ilustres personajes, de todas las condiciones y rangos sociales. Entre ellos quiero destacar al emperador español Carlos V al frente de sus tercios, en compañía del duque de Alba. También pontífices, reyes, príncipes y personajes de la cultura y el arte, en viaje desde Alemania a Italia, a través de la Giudicarie, que es, como bien sabéis, la vía más rápida para cruzar esta parte de los Alpes y el interior de nuestro principado tridentino. También fue un

placer conocer personalmente al cardenal y príncipe Bernardo Clesio, hombre de una gran humanidad, quien tanto hizo por Trento y nuestra tierra; su eminencia igualmente gustaba de pasar largas temporadas en mi humilde establecimiento. He querido convertir mi albergó en un altar del buen yantar, también un lugar ideal para descansar y aislarse del mundo y, al mismo tiempo, un rincón en donde compartir ideas, conocimientos, ciencias y artes. Además, no debéis olvidar que ¡la vida es el arte del encuentro! —exclamó con todo convencimiento el dueño del albergó.

—Todo cuanto nos decís lo considero ideal —dijo Bruno—. La armonía y respeto entre las personas debe ser cuestión prioritaria, sin duda. Veo que sois una persona muy respetuosa —se sinceró, mirando con aprecio a aquel hombre.

—La vida me ha enseñado a respetar a todo el mundo, por encima de su credo religioso, riqueza o clase social —no tardó en responder Luigi.

«Veo en este hombre una persona de sólidos principios», pensaba Bruno.

—Lamentamos no poder quedarnos mucho tiempo. Mañana deberíamos partir hacia Caderzone —argumentó con pesar Angiolo.

—Ahora os acompaño al piso de arriba, donde se hallan vuestros aposentos, y no tardéis en bajar. Vuestro chófer se alojará en una alcoba próxima a la bodega, si os parece, desde donde podrá acercarse más fácilmente a los establos.

—Está bien, pero, por favor, enviadle un mensaje para que nos acompañe en la cena —sugirió Angiolo.

—De acuerdo, daré instrucciones de que preparen una mesa para tres. Pero antes podéis entrar en las cocinas.

—Muchas gracias. Bajaremos cuanto antes al salón.

Bruno, al quedarse solo en su aposento, comenzó a recordar las palabras del propietario del albergó sobre los personajes que habían frecuentado el establecimiento y pensó que muy probablemente también Margarethe pudo haberse alojado, aunque fuera de incógnito; y su corazón entonces comenzó a golpearle con fuerza dentro de su pecho. Seguidamente, sin pensárselo dos veces, se dirigió a una de las bolsas de su equipaje y extrajo con mimo el libro que le regaló Margarethe, que abrió para buscar con desespero la nota escrita por ella. Y sin darse cuenta, el joven quedó rendido de cansancio sobre la cama.

Había caído en los brazos de Morfeo cuando unos suaves golpes retumbaron en la puerta, y Bruno, saliendo de su letargo, con los ojos medio cerrados, se incorporó con dificultad.

—¡Bruno! ¡Bruno! ¿Estás listo para bajar? —preguntó Angiolo.

—Sí, déjame unos segundos. Me había quedado dormido.

—Bien, pero no tardes, que ya hace rato que nos espera el señor Luigi.

Breves instantes después, ambos ya estaban en el salón principal del albergó, donde les aguardaba el propietario del establecimiento.

—¡Señores!, la mesa ya está preparada, pero, como os dije, quisiera que visitaseis un momento nuestras cocinas y a su responsable, uno de los grandes maestros cocineros de nuestra época, Bartolomeo Scappi —comentó con júbilo Luigi.

—El señor Scappi... He oído hablar de él en Trento —comentó enseguida Bruno—. Durante unas de las sesiones más importantes del concilio, por encargo del cardenal Madruzzo, recuerdo que este célebre maestro de cocina sirvió unos banquetes de exquisitos platos que dejaron a todos los asistentes, embajadores y prelados de la cristiandad verdaderamente maravillados. Es un mago de los fogones. Sería para mí un gran honor conocerle personalmente —añadió.

—Lo mismo pienso yo —intervino Angiolo.

—Estáis a punto de conocerle. Bartolomeo Scappi trabaja para mí desde hace dos años. He querido invertir en mi albergo todos los ahorros de mi familia, haciendo de Al Zanetti Sarca el lugar ideal para disfrutar de una excelente comida y, al mismo tiempo, un espacio ideal para descansar y aprender —explicó el señor Chiodega, mientras, a través de unos amplios pasillos, y cruzándose con numerosos sirvientes, no tardaron en llegar a la cocina.

—Las fragancias y aromas nos llevan al santuario de los fogones —comentó Bruno, haciendo ademanes de estar como flotando sobre una nube.

—Sí, y haciendo honor a una frase de Scappi: sin la participación del olfato no hay degustación completa —manifestó Luigi.

—No es nada extraño que, a pesar de encontrarnos en una población tan pequeña como es Pelugo, su comedor esté lleno —dijo con júbilo Angiolo.

—¡Bueno, señores, ya estamos en la cocina! —anunció el dueño del albergo.

En aquel paraíso del buen yantar, un tropel de ayudantes y servidores se movían siguiendo unos movimientos previamente aprendidos; nadie se molestaba en sus diferentes actividades, obedeciendo las órdenes recibidas del maestro cocinero: Bartolomeo Scappi, quien dejó un momento a su ayudante elaborando unas pastas, mientras fue a saludarles.

—Amigo Bartolomeo, quiero presentarte a unos señores que han llegado de viaje por Val Rendena desde Trento —exclamó Luigi.

—Encantado, señores. Perdonen que no les atienda como se merecen, pero es la hora de las cenas, y hay mucho trabajo.

—No se preocupe, vemos que el momento no es el más adecuado —musitó Bruno.

Entonces, el cocinero apartó su mirada de ellos, para dirigirse con autoridad a su ayudante.

—Giovanni, no dejes de vigilar el fuego, y llama al cortador de alimentos, porque hay que preparar las carnes.

Seguidamente, volvió a atender a los recién llegados.

—Me gustaría conversar más tranquilamente con ustedes, mostrarles las cocinas y también la biblioteca —comentó Scappi—, pues advierto en vuestro rostro una mirada limpia y de nobleza, me transmitís confianza.

—¡Muy amable! ¿La biblioteca? No sabía que este albergo dispusiera de libros —se interesó Bruno.

—Sí, he querido formar un centro de cultura sobre el arte de la gastronomía, que también sirva para que los ayudantes de cocina se conviertan en excelentes maestros de fogones —repuso Bartolomeo.

—Esta es otra de las sorpresas que quería daros, señores —manifestó con júbilo Luigi.

—Interesante... —coincidieron Angiolo y Bruno.

—Pues bien, ¿podría ser mañana, una vez servidos los desayunos y recogidas las mesas, hacia las nueve? —sugirió el cocinero.

Angiolo y Bruno se miraron al instante.

—Aquí estaremos, pues, a esa hora.

—Bien. Ahora vais a saborear algunas de las deliciosas especialidades del maestro Scappi —comentó Luigi—. Vuestro chófer ya lleva un rato sentado a la mesa esperándoos, según me ha informado un mozo.

—Gracias, señor. Veo que estáis en todos los detalles —dijo Bruno.

Al llegar al salón comedor fue fácil distinguir la mesa asignada, porque era la más despejada de todas; allí se encontraba Mauro, bebiendo una jarra de vino caliente y dando algunas cabezadas, por el cansancio de la jornada.

—Hola Mauro, ya estamos aquí. El dueño del establecimiento ha querido mostrarnos las cocinas, aunque, dado el mal momento, se ha dejado para mañana el encuentro con el maestro cocinero, que resulta ser Bartolomeo Scappi, uno de los más grandes sabios del arte gastronómico de nuestro tiempo —comentó Angiolo.

—No os preocupéis; más que hambre, tengo sueño, aunque si me pongo a comer no pararé.

—Pues nos tienen preparados unos manjares de lujo, querido amigo —musitó Bruno.

Instantes después, unas jóvenes, elegantemente ataviadas con los trajes típicos de la zona del Brenta, trajeron grandes bandejas de alimentos. El propietario del albergo se aproximó.

—Señores —les dijo—, el maestro Scappi ha querido preparar hoy una cena de lo más tradicional de estos valles. De primero: la típica pasta. De segundo: *polenta*, servida con hongos y algunos quesos de cabra como guarnición, y *speck*, un tipo de jamón magro, de característico gusto agrio y ahumado, con una bandeja de buñuelos de manzana como guarnición. Y finalmente, sabrosos dulces de las montañas del Brenta, a base de miel, leche y almendras. Todo ello, regado con los afrutados vinos

de Valli Giudicarie, para terminar con una deliciosa grapa.

—Debe estar todo riquísimo. Con un menú como este, es fácil comprender por qué siempre estará lleno el comedor —comentó Bruno, remangándose la camisa, mientras recibía la aprobación de sus compañeros de mesa.

—Esto es solo una pequeña muestra de la sabiduría culinaria del maestro Scappi —dijo orgulloso el dueño del albergo.

—Algo que me ha llamado poderosamente la atención es la preparación de las mesas —dejó caer Angiolo, dirigiéndose al propietario.

—También se lo debemos a Scappi. Dice que para preparar una buena comida debe presentarse sobre una mesa limpia y cubierta de grandes y decorados manteles —respondió Chiodega.

—La disposición de las mismas es igualmente curiosa —se percató Bruno.

—Eso es una sorpresa, señores, cuya explicación podréis ver a lo largo de la cena... Pero ya os dejo tranquilos. Mañana nos veremos. ¡Que descanséis! —exclamó el dueño del albergo.

—Gracias —respondieron los tres a la vez.

Durante la cena, entre plato y plato, fueron saliendo detrás de un escenario unos actores que no cesaban de entretener a los comensales, con intermedios animados, realizando espectaculares saltos y danzas, recitando poesías, haciendo números malabares y pantomimas, mientras dejaban paso a otros más arriesgados que dejaban extasiados a todos los allí presentes. Y fue entonces cuando comprendió Bruno por qué se habían dispuesto las mesas en filas paralelas: para que todas tuviesen el mismo ángulo de visión de los espectáculos que iban sucediéndose a lo largo de la cena.

Después del succulento ágape, se despidieron antes de retirarse a sus correspondientes aposentos. Fue una noche inolvidable, que hizo olvidar las agotadoras jornadas anteriores. Sin embargo, Bruno, cuando se quedó solo en su estancia, volvió a abrir el libro que le regaló Margarethe, y pensó: «Este lugar me resulta de lo más agradable, y presiento que ella también se ha alojado en este albergo. Pelugo, un pueblo perdido en el interior de Val Rendena... Desde el momento que he llegado, unas fuertes y gratas vibraciones me sacuden de inmensa plenitud y hacen que me acuerde todavía más de la bella Margarethe».

Con ese grato recuerdo en la mente, y las preocupantes dudas que entrañaba la ausencia del cardenal en la ciudad de Trento, Bruno quedó sumido en un profundo sueño y durmió toda la noche de un tirón.

El día siguiente amaneció algo nublado, pero lo suficientemente despejado como para poder admirar la grandiosidad espacial de las poderosas cumbres del macizo montañoso del Brenta, con las altas y peladas cimas del Toff e Irón, que sobresalían sobre las copas de los espesos bosques de hayas, castaños y robles, que ya mostraban sus variopintos colores otoñales. Desde las ventanas del albergo, en sus

correspondientes aposentos, Angiolo y Bruno, elevando sus miradas hacia levante y arriba, pudieron admirar aquel maravilloso espectáculo natural. Luego coincidieron en el pasillo, para bajar juntos al salón.

XXIV. El reino de los fogones

—He dormido a pierna suelta —afirmó con la mayor felicidad Angiolo.

—Yo también, amigo —manifestó Bruno, dándole una palmada en el hombro a su compañero—. Hacía tiempo que no dormía tan bien. El colchón de plumas y el suave y cálido edredón me han hecho creer que estaba flotando sobre una nube de algodón.

Al llegar al salón, Luigi ya estaba en pleno trabajo, organizando las mesas para los desayunos.

—Buenos días, señores. ¿Habéis descansado bien? —preguntó el dueño del albergó.

—Buenos días. Por supuesto, señor. Este lugar lo vamos a recomendar, sin duda —se anticipó Bruno.

—Bien. Mi hija María os preparará enseguida la mesa.

—Muchas gracias.

—Os he reservado la misma mesa que ocupasteis anoche —informó Luigi.

María era la joven que atendió a los viajeros cuando llegaron la jornada anterior, pero ya no llevaba el traje tradicional de la zona, aunque sí uno no menos elegante: una blusa holgada de algodón, de color rosa, cinturón ancho de cuero y falda vaporosa que cubría la rodilla, con medias de lana y zapatos negros de medio tacón; decoraba su pecho un medallón de oro con el escudo del principado de Trento, caracterizado por un águila de alas negras y abiertas, y corona superior; los pendientes iban a juego y la larga melena, dorada como el medallón que portaba, caía suelta, en tirabuzones, sobre su femenina y blanca espalda.

—En un momento os preparo la mesa, señores —exclamó María—. Pero ya pueden sentarse.

—Muchas gracias, señorita.

Mauro se incorporó al momento.

—He echado un vistazo a los caballos, y está todo correcto —comentó el cochero—. Les he pasado el cepillo, y están a punto para partir.

—Gracias, Mauro, pero como ya te dije anoche, habremos de salir algo más tarde, porque el señor Luigi quiso que conociésemos las cocinas, y el responsable de fogones resulta que es toda una celebridad, y nos gustaría hablar un rato con él —se justificó Bruno.

—No hay ningún problema —asintió el chófer—. El destino de nuestro viaje ya no queda lejos, y tampoco tenemos prisa. Por otro lado, si tenemos que quedarnos un día más en Pelugo, no estaría mal, aquí nos encontramos bien, ofrecen buena comida, es un albergó confortable y las personas son amables —añadió.

—De acuerdo —respondió Bruno.

—Aprovecharé, si os parece bien, para dar una vuelta por el pueblo. Quisiera

recordar algunos lugares que recorrí en mi infancia, aunque ya apenas los recuerdo, en verdad —exclamó Mauro.

—Pues yo, al igual que hicimos en Bolbeno, y con una mañana tan espléndida como se presenta, quisiera respirar el aire puro de estas montañas y admirar los árboles y jardines. Perdona que no te acompañe, Bruno, y discúlpame con el cocinero —sugirió Angiolo.

—No me parece mal, ya visitaré yo solo las cocinas y conversaré con el señor Scappi. Pero no salgáis al exterior de las murallas; mejor que lo hagamos ya al partir, todos juntos. En un par de horas, aproximadamente, nos encontramos los tres aquí, en el albergo, para proseguir nuestro viaje hacia el norte del valle —aconsejó Bruno.

—Muy bien.

Después de ingerir un nutrido desayuno formado por nueces, castañas, queso de cabra, miel, carne de membrillo, leche, dulces típicos de la región y las tradicionales manzanas de Val di Non, Mauro y Angiolo se despidieron de Bruno, mientras este esperó al propietario del albergo para que le acompañase a la cocina. Pero Bartolomeo Scappi se adelantó.

—Buenos días, Bruno. ¿Habéis desayunado ya? —se interesó el maestro de cocina.

—¡Sí!, señor Scappi. En estos momentos aguardaba al señor Chiodega para que me llevase a las cocinas.

—Bien. El señor Luigi ha tenido que ausentarse del albergo, pero antes me ha pedido que yo haga los honores. ¿Y vuestro compañero? —se interesó el cocinero.

—Angiolo me ha pedido que le disculpéis porque ha tenido que salir también —respondió Bruno—. Después se incorporará, porque hemos de proseguir el viaje.

—Pues, acompañadme, os llevaré a mis dominios.

Después de atravesar los mismos pasillos recorridos la noche anterior, llegaron a las cocinas.

—¿Por qué están las cocinas tan separadas del salón comedor? —preguntó Bruno.

—La cocina debe estar colocada, de preferencia, en un lugar alejado, preservado del público; elevada, además, sobre un terreno plano, y, sobre todo, debe ser un espacio alegre, ventilado y bien distribuido, con chimeneas altas y amplias —respondió el cocinero con seguridad y convencimiento.

En el centro de la amplia cocina se hallaba un gran fogón, que igualmente llamó la atención de Bruno.

—No había visto antes una distribución como esta en una cocina.

—El fogón, para su mejor funcionamiento, debe encontrarse a un nivel algo superior al pavimento para facilitar la labor de los cocineros, y, como podrá ver, una gran chimenea tiene que cubrir todo el perímetro, para evitar que la estancia se llene de humo, al estar situada bastante próxima a la boca de la olla o el caldero. Todos

estos conceptos los considero esenciales para conseguir los mejores resultados en las tareas que, a diario, deben llevarse a cabo en una buena cocina. Y el señor Chiodega lo comprendió de inmediato, cuando contrató mis servicios e invirtió buena parte de sus bienes en esta magnífica cocina, una de las mejores de toda Italia. Por ello, y por su infinita generosidad y humanidad, estoy con Luigi, y cuando tenga que marcharme de este lugar, porque desde las altas esferas no dejan de interesarse por mis servicios, dejaré a mi ayudante más destacado, Giovanni, como gran continuador de mi trabajo en este agradable y querido establecimiento de Pelugo.

—Estas palabras le hacen todavía más grande, señor Scappi —exclamó Bruno, mirando con admiración y respeto al cocinero.

—Gracias. Pero quiero enseñarle algo. —El cocinero llevó a Bruno a una sala anexa, que servía de despensa—. Mirad estas sacas de esparto —pidió Bartolomeo, mientras abría una de ellas con una tijera de hierro.

—No había visto estos alimentos antes —respondió Bruno, con la mayor curiosidad.

—Son patatas...

—¿Patatas? —repuso con extrañeza Bruno.

—¡Sí!, querido amigo. Uno de los alimentos más preciados que nos llegan de América, antes conocida como las Indias Occidentales. Si en Europa hubiésemos tenido patatas hace dos siglos, no habría habido tantas muertes a causa de la peste negra y otras graves epidemias que se llevaron a la tumba a miles de personas de todas las condiciones sociales, sin excepción. La patata es un tubérculo, que, como tal, nace y crece dentro de la tierra, y hay muchas variedades, según el tamaño, el sabor, el color y la dureza de su piel..., pero todas ellas son extraordinarias para la salud de las personas. Un alimento que no debe faltar, al menos una vez a la semana, en nuestra dieta.

Bruno, mientras escuchaba aquellas explicaciones, mostraba una completa admiración y asombro, pues no daba crédito a lo que estaba aprendiendo de aquel cocinero en una población tan pequeña y perdida de las montañas del Brenta.

—¿Y cómo llegan a Pelugo? —se interesó.

—Las primeras patatas llegaban desde España, en barco, hasta el puerto de Nápoles, y de allí, a través de Milán, a la ciudad de Trento, desde donde se distribuían por todo nuestro principado. Fue a partir de 1536, estando al servicio del cardenal Lorenzo Campeggio, cuando aconsejé que se llevase a cabo un intensivo cultivo de esta planta, y hoy, tres décadas después, ya forma parte del paisaje de muchas zonas del norte de Italia.

—Veo que estáis desarrollando una magnífica labor en lo que se refiere a la mejora de los alimentos que estamos consumiendo en nuestra vida cotidiana —manifestó Bruno, alabando los conocimientos del cocinero.

—En efecto. Lo mismo estoy haciendo con el tomate, otro alimento que nos llegó también de América; no ceso de introducirlo en las comidas, por su elevada riqueza alimenticia.

En aquellos momentos, un mozo se aproximó tímidamente al maestro cocinero.

—Señor Scappi, ¿qué hacemos con esta saca? —preguntó.

—Apartar algunos panes para las sopas de esta noche, y el resto, dárselo a los perros —respondió Scappi.

Una vez se hubo marchado el joven, Bartolomeo comentó:

—Este joven también se está formando a mi lado. Es el panetero, el trinchante. Y no quiero que ningún alimento se tire a la basura. Debemos aprovechar todo lo posible.

—Veo que ama los animales —comentó con agrado Bruno.

—Sí. Siempre he tenido perros en mi casa. Son, con el caballo, el mejor amigo de las personas. Antes le doy de comer a un perro que a un vil ladrón o a un asesino.

—¿Y la biblioteca? Me dijo que había una. ¿Dónde está? —se interesó Bruno.

—¡Ah! Veo que no se ha olvidado. Estamos muy cerca.

Scappi tomó una lámpara de aceite y animó a Bruno a que le acompañase; después de abrir la puerta que se hallaba al final de la pared del fondo, una escalera en acusada pendiente les llevó a una estancia subterránea y secreta.

—Allí, junto a los alambiques de cobre y las calderas de bronce, donde se elaboran aguardientes y grapas, tengo una pequeña estancia que Luigi me ha dejado para que instale mi biblioteca privada.

—Estoy deseando conocerla —se impacientó Bruno.

Tras abrir una gruesa puerta de madera y encender las dos lámparas de aceite de la pared, aparecieron ante los extasiados ojos de Bruno los estantes de una biblioteca secreta, que el cocinero había ido engrosando en sus cortos ratos libres, invirtiendo su pequeña fortuna.

—Venid y tomad asiento, quiero mostraros algunos de los volúmenes que tengo en este pequeño santuario —musitó Scappi. Los ojos de Bruno no salían de su asombro ante la singularidad de cuanto tenía a su alrededor, en un espacio físico tan limitado, lejos del ruido del resto del establecimiento—. Este volumen, llamado *De re Coquinaria*, es una recopilación de recetas, desarrolladas por el noble Marco Gavio Apicio, cocinero de la época de Tiberio, aunque la versión definitiva se editó en el siglo IV de nuestra era. Aquel otro es *Le Viander*, un recetario de cocina escrito en 1373 por el francés Guillaume Tirel. Al lado se encuentra *Le Mánagier de París*, del año 1393, y no menos interesante es aquel otro, *Ancien Cockery*, del año 1381, escrito en lengua inglesa. Pero me atrevo a manifestar que la obra clave, la que más me ha servido para desarrollar mi labor, ha sido esta —y alzó el libro—: *Libre de Sent Soví*, realizada en el siglo XIV, coincidiendo con el esplendor comercial del

Reino de Aragón, y escrita en lengua catalana, en la cual numerosos gastrónomos italianos, como yo, se han basado para estudiar la historia y antropología de los alimentos, como el Maestro Martino, cocinero personal del señor Camarlengo, patriarca de Aquilea, en Friuli, autor de *Capo Laboro*. También el *Libro della cocina*, del Anónimo toscano, bebió de las fuentes de esta singular obra, al igual que el *Libro del cuoco*, del Anónimo veneciano. Pero mi obra predilecta, con la que me olvido del mundo leyendo y releendo capítulos, sin cansarme, es *El Libre del Coch*, escrito por Robert de Nola, maestro cocinero de los señores de Nápoles. Este ejemplar tiene todavía mayor valor, porque es del año 1520, correspondiente a la primera edición, que se benefició de la imprenta.

Bartolomeo Scappi descansó un momento, aunque su entusiasmo por el tema que abordaba no tenía límites.

—Resulta verdaderamente impresionante ver vuestros conocimientos sobre el arte gastronómico. Es un lujo oírlos, maestro Bartolomeo. No olvidaré jamás este encuentro.

El señor Scappi hablaba y hablaba sin cesar, se notaba que su mundo, la cocina, le fascinaba...

—Aquellos ejemplares del estante superior no son menos interesantes, Bruno, se trata del *Tacuinum sanitatis*, códices ilustrados, en cuyas páginas se explican las formas de elaborar pasta. Los consejos prácticos e ilustrados los considero básicos para los jóvenes cocineros que, después de un período de tres años como ayudantes de fogones, inician el aprendizaje a la maestría. En la sala anexa a esta estancia, próxima al taller de elaboración de licores, dos veces a la semana doy clases a estos jóvenes para que aprendan de los clásicos y de los grandes cocineros que han dejado huella.

—Todo esto es muy útil y además necesario para formar a los maestros de cocina. Una comida nutritiva y equilibrada es la base de la salud y de la calidad de vida —manifestó Bruno.

—Pero en el estante más inferior tengo los libros secretos y prohibidos... —añadió Bartolomeo, medio susurrando.

—¿Libros prohibidos? —no tardó en preguntar Bruno, lleno de interés.

—Sí, aunque parezca imposible creer, aunque son libros de cocina la Inquisición no ha dudado en condenarlos y perseguir a quienes los leen.

—¿Pero también la gastronomía está en el punto de mira del Santo Oficio? —preguntó perplejo Bruno.

—¡Observad este volumen! —exclamó el cocinero.

—Bueno, no encuentro nada de particular; solo que el autor es árabe.

—En efecto. Se trata de *El jardín perfumado*, un clásico de la literatura gastronómica y, al mismo tiempo, erótica, escrito por el jeque al-Nefzawi en 1535. En

sus páginas se analizan algunos alimentos que este autor islámico considera afrodisíacos, entre los cuales está la cebolla.

—¡La cebolla! —exclamó Bruno con cierto asombro.

—¡En efecto! La cebolla, una humilde hortaliza fácil de encontrar y barata que, debidamente cocinada, eleva el apetito sexual de los hombres. Además, tengo entendido que la cebolla acrecienta el esperma, al ofuscar la razón y el sentido... Pero leed atentamente este párrafo: «El órgano de Abou el-Heloikh ha permanecido treinta días en erección sin desfallecer un instante porque había tomado cebollas».

Bruno no dejaba de admirar cuanto estaba viendo ante sí; su curiosidad no tenía límites. Y después habló:

—Pero no entiendo el rechazo de la Inquisición.

—Yo tampoco —repuso Scappi—. Os sorprenderíais si os digo que las cualidades de esta hortaliza son bien conocidas por las altas jerarquías de la Iglesia, información que os transmito con pleno conocimiento de causa, entre otras cosas, porque fui contratado personalmente por el cardenal Madruzzo para preparar los banquetes de algunas de las sesiones más importantes del concilio, y me pidieron que desarrollara de forma muy especial platos estimulantes, para reforzar el apetito sexual y, sobre todo, que no faltasen cebollas en sus ingredientes...

—Ya he oído hablar de algunas de aquellas fiestas —comentó con sorna Bruno.

—¿Comprendéis ahora el espectacular aumento de población en el principado durante los dieciocho años que duró el cónclave? —confirmó el cocinero.

—Veo que conocéis bien algunos entresijos de nuestra historia reciente —manifestó con media sonrisa Bruno.

—Otra obra prohibida es aquella —indicó Scappi, extrayéndola de la estantería—. Su nombre es *Malleus Maleficarum*, «martillo de brujas». Se publicó en 1486, y está considerado como el libro más notable y siniestro que trata de las pócimas de las siervas de Satán y sus brebajes, para estimular los actos de las ceremonias de los aquelarres. Algunas de estas recetas pondrían los pelos de punta al más valiente, pero sobre todo, es una información esencial para los *exploradores* de la Inquisición.

—¿Y cuáles serían algunos de estos ingredientes? —preguntó sumamente interesado Bruno.

—Grasa de niño pequeño, jugo de apio silvestre, belladona, acónito, muérdago, mandrágora..., todo ello bien cocinado dentro de un caldero brujeril, según explican los capítulos, y, tras su ingesta, gracias a la belladona, especialmente, se experimenta la sensación física de volar sobre una escoba, después de haber fornicado con el macho cabrío, en representación del Diablo... —añadió Scappi, en tono un tanto jocoso.

—¿Y estos libros también los consultan los jóvenes aprendices? —preguntó un tanto extrañado Bruno.

—¡No! Estas obras no están al alcance de ellos —manifestó Scappi—. Son mías, y, como podréis ver, están guardadas dentro de este armario, cerrado con llave. También sería un tanto peligroso que se mezclaran con las demás, aunque a estas estancias subterráneas solo tengo acceso yo y los ayudantes de cocina, cuando tienen clase, pero siempre en mi compañía. Además, como podéis comprender, conseguir estos libros no me ha sido nada fácil, eso sin contar los elevados precios que he tenido que pagar. Pero pienso que todo es importante de conocer en esta vida. La gastronomía es un mundo fascinante, que te obliga a un constante aprendizaje. Últimamente me estoy interesando mucho por los alimentos que nos vienen de América, a través de España; sus posibilidades son impresionantes. En el Monasterio de Piedra, cerca de Calatayud, en Aragón, los monjes cistercienses están elaborando un magnífico chocolate líquido, conseguido de las pepitas de cacao llegadas del Nuevo Mundo, endulzado con azúcar, según me han dicho.

—La verdad es que estaría escuchándoos días enteros, y no me cansaría, pues sois un fondo de sabiduría, pero, con mi mayor pesar, debo encontrarme con mis compañeros para proseguir el viaje —comentó Bruno—. Ya estarán esperándome en el salón.

—Bien —musitó el cocinero—. Pero me gustaría que aceptaseis una bolsa de comida para que la llevéis en el camino. Giovanni os la preparará en un momento.

—Muchas gracias, Bartolomeo, ha sido un inmenso placer conoceros. He podido comprobar personalmente que los halagos que me han llegado de vos son insuficientes ante vuestra grandeza humana y sabiduría —expresó Bruno, mientras estrechaba las manos del más grande cocinero que haya dado el Renacimiento italiano.

Tras terminar de visitar aquella cámara subterránea, ya en la planta principal, el salón comedor comenzaba a llenarse; el éxito de las cocinas del albergo había traspasado valles y montañas, convirtiéndose en un referente obligado del arte del buen yantar en todo el principado de Trento. En la barra, tomando un vaso de vino, esperaban Angiolo y Mauro.

—¡Hola amigos! ¿Lleváis mucho tiempo esperando? —preguntó Bruno.

—No, hemos llegado hace poco.

—Pues vamos a despedirnos del señor Luigi y de su hija, y a agradecerles la buena acogida que hemos tenido —manifestó Bruno.

—¡Sí!, porque nos espera un largo trayecto todavía hasta Caderzone, y no quisiera que se nos eche encima la noche —aconsejó Mauro.

—Si comemos aquí, que tampoco sería mala idea, no llegaríamos de día —aclaró Angiolo.

—Ya está resuelto el tema de la comida —informó Bruno—. El señor Scappi ha tenido la gentileza de prepararnos una bolsa con alimentos para el viaje, y así no

perderemos tiempo.

Tras pagar los alojamientos al señor Chiodega, y este obsequiarles con la cena de la noche anterior y no cobrarles nada por el establo para los caballos, se despidieron de él y de su hija. Los tres dejaron atrás el albergue y salieron por la puerta amurallada, en dirección norte.

XXV. Recuerdos

Ya fuera de las murallas, una vez tomado el camino en dirección norte, con el río, con su hilera de álamos temblones, como referencia espacial y las cumbres del Brenta a la derecha, Angiolo cortó un agradable silencio.

—Amigo Bruno, ¿cómo fue el encuentro con el maestro de cocina del albergo?

—El señor Scappi es, sin duda, la mayor autoridad de toda Italia en cuanto a los conocimientos sobre el arte de elaborar los alimentos —afirmó Bruno—. Es un verdadero lujo que una población tan pequeña como Pelugo tenga unas cocinas tan ejemplares, a cuyo frente se encuentra este gran sabio de los fogones. Pero presiento que no va estar mucho tiempo más en este albergo.

—¿Qué quieres decir?

—Muy a su pesar, es probable que el maestro Bartolomeo, a sus 65 años, tenga que abandonar el albergo donde está trabajando y ha creado toda una escuela de gastronomía de renombre, obligado a dirigir las cocinas de altas personalidades, y una es posible que sea el mismo Vaticano, según me ha comentado discretamente —manifestó Bruno.

—¿Y quién seguirá como cocinero en el albergo? —insistió Angiolo.

—Ya lo tiene todo preparado. Ha confiado en su mejor ayudante, Giovanni, esta responsabilidad.

—¿Y la biblioteca? —se interesó el jardinero.

—¡Ah!, la biblioteca. Tenías que haber estado allí, resulta difícil de explicar en pocas palabras. Aún no salgo de mi asombro. ¿Te acuerdas de la biblioteca secreta que nos mostró Pietro Andrea en el castillo de Toblino?, pues la que admiré esta mañana, aunque algo más reducida en tamaño, es igualmente digna para encerrarse en su interior y olvidarse del tiempo y el espacio. Además, cuenta con una sección dedicada a obras prohibidas...

—¿Libros condenados por la Iglesia? —preguntó con interés Angiolo.

—Sí, pero en este caso todos ellos relacionados con la gastronomía.

—Lamento mucho haberme perdido esta lección de aprendizaje, y soy consciente que estas ocasiones no se repiten en la vida —manifestó Angiolo, con hondo pesar.

—Puedes estar seguro de ello. Oportunidades como esta no las tendrás a menudo en la vida, que es tan corta, querido Angiolo. Podría haberme quedado días enteros admirando aquellas obras de arte literario y, sobre todo, escuchando los valiosos y enriquecedores consejos del maestro Scappi —comentó con la mayor seguridad Bruno.

Tras hacer un corto descanso en el camino, pasaron por Borzago, Spiazzo, Mortaso y Strembo, pueblos todos ellos muy tranquilos y pequeños, de pocas casas de piedra y madera. Fue entonces, saliendo de Strembo, cuando Bruno llamó la

atención de Angiolo, que estaba ensimismado contemplando la hilera de árboles de ribera y los bosques que se extendían sobre las laderas de las montañas.

—Bueno, amigo Angiolo, cuéntame algo de Caderzone.

Angiolo, algo sorprendido, le respondió enseguida.

—Fue en Caderzone cuando, hace cincuenta años, vine al mundo, en el seno de una familia humilde. Mi padre, Salvatore, conocía como nadie los secretos de las plantas silvestres, y mi madre trabajaba en un taller de cardadores de lana con telar. Aún se conservaba aquel centro de trabajo cuando me trasladé a Trento, recuerdo que era la casa de los Albiano. Mi padre desapareció en extrañas circunstancias, y mi madre, Mariana, se encuentra enterrada en el cementerio del pueblo, y lamento mucho que, en tanto tiempo, solo he venido una vez a visitarla.

—¿Entonces, no te queda nadie, ningún familiar en esa población? —preguntó Bruno.

—Sí, unos tíos por parte de mi madre, Ricardo y Jacinta, cuya casa no queda lejos de la iglesia, y a donde nos vamos a dirigir, porque son agradables personas —comentó Angiolo—. Les he traído unos sencillos recuerdos de Trento. Espero que estén vivos. Sus hijos, mis primos, Alberto y Enmanuela, también vivían con ellos. No se esperan mi visita.

—¿No tenían casa propia tus padres? —se interesó Bruno.

—Sí, pero tras desaparecer mi padre, nos arrebataron la casa, que pasó a ser propiedad de familia más poderosa de la población, los Bersone, y mi madre tuvo que instalarse en la vivienda de mis tíos. También se llevaron todo cuanto había de valor en el hogar, incluso recuerdos entrañables de familia. Yo, ante aquella difícil situación, tan pronto como cumplí los quince años, decidí irme a Trento, en cuya ciudad me formé como jardinero, contraje matrimonio y tengo una familia maravillosa, como sabes.

—Sí, pero no sabía nada de cuanto me estás contando —reconoció Bruno—. Veo que mucho estamos aprendiendo, en todos los sentidos, en este viaje. También yo espero aclarar grandes dudas de mi pasado —expuso con pesar.

Se produjo entonces un silencio, aunque en las mentes de ellos gravitaban muchos interrogantes.

—Nosotros, Mauro y yo, si te parece bien, nos alojaremos en el albergue. Supongo que habrá un establecimiento en donde poder quedarnos.

—De ninguna manera, Bruno —dijo Angiolo—, la casa de mis tíos es muy grande, incluso cuenta con caballerizas, y estoy seguro de que ellos, al venir vosotros conmigo, os acogerán con todo agrado.

—Gracias, amigo.

—Recuerdo que mi madre tenía una gran devoción a san Biagio, cuya fiesta se celebra el tres de febrero, seguramente porque este santo, que fue médico en el siglo

iv en Armenia, protege a quienes padecen de enfermedades de la garganta, los que trabajan como cardadores y tejedores y también a quienes desarrollan actividades agrarias —informó Angiolo—. Es el patrón de los cultivos y cereales, a cuya imagen se rinde culto en el altar mayor de la iglesia de Caderzone.

—Sí, conozco bien la vida de este santo —confirmó Bruno—. He restaurado algunos cuadros y pinturas dedicados a él. Sus reliquias están repartidas por Maratea, Carosino, Caramagna, Cardito y Messina; además, es patrono de la ciudad de Nápoles.

Poco después, el carromato hacía su entrada en la villa, y Mauro lo anunció con júbilo:

—Señores, ya hemos llegado a la población de Caderzone. ¿A dónde nos dirigimos?

—Gracias, Mauro. Directamente a la plaza, junto a la iglesia se halla la casa de mis parientes —respondió Angiolo, sacando su cabeza por la ventanilla del carruaje. Luego, dirigiéndose a Bruno, añadió—: Espero que se encuentren en ella, y que hayamos llegado en buen momento.

La casa de los familiares del jardinero era una de las más grandes del pueblo, y frente al portal, en los barrotes de la verja de hierro, Mauro aseguró las riendas del carromato.

—¡Esperad un momento! —exclamó Angiolo.

El portalón estaba cerrado, aunque en el interior se podían ver algunas lámparas de aceite encendidas en varias habitaciones. Tras golpear la aldaba, no tardaron en abrir. De pronto, un hombre iluminó el rostro de los recién llegados.

—¡Qué sorpresa, señores! —exclamó.

—¿Eres tú, Alberto? —preguntó lleno de alegría—. Soy Angiolo, tu primo.

Tras abrir de par en par la puerta, aquel hombre no dudó en abrazar al recién llegado.

—¡Angiolo!... ¡Me alegro de verte! *Per la Madonna!* ¡Nos colma de infinita alegría el verte aquí!

—Perdona, primo, por tanto tiempo de ausencia —comunicó Angiolo con tristeza y alegría al mismo tiempo.

—Lamento mucho no haberte reconocido al llegar —repuso Alberto.

—No tengo nada que perdonarte, al contrario, soy yo quien está en deuda con ustedes por el largo tiempo de ausencia, pero no he parado de pensar siempre en vosotros —manifestó Angiolo.

—¡Sois bienvenidos, pasad! —les invitó Alberto.

—Mis compañeros, primo, son Bruno y Mauro —le explicó Angiolo—. Salimos hace un par de semanas de Trento, para venir a Caderzone, y, por diferentes motivos, el viaje se ha alargado, pero ya estamos aquí, felizmente.

—Sentiros en vuestra casa. Pero entrar por favor, señores —musitó Alberto dirigiéndose a Bruno y Mauro.

—Gracias, señor.

—¿Y tus padres y tu hermana, están bien? —se interesó Angiolo.

—Sí, aunque muy mayores, como podrás ver. Estamos todos en casa, y no tardarás en verlos.

—Tengo muchas ganas de abrazarles —manifestó Angiolo—. ¿Podremos, entonces, quedarnos unos días en tu casa, primo?

—¡Claro!, ya te he dicho que no hay ningún problema. La casa, como sabes, es muy grande. Llevad los caballos a las cuadras, que siguen estando en el patio trasero.

—Sí, me acuerdo como si fuese hoy —añoró Angiolo—. Acompaño un momento a Mauro, para que lleve a los caballos a los establos.

Mientras, Alberto, en el portal de entrada de la casa, habló unos instantes con Bruno.

—Hemos tenido un viaje un poco ajetreado, pero también muy interesante, ya os contaremos. Esta población tiene algo distinto a las demás que hemos visto en el viaje. Puede ser por hallarse sobre una llanura que su aspecto no tenga la sensación de ahogo con las montañas algo más lejanas —comentó Bruno.

—Sí, en Caderzone, en estos momentos, se disfruta de una gran paz —afirmó Alberto—. Poco a poco vamos cerrando las heridas del pasado, aunque las cicatrices perdurarán.

—¿Qué quieres decir? —respondió Bruno.

—Ya os lo contaremos mañana con tranquilidad, después de que repongáis fuerzas —contestó con amabilidad Alberto—. Ahora vais a conocer a mi familia, que es la de Angiolo, y sus amigos son también mis amigos.

—Os lo agradezco.

Después de liberar los caballos de los arneses y dejarlos en las cuadras, y de llevar el carromato al patio trasero, Mauro y Angiolo se acercaron portando algunas bolsas de viaje.

—¡Acompañadme! —aconsejó Alberto, mientras cerraba el portalón, y conducía a los recién llegados al interior de la casa.

—Cómo me acuerdo de todo cuanto tengo delante: los muebles, las lámparas, las cortinas, los espejos, la escalinata..., el salón estaba próximo a la cocina y a la bajada de la bodega subterránea —expresó Angiolo, con mirada nostálgica.

—Todo sigue igual, Angiolo —comentó Alberto—. Mis padres están en el salón, frente a la chimenea, y mi hermana en la cocina, preparando la cena. Les avisaré ahora mismo de vuestra llegada. Se pondrán muy contentos.

—Gracias, querido primo —repuso con profundo sentimiento Angiolo.

Enseguida llegaron al salón, y al fondo se encontraban Ricardo y Jacinta, tíos de

Angiolo, quienes se hallaban sentados en una butaca próxima al calor de la chimenea, un tanto extrañados ante aquel alboroto.

—*Papa, mamma!*, ¿se acuerdan de vuestro sobrino Angiolo? —preguntó con alegría Alberto.

Los rostros de aquellos ancianos no podían manifestar una felicidad más inmensa, y, con lágrimas en los ojos, después de apartar la manta que les cubría las piernas y de levantarse, no con pocos esfuerzos, abrazaron con el mayor afecto al familiar, de quien pocas noticias habían recibido después de tanto tiempo.

—Querido Angiolo, ¡qué felicidad volver a verte! No sabíamos nada de ti, después de tu última visita a Caderzone, de la que hace ya mucho tiempo —dijo Jacinta, mientras Ricardo seguía abrazando con ternura a su sobrino.

—No tengo disculpas que justifiquen mi alejamiento. Solo decir que la vida en Trento es muy diferente a la que se desarrolla en los pueblos. Mi trabajo como responsable de los jardines de los palacios de la capital del principado, y más aún, durante los largos años del concilio, me ha obligado a permanecer en Trento con pocos momentos de tranquilidad, en compañía de mi esposa, Antonella. A mis hijos, Domenico y Luigi, tampoco los vemos mucho; el primero es capitán del ejército del principado, y está más tiempo en Brixen, y Luigi se hizo monje, y se encuentra en el santuario de San Romedio.

—¡Excelente! Tienes que venir otra vez con toda tu familia de visita, para poder conocerlos.

—¡Pero bueno! ¿Es que no nos vas a presentar a tus amigos? —se interesó Ricardo.

—¡Ah! Perdonad el descuido —se disculpó Angiolo—. A mi derecha está Bruno, restaurador de las obras de arte de los palacios de Trento, él también trabaja para el cardenal Madruzzo, y a mi izquierda, Mauro, chófer de la curia de Trento. Todos, en diferentes tareas, estamos a las órdenes de su eminencia.

—Es un honor para mí conocerlos —manifestó Bruno, mientras saludaba a Ricardo y besaba la mano de Jacinta.

—Igualmente, señor. Consideraros estar en vuestra propia casa —replicó Ricardo.

—¡Gracias! —exclamaron al instante Bruno y Mauro.

—Se quedarán unos días con nosotros, padres —comentó con júbilo Alberto.

—Pues prepararles los aposentos de la buhardilla, que estarán más cómodos. Pero antes deberéis cenar —anunció Jacinta, mientras llamaba a su hija, que había bajado a la bodega, que hacía también las funciones de despensa, y por ello no se había percatado del encuentro.

En aquel momento Enmanuela subía de la bodega, portando diversas legumbres en una canasta de mimbre y una jarra de vino.

—¡Hija! ¿A que no sabes quién acaba de llegar? —exclamó Jacinta con inmensa

felicidad.

Aquella mujer, tras mirar fijamente el rostro de Angiolo, le reconoció enseguida, recordando algunos momentos de la infancia, porque los tres primos, al ser de la misma edad, habían jugado y se habían criado juntos.

—¡Es Angiolo!, ¡nuestro primo Angiolo! ¡Qué alegría verte, después de tanto tiempo! ¿Cómo tú por aquí?

—¡Mi pequeña Enmanuela! ¡Cuánto has crecido desde la última vez que te vi! Te has convertido en una hermosa mujer. No tengo excusas para justificar mi ausencia. Pero han sido unos años muy duros de trabajo, especialmente por las obligaciones con las sesiones del concilio —afirmó Angiolo, con inmensa felicidad, mientras abrazaba a su prima.

—Bueno, subid a los aposentos a dejar las bolsas que lleváis y después bajad para cenar, que yo echaré una mano a Enmanuela, para que la cena no se demore —aconsejó con cierta autoridad Jacinta.

Tras subir unos instantes a las habitaciones, los tres no tardaron en bajar al comedor para unirse a los dueños de la casa y compartir con ellos la felicidad del encuentro.

—¡Tomad asiento, aquí cerca de la chimenea, que ya falta poco para la cena! —recomendó Ricardo.

—Gracias, tío —respondió Angiolo—. Os he traído un pequeño presente de Trento. Son unos tejidos de seda, llegados de Venecia y procedentes de China. Con ellos, Jacinta y Enmanuela podrán hacerse unos vestidos. Y para ti, una pipa de agua, comprada a unos comerciantes que negocian con los mercados otomanos; recuerdo que fumabas...

—Muchas gracias, sobrino; aunque hace tiempo que no fumo, la guardaré con afecto. Es muy bonita, grabada con una galera.

—Y para ti, Alberto, esta cartera de piel, realizada en España, y comprada también en Trento.

—Me viene muy bien, no había visto antes una cartera de documentos como esta. ¡Muchas gracias! —exclamó con júbilo el primo.

Del interior de la cocina llegaban unos aromas que despertaron el apetito de todos. Y las mujeres comenzaron a traer los primeros platos.

—¡Mirad, mujeres, qué nos ha traído Angiolo! —manifestó con manifiesta ilusión Ricardo, mientras se apoyaba con el bastón y frotaba su espalda con la mano.

—¿Te duele algo, tío? —se interesó Angiolo.

—Sí. Es un dolor de espalda que, con los fríos, se incrementa, y me mortifica terriblemente. El médico me dice que es el reuma, una enfermedad de huesos, con la que no se puede combatir —expuso preocupadamente el anciano. Y luego añadió—: Bueno, vamos a hablar de otros temas, y sentaros, que la cena ya está a punto.

Los siete mantuvieron un clima de diálogo de lo más ameno. De repente, Angiolo, con el rostro cabizbajo, sugirió:

—Mañana quiero ir al cementerio a visitar la tumba de mi madre y ponerle unas flores.

Al escuchar aquello, los señores de la casa se miraron con pesar.

—Mariana, tu madre —se explicó Jacinta—, tiene una tumba muy bonita, que cuidamos a menudo. Lástima que no podamos hacer lo mismo con la de tu padre...

—Intentaré averiguar qué le sucedió a mi padre. Alguien debe saber algo. Porque, además de poder compartir con vosotros unos días, después de tanto tiempo, no haber podido asistir a su funeral ha sido el motivo fundamental de este viaje —manifestó Angiolo, con cierta rabia y dolor contenidos.

—Quiero decirte, sobrino, que desde hace tiempo, una vez a la semana, se acerca un hombre de edad avanzada a la tumba de tu madre y le pone flores —explicó Ricardo—. No es del pueblo, nadie ha hablado con él ni le conoce, pero desprende una gran caballerosidad en sus gestos, según hemos podido apreciar.

—¿Siempre es el mismo día cuando ese caballero viene a visitar la tumba de mi madre? —se interesó profundamente Angiolo.

—Sí, los viernes —informó Jacinta.

—Mañana es viernes, precisamente —respondió al instante Angiolo.

—Pues es verdad, mañana, después del desayuno, os acompañaremos al cementerio si queréis, primo —expuso con júbilo Enmanuela.

—¡Claro que quiero que nos acompañéis! —respondió Angiolo. Y añadió—: Después de la cena, aunque es algo tarde, quiero salir un momento a la calle, porque más que sentir cansancio, lo que deseo es volver a respirar el aire de este querido pueblo que me vio nacer, y al que no venía desde hace tanto tiempo.

—Si me lo permites, me gustaría acompañaros, amigo Angiolo —sugirió Bruno.

—Como quieras.

—Yo me voy a la habitación, estoy muy cansado —musitó Mauro, mientras iban retirándose las bandejas y el crujir de las brasas de la chimenea ponía una nota musical en el ambiente.

Angiolo y Bruno se prepararon en pocos minutos para iniciar aquel paseo nocturno, después de haberse abrigado bien. Y, tras despedirse de los demás, salieron al exterior. En aquellos instantes, las campanas del reloj de la torre de la iglesia repicaban las once, y una calma absoluta reinaba en las calles y plazas de Caderzone; solo el lejano maullido de un gato alteraba la quietud de aquel gélido escenario, y el metalizado chirrido de la veleta de la torre, movida por el viento.

—Oigo el silencio de las sombras que, como niebla invisible, se esparce por el interior del pueblo, especialmente durante las largas noches de invierno, como espectrales sombras fantasmales que juegan con las frías luces de las lámparas de

aceite —dijo con voz callada Angiolo, para no despertar a los vecinos de las casas próximas, que ya se habían retirado a dormir, mientras deambulaban en medio de la soledad urbana de la noche—. De pequeño jugaba por todos estos rincones; aún quiero oír los gritos y risas de la infancia, y nuestra osadía de atrevernos a entrar en los patios de algunas casas, saltando las tapias o forzando viejas cerraduras, siendo perseguidos luego por el sereno y escondiéndonos bajo las ramas de un árbol, para contemplar las escenas de amoríos prohibidos, y los tambaleantes pasos de un borracho por la calle, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido —recordó, y después añadió—: No ha pasado el tiempo. Estos lugares no se han borrado de mi memoria. Pero, al mismo tiempo, no dejo de pensar en mañana, con el afán por conocer a ese enigmático admirador de mi madre —dijo quedamente.

—Estaré contigo en todo momento —comentó Bruno, mientras pasaba su brazo derecho sobre los hombros de Angiolo.

—Muchas gracias, amigo.

Ya de vuelta, Bruno se acordó de su cometido, y los pensamientos atormentaron su mente. «He de enviar un nuevo mensaje al cardenal, pero no sé si ya habrá regresado a Trento. Si no está aún en palacio, es probable que los mensajes se pierdan o caigan en manos peligrosas. Por lo tanto, prefiero no mandar más palomas hasta no saber de Madruzzo. También me preocupa la seguridad de Margarethe, espero que haya llegado bien a Rovereto...».

XXVI. Sentimientos

Amanecía cuando Angiolo bajó al salón, donde se encontraban ya sus tíos; Ricardo, avivando el fuego de la chimenea, después de haber colocado unos tacos de madera de encina seca; y Jacinta, encendiendo una velilla de aceite a la imagen de san Biagio, encerrada dentro de una artística hornacina de madera.

—¡*Buon giorno*, queridos tíos! Veo que seguís manteniendo las tradiciones — exclamó jubilosamente Angiolo.

—*Buon giorno*, sobrino. Sabes cuánta devoción le tenemos a san Biagio. La imagen nos la trajo ayer tarde Pietro, el campanero, y aquí la tendremos nueve días, los que pide la novena, y luego, como es tradición, pasará a otra familia —repuso Jacinta, mientras limpiaba con el mayor mimo el rostro del santo, patrón de Caderzone.

—¿Y los compañeros, no han bajado aún? —se interesó Angiolo.

—El chófer sigue en su alcoba, pero el más joven hace rato que se levantó, y ha querido salir a pasear un momento. Me ha dicho que no tardaría.

—Bien. Subiré a despertar a Mauro, para que desayunemos todos juntos. Después iremos al cementerio, si os parece bien —propuso Angiolo.

Bruno regresaba en aquel momento.

—Amigo Angiolo, ¿cuál es la casa donde naciste? —preguntó con curiosidad Bruno.

—Es la que se encuentra enfrente mismo de la iglesia, al otro lado de la plaza y a pocos metros de aquí —repuso Angiolo.

—¿Una casa de piedra con arcadas en los balcones y ventanas en arco apuntado? —preguntó Bruno.

—Sí, esa es.

—Pues se encuentra abandonada y parece deshabitada —informó Bruno.

Al instante, Ricardo y Jacinta, que estaban oyendo aquella conversación, se miraron entre sí, reflejando un profundo pesar en sus rostros, y decidieron intervenir:

—Angiolo, esa casa, donde tú naciste, tras la desaparición de tu padre, como sabes, se la quedó la poderosa familia de los Berdone, pero hace años que la tienen abandonada. Temo que pueda venirse abajo, pues estos señores ya no residen en Caderzone ni se han preocupado por la casa, ni tampoco nadie sabe de ellos.

—Pues estaría bien hablar con el señor alcaide y aclarar este asunto, para que volvamos a recuperar esta casa —manifestó un tanto furioso Angiolo.

—Sí, el señor Aldo Ballino, nuestro alcaide, es un hombre justo —inquirió Alberto.

—Me parece muy bien —dijo Bruno, recibiendo la aprobación gestual por parte de los tíos de Angiolo.

Después de tomar el desayuno, Angiolo y Bruno, acompañados por Alberto, tomaron rumbo hacia el camposanto; Mauro prefirió quedarse en el pueblo, y los tíos de Angiolo tenían algunas tareas que hacer en la casa. El cementerio se encontraba a las afueras, sobre una pradera alfombrada de flores silvestres que ponían una nota de color a la frialdad de la piedra de granito de las tapias del cementerio y el mármol de las tumbas. Una vez dentro, Alberto se adelantó, para indicar el lugar exacto de aquel humilde panteón. Al llegar, Angiolo se emocionó vivamente.

Mientras limpiaba el sepulcro de las hojas secas caídas en los últimos días y algo de polvo que cubría la fría losa de mármol grisáceo, Angiolo no pudo evitar derramar unas lágrimas, después de tanto tiempo que hacía que no acudía a ese sagrado lugar, para rezar por los restos de su madre, allí enterrada, y también a causa del remordimiento por haberla dejado sola y por el terrible desconocimiento sobre el final del padre.

Al poco rato, mientras estaba rezando unas oraciones, un vendaval de aire hizo doblar los cipreses del camposanto y las campanas comenzaron a repicar..., como si todo ello anunciara un mensaje en el aire. Muchas dudas y preguntas sin respuesta se acumulaban en la cabeza de Angiolo, cuando, de pronto, Alberto le llamó la atención.

—Veo venir a lo lejos a la persona que, desde hace mucho tiempo, visita el cementerio una vez a la semana para colocar un ramo de flores sobre la tumba de tu madre —manifestó calladamente, dirigiéndose a su primo.

—Pues actuaremos con delicadeza, si os parece. Nos apartaremos detrás de aquel gran panteón, para no ser advertidos, pero lo suficientemente cerca para poder ver a este enigmático y desconocido personaje —aconsejó Angiolo.

—Me parece muy buena idea —secundó Bruno, con el respaldo emocional de Alberto.

No había concluido este de decir las palabras, cuando aquel extraño hombre hacía su entrada en el cementerio, dirigiéndose sin titubear a la tumba de Mariana, ajeno a la cercana presencia de los tres.

Aquellos instantes se hicieron eternos para quienes, desde la cercanía, con ojos de halcón, contemplaban y analizaban hasta el más pequeño movimiento del recién llegado.

Una vez postrado ante el panteón, decidió colocar sobre la losa, con esmero, el ramillete de flores silvestres que llevaba en su mano. Luego, permaneció firme unos minutos en silencio. Los tres se hallaban absortos contemplando aquella escena, que respetaron permaneciendo quietos. Después de unos instantes de meditación, aquel personaje decidió marcharse. Era un hombre mayor, pero decorosamente vestido, que se ayudaba con bastón para andar, pues cojeaba por su pierna izquierda; su aspecto era noble, y sus gestos transmitían una gran seguridad en sí mismo. Fue entonces, cuando Angiolo decidió salir al encuentro de aquel misterioso personaje, pero de

forma amable, para no asustarle.

—¡Señor! ¡Señor! Buenos días —irrumpió Angiolo, saliendo al paso de aquel hombre, mientras Bruno y Alberto, por deseo de este, mantuvieron la distancia, permaneciendo escondidos.

Aquel anciano, ante la soledad aparente del lugar, no esperaba la intromisión de nadie, pero no tardó en reponerse, interesándose por el recién aparecido.

—Buenos días, caballero. ¿Quién sois? —preguntó con amabilidad.

—Me llamo Angiolo Tonelli, hijo de la mujer aquí enterrada, sobre cuya losa habéis depositado unas flores —contestó.

El hombre no pudo evitar el mayor asombro y, tras unos instantes, con sus ojos humedecidos, se aproximó a Angiolo, respondiéndole con la mayor amabilidad:

—Perdone el atrevimiento, pero, aunque no tuve el placer de conocer a su querida madre, sí me unió una gran amistad a su padre, Salvatore.

—¿Mi padre? ¿Usted conoció a mi padre? —repuso Angiolo con sorpresa al oír aquellas palabras.

—Su padre fue un hombre de bien. Compartí con él sus últimos momentos de vida en uno de los lugares más terribles de este mundo —explicó con la voz rota aquel hombre.

—¿Qué quiere decir? ¿Usted sabe dónde murió mi padre?

Aquel hombre se tomó unos instantes antes de responder.

—Fue en la fortaleza de Pèrgine, en Valsugana, a una jornada a caballo al este de Trento.

—Sí, conozco bien aquel castillo —replicó Angiolo—. ¿Pero cómo fue mi padre a parar a aquel infierno?

—Sí, lo ha descrito muy bien: Pèrgine es la puerta del Infierno para quienes son encerrados en sus terroríficas mazmorras, porque muy pocos son los que logran salir vivos de sus recios muros —confirmó el anciano, con voz lenta pero firme.

Se sucedieron unos instantes de interminable silencio entre ambos, pero con muchas cuestiones por aclarar con aquel desconocido. Angiolo, viendo el cansancio de aquel anciano, no dudó en ayudarlo para que tomase asiento sobre un viejo tronco de madera caído. Y este, tras tomar algunas bocanadas de aire fresco y agradecerle el gesto, prosiguió su desgarrador relato:

—Su padre fue apresado mientras recogía hierbas y plantas silvestres en las orillas del lago Garzonè, próximo al de San Giuliano, y no lejos de Caderzone —aclaró.

—¿Pero por qué? ¿Y por quiénes? —preguntó Angiolo con frenética preocupación.

—Fue la Inquisición, *exploradores* y esbirros del Santo Oficio, y, sin juicio previo, fue condenado a la pena capital por brujo —continuó informando aquel extraño

personaje—. Después, entre horrendas torturas, fue conducido a las escalofriantes mazmorras de Pèrgine, según me comunicó vuestro padre, antes de morir.

El rostro de Angiolo no podía evitar la profunda angustia que le recorría y mortificaba de coraje su interior. Todo el mundo se le había venido encima en un instante. Luego, con voz quebrada, prosiguió con su interés por saber más sobre el final de su desdichado padre.

—¿Sabe entonces, señor, cómo fue su muerte?

—Sí —respondió—. Ambos sufrimos terribles sesiones de latigazos, que nos dejaron la espalda en carne viva y cubierta de sangre. Salvatore y yo, por diferentes motivos, fuimos encerrados en aquella terrible fortaleza. Él, condenado por brujo, servidor de Satán según la Inquisición, por lo que había escuchado gritar a quienes le llevaron maniatado en un carro-cárcel, y también a los verdugos y vigoleros que le torturaron después. Y yo, por haberme negado a pagar unos impuestos a la Iglesia, por las minas de mi propiedad, en la zona de Adamello, donde tenía mi casa. Soy de origen noble —se expresó aquel personaje, mirando con dolor a los ojos de Angiolo, quien no salía de su asombro, y con la rabia contenida.

—Pero por favor, decidme cómo fueron sus últimos momentos en este mundo —le pidió Angiolo, con lágrimas y coraje.

—Salvatore, su padre, después de recibir las terribles sesiones de latigazos, fue dejado unos días alimentado con pan duro y agua antes de recibir el tormento final...

Los ojos de Angiolo y su semblante transmitían una angustia desgarradora. En aquel momento, Bruno y Alberto, que habían escuchado toda la conversación, no dudaron en hacer acto de presencia, debido a la extrañeza y las explicaciones que estaba dando aquel hombre. Y Angiolo no tardó en presentarlos.

—Descuide, señor, son mi primo Alberto y mi mejor amigo, Bruno, con quienes he venido al cementerio para rezar sobre la tumba de mi madre, y a quienes les pedí que se mantuviesen apartados de nuestro encuentro.

—Buenos días, señor. Muchas gracias por sus atenciones con la madre de Angiolo, y también por las valiosas informaciones que nos está transmitiendo sobre el final de Salvatore —exclamó con preocupación y amabilidad al mismo tiempo Bruno.

—Señor —dijo Alberto—, no sabíamos nada de cuanto ha relatado.

—Bien, también es hora de que os explique todo cuanto sé; no querría morirme con estos recuerdos —expresó aquel desconocido y extraño anciano.

A medida que el tiempo iba transcurriendo, la conversación se desarrollaba más relajante. Solo el viento, que mecía con fuerza las copas de los altos cipreses del cementerio, acompañaba las frases de aquel desconocido hombre, que iba narrando una escalofriante historia que mucho tenía que ver con la familia de Angiolo.

—Salvatore fue conducido finalmente a la cámara secreta y más terrorífica de la

fortaleza de Pèrgine, para ser colocado dentro de una hornacina, abierta en el grosor del muro; sus brazos fueron maniatados a unos grilletes y su cabeza insertada dentro de un collar de hierro para que no se moviese lo más mínimo. Después, de una grieta abierta en la parte superior de aquella dantesca cámara comenzó a caer una gota de agua cada segundo, para perforar lentamente la cabeza de vuestro padre... Una vez muerto, sus restos fueron lanzados al exterior de la fortaleza y fueron devorados por las alimañas.

—¡Canallas! ¡Criminales! ¡Asesinos! Vengaré la muerte de mi padre —exclamó Angiolo con la más cruel rabia que un hombre pueda expresar con su mirada, mientras golpeaba con furia sus puños contra el grueso y áspero tronco de un ciprés, abriéndose los nudillos y ensangrentándose las manos.

—¡No hace falta!, vuestro padre ya descansará feliz en el Más Allá, porque su muerte ya fue vengada —manifestó aquel hombre.

—¿Qué queréis decir, señor? —preguntaron con el mayor asombro y al unísono los tres.

—El autor del apresamiento de Salvatore Tonelli fue Carlo Caraffa, conde de Montorio, sobrino del pontífice Paulo IV, nombrado también cardenal por este.

Al oír el apellido Caraffa, los corazones de los allí presentes dieron un sobresalto de estupor. Angiolo volvía a recordar a aquel ser tan malvado que era Domenico Caraffa, hermano de Carlo, el inquisidor que iba a llevar a las llamas a Gina y Giovanna. Pero aquel anciano, sin perturbarse, siguió su relato.

—Paulo IV falleció el dieciocho de agosto de 1559, y su desaparición desencadenó una infinita sensación de libertad, como un soplo de aire fresco que respiró toda la cristiandad. Pero era tanta la sed de venganza y el dolor del pueblo de Roma que un numeroso grupo de personas logró derribar la estatua que se le había alzado a este funesto pontífice en el Capitolio, además de reducir a pavesas los edificios de la Inquisición, tan estrechamente relacionados con él. Y su sobrino, Carlo Caraffa, que intentó ocultarse en los sótanos del castillo de Sant'Angelo, fue ejecutado un año después en la ciudad de Roma, quemado sin piedad en la hoguera por orden del actual pontífice Pío IV.

Aquellas palabras apaciguaron el ambiente de crispación. Y Bruno, pasando el brazo con afecto sobre la espalda de su amigo Angiolo, tras respirar profundamente, habló:

—Ya nos habló el cardenal Madruzzo de la condición de Paulo IV, a quien calificó como el más funesto de los pontífices que haya tenido hasta entonces la Iglesia de Roma. Fue, sin duda, el gran inquisidor y profesional de la tortura, ayudando a las intrigas de los Farnesio, descalificando a España, siendo uno de los mayores opositores a la contra Reforma tridentina.

—En efecto, además de haber dedicado gran parte de su inmensa fortuna

personal, y de dejar vacías las arcas del Vaticano, para crear nuevas máquinas y herramientas que destrocen los cuerpos de los seres humanos —manifestó con un tono algo más sosegado aquel hombre—. A ese pontífice, y también a su sobrino Carlo Caraffa, le debemos el haber llevado a la tumba a centenares de personas, condenadas, sin juicio, por su condición de judías, protestantes o simplemente por ser mujeres. Pero, afortunadamente, estos criminales ya están bajo tierra.

—Bruno y yo, hace pocos días, conocimos en Stenico a Domenico Caraffa, hermano de ese Carlo, igualmente un sanguinario sin límites, a quien su eminencia le dio una magistral lección, en todos los sentidos —manifestó Angiolo, con un semblante mucho más relajado, mientras se tapaba con un pañuelo las heridas de sus manos.

—Esa gente no aprenderá nunca, por muchas lecciones que reciban; su condición de asesinos forma parte de su razón de ser —expresó Alberto.

—Pero, por favor, háganos de usted. Me gustaría conocer a la persona que ha compartido los últimos momentos de la vida de mi padre —manifestó con el mayor interés Angiolo, mirando con respeto a aquel anciano.

—Sí, a estas alturas de mi vida ya no tengo miedo de desvelar mi identidad, la cual he tenido que mantener oculta durante mucho tiempo. Me llamo Indro Bezzeca. Mis tierras, en la zona de Adamello, son ricas en mineral de plata, y, desde hace muchas generaciones, mi familia explotaba las minas, pagando respetuosamente a los trabajadores. Pero Carlo Caraffa se interesó con ansia por estas minas, pensando en sus riquezas de plata, y una oscura y fría noche, al frente de sus sicarios, cubiertos con capa negra, puso cerco a mi pequeña residencia, situada sobre la ladera meridional del monte Furnace. Incendiaron mi casa, asesinaron sin piedad a toda mi familia y a mí me llevaron preso a Pèrgine, en cuyas mazmorras coincidí con vuestro padre, donde compartí con él las últimas jornadas de su desdichada vida. —Se produjo un silencio que se hizo eterno, al tiempo que, con el mayor asombro, todos seguían atentamente aquel desgarrador relato. Luego, el anciano prosiguió—: Vuestro padre me habló con el mayor cariño de vosotros, de Mariana, su querida esposa y de ti, Angiolo; ambos fuisteis su mayor y único tesoro. De verdad, no paraba de decírmelo, a pesar de las sangrantes y dolorosas heridas que tenía, abiertas por todo su cuerpo, y de los terribles tormentos a los que fue sometido. Me decía que lamentaba el no haber podido dedicaros más tiempo —explicaba Indro con voz quebrada, ante la atenta y consternada mirada de los tres.

—¿Y vos, cómo lograsteis evadiros de aquel infierno? —se interesó Bruno, mirando al anciano con el mayor respeto.

—Fue la jornada siguiente a la muerte de Salvatore. Por la noche oí el crujido del gozne de la cerradura de la celda abrirse tímidamente, lo cual me hizo desfallecer, pensando que ya había llegado también para mí la hora fatídica. Un celador se me

aproximó tanto que por mi cabeza pasó el temor de ser degollado allí mismo. Por un momento, perdí hasta la respiración, temiendo el fatal desenlace de mi desdichada existencia, al ver horrorizado el metalizado brillo de la hoja del cuchillo asomar por su cinturón de cuero, lo cual hubiera aliviado mis tormentos. Sin embargo, con movimientos seguros, y con el mayor secretismo, aquel carcelero se descubrió la capucha, y aproximándose una vela para que pudiera ver su rostro, me dijo calladamente: «¿No se acuerda de mí, señor Bezzecca?, soy Rodolfo, el esclavo que liberó hace años en el puerto de Venecia. Gracias a vos, fui rescatado de los mercaderes de la *Serenísima*, tras abonar el elevado precio de mi libertad. En estos momentos, estoy aquí como carcelero. Es probable que no lo recuerde, pero yo le estaré eternamente agradecido por su infinita magnanimidad. Presencí el día que fue encerrado en esta prisión, y, desde entonces, he estado estudiando la forma de facilitarle la libertad, y lamento mucho no haber podido hacer nada antes para evitar las torturas que ha estado sufriendo».

—Por favor, continúe.

Indro respiró profundamente antes de proseguir:

—Rodolfo fue un esclavo negro traído a los puertos de Venecia en el interior de una galera procedente de Argel. Una vez aboné el importe, este joven no quería separarse de mí, y entonces decidí darle trabajo en mi hogar, como sirviente. Unos años después se enamoró de una bella joven, también de color, que conoció en la ciudad de Trento, y al contraer matrimonio se despidió de nosotros. Después ya no supe nada más de él. Quiso abonarme su libertad, pero, obviamente, con la mía, le estaré infinitamente agradecido. —Aquel hombre descansó un poco y después continuó—: Y fue gracias a él, a Rodolfo, que por azares de la vida se convirtió en un aliado en aquel infierno, por lo que supe al detalle sobre los castigos que, a diario, estuvieron dándole a vuestro padre, y también la cruel tortura que le aplicaron y que le llevó a la muerte.

Angiolo perdió el control de sí mismo; parecía fuera de sí, gritando de acá para allá. Luego, cuando se tranquilizó un poco, volvió a preguntar:

—¿Y qué sucedió después?

Indro prosiguió:

—«¡Debemos actuar de prisa! Me han dicho que mañana le llevarán a vos a la hornacina de la gota de agua. Por lo tanto, tiene que escapar esta misma noche», me dijo aquel carcelero susurrándome al oído, pero yo le respondí calladamente: «Os estáis exponiendo demasiado, y también vuestra vida correrá un grave peligro, todo esto es muy peligroso». Aun así el joven no se amedrantó y me contestó mientras me obligaba casi a empujones a abandonar aquel terrible antro: «No temáis por mí. He logrado sobornar al carcelero de esta galería para que deje esta celda abierta, con la puerta cerrada y el cerrojo sin correr; de las demás, también iré arreglándolo. Ya en el

exterior he organizado la huida final de este infierno, con unos caballos que robé hace un par de días. En sus alforjas he puesto algunas ropas limpias y agua, para que abandonéis lo más pronto este lugar. Veréis el caballo, de negros crines, atado a unas ramas del frente norte de la fortaleza, la zona que está menos vigilada, ya que es el lugar por donde se arrojan los despojos humanos de los presos muertos».

—¿Y qué sucedió después? —se interesó Bruno.

—Envuelto en una manta oscura, recorrí los pasillos de aquel apestoso lugar, mientras respiraba con dificultad el infecto aire de aquellas terribles galerías de tortura, y escuchando los desgarradores lamentos de piedad de los numerosos seres allí condenados al abismo del infierno. Rodolfo me ayudó, llevándome prácticamente a rastras, con el constante temor de ser descubiertos. Yo temía más por su vida que por la mía. Mi final ya lo había asumido hacía tiempo; tras la muerte de Salvatore, sabía muy bien que yo no tardaría en seguir su camino.

Nerviosos y expectantes se hallaban los tres, oyendo aquel sobrecogedor relato.

—¡Seguid contando, por favor, quiero saber todo cuanto sucedió en Pèrgine, además de la muerte de mi padre! —exclamó Angiolo.

—Advertí cómo Rodolfo entregaba discretamente una bolsa de dinero a cada uno de los carceleros que estaban de guardia aquella noche. Y, tras salvar un largo corredor que nos llevaba al patio trasero a través de una poterna, logramos salir al exterior. Y, tal como me lo había anunciado dentro de la mazmorra, el caballo esperaba con la cinta de cuero enlazada a las ramas de un árbol. El animal relinchó al advertir nuestra presencia, pero la sorpresa fue que no había uno, sino dos caballos, porque Rodolfo también tenía que marcharse de allí, puesto que él era consciente de que su vida correría mucho peligro. En aquel instante, con un fuerte abrazo, allí mismo nos despedimos. Yo me cubrí con una capa y espoleé el caballo, segundos después de haberme cambiado la ropa, y tomamos senderos opuestos para confundir a nuestros probables perseguidores. Gracias a aquel hombre, que yo rescaté muchos años antes en Venecia, hoy estoy vivo —evocó Indro, con cierto júbilo, tomando aliento.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Bruno.

—Estuve cabalgando sin cesar toda la noche. Recordaba algunos caminos e intenté acercarme a las montañas, donde tenía mi hogar, aunque sabía que no habría nadie, pues todos mis seres queridos hacía tiempo que fueron cruelmente asesinados. Aún recuerdo aquella dantesca escena de la vivienda ardiendo y con ella la trágica desaparición de mis seres queridos. Unas jornadas más tarde, decidí acercarme a mi casa, que encontré abandonada y medio arruinada —narraba con tristeza Indro—. Entonces, con deseos de sobrevivir, y olvidándome de las veces que estando preso pedí a gritos la muerte, lo primero que hice fue cambiar mi personalidad. Me dejé crecer la barba y me puse otro nombre, Michello, aunque continué siguiendo de cerca

las noticias de nuestro principado, del todo feliz por el desarrollo del Concilio de Trento, los logros de este importante sínodo y la gran personalidad del cardenal Madruzzo, a quien considero un hombre de bien, en todos los sentidos.

—Tiene toda la razón del mundo —susurró Bruno—. Su eminencia en todo momento está dando muestras de estar en contra de las injusticias y de la barbarie de la Inquisición. Nosotros, Angiolo y yo, hemos podido comprobarlo muy de cerca, hace pocos días.

Instantes después, Indro, mirando a los ojos de Angiolo, le dijo:

—Aquel inquisidor, Carlo Caraffa, además de mis bienes y mi título de barón, me arrebató lo más querido y valioso sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo: mi familia. Todos perecieron quemados dentro de la casa, según me informaron después algunos campesinos y mineros fieles que pudieron presenciar desde la lejanía aquel terrible espectáculo que, aunque no vi personalmente, tengo grabado en mi mente. —Rostros de rabia y deseos de venganza se dibujaron en los tres. Y aquel anciano añadió—: También me informé que vuestra casa de Caderzone os fue arrebatada por Carlo Caraffa, quien, al poco tiempo, se la entregó a unos familiares.

—Sí, los Bersone. Tras la desaparición de mi padre, no tardaron en apropiarse de nuestra casa —recordó Angiolo con rabia—, y mi madre y yo tuvimos que trasladarnos a la de mis tíos Ricardo y Jacinta. Pocos meses después, yo me marché a Trento para labrarme un futuro. Lo que no sabía era que esa familia fuera pariente de los sanguinarios Caraffa.

—¿Y de quién es esa casa actualmente? —se interesó Indro.

—He podido ver que la casa lleva algunos años abandonada, con peligro de derrumbe —manifestó Angiolo—. Y después de todo cuanto me habéis informado, creo que tengo elementos de fuerza suficientes para recuperarla.

—Estaría bien que hablásemos con el alcaide de Caderzone, Aldo Ballino, persona de bien, amante de la justicia, quien os escuchará con mucha atención —aconsejó Alberto.

—¡Estoy de acuerdo, primo! —exclamó Angiolo, y después, mirando a Indro, prosiguió—: Pero contadme algo más de mi padre, y por qué hacéis estas visitas a la tumba de mi madre.

—Tu padre salvó la vida a muchas personas de las mordeduras de las serpientes en estas montañas, entre ellas la de mi esposa. Vuestro padre la curó en mi casa; sabía de sus virtudes como curandero en estos temas, y no dudé en ir en su busca a la cabaña que tenía a orillas del lago San Giuliano, y Salvatore me acompañó de inmediato consciente de la gravedad. Para su milagrosa labor utilizaba un talismán, uno como este, que, con mucha suerte, logró ocultar a los vigoleros y carceleros, entregándomelo en la celda de Pèrgine momentos antes de ser conducido al fatal desenlace. Por sus actividades, la Inquisición lo apresó y lo encarceló por brujo —

comentó Indro, mientras iba desabrochando los botones de su camisa, para exhibir de inmediato en su pecho un medallón grabado que portaba a modo de collar—. Y en cuanto a mis visitas a este sagrado lugar, son como consecuencia de una promesa que le hice a vuestro padre, momentos antes de fallecer, si lograba salir de aquel infierno, lo cual era una hazaña casi imposible de realizar. Después de lograrlo, y dejar un tiempo prudencial, antes de aproximarme a mi casa, me acerqué a Caderzone, donde me informaron del fallecimiento de Mariana, vuestra madre. Entonces juré venir a este cementerio una vez por semana, y fijé el viernes porque, como nunca se me olvidará, fue el día que Salvatore sanó a mi esposa. Igualmente me comunicaron que vos hacía tiempo que os habíais marchado a Trento.

—Os quedo muy agradecido por todo cuanto habéis hecho por mi padre y también por mi difunta madre —dijo con voz rota Angiolo, mientras le daba un fuerte abrazo a Indro.

—¡Dejadme ver el talismán, por favor! —solicitó interesado Bruno.

—¡Claro! —respondió el anciano, mostrando aquel extraño objeto.

Después de examinar al detalle todos y cada uno de los grabados de aquella figura, y acariciándolo con las yemas de sus dedos, Bruno manifestó:

—Este amuleto es un *triskel*, el más sagrado de los símbolos celtas, que, a modo de medallón, era portado por los druidas en el pecho como señal de sabiduría y de poder absoluto. El *triskel* permitía a los druidas entrar en estados alterados de conciencia. El giro de los brazos rematados con esferas era el detonante capaz de lograr el desapego de lo material, alcanzando así la trascendencia.

—Veo que conocéis muy bien la naturaleza de este objeto —manifestó asombrado el anciano. Y añadió—: Ahora entiendo la entereza de Salvador ante tanto dolor. ¡Cómo pudo soportar tanta angustia! Incluso en sus últimos momentos, cuando fue conducido al suplicio final, mantuvo entera serenidad de ánimo; una valentía ejemplar.

—Lo que me sorprende es que esté esculpido en madera —manifestó Bruno.

—Esto lo puedo explicar yo, según me confesó vuestro padre en la celda —respondió Indro, dirigiendo su mirada hacia Angiolo—: Salvatore utilizaba las ramas del fresno para hacer estos amuletos porque decía que este árbol era protector contra las mordeduras de serpientes y de otros animales dañinos, que rehusaban acercarse a todo el perímetro que abarca la sombra de sus ramas. Por ello, realizar con su madera un amuleto es la prolongación del mágico poder de este árbol. También me explicó que el fresno fue considerado por los sacerdotes celtas un efectivo talismán contra los rayos y las tormentas.

—¡Bien, señores! Deberíamos marcharnos, se nos ha echado el mediodía encima, y en mi casa ya nos esperarán inquietos para la comida —exclamó Alberto.

—Indro, también me gustaría que nos acompañarais —sugirió Angiolo, mirando

a su primo.

—¡Claro! Mis padres tendrán una gran felicidad al conoceros y recibir de vos todo cuanto nos habéis narrado. Ellos también desconocen el final de Salvatore, aunque van a llevarse un duro golpe al saberlo todo —exclamó Alberto, mirando con sumo respeto a aquel anciano.

—Muchas gracias, amigos, pero he de marcharme enseguida. En otro momento volveré, os lo prometo, pero hoy es imposible —se justificó Indro.

—Pero, al menos, podremos acompañarle a algún lugar; tenemos el carromato en el pueblo —se ofreció solícito Angiolo, con la mayor amabilidad.

—¡No! Muchas gracias. También tengo un carruaje, con chófer, que me aguarda debajo de aquellos olmos. La visita al cementerio me gusta hacerla siempre en la mayor intimidad —aclaró el anciano.

Después todos se despidieron con un fraternal abrazo.

XXVII. La danza de la muerte

Aquella tarde estuvieron reunidos todos en casa de los tíos de Angiolo, conversando sobre cuanto habían oído de Indro, y Ricardo y Jacinta no salían de su asombro, profundamente consternados ante tanta crueldad. Fue cuando Angiolo sacó el tema de la casa donde nació.

—Dado que los Bersone ya no están ni se sabe nada de esa familia, y la casa está abandonada, y como que fue fruto de una usurpación ilegal por quienes, además, ya no viven, pienso que deberíamos hablarlo con el alcaide, para recuperarla y evitar su ruina y hundimiento.

—Estoy de acuerdo. Mañana, si te parece bien, podríamos acompañaros; el señor Aldo Ballino es una persona justa, que sabrá oírnos —dijo Ricardo, respaldado por la cómplice mirada de Jacinta, su esposa.

—Muy bien —respondió Angiolo—. Mañana mismo nos podríamos acercar a la Casa Consistorial, y tener un encuentro con el alcaide.

Instantes después, una vez concretada la actividad de la jornada siguiente, Bruno se dirigió a Angiolo:

—He pensado ir con Mauro a Pinzolo, que, como sabes, no queda lejos de aquí, porque ardo en deseos por averiguar yo también algunos misterios que siguen rondando en mi cabeza en relación a la desaparición de mis padres. Cuando lo haya resuelto todo, regresaré; mientras tanto, amigo Angiolo, si te parece bien y puedes hacer esas gestiones sin mí, aprovecha estos días para estar con tu familia. Pero si lo deseas, y crees que puedo serte útil aquí, no dudes en decírmelo y me quedo en Caderzone.

El chófer no tardó en darle la aprobación a Bruno con una sonrisa.

—No, en absoluto, estimado amigo, tú también tienes que conocer tu pasado —respondió de inmediato Angiolo.

—Gracias. Entonces, te ruego que me des el documento que nos entregó celosamente el médico Pietro Andrea, en Toblino, para llevárselo a Girolamo Cardano, porque, desde Pinzolo, aprovecharé para acercarme con Mauro a la cercana población de Carisolo.

—Ahora mismo te lo doy. Y muchas gracias por tu amabilidad.

—Mañana saldremos —confirmó Bruno.

—Ahora mismo voy a hacer los preparativos del viaje, para que esté todo a punto —afirmó el chófer.

A la mañana siguiente, después de compartir un confortante desayuno, Bruno se despidió afectuosamente de Angiolo, deseándole éxito en el encuentro con el alcaide, y saludó gentilmente a sus familiares. Mauro ya tenía frente a la puerta el carromato con el equipaje dentro, y los caballos a punto; estaban frescos, relinchando y

mostraban ganas de galopar. El chófer, desde lo alto y sujetando las riendas, se despidió entonces amablemente de todos los allí presentes.

El trayecto hasta Pinzolo se hizo muy corto. El aire fresco de aquella mañana otoñal obligó a que Bruno se arropara con una manta, pero no dejaba de pensar en todo cuanto sucedió la jornada anterior en el cementerio de Caderzone, e infinidad de dudas se agolpaban dentro de su cabeza. Se había quedado un tanto abstraído en estos pensamientos, en los cuales tampoco faltaba la figura de su amada Margarethe, con la que sentía un gran deseo de reunirse. Igualmente le venía a su mente una profunda preocupación por la situación que habría en Trento y por el cardenal Madruzzo cuando..., de pronto, un fuerte grito del chófer le hizo volver a la realidad del momento.

—¡Estamos cerca de Pinzolo, señor!

—Gracias, Mauro.

—No tardaremos en llegar. ¿Conoce el lugar a donde debemos dirigirnos? —preguntó el chófer.

—A mi casa, aunque no sé exactamente dónde se hallaba, y menos aún cómo la encontraré. Mejor que vayamos al cementerio, porque allí no solo rezaré ante la tumba familiar, sino que también admiraré la última obra pictórica de mi padre, que decora los muros exteriores de la iglesia de San Vigilio.

—Bien, ya veo el campanario a lo lejos —musitó el chófer.

«Nunca me perdonaré tantos años de ausencia. El exceso de trabajo y las obligaciones en Trento, y más durante las largas sesiones del concilio, no me han permitido venir antes a esta población que me vio nacer. La verdad es que no tengo la valentía suficiente para presentarme ante mis progenitores y perturbar su último reposo. Ellos no me perdonarán desde arriba mi mal comportamiento; no he sido un buen hijo...», pensaba con angustia Bruno, mientras el carronato se iba aproximando al cementerio a través de un sendero de piedras sueltas y tierra flanqueado por elevados álamos.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Mauro.

El corazón de Bruno se le iba a salir del pecho, mientras respiraba con dificultad. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas cuando comenzó a descender del carronato.

—¡Señor! ¿Quiere que le acompañe?

—¡No! Gracias, Mauro, prefiero vivir este mal momento solo.

Bruno entró en el camposanto, y fue depositando su mirada en todas y cada una de las sepulturas y panteones, pasando revista a los nombres grabados en los epitafios. Lo hizo varias veces, pero no encontró nada que hiciera referencia a Simone y a Carla Baschenis, sus progenitores. Entonces pensó que muy bien podrían estar enterrados en otro lugar. Con ese pensamiento decidió admirar las pinturas murales al fresco que decoraban el exterior de la iglesia, realizadas por su padre, y

fue entonces cuando comenzó a recordar...

«Parece que fue ayer cuando, siendo muy joven, ayudé a mi padre y a sus aprendices a preparar los maderos del andamiaje, ayudando en los nudos de los travesaños. Recuerdo que siempre desarrollaba sus ciclos pictóricos de arriba abajo; las imágenes iban surgiendo como por arte de magia, formando todas ellas una secuencia sobrecogedora, para reflejar la efímera vida de los seres humanos, con la constante amenaza de una muerte cierta, pero los esqueletos no se mostraban agresivos, sino que, como veo mejor ahora, y con los conocimientos que he ido adquiriendo por mi relación con el arte, eran también seres que, de alguna manera, igualmente forman parte de nuestras existencias. Lo que sorprende es ver cómo nadie está fuera de encontrarse con el Más Allá. La muerte nos aguarda a todos. Desde al más humilde campesino o al leñador, hasta al mismo pontífice, al emperador o a los cardenales y obispos, todos sucumben, más tarde o más temprano, a la visita de la muerte... También recuerdo los extraños conocimientos de mi padre para realizar las mezclas de colores y obtener la tonalidad adecuada, a través de plantas y otros productos conseguidos a base de destilación con alambiques de cobre».

No se había repuesto Bruno de aquellos pensamientos de la infancia cuando percibió unos extraños sonidos, procedentes del interior de la iglesia, concretamente de la anexa sacristía. Subido al tronco de un árbol cortado que aproximó a la pared, logró alcanzar el pequeño ventanuco que iluminaba tímidamente aquella estancia sagrada del lado de la epístola y se asomó discretamente al interior. Lo que contempló Bruno le dejó sin respiración y sus ojos quedaron extasiados al comprobar con el mayor asombro lo que pudo presenciar en aquella sacristía.

«¡Dios mío! Es el cura, ¡con la sotana subida, y los pantalones caídos!, ¡y un monaguillo le está haciendo una felación!», se sorprendió Bruno, cuando vio aquella cruda escena, e intentó no hacer ningún ruido, pero la salida por el hueco de la ventana de una paloma que estaba allí acurrucada y protegida del frío hizo que se produjera un leve sonido en el postigo. Bruno intentó mantener el equilibrio sobre aquel tronco suelto, pero no pudo evitar que en el interior se apercibieran de su presencia y llamó de inmediato la atención del párroco, que al momento salió al exterior, tras abrir con furia la puerta de la iglesia.

—¿Deseáis algo? —preguntó el pervertido cura con gesto desafiante, mientras se abrochaba con prisas los numerosos botones forrados de la negra sotana.

Bruno se sobresaltó y, sin volver el rostro, respondió con la mayor indiferencia:

—¡No! Solo estaba admirando estas pinturas.

Aquel párroco quedó extrañado ante aquella inesperada respuesta, y tras unos instantes, y con cierto desprecio en el tono de su voz, respondió:

—Estas pinturas fueron realizadas hace muchos años por el maestro Simone.

Bruno también retardó un tiempo su respuesta, mientras miraba con repugnancia

e indiferencia a aquel representante de la Iglesia.

—Estoy buscando el panteón de mis padres, precisamente Simone Baschenis y Carla —se identificó mientras miraba fijamente a los ojos al párroco.

Al oír aquellas palabras, el cura quedó consternado.

—¡Sus padres viven!, ¡no han muerto! —le dijo el cura para sorpresa de Bruno—. Aunque están muy mayores... Sin embargo, me veo obligado a decirle que no son buenos cristianos, porque no suelen asistir a los oficios religiosos ni vienen a la iglesia.

—¡Viven! —exclamó profunda y gratamente impresionado y sin salir de su asombro Bruno, mientras repasaba de arriba abajo a aquel indeseable párroco, con grandes deseos de gritarle a la cara su sucio comportamiento.

—Sí. Viven a las afueras de Pinzolo. La casa de la familia Baschenis se encuentra en el camino que lleva a Carisolo; no tendrá problemas para encontrarla. La fachada de madera muestra unos decorados un tanto blasfemos, realizados también por su padre.

—¡Muchas gracias! —respondió Bruno con cierto desprecio y sin mirarle a los ojos, al recordar lo que había observado a través del ventanuco instantes antes. Después, una vez fuera del cementerio, Bruno se dirigió lleno de júbilo a Mauro, gritando—: ¡Están vivos! ¡Están vivos!

—¿Sus padres? ¿Están vivos sus padres? —se interesó el chófer.

—Sí, amigo mío, voy a encontrarme con mis padres ¡vivos! Vamos a la casa, pero antes nos acercaremos un momento al mercado, quiero hacer una compra. Después, hay que tomar el camino que lleva a Carisolo. La casa se encuentra a las afueras del pueblo y, por las pinturas que la decoran, no tendré dificultad en identificarla —exclamó Bruno, animando al chófer a que soltara las riendas mientras entraba de un salto al interior del carromato.

Ya en la plaza, Bruno le dijo al chófer:

—¡Para un momento!, bajaré para comprar unos lirios en este puesto.

—De acuerdo —respondió Mauro, sujetando las riendas.

«Recuerdo con el mayor cariño que los lirios eran la flor preferida de mi madre», pensó Bruno.

Después de un corto trayecto, mientras la alegría se había apoderado de la mente de Bruno, este comenzó a pensar en cómo iba a ser el reencuentro, después de tantos años, y también evocó algunos tiernos recuerdos de su infancia, en compañía de sus padres en esa querida población de Pinzolo. De pronto, tras rebasar un bosquecillo de álamos, apareció la casa que estaba decorada con artísticas pinturas...

—¡Es aquella, estoy seguro! Dirígete hacia allí, y frena los caballos junto a la puerta.

A medida que iba acercándose el carromato al lugar, Bruno examinaba la casa con

intensa emoción, y advirtió la presencia de una mujer anciana, que estaba ocupada podando las ramas de unos viburnos y otras plantas del jardín. Entonces, Bruno pensó del todo emocionado, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Es Carla, mi madre! Veintiséis años después, mucho más mayor, su pelo parece nieve, pero sigue altiva. ¡Es maravilloso, no puedo creerlo! ¡Es verdad, está viva!».

—¡Frena aquí, Mauro! Quiero darle una sorpresa —pidió Bruno, mientras se disponía a bajar. Cogió el ramo de lirios y los escondió discretamente, al tiempo que en su mente no paraba de preguntarse cómo iba a afrontar aquel maravilloso reencuentro; su corazón estaba a punto de salirse del pecho.

Aquella mujer, al oír la llegada del carromato, alertada por el ruido, se incorporó un tanto sorprendida, y mirando con la mayor curiosidad a la persona que se dirigía con paso firme hacia ella, no tardó en preguntarle:

—¿Qué deseáis, buen hombre?

Bruno tardó en responder, y, a un paso de ella, mirándola fijamente a los ojos, y tratando de ocultar sus lágrimas, le dio el ramo de lirios, y con la voz quebrada de emoción, balbuceó:

—¿No me conoces, madre? ¡Soy yo, Bruno!

Aquella mujer, aunque oyó el nombre de su hijo, tardó unos minutos en reconocerle. A continuación, no pudo evitar perder el equilibrio, pero Bruno, que estaba del todo atento, enseguida la cogió en sus brazos.

—¡Mauro, por favor, dame un poco de agua! Mi madre ha perdido el conocimiento al verme —exclamó un tanto preocupado.

—¡Sí! Al momento.

Bruno le dio de beber a su madre agua fresca de la fuente que había en el jardín, sorbo a sorbo, mientras iba recuperando el sentido. Después, entre Bruno y Mauro la entraron al interior de la casa y la acomodaron en una silla del recibidor, al tiempo que la anciana, algo más repuesta, no salía de su asombro.

—¿De verdad, querido Bruno, eres tú? —preguntó Carla llorando, y con toda la fuerza de su ser, pues sus ojos no daban crédito a lo que había sucedido, con la persona que tenía delante, su hijo.

—¡Sí, soy tu hijo! —dijo lleno de júbilo mientras la abrazaba—. Madre, hoy es el día más feliz de mi vida. —Después, mirándola tiernamente a los ojos, le dijo—: Recuerdo que los lirios eran tus flores preferidas.

—Sí, es maravilloso que lo recuerdes, hijo.

—¿Y padre, dónde se encuentra, cómo está? —se interesó Bruno.

—¡Ay, hijo! Tu padre lleva años enfermo. En estos momentos se halla reposando en la alcoba. Se pondrá muy contento al verte, después de tanto tiempo sin saber de ti —exclamó Carla.

—Mauro, atiende a mi madre, voy a subir a la alcoba para a ver a mi padre.

—Descuida, vete tranquilo.

Bruno subió los escalones de dos en dos hasta alcanzar la planta superior; de inmediato advirtió la estancia donde se encontraba descansando un hombre muy mayor. La puerta estaba entreabierta, y la alcoba iluminada con luz natural que entraba por la ventana, con los postigos abiertos. Ya dentro, el joven se aproximó a la cama, y con voz baja y algo temblorosa, lo llamó:

—¡Padre! ¡Padre! Soy yo, Bruno.

El hombre, que estaba despierto, pero con la cabeza ladeada sobre la almohada, tras unos instantes, con sorprendente expectación y asombro, giró el rostro fijando sus cansados ojos en el recién llegado.

—¡Hijo! ¿Eres tú, Bruno? —preguntó aquel anciano profundamente emocionado—. ¡No es posible! ¡Dios mío! Tu madre y yo te creíamos muerto.

—Lo mismo he pensado yo de vosotros todos los días de mis últimos veintiséis años —repuso Bruno, mientras se abrazaba a su padre.

—¡Qué felicidad! —manifestó el anciano, sin dejar de abrazar y besar con inmensa emoción y ternura a su hijo.

Al poco, Carla, ya repuesta, subió a la estancia. Mientras, Mauro salió al exterior para dejarlos solos, un gesto que Bruno agradeció desde lejos al chófer con un cortés saludo. Seguidamente, este se fundió en un abrazo con su madre, y mirando con el más sincero y profundo aprecio a aquel anciano, le preguntó:

—¿Qué os aflige, padre?

—Llevo muchos años sufriendo una dolorosa enfermedad de huesos que los médicos no han sabido curar —confirmó el anciano—. Pero hablemos de ti: ¿cómo ha sido esta inesperada visita que nos ha dado la vida, hijo, después de tantos años de ausencia?

—Fue en 1539 cuando, tras el asalto a Pinzolo por los mercenarios del conde del Tirol, y al ver que os llevaban presos a madre y a ti, y al quedarme solo, sin recibir noticias vuestras durante varios meses, pensé que ya no os volvería a ver. Por ello, más tarde, en compañía de otras personas, decidí trasladarme a Trento, pensando en un futuro para mi desdichada vida. En la capital, y siguiendo tus valiosos consejos y enseñanzas, estudié arte, y me pagué la academia haciendo trabajos de aprendiz en diferentes tareas de restauración. La suerte brilló cuando la familia Dossi me acogió como uno de los suyos, a quienes los he considerado como mis segundos padres.

Bruno hizo una pausa para respirar profundamente, con la atenta y cálida mirada de sus ancianos padres.

—Tu madre y yo, durante todo este largo tiempo, no hemos dejado de pensar en ti —confesó el padre—, sin saber dónde buscarte. Muchos y horribles acontecimientos han sucedido en nuestras precarias vidas desde aquella fatídica fecha de 1539, cuando, a consecuencia del asalto a Pinzolo por hombres del conde del Tirol, fuimos

conducidos presos en carros-jaula hasta una fortaleza del interior de Austria, con otras familias más. Allí recibimos toda clase de insultos, vejaciones y torturas, y consecuencia de aquellos amargos momentos es la enfermedad que estoy padeciendo, que me condena a estar casi siempre postrado en la cama o moviéndome con mucha dificultad con bastón. Pero sucedió algo inesperado...

El padre dejó unos instantes de hablar, para tomar aire, mientras bebía agua pausadamente de la jarra que Bruno le había acercado.

—Seguid padre, por favor.

—Eran tropas nuestras, del principado tridentino, apoyadas por un grupo de soldados profesionales llegados de Milán y de los tercios españoles, todos obedeciendo órdenes expresas del cardenal Bernardo Clesio. Y tras una rápida y precisa operación militar, escalaron los gruesos y altos muros y tomaron por asalto aquella fortaleza que parecía inexpugnable. Después, tras vencer al resto de los defensores, en el patio de armas, apresaron al condestable, responsable de la defensa de aquella ciudadela, y le obligaron a abrir las numerosas mazmorras de los sótanos del castillo aunque, lamentablemente, pocas personas quedaban ya vivas; era un verdadero milagro que tu madre y yo lográsemos superar las terribles pruebas y castigos a los que nos sometieron, y sin apenas alimentos ni agua.

El rostro de aquel anciano reflejaba la angustia que describía en su relato, pero, al mismo tiempo, la felicidad del desenlace.

—¿Y qué sucedió después, padre? —preguntó con el mayor interés Bruno.

—Me dijeron que el condestable tirolés fue conducido preso a Stenico.

Al oír el nombre de Stenico, muchos recuerdos le vinieron a la mente a Bruno, especialmente los nombres de aquellas mujeres que habían sido condenadas por la Inquisición, aunque, gracias a la intervención del cardenal, lograron salvar sus vidas.

—¡Prosigue, padre, por favor!

—Al regresar a Pinzolo nos encontramos que la casa había sido incendiada, y lo más triste fue que nadie supo decirnos nada sobre ti; había una gran confusión en el pueblo. Con el mayor esfuerzo y sacrificio, con nuestras propias manos tuvimos que construirnos esta casa, a las afueras. Pero aquí no queda todo...

—¿Qué sucedió después? ¡Dime, padre, por favor!

Mientras tanto, Carla no dejaba de abrazar y acariciar a su hijo, dudando incluso para sí de si era verdad que lo tenía allí mismo, junto a ella.

—Una fría noche sin luna llamaron a la casa unos encapuchados con rostros cubiertos con una capa negra y armados hasta los dientes, a cuyo frente se encontraba un obeso sacerdote que portaba un pesado crucifijo en el pecho —explicó Simone.

—¿Quiénes eran? ¿Y qué querían? —se interesó Bruno impaciente y desesperadamente.

—Después de haberte perdido a ti, aquellos individuos vinieron para arrebatarme

mi fuerza y espíritu creativo, la esencia de mi vida artística...

—¿Qué queréis decir, padre?

—Me amenazaron con matar a tu madre si yo no dejaba de realizar frescos pictóricos —declaró algo exaltado y profundamente abatido—. Por ello, desde entonces no he podido desarrollar más obras, y la de san Vigilio, en esta población, ha sido la última de toda mi larga trayectoria artística desde que, de pequeño, salimos de Averaria, en Bergamo.

Los ojos de Carla no dejaban de derramar lágrimas, y Bruno, que no podía salir de su asombro, seguía haciendo preguntas a su padre.

—Pero ¿por qué? ¿Qué infames motivos impulsaban a aquellos miserables?

—Me dijeron que venían mandados por fuerzas muy poderosas, concretamente del Vaticano.

—¿Del Vaticano? —se ofuscó Bruno, al borde de la histeria.

—Sí, hijo, eran enviados desde la cúpula más alta de la Iglesia, concretamente por orden del pontífice Paulo IV.

—Pero ¿qué razones manifestaron esos canallas para coartar vuestra brillante actividad artística? —preguntó indignado Bruno.

—El único que hablaba de los que estaban al frente de aquel grupo de sicarios de la Iglesia no me aclaró mucha cosa; lo único que manifestó fue que la Iglesia no quería más pinturas al fresco reflejando danzas de la muerte basadas en el *Carpe Diem*, porque al pueblo, a los feligreses, había que transmitirles el concepto del *Tempus Fugit*, es decir, vivir con miedo al dolor, al pecado, a la muerte, al Infierno, y esa cuestión, con la aterradora frase «*Nihil omni*», es la que no cesan de pronunciar los sacerdotes y párrocos desde los púlpitos, grabándola en las mentes de los feligreses. Además, yo firmaba mis obras, en la última escena de los lienzos pictóricos, con las palabras «*Mors janua vitae*», otra frase que ponía muy nerviosas a las altas esferas de la Iglesia.

—Ahora lo entiendo —musitó Bruno entre dientes, y con la mayor indignación—. El *Carpe Diem* pregona el vivir con felicidad, sin miedo, el día a día, sin pensar en el terror del Más Allá. Y eso, claro está, no le interesa a la Iglesia, que prefiere un pueblo con miedo, que llega al pánico, y bajo la constante condena de la excomunión y la amenaza del castigo divino para quienes se salen del rebaño y de las normas establecidas desde el Vaticano.

—También hay grandes diferencias con el cura —añadió Simone, con la voz entrecortada.

—Sí, ya me lo ha dicho esta mañana el párroco, a quien le faltó tiempo para recordarme que no erais buenos cristianos —exclamó en tono jocoso Bruno.

—Desde entonces, y mientras permanezca este párroco, por mutuo acuerdo tu padre y yo hemos dejado de asistir a misa —comentó indignada Carla.

—Ese sacerdote, además, no debería dar muchas arengas desde el púlpito, puesto que no pregona precisamente con el ejemplo —afirmó el anciano—. Todo el pueblo sabe que, desde hace diez años, tiene a una querida en su casa, y se jacta públicamente de hacer vida marital con ella, con la cual ya ha tenido varios hijos, cuyos fetos no ha dudado en enterrar en el jardín de la sacristía.

—Una querida y, por lo que he podido ver esta misma mañana con mis propios ojos, también utiliza al monaguillo como su efebo —manifestó Bruno con la mayor repulsa.

—Eso no lo sabíamos —dijo con gran indignación Simone, dirigiendo su mirada al rostro de su esposa.

—Yo también hace tiempo que no frecuento la iglesia —repuso el joven—. La verdad es que cuando he entrado en un templo ha sido para llevar a cabo alguna restauración de una obra pictórica o escultórica, que es mi profesión, sensibilidad que me enorgullece haber heredado de vos, padre. —Pasaron unos instantes de silencio, aunque con miradas de cariñosa complicidad entre los tres, y después Bruno volvió a preguntar—: ¿Después de aquella terrible visita, no habéis vuelto a tener noticias de aquellos sicarios?

—¡No! Afortunadamente. Yo tuve que buscar trabajo en otras actividades, como carpintero en la serrería, y tu madre amasando pan en el horno comunitario del pueblo. Y fue entonces cuando decidí decorar la fachada de la casa, a modo desafiante a las amenazas de aquellos indeseables, con escenas mitológicas y alegorías inspiradas en el Olimpo griego, con faunos y paisajes llenos de vida y pasión desenfrenada, aún a sabiendas del riesgo que ello entrañaba. Pero ya me daba igual todo...

—Sí, también he podido advertir la repulsa de la Iglesia hacia estas pinturas; el mismo párroco también me lo ha dicho. Te felicito por tu valentía, padre.

Simone y Carla se miraron con la mayor complicidad, y una sonrisa se dibujó en los rostros de ambos, que miraban con afecto a su hijo. Luego, el anciano prosiguió:

—Después, y desde hace un lustro, fuimos recibiendo un dinero cada mes desde Trento, por orden del mismo cardenal Madruzzo, como compensación a mis trabajos artísticos realizados a lo largo de mi vida en algunas iglesias de este valle; ayuda que nos viene muy bien para pagar a una sirvienta, que también vive con nosotros en casa —explicó Simone.

—Sí, se trata de una mujer muy amable. Se llama Bianca, nació en Pinzolo y conocemos desde siempre a su familia. Quedó viuda, sin hijos, y nos quiere; ahora se encuentra comprando verduras y frutas en el mercado del pueblo. No tardará en regresar —añadió Carla, mirando con cariño a su hijo.

—¿Y no sabéis quién era aquel miserable personaje que iba al frente de los encapuchados? —volvió a interesarse Bruno.

—¡Sí! Se llamaba Carlo Caraffa, un nombre que no se me olvidará mientras viva.

Al oír aquel desagradable nombre, el rostro de Bruno se consternó de ira; un cambio repentino de semblante que percibieron de inmediato los padres.

—¿Qué te sucede, hijo?

—Carlo Caraffa era sobrino precisamente de Paulo IV, el pontífice que le mandó irrumpir en vuestras vidas aquella noche —aclaró Bruno—. Ese rufián, con las manos manchadas de sangre, ha sido el más funesto Papa que haya ocupado el trono de San Pedro. Entre otras barbaridades, vació las arcas del Vaticano y destinó gran parte de su fortuna personal a apoyar con todas sus fuerzas a la Inquisición. Pero no debéis temer, sus cuerpos ya llevan tiempo bajo tierra criando malvas.

«Mañana mismo enviaré una paloma a Trento, porque hace días que no sé nada del cardenal. Espero que todo esté en orden. Cuando le vea en persona le agradeceré cuánto está haciendo por mis padres, pero también podría haberme informado de que estaban vivos, aunque es posible que Madruzzo no sepa que se trata de mis progenitores...», pensó Bruno.

XXVIII. Confidencias

Aquella jornada se desarrolló entre abrazos y alegrías propias de un reencuentro, con innumerables muestras de cariño. Bruno se instaló en una habitación de la casa, próxima a la de sus padres, y Mauro fue alojado en un cuarto situado detrás de la chimenea. Los caballos encontraron albergue en el patio trasero, junto al carro. Durante la cena, ya a la hora de los postres, y todos reunidos ante la mesa, Bruno, dirigiéndose a su padre, manifestó:

—Lamento mucho, padre, que os encontréis con estos terribles males de huesos.

—Sí. Lo peor es el dolor, que se incrementa con los fríos del invierno —se quejó el anciano.

—A lo largo de este viaje, surgió un compromiso con un médico que conocimos en Toblino, quien estaba desarrollando una importante tarea de investigación por encargo del cardenal Madruzzo, y nos solicitó que, si veníamos a Pinzolo, llevásemos unos documentos a un amigo suyo, un médico que vive a las afueras de Carisolo; precisamente eligió aquel lugar, huyendo de la Inquisición. Por lo tanto, he pensado que, cuando hable con él, le explicaré tus males —manifestó Bruno.

—Muchas gracias, hijo. Pero ¿por qué hablas siempre en plural?

—No he hecho este viaje en solitario. Me han acompañado mi mejor amigo, Angiolo Tonelli, jardinero de los palacios de Trento, y Mauro, aquí presente, chófer de la curia de Trento. Angiolo es también originario de estos valles, y ayer, en Caderzone, se quedó en casa de sus tíos, de donde le recogeré para volver a Trento. Lamento no poder quedarme muchos días aquí con vosotros, pero prometo que nos veremos pronto, porque, en breve, pasaré por aquí...

—¡Qué alegría que volvamos a encontrarnos de nuevo después de tantos años! —exclamó Carla, plena de felicidad.

—Bueno, queridos padres, la razón de que me encuentre aquí en Pinzolo es porque he decidido irme a Sajonia. Durante este azaroso viaje he conocido a una mujer muy especial, en la que no dejo de pensar. Me ha dejado una profunda huella, me he enamorado —se confesó Bruno, un tanto turbado.

Sus padres y Mauro quedaron sorprendidos; los primeros, contentos, al ver que su hijo había encontrado a una mujer, y ya no estaría solo, mientras que el chófer comenzó a darle vueltas a la cabeza, preguntándose quién sería aquella misteriosa mujer.

—Nos parece muy bien, hijo. Pero nos gustaría conocerla, antes de morir.

—¡Por supuesto que la conoceréis! Es una gran dama, de grandes principios y buena familia. Pero antes de partir hacia Alemania he de resolver algunas cuestiones en Trento y en el principado, como despedirme de la familia de los Dossi, a los que tanto les debo, y agradecerles cuanto han hecho por mí. También del propio cardenal,

y más ahora, que sé lo bien que se está portando con vosotros, sin saber que yo soy vuestro hijo. Nadie, a excepción de vosotros, ni Angiolo, sabe nada de esta decisión que he tomado —respondió con todo cariño Bruno, mirando a sus padres.

—Estamos seguros que esa decisión, sabia y justa, no te habrá sido nada fácil tomarla, y que te ha salido del interior de tu alma —exclamó Carla, un tanto entristecida al pensar que su hijo se tenía que marchar.

—Espero que así sea. No paro de darle vueltas a la cabeza, pero haré todo lo posible por venir a veros en compañía de la mujer con la que he elegido compartir el resto de mi vida —se justificó Bruno. Seguidamente, tras tomar un poco de aliento, el joven prosiguió—: Mañana me acercaré con Mauro a Carisolo para llevarle los documentos al médico, y le hablaré de vos, padre.

—Bien. Pero ahora debéis acostaros para descansar. Tu madre y yo ya nos retiramos. Mañana nos veremos para el desayuno —manifestó el anciano, mientras era ayudado por su hijo a levantarse y a tomar el bastón para subir a los aposentos con la ayuda de su esposa.

—Gracias, padre. Que descanséis también vosotros. Me siento muy feliz aquí, y más todavía por la dicha de haberos encontrado vivos.

Una vez solos, mientras se tomaban una copita de grapa, Mauro preguntó a Bruno con cierta sonrisa picarona:

—¿Esa dama fue la que conocimos en el albergue de mis primos, en Bolbeno?, ¿aquella señora a la que le recogiste el guante?

—¡Sí, Mauro! Aquella dama era Margarethe, la única hija viva de Martín Lutero, el padre de la Reforma, principal pilar del protestantismo, que, como su padre en vida, también está en contra de los abusos e influencias del clero impuesto por el Vaticano, de la violación de los derechos de los seres humanos, de las riquezas de la Iglesia de Roma y contra la usura de quienes más tienen y no cesan de pisar a los más débiles. Lo tengo muy claro. —El rostro de Mauro quedó sin saber gesticular ningún músculo; no se esperaba aquellas palabras de Bruno—. Vosotros, Angiolo y tú, no os enterasteis, pero yo tuve ocasión de intercambiar unas interesantes conversaciones con Margarethe y mantener unos encuentros de afecto y ternura que me han llevado a volverme loco por ella. Y este paso que voy a dar en busca de esta especial dama creo que es el más difícil que he dado en mi vida. Espero no equivocarme.

—Veo, señor, que sois una persona de valores y principios. A lo largo de este viaje también se han producido en mí grandes cambios de pensamientos, y mucho he aprendido con vos.

—Este viaje, Mauro, ha significado mucho, por no decir todo, en mi vida, y lo más importante ha sido haber vuelto a abrazar a mis padres y saber que estaban vivos. Y después, escuchar a tanta gente de valía, que me ha enseñado un poco de todas las disciplinas; y conocer a una gran mujer, pero también haber visto con dolor y rabia

interior y muy de cerca las consecuencias de la sinrazón humana —manifestó Bruno. Después, mientras paladeaban el último sorbo de la copa, terminó diciendo—: ¡Bueno, Mauro!, también ha supuesto una gran satisfacción para mí conocerte; eres una persona responsable y también discreta.

—¡Gracias!, señor.

Con los primeros rayos del sol de la jornada siguiente, Mauro ya estaba aguardando frente a la puerta con el carromato, esperando la incorporación de Bruno, para emprender el viaje a Carisolo.

—Que tengáis un feliz viaje, querido hijo —les deseó Clara, abrazando con el mayor cariño a Bruno, mientras este se despedía de su anciano padre.

—¡Gracias! Intentaremos regresar lo más pronto posible.

El carromato partió de aquella casa, y Bruno mantuvo su mirada hacia atrás, sin dejar de despedirse de sus padres, hasta que los perdió de vista.

—¿Cómo localizaremos a la persona a la que vamos a entregarle el documento? —preguntó Mauro.

—No será fácil, lo sé —respondió Bruno—. La única referencia de la que disponemos es que su casa se encuentra en un bosque próximo a la iglesia de Santo Stefano, según dijo el médico Pietro Andrea —añadió, mientras no se borraba de su mente la imagen de sus queridos padres, que, aunque mayores, seguían vivos; unas lágrimas brotaron de sus ojos.

En la ruta, algunos carromatos se cruzaron en el camino; eran buhoneros y comerciantes de vino, frutas y madera, que bajaban de los valles y aldeas de las altas montañas para proveer los mercados de los pueblos de Val Rendena. Carisolo, además, era el primer pueblo del valle, por el norte. Un paraíso de agua, bosques, montañas y vida. El agradable trinar de los pájaros puso una nota celestial en el camino. De repente, un grupo de soldados les salió al paso.

—¡Alto! ¿Quiénes sois? ¿A dónde vais? —preguntó el sargento.

Mauro frenó de inmediato las riendas de las cabalgaduras. Y Bruno se apresuró a salir al paso.

—Señor, estamos de viaje por estas tierras, nos dirigimos a Carisolo, desde Pinzolo; llevamos un certificado firmado por su eminencia el cardenal Madruzzo.

Aquel militar quedó un tanto sorprendido, y no debió creérselo.

—¡Muéstreme ese certificado!

—¡Enseguida, señor! —repuso Bruno, mientras abría una bolsa de piel, dándoselo de inmediato.

—¡Está bien!

—¿Qué sucede, señor? —se interesó Bruno.

—Últimamente se están dando muchos asaltos en estas poblaciones de Val Rendena por parte de mercenarios y soldados del conde del Tirol, y tenemos que

asegurarnos.

En aquel momento se aproximó un grupo más numeroso de soldados, al frente del gonfalon, portando con firmeza el estandarte con el águila de Trento bordada en negro y rojo, que ondeaba al viento. El de mayor graduación se interesó:

—¿Qué ocurre, sargento?

—¡Nada, mi capitán! Todo en orden. Estos señores vienen de Trento y disponen de un certificado firmado de puño y letra por su eminencia.

Aquel capitán mostró un inusitado interés por los viajeros, y Bruno también por él; ambos se quedaron mirándose fijamente a los ojos.

—¿Sois el capitán Domenico Tonelli? —indagó, con respeto.

El rostro de aquel militar mostró un leve rictus de asombro, pero enseguida respondió.

—¡Sí! ¿Quiénes sois vos?

—Me llamo Bruno Baschenis, soy el director de las restauraciones de las obras de arte de los palacios tridentinos, y estoy de viaje por estos valles. Mi mejor amigo es Angiolo Tonelli, vuestro padre —respondió Bruno con seguridad y amabilidad, sin bajar su mirada.

—Mi padre me ha hablado en alguna ocasión de vos y de la amistad que os une, y de las extraordinarias realizaciones artísticas que estáis llevando a cabo en las estancias de los palacios de Trento. ¡Es un placer saludarle personalmente! —exclamó de inmediato y con respeto aquel militar.

—Muchas gracias, señor —repuso Bruno.

—Lamento decirle que hace mucho tiempo que no les veo, y no tengo excusas que justifiquen esta separación, solo que cada vez estoy más ocupado con las campañas militares por estas montañas, intentando asegurar nuestros territorios ante las constantes amenazas enemigas. Sé que Antonella, mi madre, no se encuentra bien de salud, y que mi padre está siempre muy ocupado con la jardinería de los palacios; y de mi hermano Luigi, que vistió los hábitos de monje en el santuario de San Romedio —se justificó el capitán, con rostro un tanto triste, en clara señal de preocupación.

Bruno, entonces, no lo dudó dos veces y descendió del carromato para saludar personalmente a aquel militar, que, en efecto, era el hijo de su mejor amigo. El capitán también bajó del caballo, para estrecharle la mano.

—Permitidme comunicaros que Angiolo, vuestro padre y mi mejor amigo, en estos momentos no se halla muy lejos de aquí. He hecho este viaje con Mauro, chófer de la curia de Trento, al frente del carromato. Vuestro padre se quedó ayer en Caderzone en casa de sus tíos, Ricardo y Jacinta, a donde iré a recogerle una vez haya concluido una misión que ahora me lleva a Carisolo, y después de pasar unos días junto a mis padres, en Pinzolo, regresar con Angiolo a Trento —informó Bruno.

Entonces, el capitán, al ver la afinidad que se estaba creando en aquella conversación, animó a Bruno a apartarse un momento del grupo, para, con voz suave, decirle:

—Mañana partiremos hacia el sur, y procuraré hacer un alto de unas horas con mis tropas en Caderzone para poder ver y abrazar a mi padre y saludar también a mis tíos, a quienes todavía hace más tiempo que no veo. Mis primos Alberto y Enmanuela ya ni se acordarán de mí.

—Me consta que todos ellos os tienen en gran estima y no dejan de hablar de vuestras hazañas como gran militar del ejército de nuestro principado tridentino —repuso Bruno, mirando a aquel capitán con el mayor respeto.

—El cardenal me ha hecho llamar, confidencialmente, para llevar a cabo una operación militar de suma importancia. No sé de qué se trata, pero los deseos de nuestra eminencia son órdenes para mí —exclamó Domenico.

—Pero, entonces, ¿el cardenal Madruzzo está bien? —preguntó con el mayor interés Bruno.

—¡Sí! Aunque han sucedido algunos contratiempos, de los que lamento no poder informarle. Solo le diré que he de ir a Trento de inmediato con mis hombres.

—Pues, por favor, cuando hable con su eminencia, dígame que nos hemos visto aquí en Pinzolo, y que en pocos días regresaré a la capital; y que todo va bien, aunque he de informarle personalmente de algunas cuestiones que creo merecerán su interés —dijo Bruno.

—Así lo haré.

—Gracias, capitán. Yo resido en Trento, en casa de los Dossi. Cuando vaya a la capital para ver a sus padres, me gustaría saludarle, aunque no sé el tiempo que permaneceré en Trento —dijo Bruno, mientras se despedía cordialmente de aquel militar de vocación y profesión.

—Yo tampoco sé el tiempo que permaneceré en Trento —manifestó el capitán mientras subía al caballo y ordenaba la reagrupación de sus hombres, colocando al frente de la tropa al gonfalon.

«Ha sido un honor conocer a este hombre, quien tanto está haciendo por nuestra seguridad en el principado. ¡Qué naturalidad! Nuestros pueblos y gentes, así como la misma capital, se encuentran bien a salvo ante cualquier amenaza con militares de este calibre, y, al mismo tiempo, con tanta humanidad», pensaba Bruno, ya en el carromato, después de despedirse de Domenico Tonelli.

—Sigamos nuestro viaje hacia Carisolo —se dirigió a Mauro tras salir de sus pensamientos.

—Bien, señor.

XXIX. El lector de sueños

Carisolo no tardó en mostrarse en la lejanía, acurrucada sobre la ladera de suaves montañas tapizadas de un verde intenso. El pueblo parecía una estampa navideña. Una paz y armonía casi celestial flotaban sobre el conjunto de casas de piedra cubiertas con pizarra de la zona, creando una insólita armonía vital en aquel paraje.

—¡Ya estamos cerca de nuestro destino! —gritó Mauro.

—Sí, distingo los tejados y las torres entre árboles y huertos —exclamó Bruno—. Pero no sabemos dónde dirigirnos, y tendremos que preguntar para localizar a la persona que buscamos. La única referencia que nos dio Pietro Andrea es que vive en un bosque cercano a la iglesia.

—Bien, ya es algo, aunque bosques no faltan en este lugar, y también veo tres campanarios —respondió Mauro, confundido.

—Debemos ir a la iglesia de Santo Stefano —aclaró Bruno.

Mauro dirigió los caballos hacia el interior del pueblo, y allí, junto a la plaza mayor, descendiendo de la silla, decidió preguntar, mientras Bruno prefirió aguardar dentro del carruaje, un tanto ensimismado en sus pensamientos.

—¡Perdonad, señor! ¿Dónde se encuentra la iglesia de Santo Stefano?

—Es la que está en las afueras de Carisolo, sobre el camino que lleva a Bedole —respondió aquel hombre, que vendía frutas en un puesto del mercado—. No tardaréis en verla, porque se alza sobre una colina.

—Vamos buscando a un hombre que vive cerca de esa iglesia, en el interior de un bosque; se llama Gerolamo Cardano. ¿Conocéis a esa persona? —volvió a preguntar el chófer.

—Por ese nombre, no, pero sí sé que hay un hombre, algo extraño y enigmático, que vive solo en una cabaña en el interior de un espeso bosque, no lejos de la iglesia, que tiene el don de curar a través de los sueños... —dijo aquel hombre, mirando con cierta extrañeza a Mauro y al carromato.

—Gracias.

—¿Ha escuchado, señor? —preguntó el chófer, dirigiéndose a Bruno.

—¡Sí, Mauro! Es posible que se trate de la misma persona. Dirígete hacia esa iglesia, y luego seguiremos preguntando —aconsejó Bruno.

Aquel santuario no quedaba lejos; la iglesia de santo Stefano, que se hallaba sobre una suave colina, dominando el camino que salía de Carisolo en dirección a Bedole, no tardó en aparecer sobre las copas de los árboles. Y fue al contemplar el campanario cuadrado y puntiagudo cuando Bruno exclamó:

—¡Sí! Me acuerdo ahora muy bien de este lugar. Esta iglesia también fue decorada magistralmente por mi padre. Yo tenía pocos años y le acompañé en muchas jornadas de trabajo. Recuerdo que las pinturas tienen una particularidad única, como

es la representación de la última cena con los apóstoles sentados a un lado de la tabla de la mesa ante un largo mantel de color blanco y los alimentos simbólicos. Los comensales están detrás de la mesa, mientras que los servidores se mueven delante; al lado se encuentra la escena de Judas Iscariote recibiendo la comunión de manos de Jesucristo, mientras con la mano izquierda acaricia la bolsa de monedas que lleva colgada del cinturón; y debajo del mantel, moviéndose sobre los pies descalzos de los comensales, hay algunos perros pendientes de las sobras que van cayendo.

—Resulta extraordinaria vuestra memoria, señor —dijo asombrado Mauro, dirigiendo los caballos por la cuesta que llevaba a la iglesia.

Al llegar a la plazoleta que se abría frente al ábside, donde se hallaba el cementerio, por respeto a los difuntos allí enterrados, el chófer condujo hacia unos alerces próximos, sujetando firmemente las riendas y frenando el carromato.

—¡Bien! Vamos a ver qué podemos averiguar aquí del paradero de este hombre que estamos buscando —manifestó Bruno mientras bajaba—. ¡Espere aquí, no tardo en volver!

—¡Tenga cuidado, amigo!

Seguidamente, Bruno se dirigió a la iglesia, y, al llegar a la pared meridional, la que estaba decorada con las pinturas realizadas por su padre, advirtió la presencia de dos hombres, que miraban con curiosidad aquella serie de frescos y conversaban en voz baja. Por los ropajes de seda que vestían y sus refinados modales, eran gente de alta cuna. Y este no dudó en aproximarse a ellos.

—¡Buenos días, señores!

Aquellas personas, que entablaban animada conversación, no pudieron evitar tener un leve sobresalto ante la inesperada presencia de Bruno, pero respondieron al saludo de este.

—¡Buenos días, señor!

—¿Os agradan estas pinturas? —preguntó Bruno, para intentar establecer una relación con aquellos hombres.

—¡Sí! Hemos venido esta mañana desde Boxen para visitar las iglesias decoradas por Simone Baschenis —informó el más alto de los dos.

Bruno, al oír el nombre de su padre, no pudo dejar de estremecerse de felicidad.

—Las pinturas de esta iglesia son de maravillosa ejecución —respondió al instante—. Entre las escenas más sorprendentes, además de la vida de san Esteban, patrón de la iglesia, debemos destacar a Daniel y al rey de Israel. También la representación de la Virgen y el Niño, pero sin duda la escena de la última cena es la más importante, por ser única en su categoría y estilo en toda Europa.

—Conocéis muy bien la obra de este artista —manifestó el que más hablaba, mientras que el otro escuchaba con inusitado interés la conversación, sin dejar de examinar los murales pictóricos de las fachadas de la iglesia y de observar

discretamente a Bruno.

—Sí, fue mi padre, Simone, quien, en efecto, llevó a cabo la realización de estas singulares pinturas. Fue una de sus primeras obras, llevadas a cabo en Val Rendena, relacionadas con el sobrecogedor tema de la danza de la muerte.

—¿Vos sois hijo de Simone Baschenis? —coincidieron en preguntar de inmediato, con admiración y respeto al mismo tiempo.

—Sí, me llamo Bruno Baschenis.

—Nosotros somos comerciantes de vinos, con sede en Boxen. Precisamente en esta ciudad, no muy lejos de nuestras casas, en el interior de la iglesia de los dominicos, se conserva un interesante fresco de la escuela del Giotto llamado «Triunfo de la Muerte».

—Sí, lo conozco bien —manifestó Bruno—. Soy restaurador de las obras de arte de los palacios tridentinos.

—Vemos que estamos hablando con toda una autoridad en el arte, y además es el hijo de Simone Baschenis. Es un inmenso honor para nosotros conocerlos.

—Gracias, señores; transmitiré a mi padre vuestros halagos hacia su magnífica obra.

—Estamos aprovechando un recorrido por Val Rendena para comercializar unos vinos que nuestras bodegas producen con los viñedos que se cultivan a orillas del lago de Garda. Por ello, por un recorrido desde el norte del valle, al pasar por Carisolo, no hemos querido perder la oportunidad de venir a visitar estas singulares iglesias, en las que su padre hizo sin duda un sensacional trabajo.

—No dejéis de ver las pinturas de las iglesias de Pinzolo y Pelugo —recomendó Bruno, con amabilidad.

—Así lo haremos —aseguró uno de los comerciantes—. Bien. Hemos de seguir nuestro recorrido; esta noche nos esperan en Bolbeno, donde descansaremos, y mañana al mediodía debemos estar en Riva di Garda, en cuya población hemos creado una bodega, para estar más cerca de los viñedos, y también de las principales calzadas que faciliten su comercio. Si os acercáis algún día, seréis bienvenido e invitado a catar algunos de los vinos que, de la variedad fraga, estamos elaborando —ofreció cortésmente.

—Gracias, señores. Aunque no soy un gran entendido en vinos, sí me gusta beber un vaso durante las comidas. Yo resido en Trento. —Hizo una breve pausa, y entonces se despidió—: Que tengáis un feliz viaje.

Bruno no les preguntó nada acerca de la persona que estaba buscando, porque comprendió que se trataba de forasteros, y poca información iban a facilitarle sobre el particular. Al quedarse solo, se acercó a la última de las figuras pictóricas y observó que efectivamente la frase grabada por su padre «*Mors janua vitae*» había sido casi destruida, y en su lugar aparecía escrito «*Nihil omni*», bajo una cruz, confirmando las

palabras de su progenitor.

Estaba ya a punto de regresar al lugar donde le aguardaba Mauro cuando oyó un sonido en el interior de la iglesia, y seguidamente el crujir del gozne de la cerradura que se hallaba cerrada. Al instante, apareció una persona con una escoba, barriendo.

—¡Buenos días, señor! Perdonad que os moleste, pero estoy buscando a una persona —solicitó amablemente Bruno.

—Vos diréis —repuso aquel hombre—. El párroco no se encuentra hoy aquí, porque ha ido a oficiar la misa en el santuario de la Madonna del Potere, y tardará en volver.

—Bueno, es posible que vos lo sepáis. ¿Sois de aquí, de Carisolo? —quiso saber Bruno.

—Sí, en este pueblo nací, y también mis padres. Cuido de la limpieza de la iglesia, el cementerio y el entorno de esta parroquia desde hace muchos años. ¿Pero de quién se trata? —preguntó un tanto sorprendido.

—El nombre de esa persona que ando buscando es Gerolamo Cardano. Solo sé que es un sabio que vive en un bosque de robles cercano a esta iglesia.

—Por ese nombre... no conozco a nadie. Pero sé de una persona que vive en un lugar con esas características, a quien todo el mundo llama «el que lee los sueños». Pero ¿por qué lo buscáis?

—No es para nada malo, al contrario, solo es para entregarle unos documentos de su interés, de parte de un buen amigo y colega suyo —aclaró Bruno.

—¡Me tranquilizáis! Porque todos los habitantes de Carisolo quieren a este buen hombre, ya que ha sanado a muchas personas con sus dotes, que son verdaderos milagros —repuso aquel hombre, respirando profundamente.

—Muchas gracias, señor. Me alegra lo que me contáis de esta persona, cuya imagen coincide con las informaciones que ya había recibido de ella. Pero, por favor, ¿dónde se encuentra ese bosque?

—Venid a esta parte de la terraza, desde esta roca lo veréis mejor. Es aquel robledal que está allí mismo, próximo al río, al otro lado del puente de piedra —dijo mientras señalaba—. Su casa la construyó él mismo con sus propias manos, y no tardaréis en verla en el centro del bosque, junto a una roca muy antigua que sale del suelo y también tiene poderes sobrenaturales, según ese hombre sabio.

—Os estoy muy agradecido, señor —dijo Bruno, despidiéndose de aquel buen hombre.

Seguidamente, Bruno se dirigió al sitio donde aguardaba Mauro.

—¡Ya sé dónde está el lugar! —exclamó—. Dirígete de nuevo al lecho del río y cruzaremos por un puente de piedra. Después no tardaremos en entrar en el bosque, y veremos sin dificultad la casa que buscamos.

—Bien, ¡en marcha! —respondió el chófer soltando las riendas.

«Lo que me llama la atención es que nadie conozca a esta persona por su nombre; todos lo identifican como “el que lee los sueños”», pensaba Bruno mientras el carromato iba descendiendo por la acentuada bajada, con enorme esfuerzo para los caballos, porque el suelo estaba mojado y las ruedas resbalaban peligrosamente por el barro.

—¡Uf! Menos mal que ya estamos aquí, en el llano —exclamó Mauro, respirando con alivio—. Los caballos han tenido que realizar un gran esfuerzo para mantener firme el carromato y evitar un grave accidente.

—¡Sí! —coincidió Bruno, mirando con admiración a Mauro—. Lo he podido advertir, el mérito ha sido de los caballos, pero también tuyo. Eres un gran conductor.

—Se han ganado un buen descanso, alimento fresco y agua —dijo el cochero mientras acariciaba el lomo de sus caballos.

Una vez cruzado el puente de piedra para salvar las nerviosas y frías aguas del Sarca, el carromato siguió la vereda que llevaba directamente a la entrada del abrupto bosque de robles.

—Qué lugar más extraño... —murmuró Mauro.

—Sí, yo también estoy sorprendido —admitió Bruno—. Del sol radiante hemos pasado de repente a la más absoluta oscuridad, como si una espesa nube nos hubiera cubierto de golpe. Pero, al mismo tiempo, percibo una agradable sensación de paz y sosiego en este bosque, probablemente por el silencio que se siente, y ni los pájaros se atreven a trinar.

—¡Señor! Allí veo algo, como una vivienda.

—Dirígete, pues, hacia allí, pero con cuidado, porque el suelo no se ve con claridad —aconsejó Bruno—. El bosque sigue espeso y oscuro, aunque los árboles parecen abrirse a nuestro paso.

En el centro de aquel claro del bosque se hallaba la casa; era una construcción de paredes de piedra y troncos de madera, con cubierta vegetal. Junto a la entrada, había una gran piedra de granito clavada en el suelo.

—Mauro, detén aquí los caballos, y espérame en este lado —aconsejó Bruno.

—Como deseéis, señor —respondió el chófer, asegurando el freno del carromato y procediendo a liberar los caballos, para que pastasen y bebiesen.

Bruno se dirigió sin vacilar hacia la puerta de aquella extraña vivienda, que parecía sumergida en un cuento de sagas mitológicas, y golpeó con su puño la entrada. Al cabo de un buen rato, que se hizo desesperante, aquella puerta se abrió.

—¿Qué deseáis? —preguntó un hombre de aspecto ermitaño, aunque pulcro y de refinados modales. Vestía una túnica gris, con chaleco en botonera sobre blanca camisa; tenía la frente ancha, cabeza almendrada y una cuidada barba acabada en una puntiaguda barbilla. Sus ojos, aunque pequeños, tenían una mirada penetrante.

—¿Sois Gerolamo Cardano? —preguntó Bruno.

Aquel hombre pareció descomponerse al oír su nombre. Y después de unos instantes, que sirvieron para analizar con mirada de halcón, de arriba abajo, al visitante, exclamó:

—¡Sí! Hacía mucho tiempo que no me llamaban por mi nombre de pila. Pero ¿quién sois?

—Me llamo Bruno Baschenis, y vengo expresamente a veros para entregaros unos documentos, a petición expresa de vuestro amigo y colega Pietro Andrea Mattioli —argumentó.

—¡Pietro Andrea! ¡Qué gran médico y buen amigo! ¿Cómo se encuentra? —preguntó—. Hace muchos años que no le veo. Pero, por favor, ¡entrad!

—Gracias, señor, aunque no dispongo de mucho tiempo.

Bruno accedió al interior de aquella humilde vivienda, sin dejar de admirar la curiosa disposición del habitáculo. Todo el reducido espacio giraba en torno a un grueso roble, y su alcoba la había realizado con tablones de madera bien asegurados con cuerdas de cáñamo a las ramas del árbol. Varios búhos seguían sus pasos con sus expresivos ojos. Tenía razón Pietro Andrea: se trataba de un alquimista y un sabio.

—¡Tomad asiento, por favor! Y perdonad el desorden —manifestó Gerolamo.

—¡Gracias, señor! Aquí tenéis los documentos que me entregó Pietro Andrea para vos.

Aquel hombre, con cierta sorpresa en el rostro, los recogió con interés y agradecimiento, y, tras desatar el lazo que enrollaba aquellos pergaminos, procedió a la lectura del primero de los documentos, clavando sus ojos en el mismo. Después, exclamó:

—¡Es impresionante la labor que está desarrollando Pietro en la traducción al italiano del *Dioscórides*! Además, me habla de las curaciones de algunas enfermedades, como la viruela, que tanto daño está causando cuando se convierte en epidemia en una población. Y él parece haber descubierto su sanación a partir de la caléndula. Yo estoy utilizando esta planta, que florece en primavera y cubre de color amarillo y naranja estos campos en abundancia, para combatir la inflamación de los ojos, y también contra las quemaduras y las picaduras de insectos, especialmente cuando se producen heridas en la piel —comentó exaltado de alegría aquel sabio.

—Pietro Andrea os tiene en un gran respeto y admiración —informó Bruno.

—Yo también a él. ¿Pero dónde se encuentra en estos momentos?

—Estuvimos juntos unos días en el castillo de Toblino, donde estaba culminando sus estudios sobre el *Dioscórides* por encargo del cardenal Madruzzo.

—Su eminencia es uno de los más importantes dirigentes y hombres de Estado que haya conocido nuestro principado. Sin él, no habría culminado felizmente el concilio, porque nuestro cardenal tuvo que soportar las intrigas del Vaticano, superar los numerosos obstáculos de la Iglesia, el nepotismo y las injerencias de algunos

pontífices y la tenebrosa influencia de la Inquisición, cuyos esbirros y *exploradores* no han dejado nunca de amenazar. También guardo un grato recuerdo de su antecesor, el obispo-príncipe Bernardo Clesio —dijo casi en un susurro aquel hombre, sin dejar de examinar el documento que había recibido.

—Me alegra que tengáis esa grata opinión de nuestro cardenal, la cual yo también comparto —respondió Bruno.

—¡Venid! Quiero mostraros algo —exclamó Gerolamo.

Aquel hombre llevó a Bruno hacia un rincón de aquella estancia y seguidamente accionó un brazo de madera, a modo de resorte, que estaba semioculto entre las piedras de la pared; se oyó el crujido de una palanca y no tardó en abrirse del espesor del muro una puerta secreta, que daba paso a una escalera que descendía a un nivel profundo y oscuro...

—¡Seguidme!, por favor —aconsejó—. Quiero mostraros la cripta, como yo llamo a la estancia inferior.

Tras encender un candil de aceite, inició la bajada por una escalera en pendiente cuyos peldaños habían sido tallados en la roca viva del suelo. Bruno iba detrás, a un paso de distancia.

—¡Ya hemos llegado!

Al alcanzar la estancia inferior, una infinita variedad de aromas, procedentes de grandes sacas allí apiladas, llenas de plantas silvestres, inundaron los sentidos de Bruno. Y este exclamó al instante:

—Mi nariz no había percibido hasta ahora tanta variedad de aromas. ¡Es alucinante! Además, resulta extraordinario todo cuanto estoy viendo a mi alrededor.

—Este es mi taller de trabajo, donde el tiempo no tiene el mismo valor dimensional que en el exterior —le explicó Gerolamo—. Aquí llevo a cabo las fases esenciales, y las diferentes operaciones.

—He oído hablar mucho de esta ciencia —comentó Bruno.

—Hace doscientos años, un monje benedictino alemán, Bertold Schwarz, en un taller de alquimia, inventó la pólvora con ayuda de los atanores, y a partir de ahí se crearon los primeros cañones de bronce. Más tarde, el mismo Leonardo da Vinci, que fue amigo de mi padre, en su residencia de Amboise diseñaría las máquinas de guerra más audaces para desplazar estos artilugios de fuego. Mi tarea, en cambio, es mucho más modesta: la correspondencia astrológica, es decir, conocer a fondo los doce niveles de la Gran Obra y su relación con los signos del zodiaco —explicó aquel hombre, mientras observaba atentamente el comportamiento del atanor, por el fuego que estaba recibiendo de la caldera de bronce inferior, y aseguraba el hierro que abría la salida superior de la chimenea.

—Pietro Andrea me dijo que vos habíais sido profesor de Medicina de la Universidad de Bolonia —comentó Bruno.

—¡En efecto! Y fue allí, en aquella agradable ciudad, donde conocí a Pietro — explicó Gerolamo—. Pero la Iglesia, y concretamente por bula del pontífice Paulo IV, dictó anatema sobre mi persona, condenándome como hereje. Y, al verme expulsado de aquel centro, y acosado sin piedad por los *exploradores* de la Inquisición, tuve que salir de Bolonia, y decidí instalarme en este apartado bosque de Carisolo, lejos del mundo, y en tierras del principado de Trento, uno de los territorios con mayor tolerancia de Italia. Y aquí cambié mi personalidad, construí esta casa con mis propias manos y me dediqué por entero a la investigación.

—¿Supisteis averiguar cuál fue el motivo real de aquella persecución a vuestra persona? —se interesó Bruno.

—Sí. Según me dijeron en Bolonia, esencialmente fue por haber escrito el horóscopo de Jesucristo.

—He podido comprobar que, aquí en Carisolo, nadie os conoce por vuestro nombre. En cambio, sí se refieren a vos como «el que lee los sueños»... —objetó Bruno.

Aquel sabio hizo un suave guiño con la mandíbula, a modo de sonrisa, antes de proseguir.

—No fue por capricho la elección de este lugar para la construcción de esta modesta vivienda. El bosque en el que nos encontramos se halla sobre un centro de gran energía, que los celtas de la antigüedad supieron establecer, y la casa, como habréis podido ver, ha sido levantada en torno al roble más antiguo, al lado de un gran menhir de piedra de granito que tiene la propiedad de sanar los males de la espalda. —Tras tomar una bocanada de aire, el alquimista continuó—: Me he interesado desde siempre por la revisión de las ocultas relaciones entre el equilibrio universal, la clave de *Phi*, el número áureo..., que vinculan mágicamente entre sí las cosas, todo cuanto gira en nuestro entorno, y de cuya «magia natural» intenta servirse la ciencia. Igualmente me interesa la física, sobre cuya ciencia quiero decir que he logrado resolver la cuadratura del círculo. Y, en relación a lo que me decís, no lo sabía; es probable que la gente me llame así, amigablemente, porque he interpretado sus sueños, pues les doy una gran importancia en nuestras vidas, dado que gracias a ellos incluso se pueden curar enfermedades que no son apreciables a primera vista.

—Hace tiempo tuve un sueño que no he olvidado... —susurró Bruno.

—Contádmelo si queréis; intentaré aclarar su significado —repuso Gerolamo.

—Yo me encontraba solo en medio de un paisaje desconocido, pero agradable. De pronto, me vino al paso una hermosa joven; en ese momento, me despedía del cardenal, que salía de viaje con su carruaje cargado de maletas, e instantes después se produjo una terrible tormenta que inundó aquel paraíso, pero, en compañía de aquella *ragazza*, logramos salir vivos, contemplando los destrozos desde lo alto de una colina, para regresar al valle, una vez que se recuperó la calma...

El mago de aquel bosque encantado escuchó con el mayor interés la explicación onírica de Bruno, y, tras unos instantes, tomó la palabra, para dar un sentido a aquella visión, con voz firme y sin titubeo alguno.

—Conoceréis a una mujer de la que os enamoraréis perdidamente, y con la que contraeréis matrimonio. Esa joven no es italiana, aunque pertenece a un linaje de renombre universal. Es probable que nuestro amado cardenal salga de viaje, abandonando para siempre Trento. Y nuestro principado será invadido por un ejército extranjero, que lo ocupará durante un tiempo, y luego volveremos a ser libres, y vos, desde la lejanía, veréis con inmensa felicidad cómo estas tierras vuelven a depender del obispo-príncipe de Trento.

El rostro de Bruno quedó desencajado. ¿Cómo podía aquel hombre, que no le había visto nunca, ni le conocía, haberle dado toda aquella explicación? Pues, sin duda, la mujer a la que se refería este médico y físico era Margarethe. Era cierto, se había enamorado de ella, pensaba con el más absoluto asombro mientras miraba con admiración a aquel gran sabio. Seguidamente, asintiendo con la cabeza, respondió a aquel hombre de ciencia:

—Señor, resulta verdaderamente asombroso todo cuanto me estáis diciendo.

—Otros sueños me han confirmado la segunda parte de vuestras visiones oníricas: nuestro querido cardenal se marchará de Trento y se instalará en otra ciudad italiana, que muy bien podría ser Roma, la capital de la cristiandad. Mucha falta hace en el Vaticano un hombre de la integridad de Cristoforo Madruzzo. Y también los sueños me han confirmado la llegada de un ejército extranjero que nos invada, pero que, como una gran tormenta, después dará paso a la luz, al sol, regresando nuestra libertad en la provincia tridentina —amplió aquel sabio, confirmando las explicaciones anteriores.

Sin dejar de pensar en todo cuanto había oído de Gerolamo, Bruno comenzó a analizar con infinita curiosidad los numerosos objetos que había en aquella subterránea estancia; un número indeterminado de probetas de cristal, alineadas sobre la repisa de madera superior, llenas de extraños animales, que habían sido recogidas por este médico para la investigación, se alineaban sobre unas sencillas estanterías de madera colgadas en la pared del fondo.

—Lamento deciros, señor, que debo marcharme, porque he de estar unos días con mis padres, que residen en Pinzolo, antes de regresar a Trento; ellos ya están muy mayores, y hacía muchos años que no les veía. Por cierto, mi padre, desde hace tiempo, sufre de fuertes dolores, que le obligan a permanecer en cama gran parte del día —dijo con tristeza Bruno.

—Le daré una pócima que le sentará bien, pero, sobre todo, recordad que solo deberá tomarse un par de gotas en un vaso de agua por la noche, antes de ir a dormir, y por las mañanas, después del desayuno. Se trata de un brebaje que se obtiene de una

seta muy venenosa: la amanita muscaria. Es muy abundante en la espesura de este bosque. A través de su maceración en alambique, con la ayuda de un joven que ama también la alquimia, Giovanni della Porta, hemos obtenido un poderoso alucinógeno que, a modo de droga, ingerido con medida, logra liberar al enfermo de la presión del dolor, tanto físico como mental. Giovanni, que suele venir a trabajar a mi cripta un par de veces al mes, ya ha bautizado en sus notas de trabajo a esta seta como «el hongo divino de la inmortalidad» —explicó Gerolamo mientras se dirigía con paso firme a la estantería para recoger un pequeño frasco y dárselo a Bruno.

—Muchas gracias, señor. Mi familia y yo os estamos totalmente agradecidos.

—Me gustaría presentaros a Giovanni. Últimamente se ha interesado por desvelar los secretos de la cámara oscura, y, dentro de la óptica, está experimentando con un telescopio para poder observar mejor el universo. También él, a causa de sus trabajos y sus pensamientos, ha tenido que huir de la Inquisición, y lamento que no se encuentre ahora.

—Os prometo que volveré en otra ocasión —repuso Bruno—, y con más tiempo, porque todo lo relacionado con las ciencias ocultas me interesa en gran medida.

Seguidamente, despidiéndose con un fuerte y afectuoso abrazo, Bruno salió al exterior, para reunirse con Mauro, que estaba ocupándose de los caballos.

Tras entrar de nuevo el alquimista en su casa, Bruno se dirigió a Mauro con amabilidad.

—¡Bien! Adelante, regresamos a Pinzolo. Lamento el tiempo que has tenido que aguardar, pero ha valido la pena conocer a este gran hombre y conversar con él.

—No importa, señor. Los caballos han descansado, pastado y bebido, y yo, con la serenidad que se respira en este extraño y aislado lugar, he aprovechado para dar una cabezada en el carromato; parece como si unas hadas me hubieran portado en sus brazos al reino de Morfeo —comentó el chófer.

Bruno respondió con una carcajada, al tiempo que Mauro espoleaba a los caballos.

XXX. Operación militar

En la ciudad de Trento, el cardenal Cristoforo Madruzzo, después de haber regresado con su séquito y guardia personal desde su estancia en Toblino, ya estaba a punto para partir hacia Venecia y asistir a la ceremonia de coronación del nuevo *dux*. Nadie, a excepción de los más allegados, quienes habían formado parte de la expedición que le llevó a Stenico, conocía lo que sucedió en el viaje de regreso, y menos aún la traición de Eriprando, su hermano, que ya estaba encarcelado en los calabozos de la ciudadela de Pèrgine.

—¡Eminencia! Ya deberíamos partir hacia Venecia, en la *Serenísima* nos esperan para los actos —aconsejó Tommaso, después de saludar cortésmente al cardenal.

—¡Estoy de acuerdo!, pero aún no quiero marchar, espero pronto la llegada de Domenico Tonelli, que está en camino, y según las informaciones recibidas, esta noche llegará a Trento. Que lo tengan todo listo. Por cierto, Tommaso, ¿qué se sabe de mi hermano? —se interesó Madruzzo.

—Eminencia, Eriprando ya lleva una semana internado en la fortaleza de Pèrgine, y, siguiendo vuestras ordenanzas, no recibirá ningún castigo que ponga en peligro su vida —repuso.

—¿Pudiste averiguar algo sobre la familia Lodron, de Castel Romano? —volvió a preguntar el cardenal.

—¡Sí, eminencia! Los señores de Lodron, en estos momentos, se encuentran en su palacio a orillas del lago d'Idro, y por lo tanto, Castel Romano se halla desprotegido —informó el capitán de la guardia personal del cardenal.

Una leve sonrisa se asomó en los labios de Madruzzo.

Era ya muy avanzada la noche, y pocas luces quedaban encendidas, pues la ciudad dormía. Las puertas hacía horas que habían sido cerradas; sin embargo, las de la torre de Vanga, por orden expresa del cardenal, no tardaron en abrirse de par en par, para facilitar el paso de un destacamento militar que llegaba exhausto, a cuyo frente iba el capitán Domenico Tonelli, quien, procedente de las fronteras del norte del principado y con pocas paradas de descanso en el camino, después de un largo trayecto, en aquellos momentos hacía su entrada en Trento.

—¡Bienvenido, capitán! —exclamó el sargento de guardia.

—¡Gracias! Venimos muy agotados por el largo viaje —repuso Tonelli.

—¡Señor! Ya está todo dispuesto, por orden directa de su eminencia —informó el jefe de la guardia—. Han sido preparadas unas estancias en el palacio del Castello del Buonconsiglio, donde podréis descansar; y la tropa, en los cuarteles del sector oriental de la ciudad. Mañana seréis recibido por el cardenal a primera hora, porque según las instrucciones, su eminencia ha de partir de viaje.

—¡Gracias, sargento! Pero que descansen bien mis hombres, y también los

caballos y mulas de carga —imperó el capitán.

A la mañana siguiente, cuando las campanas de la catedral repicaban anunciando el inicio de la jornada, Domenico ya aguardaba en su recámara, vestido con su más elegante uniforme de campaña, esperando el aviso del encuentro con el cardenal. Unos golpes en la puerta no tardaron en producirse.

—¡Señor! Sígame, por favor —solicitó el mayordomo personal del cardenal, acompañado de varios servidores.

Tras recorrer algunos pasillos y los patios que enlazaban las dos fortalezas del Castello del Buonconsiglio, llegaron a la sala de embajadores, donde había fijado el punto de encuentro su eminencia. Instantes después, el cardenal Madruzzo hizo su entrada.

—Eminencia, ¿me habéis hecho llamar? —preguntó el capitán Tonelli, al tiempo que se inclinaba para besar la mano del cardenal.

—Sí, Domenico, pero antes infórmame de cómo está la situación en nuestras fronteras del norte —se interesó el cardenal.

—Eminencia, desde hace varios años las fuerzas del conde del Tirol no dejan de hostigar nuestras defensas; desde Boxen estoy abasteciendo las ciudades y los castillos que aseguran los límites de nuestro principado con los territorios del archiduque de Austria, y cada vez la situación es más insostenible.

—Gracias, Domenico, me lo temía. Te facilitaré los medios y recursos necesarios para que puedas llevar a cabo esa difícil tarea. Soy consciente de tu valor y entereza en todo cuanto vas haciendo por la seguridad y estabilidad de nuestro principado. Y, a pesar de lo cansado que debes encontrarte por el viaje desde las fronteras del norte, quiero que cumplas una arriesgada y difícil misión de suma importancia, que, además, reviste un interés muy especial para mi persona, mientras me encuentre en la *Serenísima*, en cuya ciudad de Venecia debo asistir a la toma de posesión del nuevo *dux*. Por ello, he querido recibirte con tanta premura —imperó Madruzzo.

—Eminencia, mi espada está al servicio de nuestro principado, y daría mi sangre, si fuera preciso, por la defensa de vuestra persona y de nuestro territorio —exclamó con autoridad y confianza el capitán.

—Lo sé muy bien, amigo Domenico. En todas las acciones que has participado, he sido informado puntualmente de tu valor. Por ello no he dudado al pensar en ti. Hace tiempo que era necesario recordarles a los señores de Lodron la lealtad que les deben a Trento y a nuestro principado, y quiero que se les dé un escarmiento.

—Eminencia, personalmente no conozco la fortaleza de Castel Romano —comentó el capitán—, pero sí he oído hablar de las poderosas influencias de esos señores.

—¡En efecto, Domenico! Los Lodron son capaces de aliarse hasta con el mismísimo Diablo para conseguir sus fines. Sus ansias de poder no tienen límites.

Incluso han llegado a comprar uno de los mejores terrenos del norte de la ciudad de Trento, concretamente entre la iglesia de la Trinità y el Palazzo Firmian, para construirse una suntuosa residencia desde la cual poder admirar mejor el Castello del Buonconsiglio y rivalizar con los palacios más lujosos y elegantes de la capital — argumentó el cardenal.

Instantes después, su eminencia se reclinó en su diván, mientras saboreaba un racimo de uvas que tomó de la bandeja de plata llena de frutas que tenía sobre la mesa. Y seguidamente prosiguió:

—Castel Romano se encuentra cerca de Pieve di Bono, al sur de Valli Giudicarie, sobre la orilla izquierda del río Sarca, a un tiro de ballesta de Prezzo, entre los pueblos de Cimego y Lardaro. Allí es donde tienen concentradas sus tropas. Sin embargo, el Palazzo Lodron, según informaciones recientemente recibidas, se halla en la villa de Lodrone, a una hora de marcha al nordeste del lago d'Idro.

—Eminencia, estoy pensando en un ataque sorpresa, directamente a Castel Romano —explicó Domenico—. Para ello no es necesario un número elevado de soldados. Prefiero hombres de valor y de alta preparación militar. Con un destacamento de doscientos hombres, bien armados, creo que será suficiente.

—Me parece muy bien —repuso el cardenal—. Antes de partir hacia Venecia lo dejaré todo bien establecido para que recibáis cuanto necesitáis.

—Eminencia, para que la operación sea exitosa, como comprenderéis, debemos hacerla además con el mayor secretismo. No debemos llamar mucho la atención aquí en Trento. El grueso de la tropa se puede ir incorporando por el camino; estoy pensando en Toblino, Campo, Madruzzo y, sobre todo, Stenico —manifestó el capitán, señalando sobre un mapa cartográfico la ruta con la punta de su afilada daga.

—En efecto, todo debe hacerse con absoluta discreción. Recuerda que nadie, a excepción de nosotros y de Tommaso, mi jefe de guardia personal, conoce esta misión —insistió el cardenal.

—¡Gracias, eminencia, por confiar en mí para esta delicada misión! —exclamó el capitán, mirando con alto respeto y gratitud a Madruzzo.

—¡Bien! Mañana, a primera hora, parto hacia la *Serenísima*, pero antes voy a extender órdenes selladas y escritas con mi puño y letra a los señores de esas cuatro fortalezas que se alinean en la ruta que vais a seguir para que tengan a punto los destacamentos de hombres y material necesarios. Los emisarios saldrán hoy mismo —confirmó el cardenal.

—Eminencia, después de tomar por sorpresa Castel Romano, si dentro de la ciudadela no se encuentra la familia Lodron, me dirigiré de inmediato con un destacamento más reducido, pero de élite, a la residencia que tienen en Lodrone, próxima al lago d'Idro —expuso con seguridad el capitán.

—¡Sí, Domenico! Pero es posible que los Lodron reciban algún apoyo desde

Castel San Giovanni, fortaleza que, hace más de un siglo, ya defendió a esta familia contra un intento de asalto por parte de tropas tridentinas —informó el cardenal.

—Entonces, eminencia, deberé pensar en otro apoyo más cercano, que podría ser el Castel Santa Bárbara, cuyo señor, como bien sabéis, siempre ha puesto su baluarte al servicio de Trento —insinuó el capitán.

—De acuerdo, Domenico, también incluiré esta fortaleza entre los comunicados a enviar, pero procurad tener el menor número posible de muertes, puesto que tanto a los atacantes como a los defensores los considero como hijos míos y también de nuestro principado. Debéis reducir a la guarnición y apresar a los señores, a quienes quiero que llevéis a Stenico, para ser encerrados en las entrañas de la horripilante cárcel de la torre Bondone. Recuerda que Tommaso mañana no se encontrará, porque me acompaña a Venecia, pero su ayudante, el teniente Gabriel Manderiolo, podrá ayudaros en todo cuanto necesitéis; también él está informado de esta operación —destacó el cardenal, dándole una palmada de afecto a Domenico en la espalda.

—Gracias, eminencia, así lo haré. Espero que a su regreso de la *Serenísima* ya haya podido culminar con éxito esta delicada misión que me habéis encomendado.

Domenico besó respetuosamente la mano izquierda del cardenal y después retrocedió hacia la puerta, sin darle la espalda en ningún momento.

—¡Ah! Quiero decirte que tuve el placer de compartir con Angiolo, tu padre, unos días en Stenico —musitó el cardenal en el momento en que Domenico procedía a salir de la puerta—. También estaba Bruno, el director de los trabajos de restauración de los palacios tridentinos. Ambos salieron hace muchos días de Trento, en viaje de descanso, para visitar a sus respectivas familias en Val Rendena.

—¡Sí, eminencia! Ya fui informado de ello, directamente por mi padre, a quien saludé en Caderzone —confirmó el capitán—. Se hallaba en casa de mis tíos, a quienes igualmente tuve la inmensa satisfacción de ver y abrazar, después de tanto tiempo. Mi padre me dijo que esperaba la llegada de Bruno, desde Pinzolo, para regresar, juntos, de nuevo a Trento. Y a Bruno me lo encontré en Carisolo, a quien conocí fortuitamente, y fue muy agradable.

—¿Te dijo algo en especial Bruno? —se interesó Madruzzo.

—¡No! Solo que deseaba regresar a Trento lo más pronto posible, porque tenía que facilitaros algunas informaciones.

—¡Bien! Probablemente ya haya regresado a Trento a mi vuelta de Venecia. Yo también tengo informaciones que darle. Es una persona fiel, como tú, a nuestro principado —exclamó su eminencia.

Luego, el cardenal, con un gesto respetuoso de la mano, dio aquel encuentro por concluido, y el capitán salió sin darle la espalda.

Una vez solo, el cardenal, reclinado en un diván, comenzó a recordar la desafortunada acción llevada a cabo por su hermano Eriprando, a quien, con inmenso

dolor de su alma, se vio obligado a dar un duro escarmiento, primero en las mazmorras de Pèrgine, y después enviándolo, durante dos años, como galeote de galeras.

«Mientras tanto, ayudaré a su esposa y a sus hijos, porque ellos no tienen la culpa de la deslealtad de su padre», pensó Madruzzo, muy apenado, recordando, al mismo tiempo, los momentos de felicidad vividos en la infancia con sus padres y con su hermano, y preguntándose cómo podía haberse producido aquel percance, que Eriprando, su propio hermano, por ambición y avaricia, llegara a amenazar su vida y con ella a poner en peligro la seguridad del principado.

Al amanecer del día siguiente, el cardenal saldría de Trento al frente de una numerosa comitiva y con Tommaso como jefe de su guardia personal.

XXXI. La batalla

Las campanas de Santa Maria Maggiore repicaban la hora *tertia* —las nueve de la mañana— cuando el carruaje del cardenal, en medio de un numeroso séquito, atravesaba la gran plaza en donde se alzaban la catedral y la Fontana del Nettuno; desde las ventanas y balcones, entre vítores de aclamación, muchas personas arrojaban flores al paso de su eminencia. Tras cruzar la Porta Veronensis, la persona más poderosa del principado abandonaba la ciudad de Trento, por su sector sureste, tomando de inmediato el camino que llevaba a Venecia a través del espléndido valle de la Valsugana.

Y fue al salir de Costasavina, y antes de alcanzar las orillas del lago de Caldonazzo, cuando en la lejanía apareció recortada en el horizonte la oscura silueta de la impresionante fortaleza de Pèrgine. El cardenal, que tenía su mente algo abstraída, fijó de inmediato sus pupilas en aquel baluarte de piedra grisácea, oscura como una noche de luna nueva, no pudiendo evitar que su corazón se sobresaltara al recordar de repente a su hermano que, en las horripilantes mazmorras de ese castillo, en aquellos momentos debía estar encerrado por orden suya, lejos de la luz natural, con escasos alimentos, aunque sin recibir duros castigos.

«¡Ay, Eriprando, Eriprando! ¿Cómo pudiste hacerle esto a tu propio hermano? Yo te hubiese entregado la plaza que más te hubiese gustado para ti y tu familia en agradecimiento por tus servicios. Sin embargo, este ofrecimiento nunca lo considerasteis, preferisteis el camino de la deslealtad y permanecer al margen de la ley como mercenario, sin bandera ni ley», pensaba el cardenal, con el más doloroso pesar, sin dejar de contemplar aquella ciudadela desde las ventanas de su carruaje. La frialdad de un aire que bajaba con fuerza de aquellas nevadas montañas hizo que se cubriera con una gruesa manta de armiño; una profunda tristeza provocó entonces que algunas lágrimas no tardaran en brotar de sus ojos.

Mientras tanto, en Trento, Domenico Tonelli, que igualmente madrugó aquella mañana, ya había iniciado los pasos necesarios para la coordinación de los preparativos de sus tropas para llevar a cabo la arriesgada misión encomendada por el cardenal.

—¡Avisa al teniente Manderiolo! —imperó Tonelli, dirigiéndose al mayordomo, quien hizo lo propio con un soldado de palacio.

—¡Enseguida, señor!

Pocos instantes después, se presentó el responsable de la guardia en ausencia de Tommaso.

—Capitán, ¿me habéis hecho llamar?

—Sí, teniente. Como bien sabéis, es preciso organizar de inmediato la misión que me ha encomendado su eminencia —dijo Tonelli.

—¡Sí, mi capitán! Debemos coordinar todos los preparativos, porque la operación no debe demorarse. A lo largo de la tarde de ayer fueron saliendo los mensajeros con los correos hacia las fortalezas que estableció el cardenal.

—¿Y las tropas que llegaron conmigo de la frontera norte? —preguntó Domenico.

—Me han informado de que ya descansaron bien. Aguardan con impaciencia vuestras órdenes.

—Bien. Ahora es preciso revisar el armamento que debemos llevarnos en carros, discretamente cubierto con mantas para no despertar la atención de los ciudadanos de Trento, sin olvidarse de la intendencia para la tropa —recordó Tonelli.

—¡Señor!, todo ello ya se ha tenido en cuenta. Además, su eminencia me ha insistido en que yo, durante su ausencia, mantenga una formación militar, a modo de retén, preparada en todo momento para cualquier ayuda que podáis necesitar en esta delicada operación.

—Ahora quiero que me acompañe a los cuarteles para ver a mis hombres antes de partir hacia Castel Romano —le indicó el capitán—. Saldremos mañana, discretamente, a la hora prima, antes del repique de los tradicionales setenta y ocho golpes de la campana mayor de la torre de la iglesia de Santa Maria Maggiore. Para entonces, ya deberá estar todo el destacamento militar a punto de revista.

—¡Como ordenéis, capitán!

Momentos después, Gabriel Manderiolo acompañó a Domenico Tonelli a los cuarteles, que se hallaban entre la iglesia del Suffragio y la puerta Verde, en el extremo noroeste de la ciudad y a un tiro de ballesta del Castello del Buonconsiglio; dada la proximidad con el palacio tridentino, prefirieron desplazarse a pie. En el corto trayecto, Tonelli preguntó al teniente:

—Me resulta un tanto extraña esta misión. ¿Sabéis alguna cosa al respecto?

—Es posible que guarde alguna relación con Eriprando —comentó en voz baja Manderiolo.

—¿El hermano del cardenal? ¿Qué puede haber sucedido? —preguntó Tonelli con la mayor extrañeza.

—Ya conocéis las maniobras militares en las que siempre está involucrado Eriprando, y hace tiempo que no le vemos en Trento. Tampoco su familia conoce su paradero, según se dice por ahí —respondió calladamente Gabriel—. Pero, por favor, no digáis nada a nadie de todo esto.

—Descuidad, teniente, bastante trabajo tengo yo en la cabeza para mantener las fronteras de nuestro principado seguras y guardar al mismo tiempo las vidas de mis hombres como para meterme en nuevos asuntos.

Domenico no paraba de darle vueltas a la cabeza, pensando en los motivos de la operación que iba a llevar a cabo, y también en la explicación que le había dado aquel

teniente cuando llegaron a la puerta de los cuarteles.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —se cuadró el sargento de guardia.

—Llévanos ante mis hombres.

—Mi capitán, el destacamento en estos momentos se encuentra haciendo ejercicios con armas de fuego y tiros con ballesta en el patio de armas —respondió el sargento.

—Gracias —respondió Tonelli.

—Sargento, comunique la llegada del capitán —ordenó Manderiolo.

—Sí, mi teniente.

El sargento de guardia ordenó de inmediato a un soldado que llevase el mensaje al resto de la tropa. Mientras tanto, el teniente acompañó a Domenico hasta el patio de armas, a donde llegaron, después de pasar unos largos pasillos y algunas galerías con troneras, para hacer las guardias. Al llegar al lugar, toda la tropa ya se hallaba formada y en perfecto estado de revista.

—¡Descansen! —ordenó el capitán, mirando con afecto a sus hombres.

Miradas de júbilo se encendieron en los rostros de aquellos soldados al ver a su querido y admirado capitán. Eran hombres de armas, profesionales acostumbrados a desarrollar las más arriesgadas misiones.

—Mañana, al alba, saldremos hacia una nueva misión —expuso Domenico Tonelli en una galería desde la que, a poca distancia, se dominaba todo el patio de armas—, pero será diferente a las demás. Sobre la ruta os iré informando. Esta operación militar reviste una enorme responsabilidad, y he querido que seáis vosotros quienes me acompañéis en defensa de nuestro territorio tridentino, según deseos de nuestro amado cardenal.

—Gracias, capitán. Sabéis que siempre estaremos con vos donde sea necesario por la defensa de Trento, del territorio y del cardenal —respondió, en nombre de todos los allí formados, el teniente Umberto Casotto, que era el militar de mayor graduación de aquella formación y la mano derecha de Tonelli.

—Gracias. Es preciso tenerlo todo preparado antes de acostaros. Y descansad bien esta noche —aconsejó Tonelli.

Después Umberto rompió la formación y fue al encuentro del capitán para dialogar con él. Y en una estancia de aquel acuartelamiento, elegida por Tonelli, este se reunió con los dos tenientes en la mayor intimidad.

—Todos estamos a punto para cualquier misión que nos encomiende, como bien sabéis. ¿De qué se trata en esta ocasión? —preguntó con manifiesto interés y un tanto expectante Casotto, tras saludar cortésmente a su capitán.

—¿Habéis estado en alguna ocasión en Castel Romano, teniente? —preguntó Domenico.

—Sí, mi capitán. Además, yo nací muy cerca, en la aldea de Condino.

—¡Perfecto! Es importante conocer bien la zona. Se trata de tomar esa fortaleza, haciendo una maniobra sorpresa y procurando no derramar mucha sangre.

—Recuerdo que de pequeño acostumbraba a ir por Pieve di Bono, y oía a las personas mayores del lugar que hablaban sobre la existencia de galerías secretas que, desde el interior del castillo, comunicaban con el lecho del río Chiese, cerca de Cologna, al otro lado de Valli Giudicarie —explicó Umberto, ante el asombro de los dos.

—Es muy importante todo cuanto me estáis diciendo, teniente —dijo Tonelli mientras le daba una palmada en el hombro—. Conocer en profundidad el terreno, en toda operación militar, resulta esencial. —Después, dirigiéndose a Gabriel Manderiolo, preguntó—: ¿Y el material para llevarnos, cómo está?

—¡Todo a punto de revista, capitán! Si deseáis os lo puedo mostrar —se ofreció con seguridad el teniente de la guardia personal del cardenal.

—No hace falta, confío en vos. Que esté todo a punto para partir mañana, y la salida de Trento la haremos con bastante sigilo —imperó el capitán, despidiéndose amablemente de Umberto. Al salir al exterior, Tonelli se dirigió a Manderiolo—: Teniente, quiero aprovechar mi regreso a Trento para acercarme a casa de mis padres, que no viven lejos de aquí, y saludar a mi madre, a quien hace tiempo que no veo. Al anochecer, antes del toque de queda, regresaré al Castello del Buonconsiglio, y mañana nos veremos antes de partir. Muchas gracias por todo.

—De acuerdo, capitán. ¿Queréis que os acompañe un soldado, para vuestra seguridad? —ofreció Manderiolo.

—No. Gracias, teniente. El lugar no queda lejos de aquí, y lo conozco muy bien.

—Hasta mañana, pues. Que descanséis.

Tonelli, que hacía varios años que no iba a Trento, a medida que transitaba por las calles de la ciudad iba recordando algunos agradables momentos de su infancia; especialmente cuando, tras dejar atrás Il Cantone y la Torre Verde, entró en la Via del Suffragio, y se recreó pensando en cuando jugaba de pequeño bajos los soportales de esa añorada calle que le vio nacer hacía treinta y cuatro años. El tiempo había pasado, pero las costumbres y juegos de los *bambini* seguían siendo los mismos (el escondite, el aro, las pompas de agua con jabón...), mientras las niñas, en lugares aparte, seguían vistiendo a sus muñecas de trapo... Sin darse cuenta, alcanzó la casa de sus padres. Pero antes de golpear la aldaba de la puerta quedó unos momentos pensativo, recordando a Antonella, su madre, siempre atareada con las faenas de casa. Finalmente, golpeó la aldaba, y al poco se abrió la puerta.

—¡Hijo! ¡Qué alegría! ¡No te esperaba! —exclamó la madre, llena de gozo al verle.

—¡Madre! Yo también soy muy feliz al veros.

—¡Pasa! Tu padre salió de viaje hace muchos días, aunque ya no deberá tardar en

regresar.

—Sí, le vi en Caderzone, en casa de los tíos Ricardo y Jacinta. También estaban los primos Alberto y Enmanuela. Todos se encuentran muy bien —informó Domenico, sin dejar de abrazar a su madre.

—¿Te quedarás muchos días? —preguntó Antonella, mirando con ternura a su hijo.

—No. Lamento decíroslo, madre, pero he venido a Trento para cumplir una importante misión, a requerimiento del cardenal, de la cual no puedo hablaros, pero, una vez terminada, y de regreso de nuevo, procuraré permanecer unos días en casa y te informaré ampliamente. Se trata de algo muy delicado.

—No me inquietes, hijo. Ten mucho cuidado; corren tiempos difíciles y la gente habla de enemigos que acechan a nuestro principado —apuntó con honda preocupación Antonella.

—Sí, madre. ¡Qué me vais a contar! Estoy combatiendo a diario a enemigos que buscan apoderarse de nuestro territorio. Pero no os inquietéis, todo saldrá bien —respondió Domenico, intentando calmarla.

Después de un silencio, con sollozos y abrazos, y sin dejar de mirarse con inmenso cariño y ternura, Antonella, al ver las estrellas que mostraba en el hombro su hijo, dio un salto de alegría.

—¡Ya eres capitán!

—Sí, madre; desde hace un par de años. Fue nuestro querido cardenal quien, después de una valerosa acción en las fronteras del norte, aprobó el ascenso de mi graduación.

—El cardenal Madruzzo es lo mejor que hemos tenido en nuestra historia. También lo fue su antecesor, Bernardo Clesio, pero la gloria del concilio se la debemos a Cristoforo. A su eminencia todo el mundo le quiere y respeta, porque es un hombre justo. ¿Pero cuándo debes partir a esa misión? —preguntó con interés y preocupación Antonella.

—Solo podré quedarme esta tarde con vos, madre, porque esta noche he de regresar al Castello del Buonconsiglio, antes del toque de queda, porque partiremos mañana. Os ruego que no habléis de esto con nadie, por favor.

—Descuida, hijo. Lo dejo todo y estaré contigo. El cuarto lo tienes tal como lo dejaste, lo mismo que el de tu hermano, Luigi, que sigue de monje en San Romedio.

Después de pasar toda aquella jornada en el hogar que le vio nacer, en compañía de su madre, Domenico se marchó con los primeros rayos del crepúsculo, cuando comenzaban a encenderse las antorchas de las calles y plazas de Trento. A paso firme, no tardó en llegar al palacio cardenalicio, porque quiso acostarse pronto, para descansar lo suficiente.

A la mañana siguiente, y tal como el capitán había previsto, el destacamento ya

estaba formado frente a la fachada principal del Palazzo del Buonconsiglio, y Tonelli no tardó en aparecer, sobre su hermoso caballo de larga melena negra. La tropa iba vestida con ropa de campaña, para no llamar demasiado la atención; además, se había escogido una hora en la cual la mayoría de la población dormía, porque las campanas de Santa Maria Maggiore aún permanecían en silencio. Todos, debidamente formados en fila de dos, con los carromatos hábilmente camuflados, abandonaron Trento por la puerta de Vanga. Al frente iba Domenico Tonelli, que cabalgaba junto con su teniente, mientras que el jinete gonfalon, que iba delante a poca distancia, ondeaba al viento con orgullo la bandera del principado tridentino.

—Hemos de hacer algunos altos en el itinerario, según lo acordado con el cardenal, para recibir soldados, y aprovechar para descansar —manifestó Tonelli.

—¿Qué ruta tomaremos, capitán? —preguntó Umberto.

—La primera parada será Toblino —informó Tonelli—. Su señor, Nicolò Gaudenzio, ya nos estará esperando. Después será Castel Campo, donde nos aguarda Alberto Segonzano. En Madruzzo, la cuna de nuestro amado cardenal, nos espera Salvatore Felice, y en Stenico, la más importante de nuestras plazas fuertes, Alessandro Civerone. Con todo ello, ya podremos establecer bien la mejor maniobra de ataque a Castel Romano, y espero que los señores de Lodron se encuentren dentro de la ciudadela para no tener que poner cerco al palacio que esta influyente familia dispone en las proximidades del lago d'Idro.

—La mejor ruta es seguir en todo momento Valli Giudicarie —aconsejó el teniente—, pero también es la más frecuentada. Conozco unos senderos que nos llevarían directamente a Pieve di Bono, desde Stenico, a través de las montañas del interior, por Ballino, para no llamar mucho la atención de las gentes de los pueblos y aldeas que se hallan sobre la Giudicarie.

—Bien. El ir vestidos con ropa de campaña hace pensar que estamos en maniobras militares. Organizad la ruta con los mandos. Pero acordaos de que llevamos carromatos pesados y pólvora.

—No os preocupéis, mi capitán, lo tengo previsto. Conozco muy bien el territorio que vamos a atravesar —respondió Umberto, tranquilizando a Domenico.

Las paradas en Toblino, Castel Campo, Madruzzo y Stenico se llevaron a cabo según los cálculos establecidos. Y el contingente militar había triplicado su número, hasta completar la cifra de hombres que consideró suficiente el capitán para esta operación. También fue importante el material recibido en las citadas fortalezas, tanto de armas de fuego como de aceros, lanzas y ballestas. Tampoco faltaba comida. Todo estaba a punto al salir de Stenico. Ya había transcurrido una semana, y la tropa se encontraba con ganas de entrar en acción.

—Mi capitán, ya falta poco para alcanzar el curso del Chiese y el pueblo de Pieve di Bono —anunció ansiosamente el teniente.

—Sí, ya observo la fortaleza. Este lugar está bien para instalar el cuartel de campaña, a cubierto por el bosque y con una posición estratégica idónea, para contemplar, sin ser vistos, desde una distancia prudente la fortaleza. Parece que en Castel Romano todo está normal. Atacaremos pasada la medianoche.

—De acuerdo, mi capitán. Los hombres deberían ir vestidos de negro, y, aunque lleven armas de fuego, prefiero que se evite su uso, y emplearlas solamente cuando esté en peligro la vida de la persona. En cambio, debemos utilizar las ballestas, las espadas y los cuchillos, que son más eficaces en el cuerpo a cuerpo y hacen menos ruido —aconsejó Umberto.

—Y, sobre todo, recordad que hemos de procurar salvar el mayor número de vidas posible —recordó Domenico.

En poco tiempo, amparados por las sombras del crepúsculo, las tiendas fueron abriéndose en aquel lugar elegido por el capitán, mientras los hombres iban tomando posiciones a medida que se conocían los detalles de la operación. De los carromatos fueron sacándose, con rapidez y en el máximo silencio, las armas, alimentos, mantas y demás útiles, para estar a punto en todo momento. Los soldados, mientras tanto, se estaban vistiendo con ropa oscura, cubriéndose de barniz oscuro la cara, y evitando cualquier objeto metálico que pudiera reflejar los rayos de una luna llena que iluminaba la fría noche. Estaba ya todo preparado para entrar en acción, cuando de pronto sucedió algo.

—¡Capitán, se ha abierto la puerta de la fortaleza! —exclamó Umberto Casotto, sin alzar la voz.

—¡Sí, sí, ya lo estoy viendo! Pero vamos a esperar unos instantes, para ver qué sucede —instó Tonelli.

Pocos momentos después salió de aquella ciudadela un carromato tirado por dos caballos y ocho jinetes armados escoltándolo.

—Es muy extraño. A estas horas tan avanzadas de la noche, no creo que se trate de mercancías que salgan del castillo —dijo en voz baja Tonelli—. ¿Serán los señores de Lodron, a los que alguien haya avisado de nuestra operación militar, que parten de la fortaleza ocultos para buscar refugio en el palacio próximo al lago d'Idro?

—Puede ser cierto, capitán —repuso el teniente, mientras que los hombres que estaban preparados para llevar a cabo el ataque sorpresa se mantenían ocultos, pero con los ojos bien abiertos, siguiendo al dedillo todo cuanto estaba sucediendo en el portalón principal del castillo.

—¡Bien! Habrá cambio de planes —musitó en voz baja el capitán. Después de unos momentos de silencio, aunque con un cierto nerviosismo en el ambiente, expuso la siguiente estrategia—: De la forma más cautelosa posible, vamos a sorprender al destacamento que acaba de salir de Castel Romano. Lo haremos con rapidez y procurando evitar el derramamiento de sangre. Para no hacer ruido con los cascos de

los caballos, se les pondrá un trozo de saco atado en las patas. Tú, Umberto, cortarás la salida con veinte hombres, al final de aquel bosque, porque pueden tomar ese itinerario, que sería el más lógico, dado que lleva al lago d'Idro. Pero es probable, si han sido informados de nuestra operación, que quieran confundirnos, tomando el sendero que conduce al oeste, a Castel Condino, para refugiarse en esa fortaleza, cuyo señor también ha dado muestras en algunos momentos de apoyar a los Lodron. Y será entonces cuando yo les atajaré el paso, al otro lado del río, con otros veinte hombres. Los demás, permaneced aquí, a las órdenes del sargento, en estado de total alerta, por si salen tropas de la fortaleza para darles apoyo.

—Me parece una excelente idea, capitán —respondió el teniente.

—Pues bien. ¡Todos en marcha, señores! No debemos perder el menor tiempo —mandó Tonelli, mientras extraía la espada y el cuchillo de su funda y los examinaba.

Con la más férrea disciplina y rapidez, procurando hacer el menor ruido posible, ambas formaciones bajaron para tomar las posiciones acordadas. Aquel carromato, después de bajar a toda prisa, flanqueado por los jinetes de seguridad, tomó el camino hacia el sur, y el teniente Casotto ya aguardaba con sus hombres, al final del bosque, para cortarles el paso. Domenico Tonelli, que había advertido ese cambio de rumbo, no dudó en acercarse con sus hombres a todo galopar, para cortar una posible retirada, de nuevo, en dirección a Castel Romano.

—¡El carromato viene hacia nosotros, pero no disparéis ni salgáis hasta que dé la orden! —impuso el teniente Umberto, calmando a sus hombres, mientras estos asentían con gestos.

En pocos instantes, aquel pequeño destacamento que había salido del castillo iniciaba su entrada a la espesura del bosque, con los caballos trotando a toda velocidad, sin imaginarse lo que les aguardaba. Entretanto, Domenico Tonelli ya acudía al lugar para cortar la salida. Y el teniente Umberto, esperando el momento adecuado, no tardó en ordenar a sus hombres al ver aparecer aquel grupo:

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Cortadles el paso!

—¡Alto! ¡Estáis rodeados! —gritó Casotto, dirigiendo las armas de fuego sobre los conductores del carromato.

De pronto, aquel grupo, al verse acosado y acorralado, intentó buscar una salida entre la espesura, pero los jinetes del capitán ya estaban a muy poca distancia, y el soldado que llevaba las riendas tiró de golpe para frenar a los caballos, siguiendo órdenes que se oyeron tímidamente de alguien que se hallaba en el interior del carromato. De inmediato, uno de los jinetes que custodiaban la parte trasera de aquel carro hizo intento de sacar su arma de fuego, pero una flecha de ballesta de los hombres del teniente que estaba apostado sobre las ramas de un árbol cruzó el aire y atravesó el pecho del soldado entrando encima de la armadura y por la rendija debajo del brazo; al instante, cayó desplomado e inerte al suelo. La voz firme de Umberto

retumbó en aquel escenario, poco antes de la llegada del capitán Tonelli:

—¡Rendíos! ¡Arrojad las armas al suelo! —bramó el teniente—. ¡No cometáis más imprudencias!

—¡Haced lo que dicen! ¡Nos rendimos! —se oyó una voz titubeante y ronca que salía del interior del carrozato.

Inmediatamente, llegó el capitán Tonelli, al frente de su grupo.

Aquellos jinetes fueron arrojando sus armas al suelo, mientras desmontaban de sus caballos. Y el capitán no tardó en llegar, aproximándose con prudencia al carrozato, para conocer la identidad de quienes estaban dentro.

—¡No disparéis! Estamos desarmados.

—¿Quiénes sois? —preguntó con autoridad Domenico.

—Somos los señores de Lodron.

—Descended del carruaje —mandó Tonelli, sin apartar una fría mirada hacia los ocupantes, atento a sus movimientos.

En breve, todos los soldados habían sido reducidos y maniatados, y los señores de Lodron fueron conducidos con extrema vigilancia hasta el lugar en donde se encontraba el campamento base de los atacantes, donde se planificaría minuciosamente la siguiente operación a realizar.

Después de dejar a todos los prisioneros en un lugar seguro, y bien custodiados, Tonelli se reunió con sus mandos.

—Ahora hay que tomar la fortaleza, pero al igual que se ha desarrollado esta primera fase, sin apenas derramar sangre, deberá hacerse en la siguiente incursión.

—Sí, mi capitán, llevaremos a los señores de Lodron como rehenes, para que nos abran las puertas, aprovechando, además, el factor de la noche —musitó el teniente.

—Bien, adelante. No perdamos tiempo. Pero en esta ocasión necesitamos a la mayoría de nuestros soldados, que deberán rodear todo el perímetro de la fortaleza, a una distancia que permita ver los movimientos de sus defensores sin ser vistos desde las almenas y las altas murallas, por si se produce alguna sorpresa. Tened preparados los garfios, por si fuera necesario escalar los muros. También debemos tener a punto, en posiciones adecuadas, las piezas de bombardas y las catapultas de fuego, para disparar sobre la fortaleza y reducir a los defensores de las almenas.

El capitán encabezó aquel destacamento militar, con el gonfalon al frente, enarbolando la bandera de Trento, y con los señores de Lodron en primera línea, sobre sus sillas, con las muñecas a la espalda bien maniatadas a las monturas con cuerdas.

Una vez frente a la puerta del castillo los defensores no supieron qué hacer, y el sargento de guardia, al ver a sus señores apresados, bajo la luz de una antorcha, se apresuró en mandar enarbolar la bandera blanca de rendición de la plaza.

Castel Romano se rindió sin abrir fuego, y la puerta de la fortaleza se abrió de par

en par facilitando la entrada de los atacantes; solo se había producido una baja entre los jinetes de los señores de Lodron, debido a una imprudencia. Por lo tanto, no podía haberse llevado mejor la operación.

—Su eminencia deberá estar contento cuando a su regreso de Venecia sea informado de esta misión —afirmó Tonelli, lleno de felicidad, dirigiéndose a su teniente.

—Capitán, pocos militares podrían haber protagonizado una operación tan exitosa en todos los sentidos —repuso Casotto.

—Gracias, Umberto, pero sin tu consejos y apoyo no habría sido lo mismo. Lo más importante, por encima de haber conquistado la plaza y de apresar a los señores de Lodron, ha sido para mí que no hubiese derramamiento de sangre, y la que ha habido ha sido por una imprudencia de ese jinete que defendía el carronato —manifestó con la mayor confianza el capitán.

Tonelli y sus hombres, ya de regreso, siguiendo los deseos del cardenal, llevaron a los ilustres presos a Stenico, en cuya plaza, su señor, Alessandro, les tenía preparadas unas estancias cerradas y custodiadas, donde no les faltaría de nada a esos nobles. Después el destacamento militar fue pasando por las demás fortalezas para dejar a los soldados que habían ido incorporándose, y Tonelli regresó a Trento con el grupo inicial.

XXXII. Regreso a Trento

Mauro retomó el camino que llevaba de nuevo a Pinzolo. En aquel corto trayecto, Bruno recordaba al curioso personaje que había conocido en el bosque. «Mucho he aprendido en este viaje», no cesaba de pensar. Bruno permaneció unos días con sus padres, olvidándose de todo, para intentar recuperar el tiempo perdido. También le vino bien a Mauro, quien hacía mucho tiempo que no se tomaba un merecido descanso. Y la felicidad de Bruno se hizo patente al comprobar que el brebaje que le entregó Gerolamo ya estaba haciendo efecto en su padre, que comenzaba a olvidarse de sus dolores, y andaba más por la casa y el jardín. Finalmente, en el momento de la partida, Bruno, a solas con sus padres, les habló:

—¡Padres! Es posible que mi vida dé un cambio en poco tiempo.

—¿Qué quieres decir, hijo?

—No es nada grave, al contrario. Me he enamorado de una dulce y hermosa mujer que conocí en este viaje, en la población de Bolbeno, cuando veníamos hacia aquí. La sensación que experimenté al verla y hablar con ella no la había sentido antes en mis cuarenta años...

—Es maravilloso cuanto nos estás diciendo, hijo —exclamó la madre, con el asentimiento de Simone, su marido.

—No es del principado, es extranjera, alemana, pero no tengo problemas con el idioma, como bien sabéis.

—Me alegra que te hayan servido las lecciones que te di, de pequeño, en mi lengua materna —comentó llena de felicidad Carla, acariciando con dulzura el rostro de su hijo.

—Siempre os estaré agradecido, madre; y a vos padre, por haberme inculcado ese interés por el arte. Y a ambos, por haber forjado en mí el amor y respeto a las personas, y respetar sus ideales, valores sociales y religión. Lo más maravilloso de todo es que os haya encontrado vivos, y mi más profundo y sincero deseo es que sigáis así muchos años más —se expresó Bruno, al tiempo que se fundía con sus progenitores en un fuerte abrazo, en medio de un mar de lágrimas de alegría, prometiéndoles regresar más a menudo a verles.

Instantes después, todos salieron a la entrada de la casa, donde aguardaba Mauro, ocupado en los arreos de los caballos y la puesta a punto del carromato, y se produjo la despedida. El conductor también mostró un gran afecto hacia los padres de Bruno. Luego, tomaron rumbo hacia el sur, por la misma ruta anterior, a través de Val Rendena, en dirección a Caderzone, en cuya población les aguardaba Angiolo, en casa de sus tíos.

—Bruno, querido amigo, tengo mucho que contarte. Pero, en primer lugar, ¿cómo ha sido tu estancia en Pinzolo?, ¿pudiste averiguar algo sobre tus padres? —se

interesó Angiolo nada más verlo.

—Todo ha sido magnífico, ya te contaré por el viaje, porque tan pronto como hayan descansado los caballos y tengamos nuestras pertenencias a punto deberíamos de partir enseguida —aconsejó Bruno—. Ya hace muchas semanas que salimos de Trento.

—Bien, pero antes quiero informarte de algo —musitó Angiolo.

—Háblame —exclamó Bruno, mientras descansaba en la mesa del salón comedor, ante la atenta mirada de los tíos de Angiolo.

—Hemos podido resolver el asunto de mi casa natal —le explicó Angiolo, con una inmensa felicidad en su rostro, compartida por todos los allí presentes—. El alcaide pidió informes sobre la familia que usurpó nuestra propiedad, y no tardamos en recibir información desde los juzgados de Trento, confirmándonos que todas las pertenencias de los Bersone volverían a sus anteriores dueños, dado que esta familia estaba vinculada con Carlo Caraffa y también con el maléfico pontífice Paulo IV. Esta decisión fue tomada, tras la ejecución en la hoguera de ese temible inquisidor, por orden del actual pontífice Pío IV —informó Angiolo.

Transcurrieron largas horas de amena charla, entre algún que otro trago de vino; hubo miradas de alegría y complicidad entre todos, con el crujir de las llamas de la chimenea. Luego, Angiolo prosiguió:

—He decidido que esta casa sea para mis primos, Alberto y Enmanuela, en justo agradecimiento por todo cuanto hicieron por mi madre en vida, y sus aprecio a ella tras su fallecimiento. Yo ya tengo mi hogar en Trento, y ninguno de mis hijos necesita, gracias al Altísimo, de esta propiedad.

—¡Gracias primo! —respondió Alberto—. Mi hermana y yo volveremos a dignificar la belleza de ese palacio, que, con sus jardines, fue uno de los más hermosos de Caderzone.

—Aquí siempre tendrás un hogar, sabes que es como si fuera tuyo —recordó con todo afecto Ricardo.

—A nosotros ya nos quedan pocos otoños que vivir —comentó con cierta tristeza Jacinta.

—Entonces, ¿también Indro podría recuperar sus minas y la casa de su familia en la montaña? —preguntó Bruno.

—¡Sí! Precisamente ayer nos visitó. Solo me encontraba yo en casa, y me explicó que ya está comenzando a abrir las viejas galerías, y también a reconstruir la vivienda. Aprovechó para entrar en el cementerio y me prometió que, mientras estuviese con vida, no faltaría a su cita semanal para depositar un ramo de flores sobre la tumba de mi madre —respondió emocionado Angiolo.

—Lo recibiremos siempre como si fuera miembro de nuestra familia, querido sobrino —confirmó Ricardo.

—Muchas gracias a todos vosotros, queridos tíos y primos. Mañana partiremos de regreso a Trento. Pero os prometo que volveré más a menudo a visitaros, y también para ver cómo se llevan las obras de restauración de la casa... —comentó animadamente Angiolo.

Con los primeros rayos del amanecer, el carromato abandonaba Caderzone, en dirección a Trento. Un largo camino quedaba aún por recorrer, pero en las mentes de Angiolo y de Bruno se habían producido grandes novedades, a consecuencia de este viaje.

A medida que fueron pasando por los lugares en donde hicieron una parada en el trayecto anterior, brotaban recuerdos. Y Bruno no pudo evitar un salto en su corazón, cuando avistaron Bolbeno, al evocar para sí la figura de la dulce Margarethe.

«Margarethe, pronto nos veremos en tu querida Sajonia; ardo en deseos de salir a tu encuentro...», pensó Bruno desde lo más profundo de su interior.

Angiolo se percató del estado de su amigo, que parecía estar en aquellos momentos flotando sobre una nube.

—Bruno, ¿qué te sucede? —le preguntó—. Parece que estás en otro lugar.

—Sí, amigo Angiolo, quiero confesarte algo —le respondió con una leve sonrisa—, que ya sabe Mauro, nuestro conductor, a quien se lo comuniqué mientras íbamos a Carisolo: ¡estoy enamorado!

—Eso es fantástico, amigo. No sabes cuánto me alegro. ¿Conozco yo a la afortunada?

—¡Claro! Es aquella joven a la que se le cayó el guante de la mesa cuando estábamos cenando precisamente en el albergo de los familiares de Mauro, en esta población que estamos dejando atrás en estos momentos —explicó Bruno.

—Algo me decía que, entre vosotros, había surgido esa sensación de amor. Me acuerdo muy bien, fue efectivamente en Bolbeno, aunque no tuve ocasión de hablar con ella; me pareció una dama de alta cuna y sólidos valores, por sus modales y distinción. Recuerdo que estaba leyendo, discretamente, una obra prohibida por la Iglesia —confirmó Angiolo.

—Así es. Se trata de la hija de Martín Lutero, es alemana y reside en Sajonia —explicó Bruno.

—¿Cómo? ¿Hija de Lutero, el reformador? ¡No es posible! —exclamó un tanto sorprendido Angiolo.

—¡Sí, querido amigo! Pero mi corazón y el suyo se han comunicado con toda fuerza de la naturaleza —justificó Bruno—. Ha sido un amor a primera vista, y su linaje no ha tenido ninguna influencia o impedimento en ambos. Nos estuvimos viendo a escondidas en las jornadas que permanecemos en esta población.

—Entonces, ¿cómo lo vas a resolver? Sajonia está lejos de aquí, al otro lado de los Alpes —preguntó Angiolo, con cierta preocupación.

—He decidido darle un cambio a mi vida. Lo he meditado con la almohada y también con los ojos bien abiertos. Ya no hay marcha atrás. Los años que me queden de vida, deseo de todo corazón compartirlos con ella. Por lo tanto, me trasladaré a Alemania, después de haberme despedido de los señores Dossi, de Trento, quienes como sabes me recogieron como uno más de los suyos y además pagaron mi formación académica; me costará mucho encontrar las palabras adecuadas para decírselo. Tampoco me será fácil despedirme del cardenal, a quien le estoy infinitamente agradecido, y más ahora que me he enterado de que, desde hace algunos años, su eminencia está ayudando económicamente a mis padres, y yo sin saberlo. Y de ti, querido Angiolo, mi mejor amigo: no olvidaré nunca los buenos momentos que hemos vivido juntos, y este viaje... En Alemania valoran los trabajos relacionados con el arte en todas sus facetas, estoy bien informado —comentó Bruno, afectadamente, pero con una felicidad interior desbordante.

—¿Y respecto a la religión, amigo Bruno?

—Bueno, esto es algo que no te lo había dicho nunca, a pesar de los años que hace que nos conocemos. La religión para mí está en el respeto a las personas, en ayudar al prójimo..., no imponer por la fuerza las creencias a las personas, ni tener que abonar tantos impuestos, y, menos aún, vivir constantemente bajo el miedo y el terror de la Inquisición —expuso Bruno con voz firme pero quedamente.

—Te voy a ser sincero, amigo Bruno. Me había llamado la atención el hecho de no haberte visto nunca dentro de una iglesia...

—Bueno, para restaurar obras de arte religioso sí he estado jornadas enteras, pero no he querido perder el tiempo oyendo las arengas de los sacerdotes desde el púlpito, cuando sabemos que su máxima es «hacer lo que yo diga y no lo que yo haga».

—Sí. La Iglesia católica tiene muchos errores que deberá resolver, y cuanto más pronto mejor. Uno de estos, probablemente el más grave, es no haber parado los pies a los esbirros de la Inquisición —manifestó Angiolo.

—He leído mucho sobre Lutero, y me parece que sus ideas van más hacia el entendimiento entre los seres humanos, sin imponer rezar a esculturas —añadió Bruno—. En las iglesias luteranas no hay santos.

—Te echaré de menos, amigo. Pero sabes que en Trento tienes también una familia; nuestra casa siempre te abrirá las puertas de par en par cuando vengas a visitarnos —recalcó Angiolo.

—Además de los Dossi, y de ti, amigo Angiolo, como te he dicho antes, la despedida más difícil será la que tenga con el cardenal, por la admiración que le tengo, pero no podré ocultarle la razón de mi marcha.

—Gracias, amigo —susurró con tristeza Angiolo.

Fue al dejar atrás el lago Ponte Pia y divisar en el horizonte la ciudadela de Stenico, cuyos altos y fríos muros se recortaban sobre el bosque, más cerca de las

nubes que del suelo, cuando Angiolo recordó las jornadas que allí vivieron, con el amargo episodio del apresamiento y reclusión de Gina y Giovanna, las mujeres que iban a ser quemadas en la hoguera por las iras del inquisidor Domenico Caraffa pero que se salvaron gracias a la intervención del cardenal, quien no titubeó un momento con firmeza y valentía frente a la cólera del poder del máximo responsable del Santo Oficio... Y entonces, dirigiéndose a su compañero, le preguntó:

—Bruno, ya que las circunstancias lo requieren, me gustaría hacerte una pregunta un tanto delicada.

—Dime, amigo Angiolo, te responderé si está en mi conocimiento.

—Pues querría pedirte que me hablaras de Lutero y en qué consiste realmente la Reforma, que tantas iras ha despertado en Europa, y también guerras de religión que están causando tantos muertos.

Bruno —que en aquellos instantes estaba un tanto ausente, pensando en las pinturas de la iglesia de Carisolo, magistralmente realizadas por su padre, y la felicidad de haber comprobado personalmente que estas llamaban la atención de algunas personas, por sus méritos artísticos— no se esperaba aquella delicada pregunta. Y después de un momento, mirándole a los ojos le respondió:

—Martín Lutero fue el principal artífice de la Reforma, que inició el treinta y uno de octubre de 1517. Lutero tenía entonces treinta y cuatro años, era sacerdote agustino en el convento de ermitaños de Erfurt, en Sajonia, y, a pesar de dirigir un curso de la Sagrada Escritura en la Universidad de Wittenberg, no encontraba la paz de su alma. Después, leyendo un día la carta a los romanos «El hombre es justificado por la fe sin obras de la ley», comprendió que el hombre no se salva por sus esfuerzos, sino que Dios lo hace justo solo por su gracia. El hombre sigue siendo pecador, pero en su desesperación Dios acude a salvarlo; y fue entonces cuando Lutero encontró la alegría y la paz. Sus lecturas de san Agustín y de otros textos le llevaron a mostrar su descontento escribiendo noventa y cinco tesis contra las indulgencias...

—¿Qué eran las indulgencias? —preguntó con la máxima curiosidad Angiolo.

—Las indulgencias fueron una especie de impuesto que el pontífice León X, uno de los más sombríos y funestos de la historia de la Iglesia, se sacó de la manga para ayudar a la construcción de la basílica de San Pedro de Roma, y también para satisfacer su pecaminosa y placentera vida. Este Papa, que era hijo de Juan de Médicis, mucho más interesado en el esplendor de su familia que en el bien para la Iglesia, convirtió el Vaticano en un teatro permanente y en un burdel de lujo, y ya no hablemos del nepotismo llevado a cabo para beneficiar a sobrinos, primos y amigos, y el nombramiento de nuevos cardenales, sin una base cristiana suficiente. Expolió sin miramientos a varios ducados para entregar la corona a sus parientes... León X convirtió la diplomacia en el arte de la mentira; no había nada más inseguro que su

propia palabra. Los dominicos predicaban por toda Alemania una indulgencia, basada en la remisión de las penas debidas al pecado para los vivos y para los muertos, para cubrir los gastos del arzobispo de Maguncia, que tenía que abonar un impuesto por la acumulación de tres obispados. Uno de estos predicadores llegó a decir: «Un alma sube al cielo cuando la moneda suena en el fondo del cepillo». Toda esta serie de cosas fueron el detonante que crispó los nervios de Lutero, inspirándole a redactar sus noventa y cinco tesis, que clavó personalmente en la puerta del castillo de Wittenberg. Ante esto, el Papa le mandó una bula, que Lutero, en diciembre de 1520, no dudó en quemar públicamente. Y León X excomulgó al reformador el tres de enero de 1521. En sus tesis, Lutero rechazaba la falsa seguridad que daban las indulgencias, porque para él, el cristiano no puede comprar la gracia que Dios da gratuitamente a todos, sin excepción —explicó Bruno.

—Creo que estas explicaciones deberíamos conocerlas todas las personas —comentó Angiolo—. ¿Pero Lutero estaba solo en esta desesperada lucha religiosa?

—Lutero, tras ser excomulgado por la Iglesia, fue convocado a la Dieta de Worms, donde se reunirían en asamblea todos los príncipes del imperio ante el emperador Carlos V. Sin embargo, el reformador no dudó en afirmar que se sentía obligado por la Escritura y, por su conciencia, a mantener sus posiciones. Tras esto, en la primavera de 1521 sería desterrado, siendo ocultado en un pajar por el elector de Sajonia y otros nobles alemanes. Y en su retiro, lejos de los grandes cambios que ya se estaban produciendo en toda Europa, gracias principalmente a sus teorías, llevaría a cabo la traducción de la Biblia al alemán.

—¡El preciado libro que llevaba Margarethe la noche que la conocimos! —musitó Angiolo.

—Sí, querido amigo, la obra esencial de este reformador, que fue su padre. Este libro se convirtió para Lutero en la única fuente de fe que cada cual podía interpretar libremente, y, por lo tanto, liberar a los hombres de sus pecados.

—¿Pero qué pretendía realmente Lutero?

—Nada parece indicar que la pretensión de Lutero fuera crear una nueva religión, sino más bien reformar la tradición cristiana existente —explicó Bruno—. Este pensador en ningún momento abandonó la fe en Cristo. Él creó una amplia corriente de pensamiento que pretendía el regreso al cristianismo primitivo. Y aunque algunos enviados de Roma intentaron persuadirle para que corrigiera sus afirmaciones, Lutero se mantuvo en sus convicciones, y no tardó en convertirse, para el pueblo alemán y también para gran parte del centro y norte de Europa, en el defensor de un ideal religioso que condenaba los excesos, las influencias y los procedimientos fiscales impuestos por el Vaticano, así como la desorbitada acumulación de bienes eclesiásticos que se estaban produciendo en Alemania a consecuencia del tráfico de indulgencias.

Se produjo un largo silencio, antes de que Bruno extrajera de su saca el preciado libro que le regaló Margarethe, escrito por su padre.

—Aquí la tienes. Es la biblia del reformador, puedes abrirla y leerla. La teoría de Lutero tuvo amplias consecuencias en diversos aspectos, como sus ataques al sacramento de la Santa Misa, a los votos monásticos y al celibato de los clérigos. No se cansaba de afirmar que no hay más mediador entre Dios y los hombres que el propio Jesucristo.

Angiolo quedaba extasiado oyendo a su amigo.

—Bruno, todo esto me parece bien —dijo con una muestra de tristeza dibujada en su mirada—. Pienso que cada persona debería ser fiel a su conciencia y seguir los designios del Altísimo, respetando al prójimo, y no condenar a nadie ni someterle a ninguna tortura. No dejo de pensar en los horrores que, con el respaldo de la Santa Sede, la Inquisición está cometiendo, destrozando vidas y mentes humanas. Lo hemos podido ver tan de cerca... Pero la Iglesia es mucho más que unas personas, que unos intereses religiosos, políticos o económicos. No quiero perderte como amigo si te marchas a Alemania.

Bruno miró con afecto a Angiolo y le puso las manos sobre los hombros.

—Amigo Angiolo, no me voy a Alemania para siempre —le dijo—. El viaje es por razones del corazón. Me he enamorado y, aunque ha sido con la hija de Lutero, esto no quisiera que cambiara mi vida. Solo estará la distancia, pero procuraré venir a veros siempre que pueda. Aquí en Trento, y en todo el principado tridentino, tengo mis raíces, mi familia, mis recuerdos..., y a mi mejor amigo.

—¡Gracias, Bruno!

Pasaron algunos días desde esta conversación, cuando en cierto momento, el conductor del carromato, mientras sacudía las riendas, anunció felizmente:

—¡Señores, la ciudad de Trento está en el horizonte!

—¡Gracias, Mauro! —exclamaron al unísono Angiolo y Bruno.

Habían transcurrido cerca de dos meses desde la salida.

XXXIII. La confesión

El carromato no tardaría en hacer su entrada en Trento. La ciudad seguía sus latidos cotidianos.

—¡Parece que todo sigue igual! —exclamó Angiolo.

—Sí, amigo. Ya tenía deseos de volver, pero mi felicidad infinita está en haber vuelto a ver a mis padres vivos —dijo Bruno. «Y en conocer a Margarethe», pensó.

—También para mí ha sido un viaje lleno de vivencias y aprendizajes, con agradables sorpresas que no olvidaré jamás —comentó Angiolo.

Momentos después, el carromato alcanzó la explanada que se abría frente a la monumental fachada del Castello del Buonconsiglio y se detuvo ante la puerta principal. Mauro sujetó con fuerza las riendas; los caballos estaban agotados. Tras descender a tierra, Bruno y Angiolo se despidieron de él con un fuerte abrazo. Seguidamente, cuando ya estuvieron solos, Bruno se dirigió a su amigo.

—Querido Angiolo, es posible que, en pocos días, y una vez realizados los encuentros que me restan en Trento, parta sin demora hacia Alemania. Esta tarde me despediré de los Dossi, y mañana procuraré hacerlo de nuestro amado cardenal. La verdad, no sé si encontraré las palabras para ello. Por lo tanto, no quiero que sientas que es una despedida, sino un hasta pronto. Te prometo, una vez más, que volveré a esta maravillosa ciudad en cuanto me sea posible, después de haber concretado mi traslado a Sajonia, y convertido en esposo de Margarethe.

Bruno y Angiolo se fundieron en un fraternal abrazo, mientras un par de sirvientes del palacio del Buonconsiglio aguardaban, a prudente distancia, para recoger el equipaje del viaje que estaba en el suelo. Luego, tras la despedida, y mirando con sumo afecto a su amigo, que descendía calle abajo para ir a su casa, Bruno se dirigió a aquellos sirvientes para preguntarles:

—¿Se encuentra en palacio el cardenal?

—¡Sí! Su eminencia regresó ayer tarde de viaje desde Venecia, pero no se le puede molestar.

—¡No iba a hacerlo! Decidle, por favor, que Bruno Baschenis ya ha vuelto, y que me gustaría mucho que su eminencia pudiese recibirme en audiencia mañana.

—Así lo haremos, señor.

Bruno se dirigió entonces a la residencia de los Dossi, que se hallaba en el Palazzo Cazuffi, en el centro urbano de la ciudad, en dirección a la Piazza del Duomo.

La despedida de los Dossi no fue fácil para Bruno; aquella familia le había acogido como un miembro más de los suyos, y no esperaban en absoluto la decisión tomada por el artista, desde lo más profundo de su corazón, lo que provocó algún sollozo y lamentaciones. Después, estando ya reposando en su aposento, Bruno

recibió una llamada en su puerta.

—¡Señor! Acabamos de recibir un mensaje a su nombre.

—Muchas gracias. Ahora salgo —repuso.

Bruno se cubrió con la bata y no tardó en abrir la puerta.

—¡Tenga! Es urgente, señor, viene del Castello del Buonconsiglio.

—Gracias.

Bruno cogió aquel sobre, lacrado con el sello del cardenal, cuyo contenido no tardó en leer para sí:

Hijo mío. Te recibiré mañana, tal como deseabas, tras el toque del Angelus.

*Pax Christus.
Cristoforo Madruzzo*

Una gran emoción recorrió el cuerpo de Bruno al leer aquella corta misiva, y, lleno de felicidad, siguió preparando sus pertenencias, para tenerlas a punto en el momento de marcharse.

Bruno madrugó la mañana siguiente. Realmente, no pudo conciliar el sueño, con tantos pensamientos que se agolpaban en su mente, mientras su corazón saltaba como un galgo persiguiendo a una liebre. Se vistió con su mejor traje, y tras tomar un desayuno reparador, salió a la calle y recorrió la distancia que separaba el *palazzo* donde residía con el Castello del Buonconsiglio. Al llegar a la entrada, avisó al soldado de guardia anunciando su llegada.

—¡Señor! Os estábamos aguardando. Su eminencia nos ha encargado que os llevemos a la sala de la Loggia del Romanino, que se encuentra en Il Castelvecchio. La reunión tendrá lugar en el Magno Palazzo Clesiano —informó aquel soldado de la guardia.

—Gracias —respondió—. Conozco bien el lugar.

Bruno, tras recorrer a paso rápido los diferentes salones del Castello del Buonconsiglio, permaneció impaciente aguardando en el lugar elegido por Madruzzo la llegada de este. El cardenal hizo su entrada en el salón instantes después de oírse, en la lejanía, el repique del Angelus de las campanas de la iglesia de Santa Maria Maggiore. Y los dos a solas se encontraron.

—Querido Bruno, tenía deseos de volver a verte —se sinceró el cardenal, mientras extendía amablemente su mano izquierda, para ser besada.

—Yo también, eminencia —repuso tras besar cortésmente su mano—. Este viaje ha traído consigo muchas novedades y un aprendizaje intensivo, en todos los aspectos, y también unos cambios importantes en mi vida. Pero, antes de todo, os quedo infinitamente agradecido por la ayuda económica que, cada mes, estáis dando

a mis padres en Pinzolo.

—Bien, no hacía falta. Tus padres se lo merecen, por la inestimable labor que, a nivel artístico, han desarrollado por nuestra cultura, realizando esos magníficos frescos que decoran los muros de algunas de las iglesias de Val Rendena y que han enriquecido el patrimonio artístico de nuestro principado.

—Sí, eminencia, también he tenido oportunidad de ver cómo vienen personas de distintos lugares para admirar los frescos realizados por mi progenitor. ¿Pero por qué no me dijo que ellos estaban vivos? Como sabéis, pensaba que habían fallecido hacía tiempo.

—No he querido decirte nada, por dos motivos: primero, para que no te sintieras en deuda conmigo por la ayuda que, desde Trento, se les está haciendo llegar mensualmente a tus padres; y después, para que tuvieses la dicha de verles vivos. Esta, y no otra, ha sido la excusa para enviarte en viaje de exploración por la tierra que te vio nacer —expuso el cardenal.

—Le quedo eternamente agradecido en nombre de toda mi familia, eminencia. Pero además de las informaciones que os he hecho llegar a través de palomas mensajeras, tengo otras cuestiones que me gustaría comentarle.

—De todo cuanto quieres decirme, ya me contarás —le cortó el cardenal—. Antes quiero explicarte algunos hechos que se han producido tras nuestra despedida en Stenico, y que pocas personas conocen.

El rostro de Bruno no pudo evitar un desasosiego, fruto de una gran preocupación.

—Eminencia, ¿se trata de algo grave? —preguntó de inmediato.

—¡Sí!, pero gracias al Altísimo ya está todo arreglado, amigo Bruno.

—Vuestras palabras me llenan de felicidad, eminencia.

—Mi hermano atentó contra mi vida, regresando a Trento, pero ya está recluido en Pèrgine, y no tardará en ser conducido a galeras en el puerto de la *Serenísima*. Y los señores de Lodron, que secundaron las maniobras de Eriprando, se hallan apresados, gracias a la valiente acción del capitán Domenico Tonelli —informó Madruzzo.

—Sí, tuve ocasión de saludarle en Carisolo, hace unos días. Me pareció un buen militar y una gran persona.

—Ayer tarde me reuní con él, y lo he nombrado comandante. Pero ha tenido que salir rápidamente esta misma mañana hacia las fronteras del norte, porque las tropas del conde del Tirol no cesan de hostigar a nuestros pueblos y gentes —dijo el cardenal.

Volvieron a oírse las campanas de la iglesia, como un eco celestial que recorrió los rincones de aquella estancia del palacio del Buonconsiglio, y el cardenal, con mirada pletórica de júbilo, exclamó:

—Parece que fue ayer cuando durante muchas ocasiones y también interrupciones se llevaron a cabo las sesiones del concilio.

—Eminencia, ¿pero para qué ha servido nuestro concilio? —preguntó con cautela Bruno.

—A pesar de los grandes poderes que intentaron destrozar la esencia del concilio celebrado en nuestra ciudad, este ha significado el asentamiento de nuestros valores cristianos ante las teorías de la Reforma, y también ante las injerencias nada positivas para nuestra fe de la misma Iglesia —afirmó Madruzzo—. Primero, con la inutilidad de León X, quien cuando accedió al trono de San Pedro en 1513 heredó el tesoro amasado por su antecesor Julio II, pero que, al fallecer, en 1521, a la corta edad de cuarenta y seis años, víctima de unas fiebres palúdicas con septicemia, dejó al papado al borde de la quiebra. León X era insaciable de placeres, todo lo despilfarró. Su corte se componía de seiscientos ochenta y tres personas...

—Sí, eminencia —le cortó Bruno—. Estoy del todo de acuerdo con vos. Además, conocía muy bien la vida de ese pontífice, el más funesto que hasta entonces hubo dado la Iglesia. León X no tuvo reparos en entregar títulos y coronas a familiares y amigos; convirtió al Vaticano en un burdel de lujo.

—Sí, Bruno. Pero, años después —continuó el cardenal—, en 1555, hubo otro Papa de la misma calaña que León X. Me refiero a Paulo IV, quien en sus cuatro años de pontificado no dudó en perseguir a mujeres, judíos y moriscos, a través de los esbirros del Santo Oficio, condenándoles a la hoguera, sin piedad. Incluso agotó las arcas del Vaticano para crear nuevos y terroríficos instrumentos para producir el más terrible dolor, y los entregó a la Inquisición.

—Sí, eminencia. Recuerdo una frase de ese malévolo pontífice que decía: «Si mi propio padre fuera convicto de herejía, yo mismo cogería con mis manos la leña para su hoguera».

—En efecto. Veo que conoces muy bien algunos momentos de nuestra historia. Pero quiero explicarte algo. —Unas miradas de complicidad se cruzaron entre ambos; luego, el cardenal prosiguió—: La Iglesia no son solo estos pontífices funestos y sus curias. Nuestra fe en Cristo debe estar por encima de estos seres, que poco o ningún beneficio han dado para avanzar hacia el camino de la oración, el diálogo y el respeto entre las personas... —Se produjo un nuevo silencio en aquella sala, que recibía por las plomizas ventanas góticas los rayos de una jornada ya invernal, como lo evidenciaban las nevadas cumbres de las montañas que protegían a la ciudad de Trento de los fríos vientos del norte. Seguidamente, Madruzzo prosiguió—: Todo ello, de forma muy especial, ha sido la causa de la decisión de marcharme a Roma, como ya te adelanté en Stenico, para estar más cerca de nuestra Iglesia, porque en el seno del Vaticano considero que es necesario hacer algunos cambios, y desde Trento no me es posible.

—Trento y nuestro principado os echarán mucho de menos, eminencia. Pero yo también quiero decirle a vos algo en acto de confesión —comentó tímidamente Bruno.

Los ojos del cardenal se agudizaron de pronto al oír aquellas palabras.

—Hablad, pues. Venid y arrodillaos —le dijo de inmediato a Bruno mientras este besaba la cruz de la estola de color púrpura y se la colocaba alrededor del cuello—. Te escucho, hijo mío, abre tu corazón a Dios y arrepíentete de tus pecados.

Bruno extrajo entonces de una bolsa la Biblia de Lutero que Margarethe le había entregado como obsequio antes de marcharse.

—Eminencia, he pecado leyendo esta obra prohibida.

—Conozco bien ese libro, y también valoro a su autor. Lutero no era mala persona. El problema realmente hay que buscarlo en nosotros mismos, es decir, en las debilidades de nuestros pastores, de nuestros máximos dignatarios de la Iglesia católica. Como ya he dicho antes, León X no estuvo a la altura de las circunstancias; su nepotismo hizo que velase más por los intereses de su familia, los Médicis, de Florencia, que no por sus hijos, de la Iglesia católica. Personalmente no puedo condenarte, porque considero que no debería haber ningún libro prohibido, cada persona debería tener libre acceso al conocimiento, sea cual sea el camino tomado, siempre y cuando no perjudique o atente contra la integridad del prójimo. Además, la verdad nos hace libres...

—Entonces, eminencia, ¿el Papa no debería considerarse infalible?

—En ningún lugar de la Biblia, ni en ninguna escritura sagrada, aparece esa definición. Jesús no otorgó este término a los sucesores de Pedro. Por lo tanto, el pontífice es un ser humano que tiene virtudes y también defectos —respondió quedamente el cardenal.

—Eminencia, ¡vos deberíais ser el pontífice de la Iglesia católica! —exclamó Bruno, mirando con todo respeto y afecto al cardenal y amigo—. No creo que haya muchos cardenales en toda la cristiandad que os superen en cualidades y valores.

Madruzzo sonrió levemente al recibir aquellas palabras de Bruno, al tiempo que le daba un golpe de afecto en el hombro. Después añadió:

—Y volviendo a nuestro concilio, quiero recordarte que me siento muy feliz de haber contribuido a nuestra Iglesia con este sínodo. En él se establecieron definiciones dogmáticas y decisiones que, en diferentes aspectos, van a mejorar en lo sucesivo nuestra fe en Cristo, entre las que quiero destacar lo relacionado con la Sagrada Escritura y la tradición sobre la justificación, los sacramentos, la eucaristía, la misa, el sacerdocio, la fundación de seminarios, sobre el matrimonio... —Después de ingerir un sorbo de agua en una jarra que tenía sobre la mesa, el cardenal prosiguió —: Quiero decirte, hijo mío, que, hasta Trento, ningún concilio había llevado a cabo una obra ecuménica tan importante. En sus largas sesiones se abordaron numerosos

puntos dogmáticos que nunca antes se habían definido explícitamente, lo que trajo consigo una serie de reformas en todos los terrenos de la pastoral. Recuerda que muchos de los textos conciliares fueron el fruto de una larga y ardua reflexión, como los que tratan de la justificación, de la colaboración de Dios y el hombre en su destino final, es decir, en la salvación de su alma. Entre las decisiones pastorales, la de la fundación de seminarios, que te acabo de citar, no me cabe la menor duda de que tendrá unas grandes consecuencias para el futuro de nuestra Iglesia.

—Entiendo, eminencia, pero también este viaje me ha servido para conocer de cerca algunas cuestiones que deberían de tenerse más en cuenta en relación con el culto.

—¿A qué os referís? —se interesó de inmediato Madruzzo.

—Los responsables de las iglesias de los pueblos, pastores de la fe, deberían dar ejemplo a la feligresía, transmitiendo amor, respeto y comprensión a todos —expuso quedamente Bruno.

—¡Por supuesto! —confirmó el cardenal.

—Pues bien, eminencia, en Pinzolo, el pueblo donde viven Simone y Carla, mis padres, el párroco no lleva un comportamiento que pudiéramos calificar de... ejemplar. Es una persona viciosa con el sexo, ha concebido varios hijos con una mujer del pueblo y abusa de un joven, que es monaguillo, como he podido advertir casualmente. Y se queja de que esté perdiendo feligreses...

—Querido Bruno, haces bien en comunicármelo. He ido recibiendo todos tus mensajes, y he de confesarte que solo por esta información que me das considero que tu viaje ha valido la pena —exclamó indignado el cardenal—. Para mí, incluso por encima de las guerras y los enfrentamientos entre territorios, lo más importante es la felicidad de mis súbditos y que la doctrina de la Santa Madre Iglesia sea dada por personas de bien y no por miserables que se esconden detrás de unos hábitos o de una sotana para enriquecerse o gozar de placeres terrenales. Ordenaré de inmediato que traigan preso a ese infame del diablo, para ser recluido en la cárcel eclesiástica del Buonconsiglio, donde permanecerá a pan y agua lo que le reste de vida.

—Gracias, eminencia. La mayoría de los habitantes de Pinzolo le estarán muy agradecidos. —Se produjo una pausa, antes de que Bruno se decidiera a volver a tomar la palabra y dijera, con voz quebrada—: Eminencia, y ahora he de confesaros lo más difícil para mí.

—Dilo sin reparos —espetó el cardenal, con mirada inquieta.

—Eminencia, me he enamorado, y he decidido marcharme en busca de mi amada. Es alemana y reside en Sajonia... Se trata de Margarethe, la única hija viva del reformador Martín Lutero, a la que he conocido en este viaje, y mi corazón late con la mayor fuerza nada más nombrarla.

El rostro del cardenal se endureció brevemente, pero no tardó en reponerse.

—Contra los designios del corazón poco puede hacerse, por mucha autoridad que yo ostente. «Tenemos que vivir, y no solo existir», decía Plutarco. Te deseo la mayor felicidad, y piensa que siempre tendrás en mí no solo un confesor, sino también un amigo. Lamento perder un hijo para la fe católica —exclamó Cristoforo Madruzzo con cierta resignación, mientras extendía su mano derecha, con la que trazó la señal de la cruz, que fue besada con todo respeto por Bruno, y pronunció la absolución—: *In nomine patris et filli et spiritus sancti. Ego absolvo peccatis tuis.*

Luego, el cardenal, aproximándose al joven, se despidió de él, informalmente, dándole un fuerte abrazo. Y Bruno no pudo evitar derramar algunas lágrimas de tristeza, consciente de que ya no iba a poder ver más al cardenal, a quien apreciaba y respetaba por encima de todo. Después, momentos antes de salir de aquella estancia, Bruno, mirando a los ojos del cardenal con el mayor afecto, le dijo:

—Eminencia, os deseo un feliz viaje a Roma y que vuestra estancia en la Ciudad Eterna tenga los mayores beneficios para la Iglesia católica. Yo, en la distancia, y aunque desde otro evangelio, no dudéis que seguiré de cerca las noticias que me lleguen desde Roma, respetaré siempre la unidad de los fieles y nunca criticaré a la Iglesia romana.

—Gracias, Bruno. También te deseo a ti un buen viaje a Alemania, y espero que seas muy feliz en compañía de tu amada futura esposa. Y respecto a tus padres, ya he ordenado que sigan recibiendo cada mes la cantidad acordada de por vida —manifestó el cardenal, y tampoco pudo evitar que la tristeza se manifestara en su rostro.

Guía de personajes reales

- **Abarbanel, Jehuda** (1463-1523): Médico y astrólogo sefardí que llegó a Italia tras el decreto de expulsión de los judíos firmado por Isabel la Católica en la primavera de 1492.
- **Agrippa von Nettesheim, Cornelius** (1486-1535): Hermetista alemán.
- **Barbarroja, Jeireddin** (1475-1546): Almirante otomano y pirata turco que sirvió a las órdenes del sultán Solimán II *el Magnífico*.
- **Baschenis, Simone II** (circa 1495-1555): Maestro pintor, artífice de los frescos murales de las iglesias de Val Rendena. (Padre de Bruno en la novela).
- **Campeggio, Lorenzo** (1471-1539): Cardenal, humanista y político italiano.
- **Caraffa, Carlo** (1517-1561): Cardenal y conde de Montorio, sobrino del pontífice Paulo IV.
- **Caraffa, Domenico**: General del Santo Oficio, sobrino del pontífice Paulo IV.
- **Cardano, Gerolamo** (1501-1576): Alquimista, astrólogo y físico, quien, huyendo de la Inquisición, buscó refugio en Val Rendena.
- **Carlos I** (1500-1558): Emperador de España (Carlos V de Alemania).
- **Cellini, Benvenuto** (1500-1571): Célebre artista orfebre y diseñador italiano.
- **Clemente VII** (1478-1534): Pontífice desde 1523 hasta 1534 que, el 24 de febrero de 1530, en la ciudad de Bolonia, coronó a Carlos V como emperador.
- **Clesio, Bernardo** (1485-1539): Cardenal, príncipe-obispo del principado tridentino antes del Concilio de Trento.
- **Cometti di Lorenzo, Baldassare**: Maestro comacino, arquitecto italiano de finales del siglo xv; artífice de las restauraciones en el castillo de Toblino.
- **Comin, Jacopo** (1518-1594): Artista veneciano más conocido como Tintoretto.
- **Corrado II**: Monarca fundador del principado de Trento en 1027.
- **Della Porta, Giovanni** (1538-1615): Alquimista italiano.
- **Dioscórides** (49-90 d. C.): Botánico de la antigüedad.
- **Dossi**: Poderosa familia de Trento, mecenas de artistas.
- **Felipe II** (1527-1598): Monarca español, hijo de Carlos I.
- **Fernando II** (1529-1595): Archiduque del Tirol. Se apoderó del principado de

Trento en 1567. A su muerte, al no considerarse herederos legítimos sus hijos, sus territorios pasaron al Sacro Imperio.

- **Fossombrone, Ludovico de:** Padre de Claudia Particella.
- **Francisco I** (1494-1547): Monarca francés, conocido como el Padre y Restaurador de las Letras, e introductor del Renacimiento en su país.
- **Gaudenzio, Nicolò** (1533-1599): Señor del castillo de Toblino y coronel del ejército español.
- **Hinderbach, Johannes** (1418-1486): Príncipe-obispo de Trento a finales del siglo xv.
- **Lodron:** Señores de Castel Romano, con *palazzo* en Trento.
- **Loredan, Pietro** (1482-1570): 84º *dux* de la República de Venecia.
- **Lutero, Margarethe** (1534-1570): Hija de Martín Lutero.
- **Lutero, Martín** (1483-1546): Reformador de la Iglesia y principal pilar del protestantismo en Europa en el siglo xvi.
- **Madruzzo, Cristoforo** (1512-1578): Cardenal, príncipe-obispo de Trento entre 1539 y 1567.
- **Madruzzo, Eriprando** (?-1547): Hermano del cardenal Cristoforo, mercenario.
- **Madruzzo, Ludovico** (1532-1600): Sobrino del cardenal Cristoforo y sucesor de este en el principado de Trento.
- **Massarelli** (1510-1566): Secretario del cardenal Cristoforo Madruzzo durante el Concilio de Trento.
- **Mattioli, Pietro Andrea** (1501-1578): Médico, investigador y herborista.
- **Mocenigo, Filippo** (1524-1586): Arzobispo de Chipre y amigo del cardenal Cristoforo Madruzzo.
- **Paulo IV** (1476-1559): Pontífice conocido como «gran inquisidor y profesional de la tortura», protector de la familia Farnesio.
- **Pico della Mirandola, Giovanni** (1463-1494): Filósofo italiano del Renacimiento.
- **Pío IV** (Giovannangelo de' Medici) (1499-1565): Pontífice en el último período del Concilio de Trento.
- **Priuli, Girolamo** (1486-1567): *Dux* de la República de Venecia desde 1559

hasta su muerte.

- **Scappi, Bartolomeo** (1500-1577): Renombrado maestro cocinero italiano.
- **Simeón** (Simonino): Niño cristiano presuntamente asesinado por la comunidad judía de Trento, en 1475, la víspera del Viernes Santo.
- **Solimán I el Magnífico** (1494-1566): Sultán otomano.
- **Valvasone, Erasmo de** (1523-1593): Célebre poeta y rapsoda italiano del siglo XVI.
- **Vanga, Federico**: Señor de Trento a comienzos del siglo XIII.
- **Visconti**: Poderosa familia del ducado de Milán.
- **Personajes de ficción**
- **Agenore**: Vigilante nocturno del albergo Luisa, de Bolbeno.
- **Alberto**: Primo de Angiolo Tonelli.
- **Ballino, Aldo**: Alcaide de Caderzone.
- **Baschenis, Bruno**: Decorador y restaurador de las obras de arte de los palacios de Trento.
- **Benedetto**: Joven de Toblino, interesado por la jardinería.
- **Bernardino, fray**: Cura párroco de la villa de Bolbeno.
- **Bersone**: Poderosa familia, emparentada con los Caraffa, en Caderzone.
- **Bezzecca, Indro**: Noble que logró huir de la fortaleza de Pèrgine y que entabló una estrecha amistad con Salvatore Tonelli.
- **Bianca**: Mujer al servicio de Simone y Carla, padres de Bruno Baschenis, en la localidad de Pinzolo.
- **Bondone, Ficino**: Conservador del balneario de Comano Terme.
- **Borzago, Francesca**: Posadera de Baselga di Vezzano.
- **Brione, Salvatore**: Posadero de la villa de Stenico.
- **Casotto, Umberto**: Teniente de la compañía de Domenico Tonelli.
- **Cavalese, Mauro**: Conductor del carromato.
- **Cavalese, Michello**: Uno de los responsables de los almacenes de alimentos de Trento.
- **Civerone, Alessandro**: Señor del castillo de Stenico.

- **Enmanuela:** Prima de Angiolo Tonelli.
- **Enrico:** Hijo de Luisa, propietaria del albergo de Bolbeno.
- **Chiodega, Luigi:** Propietario del albergo Al Zanetti Sarca, en Pelugo.
- **Chiodega, María:** Hija de Luigi, propietario del albergo de Pelugo.
- **Felice, Salvatore:** Señor del castillo de Madruzzo.
- **Fossombrone, Adriano:** Uno de los amantes de la leyenda del lago de Toblino.
- **Gaudenzio, Raffaello:** Sobrino de Nicolò, señor del castillo de Toblino.
- **Gina:** Curandera de Stenico.
- **Giovanna:** Curandera de Stenico. **Giovanni:** Ayudante de cocina del maestro Bartolomeo Scappi.
- **Giulia:** Hija del tabernero de Trento.
- **Jacinta:** Tía de Angiolo Tonelli, residente en la villa de Caderzone
- **Luca, fray:** Monje-párroco de la iglesia de la ciudadela de Stenico.
- **Manderiolo, Gabriel:** Teniente de la guardia personal del cardenal Cristoforo Madruzzo.
- **Marchetti, Umberto:** Alcaide de Bolbeno.
- **María:** Hija del posadero de Pelugo.
- **Mariana:** Madre de Angiolo Tonelli
- **Michelangelo:** Hijo de Luisa, propietaria del albergo de Bolbeno.
- **Petta, Claudia:** Uno de los amantes de la leyenda del lago de Toblino.
- **Ricardo:** Tío de Angiolo Tonelli, residente en la villa de Caderzone.
- **Rodolfo:** Criado negro liberado por Michello Bezzecca, que ayuda a escapar a este de la fortaleza de Pèrgine.
- **Salvatore:** Padre de Angiolo Tonelli.
- **Segonzano, Alberto:** Señor de Castel Campo.
- **Tommaso:** Capitán de la guardia personal del cardenal Cristoforo Madruzzo.
- **Tonelli, Angiolo:** Jardinero de los palacios de Trento.
- **Tonelli, Domenico:** Capitán de los ejércitos del principado de Trento e hijo de Angiolo.

- **Tonelli, Luigi:** Monje de San Romedio e hijo de Angiolo.

Glosario de términos

- **Alumbrados:** Así calificados a los que optaron por formas de oración contemplativa y fueron perseguidos como herejes por la Iglesia.
- **Anatema:** Excomunión.
- **Basilisco:** Animal fabuloso del cual se creía que mataba con la vista.
- **Cámaras ardientes:** Persecuciones llevadas a cabo por el monarca francés Enrique II a través de tribunales de excepción que condenaron a numerosos calvinistas.
- **Canciller:** Jefe de la justicia real.
- **Carpe Diem:** Expresión latina que significa vivir el momento, sin arrepentimientos ni temores al Más Allá. Haz hoy lo que mañana no puedas hacer, o no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Disfrutar mientras se esté con vida. La Danza Macabra debe su origen a una canción: «*Ad Mortem Festinamus*», que el artista Simone Baschenis supo recoger para plasmar las sobrecogedoras escenas en sus frescos pictóricos de las iglesias de la Val Rendena.
- **Condestable:** Jefe del ejército real.
- **Criptojudasmo:** De «cripta» (lugar subterráneo, espacio oscuro, secreto...) y «judaísmo». Así se denominó, desde finales del siglo XIV, la forma de comunicarse en lugares secretos y a través de símbolos para huir de sus perseguidores y evitar ser asesinados.
- **Dux (duce, duque):** Magistrado supremo, autoridad máxima de la República de Venecia. Residía en el Palacio Ducal, próximo a la plaza de San Marcos, y en donde se regían todos los asuntos de Estado.
- **Exploradores:** Espías o esbirros de la Inquisición, encargados de investigar a personas calificadas de herejía para condenarlas luego en un auto de fe.
- **Giudicarie, Vía:** Carretera que, desde los tiempos antiguos, enlazaba el lago de Garda, en el Trentino, con el Paso del Brennero y Austria.
- **Gonfalon (confalón):** Bandera. También se denomina así al portador de la misma, abanderado.
- **Gonfaloniero:** Jefe supremo de los ejércitos de la Iglesia.
- **Heterodoxo:** Que se separa de la ortodoxia.

- **Hugonotes:** Así llamados a los calvinistas franceses en el siglo XVI.
- **Lansquenete:** Soldado mercenario alemán que, en el siglo XVI, servía en la infantería de los ejércitos de diversos países de Europa.
- **Limes:** «Frontera» en latín; en plural, «límites». Término establecido en la antigüedad para fijar los límites del Imperio Romano. Estas líneas fronterizas fueron declaradas por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad (el Muro de Adriano en 1987, el limes de la Alta Germania-Retia en 2005 y el Muro de Antonio en 2008).
- **Mors janua vitae:** Frase final de las obras pictóricas de Simone Baschenis, que se traduce como «La muerte, puerta de la vida».
- **Nepotismo:** Favoritismo para los parientes o protegidos; muchos de los pontífices del siglo XVI practicaron el nepotismo.
- **Nihil omni:** «Nadie escapará». Frase que preconizaban los frailes cristianos desde los púlpitos para atemorizar a los feligreses ante la amenaza del Infierno tras la muerte.
- **Ortodoxia:** Creencia recta, conforme a la doctrina y dogmas de la Iglesia católica.
- **Pie:** Medida de longitud, equivalente a 30,47 cm (1 m = 3, 28 pies).
- **Senescal:** Jefe o cabeza principal de la nobleza que la gobierna. También, en algunos países, mayordomo mayor de la Casa Real.
- **Serenísima:** Así conocida a la República de Venecia, uno de los estados más poderosos de Italia durante los siglos medievales y modernos.
- **Tempus fugit:** «El tiempo se acaba». Esta frase lapidaria era la consigna de la primera manifestación socio-cultural que surgió tras la primera oleada de epidemias de peste en 1347, cuando se interpretaron las danzas de los esqueletos lúdicos.
- **Vigoleros:** Ayudantes de los verdugos en las tareas de preparar a los reos antes de ejecutarse los tormentos decisivos, en las mazmorras y cámaras de tortura.



JESÚS ÁVILA GRANADOS (Granada, 1950). Periodista y escritor, lleva más de 40 años investigando las claves ocultas de la historia, y en especial todo aquello relacionado con las culturas marginales y olvidadas. Durante todo este tiempo, sus estudios e investigaciones le han llevado a recorrer más de 50 países y, fruto de sus viajes, ha publicado numerosos libros y reportajes. Además, es conferenciante, coordinador y director de congresos y simposios relacionados con temas esotéricos, autor de guiones tanto para televisiones españolas como francesas y dinamizador de proyectos culturales.

En dos ocasiones ha sido condecorado por el Consejo de Europa como mejor periodista del continente y ha recibido un centenar de premios, nacionales e internacionales, en reconocimiento por su labor en la proyección de los valores de los pueblos y las gentes.

En su labor de periodista, Jesús Ávila Granados colabora de forma habitual en revistas como *Historia* (National Geographic), *Más Allá*, *Año/Cero*, *Enigmas*, *Historia de Iberia Vieja*, *Fomento* o *Escuela*, así como en otros muchos medios de difusión nacional. En su labor de escritor, es autor de un total de 93 libros, entre los que destacan títulos como *Mazmorras que han hecho historia*, *La mitología templaria*, *La mitología cátara*, *La mitología celta*, *El libro negro de la historia de España*, *A través de la España oculta*, *Rutas de España*, *Templarios en las Tierras del Ebro*, *Matarraña insólito*, *El último hereje*, *La otra historia de España*, *La Andalucía de los viajeros* o *La España inédita*.